



Diane Wei Liang  
*El lago sin nombre*



EL IMPACTANTE TESTIMONIO DE UNA MUJER  
EN LA CHINA MODERNA



Una historia verdadera de amor y conflictos en la China moderna. Todos recordamos Tiananmen. La imagen de aquellos tanques implacables que sofocaron la revuelta estudiantil ha quedado grabada en la memoria de todos. Con esta obra de fuertes tintes autobiográficos, Diane Wei Liang nos brinda una oportunidad de vivir esos acontecimientos desde dentro. Diane era entonces una joven estudiante llena de ilusión y comprometida con su pueblo que se unió al movimiento estudiantil que soñaba con una China más libre y democrática. En el seno de este movimiento, Diane conocerá a Dong Yi, con el que compartirá sentimientos e ideales que se verán enfrentados con la enorme maquinaria del Estado chino...



Diane Wei Liang

# **El lago sin nombre**

ePub r1.0  
turolero 14.09.15

Título original: *Lake With No Name: A True Story Of Love And Conflict In Modern China*

Diane Wei Liang, 2003

Traducción: Desconocido

Editor digital: turolero

ePub base r1.2



## AGRADECIMIENTOS

A John Saddler por tomarme de la mano.

A Humphrey Price por estar conmigo en todo momento.

A Heather Holden-Brown y Lorraine Jerram de Headline por convertir el libro en una realidad.

A Angela Mackworth-Young por su hábil edición y sus constantes ánimos.

## Nota de la Autora

Mi madre encontró el nombre de «Wei» en un antiguo diccionario chino. Es un carácter olvidado hace mucho tiempo que significa «sol».

En China, el apellido antecede al nombre. Las mujeres no adoptan el apellido de su marido, sino que conservan el suyo propio. En el caso de los niños y las personas de entre veinte y treinta años a menudo se utiliza el prefijo «Xiao», que significa «pequeño». El prefijo «Lao», que equivale a «viejo», se utiliza con frecuencia para las personas de más de cuarenta años, o bien como muestra de respeto. «X» se pronuncia «sh», «Q» es «ch» y «Zh» es «ge» (una «g» de sonido débil, no fuerte).

Los nombres de los personajes públicos, incluidos los líderes estudiantiles, así como los de mi familia, son reales, y están escritos en pinyin tal como se utiliza en China. Otros nombres están cambiados.

Todos los personajes de este libro están basados en seres de la vida real. Los detalles de sus historias se han cambiado para proteger a dichas personas. Algunas conversaciones del libro son necesariamente imaginarias o reconstruidas; pero reflejan con fidelidad el clima de la época, los temas acerca de los que discutíamos, cómo nos sentíamos y mis recuerdos de los acontecimientos descritos. Otras conversaciones se basan en informes publicados.

Siempre que me ha sido posible he verificado lo que recordaba sobre los sucesos de 1989 con documentos publicados. Hubo dos publicaciones que me resultaron particularmente valiosas y que recopilaban artículos de periódicos, reportajes de televisión y emisiones radiofónicas, discursos, algunos minutos de reuniones, comunicados de prensa, transcripciones de ruedas de prensa y comunicados internos del Partido: Beijing Spring, 1989: Confrontation and Conflict, M. Oksenberg, L. R. Sullivan y M. Lambert,

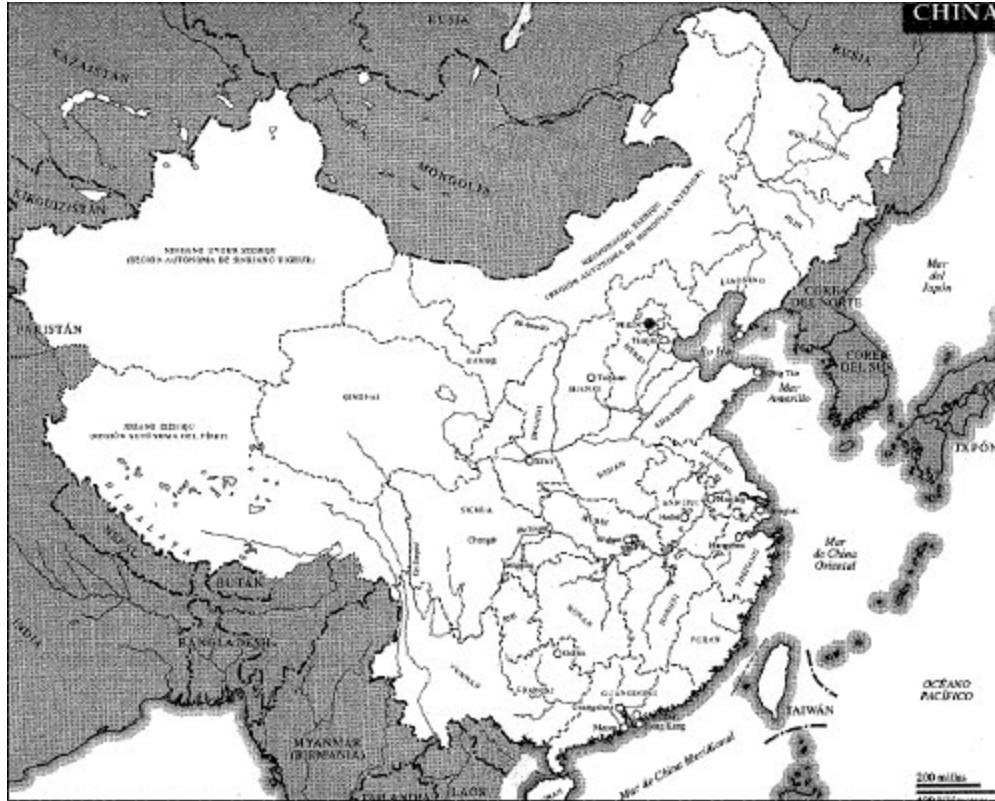
eds., M. E. Sharpe, Inc. (Armonk, Nueva York, 1990); y Los documentos de Tiananmen, Zhang Liang, A. J. Nathan y P. Link (eds.), Little, Brown and Company (Londres, 2001).

*Te amo fielmente  
A pesar del paso de los años  
De la juventud que envejece  
Te amo  
En lo más profundo de mi corazón  
Las flores del bosque pierden el color  
Demasiado deprisa  
La vida... siempre un río que fluye con fuerza hacia el este  
Espero que volvamos a encontrarnos otra vez  
Un día como éste  
Una época como ésta  
Y el mismo tú  
El sol y la primavera  
Quizá también el mismo yo...  
Tal vez*

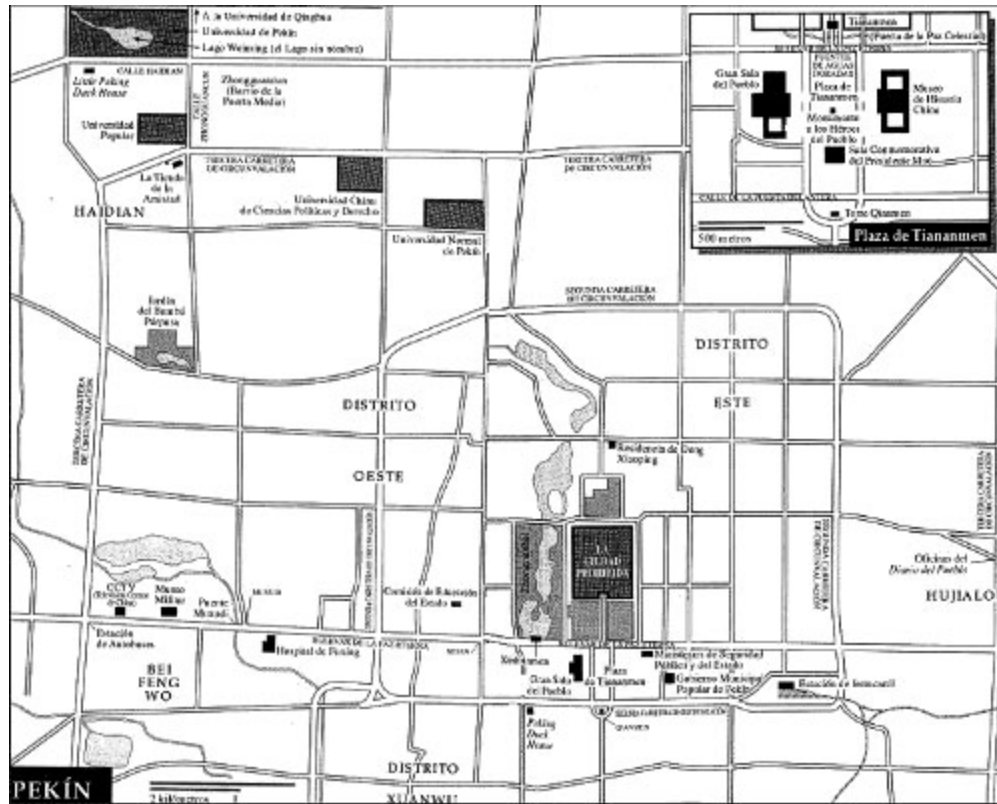
DIANE WEI LIANG, PEKÍN, 1989



# MAPA DE CHINA



# PLANO DE PEKÍN



## Prólogo

### La plaza 1996

Había tardado siete años en volver a casa.

—Date una ducha —me dijo mi madre—. Estás sudando.

Hacía calor. En algunos sitios el sol ablandaba el asfalto de las calles. Pero yo vestía mi ropa de primavera; cuando me marché de Minneapolis, la nieve acababa de derretirse bajo el manzano del patio trasero. Estábamos a mediados de mayo y Pekín sufría una ola de calor.

Mi madre, una mujer delgada de poco más de metro y medio de estatura, iba zumbando por el pequeño apartamento como una diminuta y feliz abeja. En cuestión de segundos se acercó a mí con un abanico de bambú en la mano. Corrí la cortina, un pedazo de tela floreada que pendía de un alambre, y me quité la ropa. Me envolví en una toalla grande y me dirigí al cuarto de baño. El baño era demasiado pequeño para colocar una cortina de ducha. Bajo mis pies había un desagüe de tamaño industrial. Al pisarlo, bajé la mirada y me quedé contemplando el oscuro agujero de la tubería del agua.

—Recuerda: cuando termines tienes que dar un golpe en la puerta para que pueda apagar el calentador. No cierres el grifo hasta que lo haya apagado, de lo contrario podría recalentarse y estallar.

Cuando oí a mi padre gritar desde la cocina «¡El calentador está encendido!», dejé caer la toalla y abrí el grifo de la ducha. Fluyó el agua caliente.

Me cambié, me puse un vestido de lino de color amarillo y empecé a andar por mi habitación. El suelo de cemento estaba frío, incluso en un día tan caluroso como aquél. Había una cama individual con sábanas floreadas

y un sencillo armario de madera contra la pared. Una gruesa capa de polvo cubría el escritorio. Con un leve movimiento de la mano, el trazo de mis dedos dejó al descubierto el verdadero color de la madera desnuda. Miré por la ventana y vi gente en el edificio de al lado: un hombre en ropa interior y dos mujeres que guisaban inclinadas sobre sus cocinas. Después de vivir durante años en América, el apartamento me parecía absurdamente pequeño, apenas lo bastante grande para dos personas. Sin embargo, años atrás, los cuatro —mis padres, mi hermana Xiao Jie y yo— habíamos vivido en uno más pequeño que aquél.

Cuando me marché de China, mis padres se mudaron a aquel piso más grande equipado con ducha, adjudicado por la universidad cuando mi madre fue ascendida a profesora adjunta. Se terminaron las visitas a los baños públicos dos veces por semana. También habían adquirido un microondas, una lavadora con secadora y un televisor por cable. Mi padre se había jubilado de su puesto de jefe de personal en el Departamento de Parques y Bosques de Pekín. Como la mayoría de empresas estatales, no tenía beneficios, había mucho desempleo. El gobierno, por tanto, había reducido la edad de jubilación a los sesenta años para todos los empleados estatales, incluidos los funcionarios, entre los cuales se contaba mi padre. Mi madre, que era tres años más joven que él, estaba pensando en retirarse de su puesto como profesora de periodismo en su universidad.

Después de comer, mis padres se quedaron en casa para echarse la siesta. Mi hermana menor, Xiao Jie, y yo tomamos un taxi hasta el centro de la ciudad. El taxi parecía llevarme por lugares en los que nunca había estado; luego me dijeron los nombres y me di cuenta de que no había reconocido zonas que antes me eran familiares. Las autopistas habían reemplazado a viejos edificios y mercados. Construcciones que anteriormente eran grandes e importantes quedaban empequeñecidas al lado de las nuevas obras de muchos pisos. Las calles parecían haber cambiado sus manzanas. Los patios a la antigua usanza dejaron paso a carreteras elevadas que me ofrecían nuevas perspectivas de la ciudad. Las innumerables estatuas de tamaño real de Mao Zedong habían desaparecido. En su lugar había jardines, supermercados y tiendas de modas.

Nuestro taxi reducía la velocidad en los cruces y vislumbré la China que antes conocí. Los viajeros, que ahora iban en coche en lugar de en bicicleta, no prestaban atención a los semáforos, a pesar de las bocinas atronadoras y de la gente que gritaba por las ventanillas abiertas. Nadie estaba dispuesto a ceder. Los conductores se maldecían unos a otros cuando sus vehículos pasaban rozándose. Un polvo amarillo, que el viento traía desde el Desierto de Mongolia, al oeste, lo nublaba todo. Los ciclistas se colaban por espacios diminutos, luciendo sonrisas triunfales. Los semáforos pasaban del rojo al verde una y otra vez como si fueran luces de Navidad.

Mi hermana y yo hicimos nuestras compras en Le Lafayette, en Wangfujing, el principal barrio comercial de Pekín, y tomamos café en el American Donut Shop.

En las esquinas de las calles, los conductores de rickshaws trataban de atraer a los transeúntes.

—Señoritas, hace demasiado calor para ir andando con las bolsas de la compra. ¿Adónde queréis ir? Dejad que os lleve. En el rickshaw se está fresco.

Tenía razón. El calor era ya insoportable.

—¿Cuánto nos costaría ir a la plaza de Tiananmen? —le pregunté.

—Por 100 yuanes os daré la vuelta a la plaza.

Regateamos, naturalmente. Le dimos 80 yuanes al conductor y nos metimos en su rickshaw.

—¿Por qué queréis ir a Tiananmen, chicas? Allí no hay nada que ver a esta hora. Hay que ir por la noche. Mucha gente va a ver la ceremonia de arriar la bandera.

Abandonamos las estrechas y abarrotadas calles laterales y nos metimos en el ancho y arbolado bulevar de la Paz Eterna.

Poco a poco, la plaza de Tiananmen se abrió ante nuestros ojos como un viejo libro de cuentos de hadas. Al norte, la magnífica Tiananmen —la Puerta de la Paz Celestial— descollaba sobre la plaza con su maravilloso color rojo y dorado. Fue en esta puerta donde, cuarenta y siete años atrás, Mao Zedong proclamó la fundación de la República Popular. Ahora su retrato miraba en dirección sur, hacia la plaza de la Paz Celestial. A cada lado del retrato colgaba un gran letrero en el que se leía: «Larga vida a la

República Popular» y «Pueblos del mundo unidos». Durante la década de 1950, Mao había hecho ampliar la plaza a cuarenta y nueve hectáreas, tres veces su tamaño original, de manera que en las concentraciones podían congregarse allí un millón de personas. Desde entonces, los guardias rojos habían desfilado por la plaza; el duelo público por el primer ministro Zhu Enlai tuvo lugar allí y, por supuesto, también las manifestaciones masivas del Movimiento Democrático Estudiantil de 1989.

El conductor de nuestro rickshaw pedaleaba frenéticamente; de vez en cuando se secaba la cara con una toalla. El tráfico era denso, pero avanzaba con lentitud, como flotando en torno a la plaza. Las grandes hojas de los robles, inclinadas en sus ramas, nos daban sombra. Sentada en el rickshaw, me sentía tan abrumada que no dije nada durante todo el recorrido alrededor de la plaza, que tenía un aspecto sereno bajo el tranquilo sol de la tarde. Debía de haber miles de personas allí, pero a mí la plaza de Tiananmen me parecía vacía. Aquello no era lo que yo recordaba; en el verano de hacía siete años, Tiananmen era un campo de batalla y estaba abarrotada de gente: los jóvenes de China que tenían las mangas, las cintas del cabello y los ojos manchados de sangre. Las banderas ondeaban al viento. ¿Adónde han ido todos? ¿Dónde están ahora aquellos chicos y chicas de dieciocho años?

Mi hermana y yo nos apeamos del rickshaw delante de Tiananmen. Los Puentes de Aguas Doradas estaban atestados de gente que entraba en la plaza o cruzaba hacia la Ciudad Prohibida. Los policías armados estaban de pie en los puentes, con sus semblantes glaciales.

No había pisado aquel terreno sagrado desde la última noche en que fui allí como miembro de la guardia estudiantil, el 2 de junio de 1989. Cada paso que daba me traía recuerdos y emociones de camaradería, tensión y miedo, olvidados hacía tiempo. Me adentré más y subí al monumento a los héroes del pueblo, el obelisco que se alza en el centro de la plaza. Al sur de éste, largas filas de personas esperaban para entrar en el Mausoleo de Mao. Me dijeron que la cola que se formaba en el exterior del Mausoleo se había alargado en los últimos años; no sólo los veteranos de la revolución comunista, sino también los jóvenes querían desfilan respetuosamente junto al cuerpo que amarilleaba, embalsamado, en su féretro de cristal. La gente acudía allí en busca del consuelo del pasado, la época del orden y la

seguridad. Los vendedores zigzagueaban por entre las hileras de gente ofreciendo las ilegales insignias de Mao que llevaban en sus bolsas, al tiempo que observaban atentamente a las patrullas de la policía. Durante la Revolución Cultural, en China todo el mundo estaba obligado a llevar aquellas insignias para demostrar su lealtad y devoción al presidente Mao y al Partido Comunista Chino. Me acordaba de haber llevado aquellas insignias y caminar con particular orgullo junto a mis padres durante las celebraciones públicas del Día Nacional y del Día Internacional del Trabajo. En aquella época, las cuadrillas populares utilizaban también las insignias de Mao como recompensa o como regalo de vacaciones. Hoy esas insignias pasadas de moda eran tradicionales recuerdos turísticos de una época pasada; algunos de aquellos recuerdos incluso se habían convertido en piezas de coleccionista.

Alrededor de la base del monumento había unos grabados en piedra que mostraban escenas de la historia china: la Rebelión de los Bóxers, la Guerra del Opio, la Invasión Antijaponesa y la Guerra Civil. El monumento fue erigido en 1958 como símbolo de la resistencia de la gente del pueblo frente al poder feudal y el colonialismo extranjero. En 1989, los estudiantes de Pekín lo encontraron especialmente adecuado para establecer allí su centro de mando. El poder de la gente normal y corriente era, como solía decir Mao, «el motor que hay detrás de la historia». Mientras caminaba en derredor del monumento, no pude evitar pensar también en el enorme precio y en el sufrimiento que los ciudadanos chinos de a pie habían soportado durante nuestra turbulenta historia.

Finalmente había regresado al lugar donde mis amigos y compañeros habían marchado, cantado, luchado y muerto. En aquel suelo que estaba pisando, miles de manifestantes hicieron huelga de hambre durante días. Sólo tenían veinte años y sentían cómo la vida los abandonaba lentamente. Ellos pensaban en la felicidad, en la felicidad de la gente corriente, en ver crecer a sus hijos. Tuvieron que cerrar los ojos. Ya no tenían fuerzas para seguir mirando el cielo o las nubes.

Vi a Chai Ling, rebelde ya en la época en que estudiábamos psicología en la Universidad de Pekín y compartíamos habitación, que hablaba con suavidad, que era mordaz y decidida. Se volvió cada vez más débil, se

quedó más delgada y exhausta debido a la inanición voluntaria, y aun así aceptó el reto que ella misma se había impuesto: organizar la enorme corriente de descontento, transformar un millón de voces discordantes en un solo grito por la libertad.

Vi a Dong Yi entre los miles de estudiantes que habían ido a cuidar a los que estaban en huelga de hambre, arrodillado, con una botella de agua preparada para ofrecérsela a los que estaban heridos, su rostro transido de dolor. De pronto gritó: «¡Rápido, otro se ha desmayado! ¡Una camilla!». Su voz resonó por la plaza como el retumbar de un trueno. Los estudiantes de medicina, con bata blanca, se acercaron a toda prisa. Las sirenas de las ambulancias aullaban, rasgando el cielo.

Fue la mejor época. Y fue una época terrible. Éramos jóvenes, llenos de esperanza, entregados a nuestra causa. Estábamos dispuestos a pagar el precio que fuera preciso por una China libre y democrática porque en ningún momento dudamos de nuestra victoria y de que nuestro sacrificio valdría la pena.

Pero aplastaron nuestra confianza, ¡y de qué manera! Una noche, los tanques bajaron por el bulevar de la Paz Eterna, las tropas abrieron fuego contra estudiantes y ciudadanos desarmados y corrió la sangre. De la noche a la mañana, perdí la inocencia de mi juventud... y al amor de mi vida.

Volvieron las imágenes de mis últimos días en China, cada una más clara aún que la anterior.

Tuve la sensación de que iba a arrugarme bajo el embate de las oleadas de emoción, cada vez más fuertes.

De pie en la base del monumento, podía ver la plaza con claridad, ocupada sólo por turistas que sacaban fotos. Había regresado, pero también lo habían hecho mis turbulentos recuerdos, y en la pacífica escena que tenía ante mis ojos parecía no haber lugar para ellos.



## Capítulo 1: Campo de trabajo

«La flor del ciruelo disfruta con una buena nevada;  
no debería sorprenderte encontrar unas cuantas moscas congeladas».

Mao Zedong, 1962

En mi recuerdo, el paisaje de mi niñez es un paisaje de arrozales y montañas verdes que se extienden hasta el final del cielo, más allá de las nubes; el aire lleno del suave aroma de las flores silvestres, los ríos serpenteando más abajo, repletos de vida y de balsas de bambú tripuladas por fuertes chicos miao que aparecen y desaparecen de la vista, deslizándose por la sinuosa vía fluvial. Cuando caía la noche y la luna estaba alta en el cielo, las canciones de amor resonaban al otro lado del río.

Pero, al parecer, mi niñez tendría que haber sido diferente. Todos mis amigos, los hijos de los colegas de mi madre, crecieron en un campo de trabajo de la costa oriental de China. Yo solía preguntar a mis padres: «¿Por qué fuimos a Sichuan en vez de a Shandong?». Al final, un día, me lo explicaron.

—Porque allí destinaron a tu padre, y decidimos que la familia debía permanecer unida —dijo mi madre.

—Pero ¿por qué papá no podía ir contigo a tu campo de trabajo? Mis amigos me han dicho que allí no se morían de hambre y que había pesca en abundancia.

Mi madre suspiró. Cuando yo nací, mi padre era un oficial del Ejército de Liberación Popular destinado en Pekín y mi madre, una estudiante universitaria. En aquella época la gente tenía que vivir en el lugar que constaba en su permiso de residencia o Hukou. Entonces mi padre dejó el ejército y lo enviaron de vuelta a su ciudad natal, Shanghai. Mi madre se

sintió afortunada de que le permitieran quedarse en Pekín. Una vez casados, a mi padre le permitieron visitarla en Pekín dos veces al año, y ella también podía ir a verlo a Shanghai otras dos veces anuales. Intentaron por todos los medios conseguir permiso para trasladar el Hukou de mi madre a Shanghai, pero resultó ser más difícil de lo que ellos creían. Los acontecimientos se les adelantaron.

Yo nací en 1966, el año de la Revolución Cultural. Mis padres se vieron atrapados en medio del caos que se extendió por todo el país: las fábricas suspendieron la producción, las casas de los dirigentes del partido y de los intelectuales fueron registradas y destruidas y las pidouhui, o palizas públicas, tenían lugar a diario en toda China. Los estudiantes de colegios e institutos, a los que ahora llamaban los jóvenes expulsados, fueron trasladados a las Cooperativas Populares que había por todo el país para que viviesen y trabajaran con los campesinos. Entonces, en 1970, a los intelectuales (un término reservado para aquellos que, al igual que mis padres, habían recibido educación universitaria) empezaron a mandarlos a campos de trabajo para que trabajaran «con sus manos» y de ese modo se rehabilitaran y cumplieran con la visión de Mao de una sociedad basada en el campesinado.

La cuadrilla de trabajo de mi madre, que estaba relacionada con el Departamento de Asuntos Exteriores, había levantado su campo de trabajo en una hermosa zona de la campiña en la provincia de Shandong, cerca del Mar Amarillo. El campo de trabajo de mi padre era muy distinto. Estaba situado en una remota región montañosa al sudoeste y era menospreciado porque estaba habitado por la minoría miao y no contaba con viviendas modernas. Allí, a los intelectuales se les asignaban trabajos forzados en la construcción de instalaciones militares secretas para destinarlas a la protección en caso de un hipotético ataque nuclear por parte de Occidente.

—Tu madre y yo tuvimos la oportunidad de elegir —me contó mi padre—. Podíamos ir a campos de trabajo separados, o tu madre podía intercambiar su sitio en el campo «mejor» con alguna persona de mi cuadrilla. Tu madre optó por ir conmigo a Sichuan.

Al decir eso, la miró y sonrió. Intercambiaron las miradas con la misma naturalidad y poco esfuerzo con que habían compartido sus vidas. Parecía

que eso fuera la cosa más sencilla que uno podía hacer, estar juntos como una familia.

Así pues, los primeros recuerdos de mi niñez se originaron en una de las regiones más hermosas y mágicas de China. El campo de trabajo se hallaba en las profundas montañas del condado de Nachuan, una región que limita con las provincias de Sichuan y Yunnan, al sudoeste del país. Las montañas eran gigantescas, verdes e infinitas. Cuando llegaba la estación de las lluvias, los distintos tonos de verde se difuminaban y mezclaban para componer otro tono distinto e indescriptible, y rebosaban por los bordes como pinturas disolviéndose sobre la tela.

Los miao —una tribu de las montañas que se estableció en el sudoeste de China en el siglo IX— son un pueblo de canciones, danza y artesanía. Las mujeres miao llevan unos vestidos largos encima de unos pantalones anchos y sueltos. Los adornos de flores, pájaros y bellas formas bordados a mano en colores brillantes infunden vida a sus atuendos, y muchas de ellas se tocan con sombreros a juego. Por las mañanas, de regreso del mercado, normalmente en pequeños grupos, con las mercancías dentro de unos cestos que transportaban encima de la cabeza, subían por los senderos de la montaña cantando. Oía sus canciones mucho antes de verlas a ellas.

Cuando caía la noche y la luna estaba en lo alto, chicos y chicas se reunían en las cimas a ambos lados del río y se declaraban su amor y la admiración que se tenían. Para el pueblo miao, el cortejo y el canto son inseparables; decían que el modo de llegar al corazón de una muchacha miao era a través de la canción. Con aquellas canciones de amor resonando por las montañas, a mí me parecía que la vida siempre estaría llena de melodías románticas.

Por desgracia para mis padres, la vida en el campo de trabajo no tenía nada de romántico. Las viviendas se habían construido en la cúspide de una montaña, en tanto que la obra estaba abajo, en el valle. Cada mañana mis padres me hacían levantar temprano para dejarme en el jardín de infancia antes de bajar andando por el sendero de la montaña para ir a trabajar. Todos los días, los intelectuales acarreaban ladrillos desde los almacenes hasta la obra o simplemente los colocaban. La obra estaba vigilada por el

Ejército de Liberación Popular (ELP) y los ingenieros militares supervisaban a los trabajadores.

Después de trabajar en la obra de construcción durante la mayor parte del día, mis padres tenían que asistir a unas sesiones de estudio en grupo, durante las cuales leían y discutían los editoriales del Diario del Pueblo o pasajes del pequeño libro rojo de Mao. Al igual que todo el mundo en aquellas sesiones de reeducación, mis padres tenían que hacer autocrítica y prometer lealtad al partido y al presidente Mao. Cualquier vacilación o crítica sobre lo que tenían que leer suponía severos castigos, como palizas públicas y temporadas en prisión.

Como criaturas inocentes que éramos, mis amigos y yo no teníamos ni idea de la opresión política bajo la que vivían nuestros progenitores. Mientras nuestros padres trabajaban lejos, en la obra del valle, nosotros acudíamos al jardín de infancia. Mi profesora favorita era la señora Cai, una amable mujer de cincuenta y tantos años, de voz suave. Un día nos habló de su ciudad natal, en una isla en el Mar de China Meridional llamada Taiwan, y nos enseñó una canción popular que su madre le cantaba cuando ella tenía nuestra edad. La canción me encantó y me moría de ganas de cantársela a mis padres aquella noche. Pero me llevé una desilusión. Mis padres no estuvieron encantados como solían estarlo cada vez que les mostraba algo nuevo que había aprendido en el jardín de infancia.

—¿Quién te ha enseñado eso? —preguntó mamá. E inmediatamente añadió—: No vuelvas a cantarlo. No sabes quién podría estar escuchando.

Yo no comprendía por qué a mis padres les daba tanto miedo que cantara mi nueva canción. Al fin y al cabo, la señora Cai también nos había enseñado muchas canciones revolucionarias.

A la mañana siguiente, unos cuantos padres vinieron a nuestro apartamento, todos con las mismas preocupaciones.

—Somos sus padres, lo que canten o aquello de lo que hablen nos perjudica —dijo uno de ellos—. Tenemos que hacer algo antes de que nos causen problemas.

—La vida ya es bastante dura sin que ellos vayan cantando canciones contrarrevolucionarias o hablando sobre Taiwan —intervino otro.

De modo que nuestros padres decidieron denunciar a la señora Cai a las autoridades. Un par de días después, nuestra profesora desapareció. Nadie, ni siquiera los padres, sabía qué había sido de ella. Muchos años después, mis padres todavía hablaban de la señora Cai y se sentían culpables por lo que pudiera haberle sucedido. Pero en aquella época les pareció que no tenían elección. Debían proteger a su familia. Hasta ese punto llegaba el miedo en el campo de trabajo, al igual que en otras partes de China en aquellos tiempos.

La vida en el campo de trabajo era difícil. Puesto que las viviendas estaban en lo alto de las montañas, el agua tenía que traerse desde el río que había más abajo. Luego se vertía directamente en un enorme depósito al aire libre para que la utilizaran todas las familias. Mucha gente enfermaba al beber el agua. La comida se repartía una vez por semana y era distribuida por la cuadrilla de mi padre. La carne escaseaba: aunque se suponía que a cada familia le correspondían dos kilos de carne al mes, había meses que sólo recibíamos la mitad. Teníamos una pequeña cocina de carbón junto a la puerta. Cada noche, en cuanto mis padres regresaban de la obra cansados, sudorosos y sedientos, mi madre preparaba la cena con lo poco que nos daban. A la hora de cenar, la escalera siempre se llenaba con el olor del aceite y del humo que emanaba de las pequeñas cocinas, mientras las esposas y madres charlaban en voz alta arriba y abajo de la escalera.

A mis padres, la posibilidad de vivir juntos en Shanghai después del campo de trabajo les daba fuerzas para soportar las penalidades. Antes de ir al campo, a mi madre le hicieron vagas promesas de que, si podía demostrar al partido su buena voluntad para «tragarse el resentimiento y soportar el trabajo duro», podría ganarse la aprobación necesaria y quizá se le permitiera trasladarse a Shanghai. No obstante, a mi madre le había resultado particularmente difícil trasladarse al campo. Unos cuantos meses antes, el 3 de septiembre de 1969, nació mi hermana pequeña Xiao Jie. Al imaginar las probables condiciones en el campo de trabajo, mis padres decidieron que sería mejor dejar a mi hermana en Shanghai, con mi abuela paralizada y una niñera.

El hecho de que no se le permitiera ir a Shanghai a ver a su hija empeoró aún más la situación para mi madre. Había dos razones. La

primera, que el Hukou de mi hermana no estaba en Shanghai aunque hubiera nacido allí. Su Hukou tenía que estar con el de mi madre, en Pekín. En segundo lugar, como entonces mi padre se había «marchado» de Shanghai, mi madre ya no tenía ninguna relación oficial con la ciudad.

Mi madre echaba muchísimo de menos a Xiao Jie. Por la noche, tras un largo día de duro trabajo trasladando y poniendo ladrillos, mamá se tumbaba en la cama y le hablaba a mi padre de su segunda hija, contaba los meses que habían pasado desde su nacimiento, se preguntaba si le habrían salido los dientes e imaginaba el aspecto que tendría entonces. Mientras fuera la lluvia batía contra las hojas estivales, ella lloraba al recordar la última vez que vio a su hija recién nacida.

Algunos meses después de que mis padres y yo llegáramos al campo de trabajo, mi padre hizo su primer viaje a Shanghai para visitar a su madre y, lo que era más importante, comprobar cómo estaba mi hermana. Tomó un autobús de largo recorrido para un viaje de dos días hasta Chongqing, ciudad que se hallaba en el otro extremo de la provincia de Sichuan y era puerto fluvial del río Yangtsé. Una vez allí, tomaría un barco mensajero que descendería por el majestuoso Yangtsé hasta Shanghai. El viaje en barco duraba otros cuatro días. Cuando regresó, trajo consigo las cosas más maravillosas que jamás había visto: caramelos envueltos en papel de colores muy llamativos y galletas que olían divinamente.

—Escucha, Wei, estos dulces y galletas tienen que durarte mucho tiempo..., hasta la próxima vez que vaya a Shanghai. Cada semana tendrás tu parte, pero no más.

Papá metió los caramelos y las galletas en dos botes de aluminio y los guardó bajo llave en el armario que había bajo el cajón de la mesa.

Durante las semanas siguientes, mi mayor alegría era recibir los dulces y galletas que me daban mis padres, hasta que un día hice un descubrimiento asombroso. Descubrí que si sacaba el cajón que había encima del armario cerrado con llave, podía alcanzar los botes. Me comí todo lo que pude con toda la rapidez de la que fui capaz. Al final mis padres se dieron cuenta de lo que había hecho cuando encontraron los botes vacíos. Aún me acuerdo del modo en que mi madre y mi padre me miraron,

suspirando. Entonces comprendí que los había entristecido porque pasarían muchos meses antes de que pudieran darme más.

Cuando llegó de nuevo el invierno, papá hizo otro viaje a Shanghai. Una mañana fresca y despejada, los tres bajamos por el sendero de la montaña para acompañar a papá a la parada del autobús. Al igual que los niños miao, yo llevaba en los hombros mi diminuta cesta como si fuera una mochila. Me había guardado cuatro mandarinas de las que había distribuido la cuadrilla para que mi padre se las llevara para el viaje. Mi corazón rebosaba de expectación y ansiedad por lo que podría traer aquella vez cuando volviera.

Un día, cuando parecía que habían pasado meses desde que papá se marchara a Shanghai, regresé a casa, de vuelta del jardín de infancia, y me encontré con que las habitaciones en que vivíamos estaban abarrotadas de gente. Se oían fuertes voces y risas. Me metí entre la multitud con bastante curiosidad y me alegré de ver a mi padre de pie en el centro de la habitación. Resultaba que acababa de regresar de Shanghai.

—Acércate, Wei —me dijo casi en la cara una vecina corpulenta y de voz potente—. Ven a ver a tu hermanita.

Aunque yo sabía que tenía una hermana, me esforcé en hacer memoria pero no pude recordar nada de ella. Sólo más tarde, por la noche, después de mucho apuntarme mis padres, me acordé vagamente de haberme asomado a una ventana y ver a mi madre llegar a casa con un bebé.

Pero allí estaba mi padre, en el centro de la habitación, sosteniendo una criaturita bastante flacucha con unos cabellos cortos que le crecían en todas direcciones. Parecía que se acabara de despertar. Por un momento puso cara de aturdida y luego se volvió hacia la vecina de voz potente y dijo: «Mamá».

—No, tu mamá es ésta.

La mujer estaba avergonzada y de un tirón hizo salir a mi madre de entre el gentío. Todos los que estaban en la habitación prorrumpieron en grandes carcajadas.

Aunque nos dieron más golosinas envueltas en papel de celofán, tal como nos habían prometido, yo me llevé una desilusión. De pronto todo el mundo estaba pendiente de Xiao Jie, mi hermana pequeña. Mis padres ni

siquiera dedicaron tiempo a explicarme cómo debía racionarme los dulces. No obstante, papá había traído otra novedad: fideos de huevo. Aquellos fideos eran muy bonitos comparados con la pasta de color negro, hecha con una mezcla de cereales, a la que yo estaba acostumbrada, y además olían de maravilla. Por desgracia eran sólo para mi hermana, puesto que todavía era demasiado pequeña y necesitaba la nutrición adicional que proporcionaban.

Muy pronto Xiao Jie empezó a andar con paso seguro, y yo me moría de ganas de hacer de hermana mayor.

La primavera era la estación más hermosa en Nanchuan y una infinidad de azaleas florecían en las montañas. Durante muchas semanas, los montes verdes quedarían completamente cubiertos por una alfombra roja, densa y gruesa. Gracias a los campos de azaleas aprendí a querer a mi hermana menor. Para mí, la infancia perdurará en el tacto de las manos diminutas de Xiao Jie, las risas de mis padres y el grato aroma de las azaleas.

El clima en el sudoeste de China es extremadamente húmedo. Para hacer frente a la humedad, los vecinos del lugar recurren a una dieta muy condimentada —la famosa cocina de Sichuan— que contribuye a la estimulación de la circulación y del sudor. Por regla general, el verano es muy caluroso en Sichuan, tanto que la gente del campo de trabajo sólo podía trabajar por la mañana. A media tarde, cuando el efecto de lo que los habitantes llamaban el «sol venenoso» aminoraba y se hacía más soportable, papá y mamá nos llevaban a nadar.

En verano, el río que fluía al pie de la montaña era nuestra salvación. Siempre íbamos a una parte del río que no era demasiado ancha, aunque en el centro la corriente podía ser fuerte en ocasiones. Había unas enormes rocas diseminadas en el agua que convertían la natación en una aventura peligrosa si no se tenía cuidado; de modo que nuestros padres nunca nos permitían adentrarnos demasiado en el río. Xiao Jie y yo, que tampoco sabíamos nadar muy bien, solíamos pasar un rato estupendo jugando en las riberas poco profundas. De vez en cuando, yo iba a buscar flores silvestres en las montañas que nos rodeaban. A veces algunos chicos valientes se zambullían en la blanca corriente desde la gigantesca roca que había en medio del río, apareciendo triunfalmente en algún lugar río abajo, y yo



aplaudía con deleite. Para mí, el río era fresco, claro y hermoso; alguna que otra vez también me preguntaba qué había corriente arriba.

—La verdad es que no lo sé, Wei —dijo mi madre—. Supongo que algunas ciudades o pueblos.

Lamentablemente, no tardamos en descubrir qué había allí arriba. En septiembre de 1971, la habitual estación lluviosa llegó pronto, en cuanto terminó el verano. Estuvo diluviando durante muchos días y muchas noches. Junto con la lluvia llegó también una epidemia de hepatitis. Mucha gente del campo de trabajo creía que la provocaba una industria química situada río arriba que vertía residuos en lo que también era nuestra fuente de agua potable. Aunque las autoridades nunca confirmaron esta teoría, un par de años más tarde cerraron la industria.

En el campamento contábamos con una pequeña clínica y un médico. El hospital más cercano se hallaba a «muchas montañas de distancia». Se pidió a las familias que primero trataran a los enfermos en casa. La propagación de la enfermedad no tardó en llegar a extremos demasiado preocupantes como para dejar el aislamiento y los cuidados médicos de las personas contagiadas en manos de sus familiares. Los ingenieros del ejército levantaron un campamento-hospital que consistía en varias tiendas militares de gran tamaño.

De los miembros de mi familia, Xiao Jie fue la primera en caer enferma. Una tarde empezó a tener mucha calentura y a presentar síntomas de la enfermedad. Mis padres se dieron cuenta del peligro inmediatamente; Xiao Jie sólo tenía dos años en aquel entonces. Mamá se puso el impermeable y salió corriendo a buscar al médico. Papá se quedó con Xiao Jie y se ocupaba de su fiebre poniéndole una toalla caliente en la frente. Pero ella no mostraba indicios de mejoría. Lloraba y se revolvía de dolor.

—Wei, métete en tu habitación y no vuelvas a salir —me gritó papá—. ¿Es que también quieres ponerte enferma? ¡Vuelve allí ahora mismo!

Regresé al cuarto que compartía con Xiao Jie, pero dejé la puerta ligeramente entornada, de modo que pudiera ver y oír lo que ocurría en la habitación de mis padres.

Mamá volvió al cabo de un rato, empapada por la lluvia.

—¿Qué ha dicho el doctor? —preguntó papá.

Mamá estrechó a Xiao Jie con fuerza entre sus brazos. Mi hermana había empezado a perder la voz a causa del llanto constante. Las lágrimas corrieron por las mejillas de mi madre.

—El único médico que hay está de guardia en el campamento-hospital. No tiene tiempo para venir a ver a Xiao Jie, ni su ayudante tampoco. Están abrumados con la cantidad de enfermos que hay en el campo.

—¿Y de la medicina? ¿Hay algo que podamos darle a Xiao Jie para hacer que le baje la fiebre?

—Tienen penicilina, pero sólo para los pacientes del campamento-hospital. La enfermedad se ha propagado por toda la región y las medicinas se están agotando. Los médicos descalzos de los pueblos cercanos se han ido a casa a descansar.

Los médicos descalzos eran campesinos que habían recibido una formación médica básica para que así pudieran ocuparse de los problemas de salud en regiones y pueblos remotos.

No creo que ninguno de nosotros durmiera mucho aquella noche. Mis padres no podían hacer otra cosa que ponerle toallas calientes en la frente a Xiao Jie con la esperanza de que, al sudar, la fiebre disminuyera. A medida que transcurría la noche, Xiao Jie se fue quedando callada. Había perdido la voz por completo, tenía la cara colorada y estaba ardiendo. Mamá y papá se pasaron toda la noche con ella en brazos, por turnos. Por la mañana, cuando mi madre se llevó a Xiao Jie al campamento-hospital, tenía los ojos enrojecidos a causa de sus propias lágrimas.

Durante los dos días siguientes, mamá no durmió mucho. Como Xiao Jie estaba gravemente enferma, el doctor la ingresó en la unidad de aislamiento y no permitía que nadie fuera a visitarla. Mamá se quedaba levantada casi cada noche, recorriendo el apartamento, preguntándose cómo estaría mi hermana, rezando y albergando esperanzas. También estaba preparada para dirigirse al campamento-hospital en cualquier momento si a mi hermana le ocurría lo peor y estar junto a su cabecera lo antes posible. Mi padre se quedó levantado con ella esas noches, consolándola cuando rompía a llorar. Aquellas noches yo permanecí en mi cama escuchando el incesante golpeteo de la lluvia en la ventana; con la mirada fija en la oscuridad, esperaba volver a ver pronto a mi hermana.

Tres días después de que mi hermana ingresara en el campamento-hospital, mis padres recibieron la buena noticia de que Xiao Jie había superado el período crítico de la enfermedad y ahora podían ir a visitarla al campamento. Al volver estaban locos de alegría y no podían parar de hablar del buen aspecto que tenía.

—¿Cuándo podré verla? —les pregunté en cuanto entraron y dejaron afuera la lluvia.

—No lo sabemos. Quizá tengas que esperar un poco. El doctor dijo que tenía que permanecer algún tiempo en la unidad de aislamiento antes de poder entrar en contacto con las demás personas.

—¿Puedo ir contigo a visitarla?

—No —respondió severamente mi madre—, no queremos que te pongas enferma.

Aquella tarde, a pesar de los esfuerzos de mis padres por mantenerla alejada de mí, yo también contraí la hepatitis. Quizá porque era mayor que Xiao Jie o quizá porque el hecho de vivir en las montañas me había fortalecido, no me puse, ni mucho menos, tan enferma como ella. Aunque hubo que ingresarme en el campamento-hospital, no tuve que ir a la unidad de aislamiento. Cuando llegué a la unidad para niños con mamá, me encontré con que todos mis amigos del jardín de infancia estaban allí. Muchos de ellos estaban hinchados y tenían un color de piel amarillento.

A finales de mes, la mayoría de las personas del campo de trabajo habían contraído la enfermedad y tuvieron que trasladarse al campamento-hospital. La falta de médicos, enfermeras y medicinas había retrasado seriamente la recuperación de muchos pacientes. La mayor parte del tiempo, los médicos sólo podían centrarse en reducir el número de bajas. Se decía que la epidemia se había extendido aquel año por toda la provincia y que el gobierno central había organizado la entrega de medicinas de emergencia para ayudar a combatir la hepatitis. Por desgracia, puesto que Nanchuan se hallaba muy apartada de las ciudades importantes de la provincia, los medicamentos tardaron en llegar.

El segundo mes, todas las mujeres que todavía no habían contraído la hepatitis eran necesarias para atender a los afectados. Mi madre se presentó voluntaria, en parte para estar cerca de su familia, puesto que, para

entonces, mi padre también había caído enfermo. El campamento-hospital duró al menos tres meses. Finalmente llegaron las medicinas y la mayoría nos recuperamos. Cuando me dieron de alta del campamento-hospital, la verdad es que me entristecí. Se acabó eso de pasarse el día jugando sin ir a la escuela. La vida volvió a la normalidad, pero entonces el jardín de infancia se me hacía aburrido.

A finales de 1971, la noticia de la muerte de Lin Biao llegó al campo de trabajo. Lin Biao era el ministro de Defensa y vicepresidente de China. También era el brazo derecho de Mao, que lo había elegido como sucesor. Los primeros recuerdos de mi niñez incluyen una imagen del vicepresidente Lin agitando el pequeño libro rojo. Me dijeron que nadie quería tanto al presidente Mao como el vicepresidente Lin.

La versión oficial fue que Lin Biao había estado conspirando para asesinar a Mao. Cuando el intento falló, trató de huir a la URSS y murió cuando su avión, en el que iba también su hijo, se estrelló en Mongolia. La muerte de Lin Biao fue una sorpresa para muchos, incluidos mis padres.

Recuerdo que vecinos y amigos vinieron a casa tras recibir la noticia.

—¿Quién hubiera pensado que Lin Biao conspirara para derrocar al presidente Mao? —dijo nuestra vecina corpulenta y de voz potente—. Yo creía que era el seguidor más leal de Mao.

—Ya ves, por eso su engaño resultó tan bien, y el presidente Mao fue prudente al estar sobre aviso. El presidente Mao siempre dijo que «debemos tener cuidado con aquellos que tienen miel en la boca y un cuchillo en la mano» —dijo otra—. Lin Biao era de los más peligrosos. Consiguió engañar a todo el país con su «nunca dejéis que el pequeño libro rojo [de Mao] abandone las manos» y con el «larga vida al presidente Mao» siempre en los labios.

Muchos años después, tras la muerte de Mao, nos enteramos de que la crisis de Lin Biao había creado un vacío en el sistema de poder de aquél. En aquellos años, Mao había llegado a tener mucha confianza en Lin y sus amigos. Con la muerte del vicepresidente, y cuando casi todos los comisarios habían sido denunciados por expresar su opinión en contra de la Revolución Cultural, Mao se vio frente a la perspectiva de perder el control de la fuerza más poderosa en la política China: los militares. El presidente

tuvo que ceder y traer de vuelta a los desacreditados funcionarios del gobierno que todavía tenían mucha influencia en el ejército. Poco después, Deng Xiaoping «saldría de las montañas».

Cuando llegó la primavera a Nanchuan, nuestras vidas volvieron a cambiar. Por fin la instalación militar secreta estaba terminada, pero se encontraron con que no tenía ninguna utilidad. Para entonces, los efectos de la Revolución Cultural habían afectado enormemente la economía del país. El nivel de vida de los chinos había descendido más aún. Mao también era consciente de que, a menos que la gente viera mejoras en sus vidas, podría estallar el resentimiento e incluso la rebelión, y así, con un cambio completo respecto a su anterior política, ordenó que los intelectuales volvieran a las ciudades y cumplieran con sus obligaciones habituales. El campo de trabajo se cerró.

Mamá albergaba la esperanza de que, después de haber pasado casi tres años en el campo de trabajo, se hubiera ganado el derecho a trasladarse a Shanghai con mi padre. Sin embargo, a pesar de las promesas anteriores, no obtuvo permiso para hacerlo.

—Lamentablemente, el gobierno central tiene el control absoluto del movimiento de trabajadores —le dijeron fríamente.

Mamá estaba muy disgustada y enojada. Ahora tenía que volver a su antigua cuadrilla en Pekín. De manera que se decidió que mi hermana y yo iríamos a Pekín con mi madre y asistiríamos a la escuela allí. Mi padre regresaría a su cuadrilla en Shanghai y más adelante intentaría encontrar un modo de trasladarse a Pekín.

La primavera pasó muy deprisa mientras todas las familias se preparaban para realizar largos viajes de vuelta a casa. Los que se marchaban invitaron a cenas de despedida a las pocas personas que decidieron renunciar al Hukou en la ciudad para quedarse en Nanchuan. Una de ellas era un joven y atractivo soldado del ejército, Xiao Li, que se había casado con una mujer miao; había sido un buen amigo de mi padre durante los dos últimos años. En casa teníamos principalmente el mobiliario básico que la cuadrilla había distribuido entre nosotros. Dicho mobiliario no era de buena calidad y se consideró que no valía la pena que nos lo

lleváramos a Pekín. Mis padres le regalaron los muebles a este joven para que estableciera su hogar. Él lo agradeció mucho.

Diez años después, Xiao Li viajó a Pekín y vino a visitarnos. Yo esperaba su llegada con gran impaciencia. Todavía recordaba al atractivo joven de suave piel blanca. Una vez más, mis pensamientos volvieron a las montañas de rojas azaleas y ríos de aguas niveas. Cuando por fin llegó, no podía creer lo que veían mis ojos. Tenía la piel del rostro morena y áspera. Aunque era quince años más joven, parecía tener la misma edad que mi padre.

Xiao Li le dijo a mi padre lo agradecido que seguía estando por la amabilidad de mi familia. Sacó unas hermosas plantillas hechas a mano con el típico diseño miao, unos obsequios tradicionales de los miao para que los zapatos resulten más cómodos.

—Las ha hecho mi mujer. Unas para la hermana mayor —se volvió hacia mi madre que traía el té— y unas para ti, viejo Liang. Éstas son para las niñas. Espero que os vayan bien, porque mi esposa ha decidido el tamaño a ojo.

Se tomó el té. Estábamos todos sentados alrededor de la mesa, mirándole. Por nuestras cabezas pasaban pensamientos distintos, pensamientos que se remontaban a diez largos años. Busqué en mi memoria al joven que con frecuencia venía a nuestro apartamento a comer y ante quien me encantaba presumir de mis aptitudes para la lectura.

—Es un buen té —le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza a mi padre. Nos contó que quería volver a trasladar a su familia a Shanghai para que así su hijo pudiera ir a una escuela decente y tener un futuro—. Hablé con mucha gente en Nanchuan, Chengdu (la capital de la provincia de Sichuan) y en Shanghai, pero nadie quiso ayudarme. Me dijeron que había renunciado a mi Hukou en Shanghai y que ahora no pueden hacer nada. —Sorbió más té y continuó hablando—. Dijeron que mi hijo había nacido en Nanchuan y que el Hukou de nuestra familia estaba allí, de modo que era en Nanchuan donde teníamos que permanecer el resto de nuestras vidas. Pero si nos quedamos, mi hijo no tendrá ningún futuro; con el tipo de educación que se imparte allí, ni siquiera tendrá la oportunidad de ir al instituto.

Después de que Xiao Li se hubiera marchado y el té se enfriara, mis padres hablaron largo y tendido de los años en el campo de trabajo, de aquel joven y de la suerte de otros a los que conocimos.

—No debería haber renunciado a su Hukou en Shanghai —dijo mi madre en cuanto se fue Xiao Li—. Vale su peso en oro. —Entonces se volvió hacia mi padre, que retiraba la tetera y las tazas—. ¿Te acuerdas de lo que me costó intentar que me trasladaran a Shanghai? ¡Y eso que era una licenciada altamente cualificada! Tuvimos que vivir separados doce años.

—Al final tuve que intercambiar mi Hukou en Shanghai con una persona de Pekín antes de poder trasladarme aquí —se hizo eco mi padre—. Un Hukou vale más que su peso en oro. Pero no fue culpa suya —continuó diciendo papá, ahora con enojo—. Nadie sabía el giro que darían los acontecimientos. Primero fue el «Gran Salto Adelante»: mandan a todo el mundo a producir acero. Luego vino el «Dejad que florezcan mil flores», cuando se esperaba que uno criticara los defectos del Partido.

—Si lo hubieras hecho, te habrían encarcelado durante el «Movimiento Antiderechista» —dijo mamá.

—Luego fue lo de «subir a las montañas y bajar al campo» —añadí yo al recordar a los hermanos y hermanas mayores de mis amigos, muchos de los cuales habían ido a trabajar a las comunas populares durante la Revolución Cultural.

—De pronto eras rojo y al cabo de un momento, negro. Un año nos mandaron al campo de trabajo y al cabo de tres años regresamos. Era la revolución... reorganizando toda la sociedad —evocó papá—. Al igual que todos nosotros, Xiao Li sólo quería vivir su vida. Lo hizo lo mejor que pudo.

El rojo era el color comunista bueno. El negro era malo, una manera conveniente de referirse a los capitalistas. Durante la Revolución Cultural, a las personas se las catalogaba de rojas o negras en función de su origen. Los rojos incluían a los campesinos, obreros, dirigentes revolucionarios y a sus hijos. El negro tenía nueve categorías que incluían a los terratenientes, capitalistas, «malditos intelectuales» y a sus descendientes. Otra de las categorías del negro era la de «espía», la cual, hablando en términos generales, incluía a cualquiera que tuviera contactos en el extranjero. Las

personas de las categorías negras se convirtieron en el objetivo de la Revolución Cultural. Muchas de ellas fueron privadas de su trabajo y posición y enviadas a los campos de trabajo, encarceladas o incluso asesinadas.

Siempre reinaba una gran tristeza cuando mis padres recordaban cómo la Revolución Cultural había arruinado la vida de muchos de sus amigos y colegas. Pensaban en sus propias vidas y en cómo podría haber sido todo si la Revolución Cultural no hubiera tenido lugar. Venían a la mente tantos «¿y si...?».

Al fin llegó el verano en Nanchuan, y el día de nuestra partida. Varios amigos de mis padres, incluido Xiao Li, vinieron a ayudarnos.

Decidimos partir a primera hora de la mañana para poder evitar así las horas en que el sol quemaba con más dureza. En realidad, nos fuimos tan temprano que aún había niebla en las cimas de las montañas. Dos hombres jóvenes y fuertes empujaban las carretas cargadas con nuestras pertenencias, en tanto que otras cinco personas transportaban pequeños bultos del equipaje. Mi madre llevaba a Xiao Jie en brazos, mientras papá sujetaba una caja de cartón llena de vajilla con una mano y me daba a mí la otra. Debí dejar atrás mi adorada cesta, puesto que no serviría de nada en Pekín.

Al descender lentamente por la montaña oíamos el sonido del río en el valle. A nuestro alrededor no había más que vegetación infinita hasta allí donde alcanzaba la vista. Las flores silvestres asomaban aquí y allá. A medida que íbamos bajando, el campo de trabajo en el que habíamos vivido durante los últimos tres años se perdió de vista. En seguida vimos la carretera al pie de la montaña. Habíamos recorrido el sendero por última vez.

En cuanto el equipaje estuvo cargado en la baca del autobús, dijimos adiós con la mano a los que nos habían ayudado. El autobús empezó a moverse. Me di la vuelta, miré por la ventanilla trasera... y vi a una niña pequeña que bajaba por el sendero de la montaña con una diminuta cesta en la espalda, sola, rodeada de innumerables azuleas de un rojo intenso.



## Capítulo 2: Carita blanca

«Magníficas fortalezas y un largo camino, duro como el acero,  
hoy iniciamos nuestro viaje desde el principio».

Mao Zedong, 1935

Cuando regresamos a Pekín, mi madre descubrió que le habían quitado tanto el trabajo como la vivienda.

Mientras los intelectuales estaban en los campos de trabajo, un nuevo movimiento llamado «Ayuda a la izquierda» se había extendido por las ciudades. El personal del ejército se instaló en los edificios gubernamentales y en las universidades para apoyar a los insurrectos guardias rojos, que se habían hecho cargo de la dirección del país. Así pues, desde el verano de 1972 hasta la primavera de 1973, los intelectuales regresaron con gran ilusión a las ciudades... sólo para encontrarse con que sus familias no tenían un lugar donde vivir. Además, a pesar de su regreso, China como nación seguía ocupada haciendo la revolución. La mayor parte de los trabajos de oficina se habían eliminado. Las fábricas funcionaban, pero lo hacían exclusivamente bajo las órdenes de los guardias rojos o de los líderes del joven Partido Comunista.

Nos vimos obligados a residir en un alojamiento temporal durante muchos meses, y al final, aquella incertidumbre hizo que mi madre se decidiese a enviar a mi hermana a Taiyuan, con sus padres, durante un año. Por segunda vez tuvo que renunciar a su hija menor.

Muchos meses más tarde, a mi madre le dieron un trabajo como administradora en un programa de reeducación que se impartía en un campus abandonado situado en el extremo del distrito universitario en Pekín oeste. Antes de la Revolución Cultural, la universidad había educado

a los muchos diplomáticos chinos. Comenzada la Revolución Cultural se cerraron las universidades de todo el país. Mandaron a los jóvenes chinos al campo, a trabajar la tierra para las Cooperativas Populares y a recibir educación de los campesinos revolucionarios.

Mientras reeducaban a la juventud en el campo, en la ciudad continuaba la rehabilitación de los intelectuales. Se crearon muchos programas de reeducación llamados Xuexiban, o clases de aprendizaje, con el objetivo de enseñar marxismo, leninismo y las propias ideas de Mao a los intelectuales que habían regresado. «La reforma del pensamiento es una larga marcha de 10 000 kilómetros», dijo Mao. Después del campo de trabajo, a mi madre aquellas clases le parecían inútiles, aunque no demasiado duras.

Mientras mi madre asumía sus nuevas obligaciones, yo fui a la escuela primaria de Dayouzhuang. En chino, Dayouzhuang significa «el pueblo que tiene muchas cosas». Pero nada más lejos de que fuera cierto, pues, en realidad, Dayouzhuang tenía muy poco. La calle principal del pueblo era un camino de tierra en el que sólo había dos comercios: una pequeña tienda de artículos diversos en la que se vendía de todo, desde salsa para cocinar, especias y jabón hasta toallas y almohadas. Frente a dicho establecimiento había un tendero que vendía frutas, verduras y, algún que otro día, carne. La mayor parte del tiempo el mostrador de la carne estaba vacío.

La escuela primaria estaba situada en el extremo oeste del pueblo, en una casa tradicional china con patio interior, que antes de 1949 había pertenecido al terrateniente del lugar. Casi todos los alumnos de la escuela primaria de Dayouzhuang eran hijos de campesinos de los pueblos vecinos. La escuela tenía un pésimo prestigio académico y era conocida por los delitos y disturbios que en ella acontecían. Por desgracia para mí, era la que le correspondía a la cuadrilla de mi madre.

No teníamos calefacción en las aulas. Cuando el invierno se volvía despiadadamente frío, entre diciembre y febrero, se distribuía una pequeña estufa para cada aula. Todos los alumnos nos quedábamos después de las clases para hacer bolas de carbón para esas estufas: teníamos que hacer rodar el carbón hasta conseguir unas bolitas lo bastante pequeñas para alimentar las estufas del aula. El viento huracanado de Mongolia nos agrietaba la piel de las manos y la cara mientras permanecíamos sentados

en los peldaños del patio de la escuela intentando hacer bolas de carbón perfectamente redondas. Cuando ya había oscurecido demasiado para trabajar en el patio, mis compañeros de clase y yo abandonábamos la escuela con las manos ennegrecidas y nos íbamos a casa a ver qué tipo de plato fabuloso habían ideado nuestras madres con lo único que comíamos durante todo el invierno: col.

Resultaba que la mayoría de mis compañeros de clase, los hijos de los campesinos, no tenían col suficiente. Sólo los empleados del gobierno tenían el privilegio de disponer de cuatro kilos de col (que tenían que durarles todo el invierno) por cada persona de la casa. Como mi padre vivía en Shanghai, el día que mi madre iba a recoger la col que le correspondía era siempre un gran acontecimiento para ella. Tenía que empezar organizando la carreta de madera y la ayuda de sus compañeros de trabajo con unos cuantos días de antelación para poder volver con las coles. En aquellos tiempos, la cola más larga de Pekín era la que se formaba en la puerta del centro de distribución de col. Recuerdo haber tenido que esperar medio día para entregar nuestro cupón y luego otro medio para traer las coles. Luego, mi madre y yo las metíamos en cestas que guardábamos fuera, en las ventanas. Entonces mi madre se pasaba los días siguientes preparando col con vinagre mientras yo contaba las «flores de hielo» que se formaban en la ventana. Nuestra sala de estar-cocina, una de las dos habitaciones que mi madre tenía asignadas, iba a estar todo el invierno llena de tarros de arcilla con col en vinagre. El olor era espantoso, y cada día, al volver de la escuela, tenía que detenerme en el umbral de la puerta para dejar que mi olfato se acostumbrara a él. Para asegurarse de que nos durase todo el invierno, mi madre hacía sopa de col en vinagre casi en cada comida. Después, durante muchos años, cuando llegaba el invierno, o incluso cuando empezaba a notarse un poco de frío en el aire, yo tenía la sensación de que olía a col en vinagre hervida.

No obstante, me gustaba el invierno. Era la época en que el suelo se helaba y los campesinos se acurrucaban en torno a las estufas en las que ardía el carbón. En invierno se interrumpía el Xue Nong o «Aprender de los campesinos», un programa de reeducación para escolares. Allí en el norte, donde el clima era riguroso y los campos menos fértiles que los del sur, la

mayor parte de las Comunas Populares producían trigo o maíz. El trigo se plantaba en cuanto ya no había peligro de helada y luego se cosechaba en agosto. Como los inviernos eran largos, los campesinos no podían hacer mucho con los campos después de la cosecha y ello significaba que la prosperidad y el nivel de vida en el norte siempre eran más bajos que en el sur.

El Xue Nong solía empezar de forma acelerada en verano y terminaba después de la cosecha. Siempre era un gran acontecimiento para la escuela, pues tenía mucho peso sobre el prestigio de la misma a ojos del Partido y de los comités de distrito. Antes de que los alumnos fueran conducidos a los campos, siempre había una «sesión de mentalización», durante la cual nuestros maestros exponían las metas y reglas, además de reiterar las enseñanzas de Mao sobre lo que se aprende de los campesinos.

—Nuestro gran líder el presidente Mao dice «la cuestión fundamental que se le plantea al Partido Comunista Chino no es el problema de los trabajadores, sino el problema de los campesinos». Los campesinos son la base de la revolución —decía nuestra profesora—. Por ese motivo, el presidente Mao ha apelado a los jóvenes del país para que se reeduquen «subiendo a las montañas y bajando al campo». Millones de jóvenes han respondido al llamamiento de nuestro gran líder y han ido con entusiasmo a trabajar en las Comunas Populares. Vosotros también necesitáis volver a las raíces de los valores revolucionarios porque, tal como ha dicho nuestro querido presidente Mao, «aprender de los campesinos es una reeducación que debe empezar pronto en la vida». Mañana iremos a la Comuna Popular número catorce para ayudar a nuestros tíos y tías campesinos en la recolección del trigo.

Nuestra profesora, la señorita Chen, prosiguió:

—La mayoría de vosotros sois de familias campesinas. Por tanto, deberíais destacar en el Xue Nong. Es el momento de que podáis demostrar a vuestros mayores que seguís las tradiciones rojas que habéis heredado. Para los pocos que no tienen la suerte de contar con estos orígenes revolucionarios, ha llegado el momento de que aprendáis de vuestros tíos y tías campesinos y de que desarrolléis el espíritu comunista. En cualquier caso, quiero que mañana trabajéis duro en los campos. ¡No seáis una

vergüenza para vosotros mismos ni para la escuela! El año pasado quedamos terceros en la tabla de resultados del Xue Nong de nuestro distrito. Este año queremos hacerlo mejor, ¡queremos alcanzar y superar al campeón del año pasado, la escuela primaria Puerta Norte del Palacio!

Con mi sombrero de paja y los zapatos de plástico sin punta, balanceando los brazos con ímpetu y respirando profundamente el olor a los excrementos humanos y al estiércol con que se fertilizaban los campos, yo siempre estaba ansiosa por entonar las canciones revolucionarias a pleno pulmón. Atravesamos el pueblo; una niña pequeña que llevaba un bebé en la espalda se sentó en un alto umbral de madera y nos miró con su rostro oscuro y sus ojos alargados. Marchamos por senderos de tierra amarilla a través de los campos. En ocasiones, las mujeres que trabajaban la tierra se erguían y se frotaban la espalda a nuestro paso. Unos jóvenes campesinos, sentados perezosamente en unos carros tirados por caballos, nos lanzaron unas cuantas miradas al tiempo que se llevaban a la boca unas semillas de girasol tostadas. El conductor agitó la fusta con estrépito y gritó: «Jia, Jia». Los caballos orinaron y soltaron estiércol al pasar por nuestro lado.

El sol apretaba mucho al mediodía, y ya estaba sudando antes de llegar a los campos de trigo. Pero no me limpiaba el sudor. Hasta ese punto deseaba ser una estudiante modelo en los campos. Para mí, el Xue Nong era un reto. Unos días antes habíamos ido a otra Comuna Popular para ayudar a segar el trigo. Yo no podía empuñar el gigantesco Lian Dao, la guadaña curva para segar, y mucho menos cortar nada con él. Los campesinos que trabajaban no me querían por allí, decían que no hacía más que estorbar. Mis compañeros de clase se reían a mi costa mientras blandían hábilmente el Lian Dao delante de mí.

Aquel día habíamos ido a un campo donde el trigo ya había sido cosechado. Nuestro trabajo consistía en recoger los restos de trigo que se les habían caído a los campesinos. La profesora desplegó a los alumnos de manera que cada uno cubriera un radio de dos metros. Entonces toda la línea avanzaba a la vez. Yo recogí con toda la rapidez de la que fui capaz, con los ojos abiertos de par en par por miedo a que se me pasara por alto un solo pedacito. Al final de la jornada, con los ojos más secos que un desierto, continuaba siendo la última. Mientras que mis compañeros de clase ya

habían llegado al final del campo, yo aún seguía recogiendo bajo el sol ardiente. Mi madre suspiró al cuidar de mis manos y brazos ensangrentados, llenos de pinchazos del afilado rastrojo. Durante los tres años siguientes, siempre fui la última en las clases del Xiao Nong. Los profesores me ponían mala nota y me advertían que tenía tendencia a ser una «asquerosa princesa capitalista».

Había otra parte del programa «Aprender de los campesinos», el Kang Shuang o combatir el hielo, que era mucho más física de lo que incluso algunos de los hijos de campesinos podían soportar. El otoño es corto en Pekín. Podía ocurrir que el invierno, y por tanto las heladas, llegara de prisa y sin avisar. El hielo era especialmente dañino para las coles si se dejaban en los campos. Así pues, el Kang Shuang se convertía en el trabajo y la prioridad de todo el mundo. Cuando se producía la primera helada se reunía rápidamente a los oficinistas y escolares para que ayudaran a recoger y trasladar las coles al lugar de almacenamiento.

Una mañana de helada en Pekín podía llegar a ser muy fría y oscura. Cuando llegábamos a los campos de coles había mucha gente que ya estaba atareada. Las lámparas de aceite se encendían y se colocaban en altas columnas en los campos. Los campesinos encargados de la supervisión agitaban sus lámparas de aceite y gritaba a la gente que se diera más prisa. En uno de aquellos días, mis compañeros de clase y yo nos colocábamos en fila para coger las coles que nos ponían en los brazos y luego nos las llevábamos para que las almacenaran bajo plástico.

—¿De verdad puedes llevar tres? —me preguntó el campesino.

—Sí —insistí. Tenía muchas ganas de demostrar que era tan buena como cualquier hijo de campesino.

—Con dos es suficiente. Ni siquiera llevas guantes —replicó él al tiempo que colocaba dos grandes coles en mis brazos extendidos.

Estaban heladas. En cuanto empecé a andar noté inmediatamente que las manos perdían toda sensibilidad. Aquella mañana, mi madre se había olvidado de darme los guantes de invierno, aunque de todas formas no habrían sido de ayuda porque no eran impermeables. Las hojas inferiores se descongelaron en seguida y el agua me iba empapando las mangas.

A mi espalda, mi profesora gritó: «Ve corriendo. El tiempo es oro».

Los campesinos que agitaban las lámparas de aceite también gritaban: «Corre, corre» y «más deprisa, más deprisa».

Yo corría todo lo que podía mientras intentaba no caerme en la oscuridad. A lo lejos, las llamas de las lámparas de aceite brillaban, como unos ojos cansados que intentaran permanecer despiertos. Los campesinos apilaban las coles en grandes montones que luego envolvían con unas cubiertas de plástico. La humedad del aire no tardó en atravesar mi abrigo acolchado. Notaba que cada vez se me pegaban más los pantalones. Tenía el cabello mojado y probablemente helado. Ya no sentía las manos. En cuanto dejé las coles, me limpié la nariz, que me goteaba, con las mangas. La respiración me había reblandecido la punta, que muy pronto se me puso roja e irritada.

Al día siguiente tenía mucha fiebre. Muchos de mis compañeros de clase también estaban enfermos. Mientras permanecía en la cama reponiéndome de mi enfermedad, la radio emitía historias heroicas del Kang Shuang y de los magníficos resultados que se habían obtenido. Se salvaron miles de jin (medio kilo) de coles en tal o cual Comuna Popular; de modo que se había salvado nuestra dieta invernal.

Como no era hija de campesinos, mis compañeros de clase me llamaban «carita blanca», una imagen sacada de la ópera china tradicional que aludía al chivato astuto e inteligente que vivía a costa del campesinado rojo. A mis compañeros de clase les daba igual que mis dos progenitores fueran miembros del Partido Comunista. Al fin y al cabo, sólo tenían diez años; aprendieron a odiar porque así se lo dijeron: mis padres eran intelectuales y, por tanto, mi sangre no era tan roja como la suya. Tardé años en perdonarlos y en aceptar que no eran sino niños inocentes que trataban de jugar a un juego de adultos. Lamentablemente, a veces la inocencia también puede ser mortal.

Empezó una mañana de invierno, cuando llegué a clase. Vi que algunos niños ya estaban sentados en sus asientos; parecían estar de buen humor. Como siempre, mantuve la cabeza gacha y me senté en el pupitre sin decir nada. Saqué todos los libros de mi bolsa y empecé a ponerlos en el pupitre, pero no entraban. Miré en su interior y vi que estaba repleto de cenizas. Los chicos que había sentados detrás de mí se rieron con regocijo.

No me volví ni alcé la cabeza. Aunque la mente me decía que hiciera caso omiso de sus risas y cuchicheos, agucé el oído para enterarme de lo que decían. Cada vez iban llegando más compañeros de clase. Cada vez había más risas y más cuchicheos.

—Se lo merece —certificó una voz de chica.

—Y ahora a ver qué hace —dijo otra voz, a lo que siguieron unas risas alborozadas.

No sabía qué hacer y me puse los libros en el regazo.

Sonó el timbre y entró nuestro profesor de ciencias, un joven musculoso de veintitantos años. Inmediatamente el delegado de curso gritó: «¡En pie!».

Pero yo, con todos los libros en el regazo, no podía levantarme.

El profesor se acercó a mí y me miró fijamente a la cara.

—¿Por qué no te pones en pie?

Todo el dolor y las lágrimas que con tanto esfuerzo había tratado de contener fluyeron a la vez. Los lagrimones mojaron mis libros cuidadosamente apilados.

—¿Qué ocurre? —me preguntó en tono suave tras acercarse más.

El llanto me impedía hablar, miré el pupitre y cayeron más lágrimas.

—¿Alguien quiere decirme qué está pasando? —dijo el profesor con severidad dirigiéndose al resto de la clase.

En el aula sólo se oían mis sollozos.

Tras lo que pareció una eternidad, una vocecita casi imperceptible dijo: «Alguien le ha puesto carbón en el pupitre».

El profesor dio la vuelta y vio por sí mismo la mesa llena de carbón quemado.

—¿Quién ha hecho esto? —gritó—. ¿Quién? —se estaba poniendo colorado—. Pequeños bastardos. Será mejor que confeséis. Si descubro quién ha sido, lo vais a pagar. Lo vais a pagar muy caro. No creáis que no lo descubriré... y cuando lo haga, lo lamentaréis. ¡Si creéis que podéis hacer algo así bajo mi vigilancia, estáis muy equivocados! —Sus gritos se convirtieron en alaridos y la cara se le puso más roja—. Y ahora, ¿quién va a ayudarme a limpiar el pupitre?

Se acercó un chico campesino de complexión robusta. Entre los dos se llevaron el pupitre afuera y tiraron las cenizas en el patio. Mientras estaban



fuera noté la mirada de todos mis compañeros de clase fija en la espalda y oí unos quedos cuchicheos. Sabía que la mayoría estaba disfrutando con aquello. Me senté en la silla sintiéndome humillada. Pero sólo me odiaba a mí misma. Pensaba que ojalá fuera más fuerte, lo suficiente como para defenderme. En mi cabeza, una voz fuerte, con el tono de mi madre, me dijo que dejara de llorar. Me mordí los labios y apreté los puños con fuerza para que las lágrimas cesaran, pero sin éxito.

A partir de aquel día me pusieron en la primera fila y allí me senté durante los tres años siguientes. No obstante, las cenizas no dejaron de aparecer en mi pupitre; sin embargo, yo ya no lloré más ni les dije nada a los profesores. Un día, cuando entré en el aula y me encontré más cenizas en la mesa, me limité a volcar el pupitre y las tiré en la parte anterior de la clase. Cuando el profesor de geología preguntó qué pasaba, yo miré fijamente hacia delante y no dije ni una palabra.

Y entonces se terminaron las cenizas. Quizá cuando dejé de demostrar lo mucho que me importaba dejó de ser divertido para los perpetradores. Pero el campo de batalla se trasladó entonces fuera de la escuela, donde se me podía infligir mayor sufrimiento.

Yo siempre había tomado parte en las actividades extraescolares. Durante algún tiempo participé activamente en el grupo de danza de la escuela, que llegó a ganar premios en competiciones por Pekín. Incluso interpreté un papelito en una película propagandística. Por lo común, los ensayos del grupo de danza eran difíciles e interminables. Dos bailarines profesionales del Grupo Cultural de Canto y Danza venían periódicamente a dar lecciones.

Después de los ensayos recorría la calle principal del pueblo con la bolsa del colegio colgando del hombro y a veces recogía algunas especias para mamá. El estrecho camino de tierra estaba bordeado de largos muros y casas de barro a ambos lados.

—¿Adónde vas, carita blanca?

Apareció un rostro por encima de una de las casas de barro.

Me asusté. Al levantar la mirada vi a una pandilla de niños, adolescentes en su mayoría, sentados en lo alto de las paredes de barro. Reconocí a dos niños más pequeños que iban a mi misma escuela.

Me volví y, sin mediar palabra, empecé a alejarme caminando más deprisa.

—¿Te crees mejor que nosotros, no es cierto? —gritó el chico mayor—. ¡Bah! Mírate, con esa camisa y esas manos blancas... ¡Carita blanca capitalista!

Seguí andando. De pronto, una cosa dura me dio en la espalda y me hizo avanzar dando traspiés. Cuando me di la vuelta para ver lo que había ocurrido, me arrojaron otra piedra que me dio en el brazo izquierdo. Noté una sensación punzante y vi que me salía sangre del codo.

Eché a correr. Las piedras siguieron viniéndoseme encima, seguidas por fuertes risas.

A mi madre casi se le saltaron las lágrimas al limpiarme las heridas. Yo me senté en mi pequeño taburete mientras mi madre se arrodillaba junto a mí con una toalla húmeda y caliente. En el suelo, la camisa blanca, entonces manchada de sangre, flotaba en un cubo de agua y la sangre empezaba a disolverse lentamente.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Quiénes eran esos chicos malos? —preguntó mamá.

—No lo sé. Al mayor lo he visto por el pueblo, pero no sé quién es. No es un alumno de la escuela.

Mamá me puso un poco de yodo en la herida y dijo:

—Esto te va a doler, pero te irá bien. La herida empezará a curarse en seguida. Y mañana iré a hablar con el director y averiguaré quiénes eran esos chicos malos.

Mientras mi madre y la escuela intentaban identificar a los implicados, los ataques continuaron. No importaba lo tarde que me fuera de la escuela, la pandilla parecía estar siempre esperándome en el múrete de barro. La situación de los cortes y moretones iba cambiando en función del lugar donde me daban las piedras. A veces, justo cuando se me había hecho costra en una vieja herida, otra piedra la volvía a abrir. A medida que el tiempo se hacía más caluroso y moscas y mosquitos se multiplicaban, se me empezaron a infectar las heridas. El pus espeso y amarillo salía por debajo de la nueva costra y formaba otra. De modo que a veces tenía un codo tan grueso que no podía doblar ni tapan con la camisa.

Mi hermana regresó de casa de mis abuelos para vivir con nosotros y, al mes de enero siguiente, con cinco años, tuvo edad para entrar en la misma escuela primaria que yo. Pronto resultó obvio que era mi hermana y empezaron a acosarla a ella también. Podría haber soportado más abusos por parte de mis compañeros de colegio, pero no podía ver cómo empujaban a mi hermana al arroyo cuando volvía a casa o le llamaban de todo simplemente por ser de mi familia. A veces hasta venían a casa para meterse con ella.

Un día estaba en mi habitación haciendo los deberes cuando oí gritar a mi hermana pidiendo ayuda. Me asomé por la ventana y vi que un grupo de matones de la escuela la estaba intimidando en el patio. Los matones le sacaban una cabeza a mi hermanita y hacían dos como ella. La empujaban de uno a otro y luego le gritaban: «¿Tratas de pegarme?». Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, volvían a empujarla. Caía al suelo y con cada caída lloraba más fuerte. Se me subió la sangre a la cabeza. Cogí un cuchillo grande de cortar sandía y empecé a bajar las escaleras corriendo. Apenas sabía lo que hacía. Lo único que sabía era que no soportaba lo que le estaba pasando a mi hermana y quería ponerle fin. Un vecino me oyó gritar y salió. Me detuvo en las escaleras cuando vio el cuchillo y me preguntó qué iba a hacer con él. Cuando al final salí, gritando, chillando y llorando, acompañada por el vecino, los matones ya se habían ido. Mi magullada hermanita se quedó de pie junto a su cuerda de saltar, sollozando.

Finalmente mi madre dio con el jefe de la pandilla, un alumno de enseñanza media que había abandonado los estudios y vivía con su abuelo en las afueras del pueblo. Como no era alumno de la escuela primaria, los profesores no podían hacer nada. El comité del Partido de la Comuna Popular a la que pertenecía su abuelo no quiso involucrarse. Como el chico tenía un largo historial de violencia, le dijeron a mi madre que fuera a la policía en vez de tratar el asunto con ellos.

—Lo hemos intentado, créame, camarada Kang —le dijeron a mamá—. Es un tigre que ha crecido demasiado para esta montaña.

La policía se rio de mi madre cuando ella fue a verles.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Ha muerto alguien? Tenemos un montón de trabajo cada día deteniendo a contrarrevolucionarios, ¿y usted nos pide que investiguemos las intimidaciones que se dan en el colegio?

Puede que el acoso en la escuela sea un pequeño delito para la policía, pero es un gran cuchillo clavado en el corazón de una madre. Desesperada, mi madre me llevó a ver al abuelo del chico con la esperanza de que una charla entre adultos pudiera evitar que nos hiciera daño a mi hermana y a mí.

Una nublada tarde, mi madre y yo recorrimos el sendero enlodado hacia el extremo del pueblo. Allí las cabañas bajas de los campesinos parecían estar en peligro de derrumbarse en cualquier momento. Unos niños pequeños con el trasero al aire jugaban juntos con la tierra. Unas ancianas, en cuclillas frente a las cabañas, se llevaban a la boca semillas de girasol tostadas, las partían ruidosamente y luego escupían las cascaras haciendo girar la lengua.

Había una cabaña inclinada hacia el campo de al lado que olía a estiércol y excrementos humanos. Mi madre llamó a una puerta que apenas se tenía en pie. Contestó una voz de anciano. Mi madre empujó la puerta lentamente y, cuando ésta se abrió, la luz de media tarde inundó la oscura estancia.

De la mano de mi madre, vi ante mí al hombre más viejo que había visto nunca. Estaba sentado en el rincón oscuro; debajo de él, los troncos de maíz secos que le hacían de cama. El interior de la cabaña olía exactamente igual que la inmundicia del exterior. El anciano entrecerró los párpados para intentar distinguir quién había entrado en su casa.

Mi madre se acercó al anciano y, al ver que no había más mobiliario, se quedó de pie frente a él y le explicó el propósito de su visita.

—Ese bastardo inútil. Nos ha buscado la vergüenza a toda la familia. Debe de ser el maleficio de nuestros antepasados. Estamos pagando los pecados de nuestros antecesores. A su difunta y pobre madre la llevó a la tumba. ¿Sabe que él la llevó a la tumba? —El anciano asentía con la cabeza como para demostrar que estaba convencido de ello—. Nunca fue un buen estudiante, tuvo que repetir dos años en la escuela primaria. Luego lo expulsaron de la escuela media por pelearse. Catorce años, no tiene adónde

ir y nadie lo quiere. ¿Qué hicieron nuestros antepasados? Su difunta y pobre madre...

El viejo suspiró.

—Abuelo, por favor, ¿puede decirle que deje de atacar a mi hija? Ella no le ha hecho daño a nadie —le suplicó mi madre.

—Estoy medio ciego y no soy de mucha utilidad en la Comuna Popular ni en ningún otro sitio. Al menos mi nieto me trae agua a casa y me echa una mano cuando está por aquí. Ya no me escucha, si es que lo hizo alguna vez. Su difunta y pobre madre se rompió la lengua tratando de enmendar al chico. ¿Qué puedo hacer yo, compañera? Los pecados de nuestros antepasados... Su difunta y pobre madre... —no dejaba de repetir el anciano.

Mi madre me tomó de la mano y nos fuimos. Las nubes se habían hecho más densas y parecía que iba a llover.

Durante años detesté la escuela. Aborrecía todos los santos días que tenía que pasar allí y, lo que es más, odiaba volver a casa. Antes de terminar el día recogía todos mis libros en silencio. Era como un soldado a la espera de una orden o como un velocista que aguarda el pistoletazo de salida. En cuanto sonaba el timbre, me levantaba de la silla de un salto y salía corriendo del aula. Corría de la misma manera en que vuela un pájaro. Luchaba por ser libre. Corría lo más rápido que podía bajo la lluvia torrencial, el viento huracanado o la nieve espesa. Era la única manera de poder escapar a los ataques: salir de Dayouzhuang antes de que los matones hubieran tenido tiempo de prepararse para mí. Más adelante, en el instituto y la universidad, mis entrenadores quedaron sumamente impresionados por mi capacidad para las carreras de larga distancia. El entrenador del instituto, al verme correr por primera vez en competición, dijo: «Tienes mucho talento. Eres una medallista de oro nata». Desgraciadamente no fue mi talento, sino mi deseo de escapar lo que me convirtió en una buena atleta. En mi escuela había otras dos hijas de intelectuales que sufrían abusos similares, aunque no tan terribles, por parte de la pandilla. Creo que tal vez me eligieron a mí porque en mi casa no había ni un padre ni un hermano que me protegiera.

En casa siempre se estaba caliente. Cada día, al volver de la escuela, encendía la cocina, ponía la olla de las gachas y luego me sentaba en el escritorio a hacer los deberes. Pasarían otras dos horas antes de que mi madre volviese a casa. Al otro lado de la ventana veía jugar a los niños en el patio. Pero nunca me unía a ellos. El mundo era muy frío allí afuera.

Odiaba a mis profesores, puesto que, por mucho que me compadecieran, no me ayudaban. Odiaba a mi madre, que parecía demasiado débil para protegerme; y a quien más odiaba era a mi padre. De no ser por las fotografías del álbum, me habría olvidado de su aspecto. Cada año aparecía durante unos días y luego me dejaba sola contra el mundo entero. Cuando lo necesitaba para que me acompañara al salir de la escuela, para que me ayudase a plantarles cara a los malvados a los que me enfrentaba, para tranquilizarme, darme esperanzas y fe de que en algún lugar, algún día, el sol me alumbraría, él no estaba allí. Yo sentía que me enfrentaba al mundo sola y, hasta cierto punto, esa sensación siempre ha permanecido conmigo.

Cuando en 1976 a mi padre finalmente le concedieron permiso para trasladarse a Pekín, se pintaron las paredes, se lavaron las cortinas y se cambió la disposición de los muebles. Cuando salíamos, tanto vecinos como amigos y conocidos le preguntaban a mi madre sobre las noticias que le habían llegado.

—¿Lao Liang va a venir pronto?

—Sí, en julio —respondía mi madre, radiante.

—Estupendo. Podrás contar con alguien —decían, como si mi madre no se las hubiera arreglado sola para criar a dos hijas y tener una profesión durante casi diez años. Hacía doce años, justo después de graduarse en la universidad, peinada con dos coletas, la llamaban Xiao Kang, Pequeña Kang. Ahora, en su madurez, con dos hijas y bolsas bajo los ojos, la gente la saludaba respetuosamente como Lao Kang, la Vieja Kang.

Pero a mi madre no le importaba. Sencillamente era feliz y esperaba ansiosa la reunión de su familia. Yo me alegraba por ella y también por mí, porque entonces creía que había alguien que podría poner fin al acoso.

La noche en que llegó mi padre fue mágica, pero quedó ensombrecida por lo que ocurrió a la mañana siguiente. Me desperté y lo vi gritando

encima de mi cabeza: «¡Despierta! ¡Despierta!». En cuanto abrí los ojos, mi padre me sacó de la cama y me sacó de la habitación a toda prisa.

Por encima de nosotros el techo temblaba, la pintura y el enlucido se caían, las bombillas se resquebrajaban, había cristales rotos por todas partes. En el pasillo resonó un fuerte estrépito de cazos y ollas que se caían y a los que la gente daba patadas al salir, dirigiéndose a todo correr hacia las escaleras. Por todas partes la gente gritaba aterrorizada: «¡Un terremoto! ¡Un terremoto!».

Fuera, a unos quince metros de distancia, se hallaban la mayoría de nuestros vecinos y mi madre con mi hermana en los brazos. «¡Wei!». Mamá agitó la mano como una loca cuando nos vio salir del edificio. Corrí hacia ella inmediatamente. Dejó a mi hermana en el suelo y me abrazó con fuerza, como si no fuera a soltarme nunca más.

El cielo siguió dando vueltas y el suelo temblando. Unos fuertes crujidos provenientes del centro de la tierra provocaron el miedo en todas y cada una de las personas que se encontraban en el patio. El patio estaba rodeado por todos lados por edificios de tres pisos que podían derrumbarse en cualquier momento. Algunas ventanas estaban hechas añicos. De vez en cuando, unas luces brillantes destellaban en el cielo, la gente se apretujó más y se preguntaba dónde ardía el fuego.

Cuando disminuyó el ritmo de las réplicas, la gente volvió a entrar y sacó sillas y mantas. El 18 de julio de 1976, la reunión de mi familia empezó mientras estábamos sentados en nuestras sillas y acurrucados bajo las mantas. Juntos, dimos la bienvenida al amanecer del nuevo día.

El terremoto, que alcanzó los 7,8 grados en la escala de Richter, tuvo lugar a las 3.42 de la madrugada. Sacudió Pekín y sumió en el caos a la capital, pero se centró en Tangshan, una ciudad situada a 200 kilómetros al este de Pekín, famosa por su porcelana y su carbón. Arrasó por entero Tangshan y en cuestión de minutos dejó enterrados bajo los escombros a un cuarto de millón de sus residentes.

En cuanto despuntó el día, el cielo se cubrió de nubes y empezó a llover. La lluvia cayó torrencial e interminablemente. El miedo a las réplicas hizo que todo el mundo se quedara fuera. Al igual que los demás, mis padres ataron un gran trozo de plástico encima de cuatro cañas de bambú e

hicieron un tejado. También armaron nuestra cama plegable de viaje bajo el plástico para que mi hermana y yo pudiéramos dormir un poco. Pero, a medida que la lluvia caía con más fuerza, nuestra pequeña tienda se fue haciendo bastante inestable. El agua no tardó en empezar a entrar por las grietas de los bordes, el suelo se embarró más y las sábanas se fueron empapando.

Vivimos fuera durante un mes. En ese tiempo mis padres sacaron dinero de sus ahorros para comprar un plástico más grande y duro, y nuestra tienda creció de tamaño. En cuanto cesó la lluvia, el sol salió y no dejó de brillar en dos semanas. Durante el día, la temperatura en el interior de nuestra tienda de plástico podía llegar a los cuarenta grados centígrados. Luego, por la noche, los mosquitos entraban a centenares hasta por el agujero más pequeño.

En medio de toda aquella locura y caos, me enteré de que una buena amiga, Dong Nian, había perdido a sus progenitores en el terremoto. Sus padres eran colegas de mi madre, que había estado trabajando en Tangshan el año anterior. Iban a marcharse a casa y ya estaban alojados en un hotel cuando ocurrió el terremoto. Días después del sismo, a Dong Nian, de once años, y a su hermana, de quince, les dijeron que el hotel donde se alojaban sus padres había quedado arrasado y no había ninguna posibilidad de que hubieran sobrevivido. Dong Nian y su hermana se quedaron huérfanas de la noche a la mañana. Nunca se recuperaron los cuerpos de sus padres. Durante años, cada vez que la veía no podía evitar pensar en el día en que me enteré de la noticia, y a menudo pensaba en cómo debió de cambiar su vida en aquel momento. Pero nunca me atreví a mencionarle a sus padres. Veinte años después la vi jugando al sol con su hijo. Parecía feliz y contenta y aun así, en su sonrisa, creí notar la misma sombra que había estado allí durante los últimos veinte años.

Se reanudaron las clases, pero nada volvió a ser normal. Como la estructura de la vieja escuela había sufrido daños durante el terremoto, estuvimos más de dos semanas dando clase fuera. Al final, en septiembre, llegó el momento de volver al reforzado edificio de la escuela y al acontecimiento que cambió China, y nuestras vidas, para siempre.



La mañana del 9 de septiembre de 1976, las tres emisoras de radio (Central Uno, Central Dos y Pekín) no dejaron de difundir que habría un comunicado importante a las 4 de la tarde. Todo el mundo se preguntaba qué podría ser. Nos reunieron en el aula para escuchar la transmisión.

Primero, una música fúnebre sonó una y otra vez en las tres emisoras de radio. Después, a la hora en punto, las noticias anunciaron: «El presidente del Comité Central del Partido Comunista Chino, fundador y líder de la República Popular de China, Mao Zedong, falleció a las doce y diez de la madrugada del 9 de septiembre de 1976».

Hacia algún tiempo que Mao no estaba bien y aquel año ya había sufrido un par de ataques al corazón. Al final, el 2 de septiembre, otro infarto masivo resultó insuperable para aquel hombre de ochenta y tres años. El gobernante de una cuarta parte de la población mundial y de un país más vasto que Europa entera murió al cabo de siete días.

De camino a casa pensé en lo que había dicho nuestra profesora. Nos contó que el presidente Mao nos había amado y que debíamos estar tristes y llorar su muerte. Me dije a mí misma que tenía que llorar por tan gran hombre, el líder que había rescatado a China de la humillación por parte de las potencias extranjeras. Una música triste resonaba por todos los rincones, y a pesar del amor que nos enseñaron a tenerle al gran presidente Mao, no lloré.

Mis padres y sus colegas estaban de un humor sombrío. Las cuadrillas habían organizado ceremonias masivas para llorar la muerte de Mao. Pero el nivel de emoción no era el que se tiene por la defunción de un ser querido. Con la muerte de Mao, la gente se sintió como si le hubieran quitado un apoyo, habían perdido a una persona de la que habían dependido durante los últimos veintisiete años y, con ella, la seguridad. Durante todas sus vidas, Mao había dictado su suerte y el destino de China. Entonces, con su desaparición, la gente tenía dudas y se preocupaba por el futuro de China y por cómo podrían verse afectados personalmente.

Durante las dos semanas siguientes, todo el país estuvo de luto. Las visitas organizadas para dar el último adiós provocaron interminables colas de gente en la Gran Sala del Pueblo, donde yacía el cuerpo de Mao debajo de una bandera del Partido Comunista. Se celebraron ceremonias funerarias

en todas las cuadrillas del país para conmemorar las grandes acciones de un gran hombre y dar gracias por ellas. Los artículos de los periódicos enumeraban una y otra vez los grandes logros de Mao, tales como que China se convirtiera en miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y en una potencia nuclear.

Para entonces se me consideraba una alumna modelo en la escuela, de modo que me nombraron locutora para el sistema de megafonía. Así pues, mi trabajo consistía en releer el discurso conmemorativo de las exequias del 18 de septiembre. Antes de salir por antena había practicado con mi madre y un gran número de veces yo sola, para poder leerlo de un modo lo más adecuado y profesional posible. Segura de mí misma y con un talante tranquilo, aquel día empecé mi emisión.

En cierto momento de la transmisión empecé a reírme. Tal vez fuera el contraste entre mi seriedad y la despreocupación de las demás personas que había en la habitación o que la constante práctica me hubiera hartado de mi propia voz, el caso es que no podía parar de reír. El supervisor quedó aterrado y me sacó de la sala de emisiones inmediatamente.

—¿Qué te pasa? —bramó.

Seguí riéndome, me caían lágrimas de los ojos y apenas podía mantener la espalda erguida.

—¡Vuelve a clase! —gritó, y de un empujón me echó de la estancia.

Hasta la fecha no he podido explicar por qué hice aquello. Fue una de esas cosas raras. Por fortuna, no me castigaron por tener tendencias contrarrevolucionarias. Sencillamente me echaron.

Apenas un mes después de la muerte de Mao llegaron noticias del arresto de la «Banda de los Cuatro». Se le dijo al país que después de que Mao Zedong muriera, la señora Mao y tres de sus aliados habían estado conspirando para derrocar al Comité Central del Partido y a Hua Guofeng, primer ministro de China y el heredero elegido por Mao. Primero, tres de los aliados de la señora Mao —Wang Hongwen, Zhang Chunqiao y Yao Wenyan— fueron arrestados en la Gran Sala del Pueblo. Al cabo de una hora, la viuda de Mao fue arrestada en su residencia de Zhongnanhai.

Inmediatamente tuvieron lugar manifestaciones masivas en la plaza de Tiananmen para celebrar las noticias. El resto del país siguió el ejemplo.

Mis padres participaron en las celebraciones con alegría. «A partir de ahora todo irá bien. ¡Vienen tiempos mejores!», decían. La Banda de los Cuatro, que había sido la responsable de muchas atrocidades durante la Revolución Cultural, fue juzgada más adelante y condenada a quince años de prisión. En 1995, la señora Mao se suicidó en su celda.

La Revolución Cultural, que había arruinado la vida de millones de chinos durante los últimos diez años, finalmente había terminado.

## Capítulo 3: Amor

«Búscalo mil veces, date la vuelta, está de pie,  
solo, bajo la luz brumosa».

Xi Qi Yi, siglo IX

Inmediatamente después de la muerte de Mao tuvieron lugar unos cambios dramáticos. Deng Xiaoping volvió al poder a principios de 1977. Hua Guofeng, el sucesor elegido por Mao, pronto fue relegado a una posición más baja en la jerarquía del Partido. Resurgió la vieja guardia, que había sufrido enormemente durante la Revolución Cultural. Volvieron a establecerse los sistemas educativos tradicionales y se reabrieron las universidades. Millones de jóvenes expulsados, que ahora eran adultos, estaban casados y tenían hijos, con los sueños hechos trizas y la espalda doblada, regresaron a casa buscando desesperadamente un trabajo.

Parte del esfuerzo para restablecer la normalidad en el país incluyó la reapertura, en 1978, de cuatro internados de élite en Pekín. Estas cuatro escuelas alojaban a los 800 mejores alumnos de entre los 300 000 que habían terminado la escuela primaria. Saqué una de las puntuaciones más altas en el examen de ingreso y me convertí en una de las primeras internas de la Escuela Media Número 174 (que más adelante recibió el nombre de Escuela de la Universidad Popular). Aquel mismo año, Estados Unidos y China establecieron relaciones diplomáticas. China se abrió al resto del mundo tras treinta años de aislamiento.

Al igual que al resto del país, se me ofreció una nueva actitud hacia la vida. Mientras que la generación anterior pasó la mayor parte de sus años escolares haciendo la revolución y los mejores años de su edad adulta en las

Comunas Populares, a mí en la escuela se me permitió estudiar y aprender lenguas extranjeras y, cuando me gradué en el instituto, ir a la universidad.

Tras el fin de la Revolución Cultural, pasaron diez años rápidamente. Cuando estaba a punto de cumplir los veinte era delgada, de ojos brillantes, con un largo cabello negro y unas cuantas pecas en la cara. Y era mi segundo año en la Universidad de Pekín, donde estudiaba psicología. Corría el año 1986, Top Gun era la película de más éxito en Estados Unidos, el reactor nuclear de Chernobyl se accidentó en Ucrania y conocí a Dong Yi.

Había roto con mi novio de primer año, Yang Tao. Yang Tao era políticamente ambicioso, una persona que iba por el camino rápido y que, antes de pasar un año en el extranjero, había ascendido hasta convertirse en presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios de Pekín, patrocinada por el gobierno. Por aquel entonces su temperamento dominante me acobardaba, y me alegré mucho de que se fuera al extranjero para cursar su último año en la universidad. Puse fin a nuestra relación poco después de que abandonara China.

Estaba libre de preocupaciones, inmersa en mis estudios y sin expectativas de conocer a nadie más en aquella época. Pasaba mucho tiempo libre sola, leyendo y escribiendo en el lago Weiming —el Lago sin nombre— en el centro del campus de la Universidad de Pekín. El nombre del lago está sacado de un poema anónimo:

*«Aunque aún no tiene nombre  
porque el mañana es eterno  
porque ya llegará el día».*

El lago estaba rodeado de verdes colinas, edificios con el característico tejado en voladizo, sauces llorones y una tradicional torre china de cuarenta metros de altura: la pagoda. Era particularmente hermoso por la noche, cuando la luz de la luna se mecía en el agua, los enamorados paseaban por los senderos de piedra alrededor del lago y los ruiseñores cantaban en los

fragantes bosques. Muchos poetas habían declarado que era uno de los lugares más románticos de la ciudad.

Me enamoré del lago cuando fui a visitar el campus a los diecisiete años. La Universidad de Pekín era la mejor de China (como Harvard o Yale en Estados Unidos, o como Oxford o Cambridge en el Reino Unido) y, naturalmente, la primera elección de todos los bachilleres seguros de sí mismos. Por desgracia, en aquella época yo no tenía confianza. Pero en cuanto vi el lago supe dónde se hallaba mi destino. Durante los cuatro años que pasé en la Universidad de Pekín fui allí a menudo con mis libros. Sentada junto al lago, siempre fui la persona que quería ser: una escritora y una amante.

La tarde en que iba a cambiar mi vida yo volvía del lago en bicicleta y me dirigía a la residencia de estudiantes. El fragante aroma de las flores de primavera inundaba el aire. Una suave brisa me levantaba el largo cabello suelto. Al pasar junto a la biblioteca vi que se había reunido una multitud frente a la entrada este, al pie de la estatua de Mao Zedong de dos pisos de altura. La biblioteca se había terminado hacía poco, pero la estatua de Mao había estado allí desde antes de que yo naciera. En aquella imagen, nuestro desmesurado líder era de mediana edad, vestía su distintiva chaqueta y se tocaba con una gorra del Ejército de Liberación Popular. Tenía el brazo alzado como para saludar a todo el que pasara. Nos miraba con su sonrisa paternal, que era suficiente para dar escalofríos a cualquiera. Era muy real, pero Mao había muerto a los ochenta y tres años, diez años antes.

Cada miércoles por la tarde se convocaba un Rincón Inglés al pie de la estatua. Estudiantes chinos y occidentales acudían allí para hablar entre ellos en inglés. El Rincón Inglés era un fenómeno que había comenzado un par de años atrás, en una esquina del Jardín del Bambú Púrpura, uno de los parques de Pekín, cuando algunos estudiantes chinos empezaron a encontrarse con occidentales cada domingo para practicar el inglés. Por aquel entonces, China tenía una semana laboral de seis días y el domingo era el único día de fin de semana. Las reuniones informales fueron creciendo gradualmente. Cientos de personas acudían al Rincón Inglés, muchas de ellas desde kilómetros de distancia. Cuando el Rincón se convirtió en un lugar demasiado concurrido, la gente inició sus propios

Rincones Ingleses en otras partes de la ciudad, en cualquier espacio que podían encontrar, en parques comunitarios o bajo las antiguas murallas de la ciudad. Pronto todas las universidades de Pekín tuvieron su propio Rincón Inglés.

Había pasado por delante del Rincón del campus muchas veces, sin participar porque mi inglés no era bueno. Pero aquella tarde me sentía más valiente de lo habitual e impulsivamente decidí detenerme. Apoyé la bicicleta en la verja del césped y entré sin querer en algunas conversaciones en curso. Durante media hora fui pasando de una conversación a otra sin entender de qué se hablaba y preguntándome si no debería irme. Entonces, un joven de hombros fornidos y un par de grandes ojos muy hundidos en el rostro me pidió, en un inglés fluido, que me uniera a su grupo. Cuando se dio cuenta de que mi inglés no era del nivel necesario, se esforzó por hablar más despacio, repitiendo una y otra vez sus palabras y aguardando pacientemente mi respuesta. Los demás se impacientaron y se marcharon.

—¿Te sentirías más cómoda hablando en chino? —preguntó amablemente cuando ya sólo quedábamos nosotros dos. Asentí con la cabeza. Nos alejamos de la multitud.

—Es la primera vez que vienes a un Rincón Inglés, ¿no?

—¿Tan evidente es? —dije.

—No. —Sonrió—. Yo vengo cada semana. No te había visto nunca. No, tu inglés no es espantoso. Sólo te hace falta un poco más de práctica. Entonces te sentirás más cómoda.

Su inglés era muy bueno y así se lo dije, y le pregunté cómo se las había arreglado para tener un nivel tan avanzado.

—Más que nada es cuestión de práctica. Además, necesito mejorar mi inglés si quiero obtener una buena puntuación en el TOFFLE y el GRE.

Sabía que el TOFFLE era un examen de inglés como segundo idioma que todas las universidades de Estados Unidos exigían a los aspirantes de habla no inglesa. Pero nunca había oído hablar del GRE, que, según me explicó, era un examen de ingreso para unos cursos de posgrado en Estados Unidos.

—Me presento para los programas de doctorado en física cuántica, mi especialidad.

Así fue como conocí a Ning, un licenciado en física y uno de los primeros que me encontré del cada vez mayor número de estudiantes que se estaban preparando para abandonar China para ir a estudiar y hacer su vida en el extranjero. Ning era inteligente (registró una patente mundial a los veintitrés años) y una buena persona. Un día su generosidad me ayudaría en el momento en que más lo necesitaba. Después de conocernos venía a visitarme casi cada día. Leía los libros que yo estaba leyendo y me traía poesía. Cuando nos fuimos viendo más a menudo, percibí en él una especie de inquietud, siempre agitaba la mano o daba golpecitos con el pie al hablar. Parecía incapaz de tolerar el silencio y siempre necesitaba estar de un lado para otro. Ning no tardó en decirme que estaba enamorado de mí. Yo podría haberme enamorado de él, pero el amor es una cosa rara. A veces interviene el destino y dicta a quién amamos y cuándo.

Al cabo de unas tres semanas de conocer a Ning, fui a visitarle a su residencia de estudiantes. Me abrió la puerta un compañero de habitación y dijo que Ning no estaba, pero que no podía tardar en volver y que si quería, podía esperarlo allí.

—A propósito —dijo sonriéndome—, soy uno de los compañeros de habitación de Ning, todo el mundo me llama Dong Yi.

En la Universidad de Pekín (en realidad, en casi todas las universidades chinas), las habitaciones de las residencias eran demasiado pequeñas para que tuvieran cabida las sillas. Yo vivía con otras siete chicas en una habitación; teníamos cuatro literas y una mesa en medio. El nivel de vida en los alojamientos de los licenciados era mucho mejor. Había tres camas individuales en la habitación de Ning, pero seguía sin haber sillas. De modo que Dong Yi y yo nos sentamos, como era habitual, en las dos camas a cada lado de la mesa.

—Éste de aquí se irá pronto a Estados Unidos, ahora ya rara vez está aquí. —Dong Yi señaló la tercera cama. Parecía dulce y tímido—. Tú eres la chica de psicología. Ning nos ha hablado mucho de ti.

—Espero que todo, fueran cosas buenas —dije.

—Oh, sí. Cosas absolutamente fantásticas.

Su voz era suave pero segura. Tenía el mismo efecto que una sonrisa, comprendiéndote tal como tú quieres que te comprendan, halagándote en la



medida en que crees merecértelo y expresando una opinión siempre favorable sobre tu persona.

—Pues él nunca te mencionó. Yo creía que, a estas alturas, conocía a todo aquel que significaba algo en su vida.

De repente me sentí enojada con Ning.

Dong Yi se rio.

—Los compañeros de habitación no suelen ser importantes. ¿Quieres un poco de agua? Yo voy a beber un poco.

—Sí, si no es mucha molestia.

A diferencia de los estudiantes universitarios, que teníamos que amontonar los libros en la cama, a los licenciados se les proporcionaba espacio para una librería compartida. Dong Yi tomó dos tazas de su parte de la estantería; una cortina hecha en casa ocultaba los libros, papeles y recuerdos cuidadosamente alineados. Cuando se levantó para ir a buscar el hervidor de agua, inspeccioné su cama con la mirada. A diferencia de los desordenados catres tan frecuentes entre los estudiantes del sexo masculino, Dong Yi mantenía el suyo limpio y ordenado. Había dos libros apilados junto a la almohada. Una lámpara de lectura fijada a la cabecera iluminaba un gran calendario de pared; el retrato del mes de mayo era el de una joven actriz de próxima aparición.

—El agua está caliente. Acabo de traerla de la sala de calderas.

Dong Yi sirvió dos tazas de agua de su hervidor; el agua de Pekín tenía que hervirse antes de poder beberla. Tomé la taza y cuando nuestros dedos se rozaron se me aceleró el corazón.

Dong Yi era guapísimo. Tenía un rostro que parecía sacado directamente de una escultura de mármol del chino perfecto, combinando los pómulos altos del sur y la composición simétrica del norte. Sus labios eran carnosos y, lo mismo que sus ojos, capaces de pronunciar las intimidades más profundas.

—¿Estás leyendo a Tolstoi? —le pregunté, a sabiendas de cuál sería su respuesta.

Dong Yi tomó el libro que tenía junto a la almohada.

—Sí. Me lo dio alguien. ¿Lo has leído? —preguntó con su tierna sonrisa y sus ojos curiosos.

Me pasó Ana Karenina. Abrí el libro por la página que estaba señalada. Ana iba en el tren de vuelta a San Petersburgo.

—Sí. Pero me gusta más Guerra y paz. Aunque es más sangrienta y el príncipe Andrei muere al final, la historia de amor no es tan triste como la de Ana Karenina. Es una historia de amor más esperanzadora que condenada al fracaso —dije.

—Gracias por contarme el final.

—Ya tendrías que saber cómo termina Ana Karenina. Es el libro más popular del momento.

Me reí. Ana Karenina era entonces el libro de moda entre los chinos cultos. La gente parecía haber encontrado ciertos paralelismos entre la Rusia del siglo XIX y la China del siglo XX. En realidad, las normas sociales eran más severas en China en el siglo XX de lo que lo habían sido en Rusia en el XIX. Poder amar libremente todavía era un sueño remoto para muchos chinos; fugarse por amor aún podía significar la muerte de los dos enamorados. La sociedad castigaba cruelmente a aquellos que no seguían las directrices.

—No, me refiero al final de Guerra y paz —replicó Dong Yi en broma—. Tal vez debería leerlo algún día. Ning dice que tú también eres escritora, ¿es así?

Aquel día, Ning regresó bastante tarde, de modo que Dong Yi y yo tuvimos mucho tiempo para conocernos. Me contó su historia.

Con veinticinco años, era cinco años mayor que yo y provenía de la ciudad natal de mi madre, Taiyuan, la capital de la provincia de Shanxi. Shanxi es una productora de carbón situada en las Tierras Altas Amarillas, cerca de Mongolia Interior. La provincia no cuenta con muchos más recursos, la tierra es en gran parte estéril y la región sufre los contrastes del clima, glacial en invierno y achicharrante en verano. En la década de 1950, en respuesta al llamamiento de Mao para reconstruir el interior de China, sumido en la pobreza, el padre de Dong Yi se trasladó desde la provincia de Guandong, cerca de Hong Kong, a la de Shanxi. Era profesor de matemáticas en un instituto cuando empezó la Revolución Cultural en 1966. De la noche a la mañana, sus estudiantes empezaron a llamarse a sí mismos los Guardias Rojos, autoproclamados guardianes de las ideas de Mao

Zedong y soldados de infantería en la batalla para acabar con los Cuatro Viejos (las viejas ideas, la vieja cultura, los viejos hábitos y las viejas costumbres). Quemaron los libros y torturaron a sus profesores.

En las ciudades de toda China se robaban libros de bibliotecas, librerías y casas particulares, se amontonaban en las plazas principales y se les prendía fuego. Se obligaba a los profesores a asistir a las pidouhui —reuniones para dar palizas a gente— en las que los torturaban públicamente. En pocos meses mataron a miles de personas solamente en Pekín, y muchas de ellas eran profesores. Fueron golpeados hasta morir, fusilados en público o enterrados vivos.

Tras la fase inicial de matanzas de la Revolución Cultural, que por último incluyó tiroteos entre distintas facciones de los mismos Guardias Rojos, Mao decidió que era mejor terminar con aquel caos, que casi era una guerra civil, y envió a los Guardias Rojos al campo para que trabajaran en las Comunas Populares. Se cerraron las escuelas. El padre de Dong Yi sobrevivió, pero durante los siete años siguientes lo obligaron a trabajar limpiando las calles.

Dong Yi y yo estábamos sentados uno a cada lado de la mesa y bebíamos agua hervida caliente. Yo le hablé de mi madre, que estudiaba periodismo en la universidad antes de la Revolución Cultural. En aquellos diez años revolucionarios no escribió ni un solo reportaje. En lugar de eso pasó la primera parte de la década en un campo de trabajo y la segunda parte dando «clases de aprendizaje del pensamiento de Mao Zedong» a intelectuales sin empleo.

Aquella tarde le conté a Dong Yi muchas cosas sobre mi familia y mi infancia, algunas de las cuales nunca le había contado a nadie. Tenía la sensación de que había una misteriosa conexión entre nosotros. Dong Yi era diferente a todas las personas que había conocido; hablaba de responsabilidades, como hijo hacia sus padres y como ciudadano hacia su país. A diferencia de Yang Tao, a él no le interesaba ganar poder político. Simplemente, quería corresponder y hacer feliz a la gente.

—¿Qué piensas de Taiyuan? —preguntó Dong Yi al tiempo que me servía otra taza de agua.

La primera vez que estuve allí tenía tan sólo doce años. Taiyuan me dio la impresión de ser una ciudad muy pobre. Sus tiendas estaban casi vacías, incluso durante el Año Nuevo Chino. Mi abuelo me había comprado unos caramelos de color negro que tenían un sabor horrible. Mis tías y tíos llevaban unos viejos abrigos Mao acolchados. Cuando tenía necesidad de ir al baño, tenía que levantarse uno de los adultos en mitad de la noche y acompañarme hasta una serie de agujeros cavados fuera, en el suelo. El hedor que desprendían era tan sofocante que no podía respirar.

—Verás, mi abuelo era un miembro de alta jerarquía del Partido del gobierno provisional de Shanxi, a mi hermana y a mí nos pasó a recoger su chófer por la estación, porque era una buena persona. Cuando me marché de allí, juré que nunca volvería. —Me reí al recordarlo.

Había mantenido la promesa hasta el año anterior, en que mis padres me pidieron que volviera a acompañar a mi hermana hasta allí. En aquella ocasión vi que la vida había mejorado. Mis abuelos se habían trasladado a una nueva casa de dos pisos construida especialmente para funcionarios de alto rango, con más de un cuarto de baño. Pero fuera del complejo del gobierno provincial, la vida habitual seguía pareciendo atrasada. Cuando me fui, me reafirmé en mi convicción de no volver nunca más.

—Espero no haberte ofendido —le dije a Dong Yi, lamentando de pronto que tuviera tan pocas cosas bonitas que decir sobre su ciudad natal—. Pero, no sé por qué, tengo la sensación de que puedo decirte exactamente lo que pienso.

—No, no. —Dong Yi no tardó en responder—. Me alegro de que seas tan sincera. Si tengo oportunidad, yo tampoco quiero regresar. Además, cuanto más tiempo hace que estoy fuera, cada vez tengo más claro lo intolerante y reprimida que es la gente en Taiyuan.

La brillante luz de la tarde se debilitó y se hizo más tenue. Los pájaros se llamaban unos a otros desde los álamos temblones, como los dos corazones que había en el interior, haciéndose eco el uno al otro en armonía. Volvió Ning. Dong Yi le dijo afectuosamente:

—¿Dónde has estado? Wei lleva horas esperándote.

—Esperándote en la puerta de tu residencia. —Ning me miró fijamente y habló con enojo. Luego arrojó los libros encima de su cama sin mirarnos a

ninguno de los dos—. ¿Y de qué habéis estado hablando? ¿De mí?

—Me temo que no. Dong Yi me ha estado contando cosas sobre su familia y su niñez. ¡No vas a creerte cuánto tenemos en común!

—¿De verdad? Me alegro por ti —seguía pareciendo enfadado—. Pero si no te importa, ahora me gustaría descansar.

Cogí mi bolsa y me marché. No me importó en lo más mínimo.

Aquella tarde me había enamorado.

Durante toda mi vida había llevado una existencia solitaria, rechazada por la sociedad, por la gente de mi edad y, pensaba yo, por mi padre. Sabía que no era justo culpar a mi padre por no haber estado allí cuando crecía, y no obstante me molestaba tener que valerme por mí misma cuando él no estaba allí para protegerme de los matones de la escuela y los oscuros años de la Revolución Cultural. Durante aquellos años, las hermanas entregaban a los hermanos, las esposas denunciaban a sus maridos, y amantes y amigos se traicionaban entre ellos. La gente lo hacía para escapar de la muerte y el encarcelamiento, o para proteger a sus hijos, que de otra manera hubieran sido castigados por asociación. Vivir tiempos semejantes y tratar de encontrarles un sentido era difícil para cualquier niño, sobre todo si no tenía padre. Aprendí a protegerme y a guardar mis sentimientos; y no confiaba en nadie.

Ahora que había conocido a Dong Yi, me sentí súbitamente conectada con el mundo. Me sentía parte de una familia que sale de excursión un día cálido y soleado, en un rincón de una verde extensión de césped donde los niños juegan y ríen tontamente. Aquel día sentí que podía ir con él hasta la eternidad y volver, y repetir el viaje una y otra vez hasta morir. En Dong Yi había encontrado el verdadero significado del amor: confiarse a otra persona, creer en la humanidad y, por tanto, tener fe en ella. Supe entonces, igual que sé ahora, que siempre podría contar con él, sin importar que nos separara el tiempo o el espacio. Entonces no sabía, como descubrí más tarde, lo que aquella fe significaría para ambos en los años venideros.

Al día siguiente Ning vino a pedirme disculpas.

—Lo siento, Wei. Ayer me comporté como un tonto, lo sé. Espero que me perdones. No tengo derecho a estar celoso, pero me sentí herido. Por supuesto no fue culpa tuya, pero cuando se trata de ti soy egoísta. Perdona,

ya sabes lo que quiero decir. No puedo competir con Dong Yi. A todo el mundo le gusta Dong Yi. Es bien parecido, agradable y maduro. Por favor, no estés enfadada conmigo. Podría haber fingido ser una persona noble y haber dicho que estaba preocupado por si te había pasado algo. Al fin y al cabo, tiene novia.

—No te preocupes. No estoy enamorada de él.

Hice caso omiso de los comentarios de Ning con toda la tranquilidad de la que fui capaz mientras sus palabras me aplastaban. ¿Por qué habíamos tenido que conocernos y había tenido que enamorarme de él? ¿Por qué, en un mundo tan extenso, no podía haber conocido a otra persona, a alguien que fuera libre de corresponder a mi amor?

Pero no podía dejar de pensar en Dong Yi, ni dejar de ir a verle. Él era para mí como la luz a una palomilla, demasiado hermosa para resistirse a ella. Quería estar a su alcance, estar cerca de él, oír su voz, confiarle mi vida. De algún modo estaba convencida —o quizá más bien tenía la esperanza— de que llegaría un día en que él aceptaría mi confianza y apreciaría mi corazón, tal como parecían asegurarme sus ojos cada vez que lo veía.

Mi vigésimo cumpleaños fue a finales de junio, dos semanas antes de las vacaciones estivales. Ning y Dong Yi tenían que venir a las ocho de la tarde para celebrarlo conmigo. Todas mis compañeras de habitación se habían ido a estudiar. Me senté en la cama y me quedé mirando fijamente la caja del pastel. Ya eran más de las ocho y media. ¿Dónde se habían metido?

La tarde era tranquila, Al otro lado de la ventana, por encima de los álamos temblones, centelleaban las silenciosas estrellas. Oía los latidos de mi corazón, mi respiración, la expectación cada vez menor y la muy conocida soledad al ser aislada del mundo. Me sentía triste. Lo veía todo en blanco y negro. Tal vez aquella iba a ser la verdad sobre mi vida; tal vez iba a quedar separada del resto mientras la película en technicolor se proyectaba en algún lugar apartado de mí, fuera de mí.

Y entonces, de pronto, se abrió la puerta y entraron Ning y Dong Yi sujetando un paquete envuelto en papel marrón.

—Lo siento, lo siento, llegamos tarde —gritaba Dong Yi.

Sonreí, la felicidad se elevó en mi interior como las burbujas en el champán.

—Todo es culpa suya. —Ning se dejó caer en la cama al otro lado de la mesa mientras recuperaba el aliento—. Dong Yi se empeñó en comprarte un pollo asado. Buscamos por todas partes, pero sólo lo hemos encontrado en el distrito Amarillo.

El distrito Amarillo estaba a media hora de distancia.

—No teníais que haberlo hecho, de verdad. Es mucha molestia.

—Yo ya se lo he dicho. Pero él decía que tenía que ser especial —dijo Ning mientras señalaba a Dong Yi al tiempo que agitaba la mano como para quitarle importancia a lo que acababa de decir.

Miré a Dong Yi, que sujetaba el paquete de pollo sonriendo. Su rostro estaba iluminado por la dicha de haber ido al fin del mundo para traer la felicidad, sólo para mí. En aquel momento creí que me quería.

—Vayamos al lago. Han salido las estrellas —dijo Dong Yi a la vez que alargaba la otra mano para llevarse la caja del pastel.

Una hora más tarde nos habíamos terminado el pollo asado, el pastel y el Chi Sui —«agua gaseosa»— que compramos en la tienda de la universidad. La noche era cada vez más oscura, las estrellas más brillantes. Estábamos tumbados en la hierba de la orilla. La osa mayor se sostenía elegantemente en el cielo, donde unas delgadas nubes flotaban las unas hacia las otras. Seguí su curso hasta la estrella polar, radiante en el firmamento. Era la estrella que podía conducir a los viajeros perdidos a un lugar seguro pero ¿dónde estaba mi estrella polar? ¿Quién iba a guiarme? ¿Qué debía hacer? ¿Debía decirle que lo amaba?

—Desde esta perspectiva, el mundo parece tan grande y nosotros tan pequeños e indefensos... —dijo Dong Yi.

Me volví para mirarle; su rostro estaba sereno bajo la luz de las estrellas. Si le explicaba cómo me sentía, ¿cuál sería su respuesta? Tenía muchas ganas de saber cuáles eran sus sentimientos hacia mí. No osaba preguntar, pues tenía miedo de que el más leve susurro lo hiciera desaparecer de mi mundo.

—A mí me gusta ser pequeña. ¿Sabes a lo que me refiero? Cuando te conviertes en algo tan pequeño como un puntito, todos tus problemas

también desaparecen —le dije.

Estábamos tan sólo a un brazo de distancia, pero parecía que todo lo que podíamos compartir era el vasto firmamento en lo alto y el recuerdo de aquella noche. Quería gritar, pero me había quedado sin voz.

Me quedé para el curso de verano mientras que Dong Yi y Ning se fueron a casa. Hice un curso de historia del Islam, otro sobre el arte de hacer películas (la única vía de acceso al cine occidental). El fin de semana volvía al apartamento de mis padres y a veces salía de compras con mi hermana.

En las calles de Pekín, los que «se hicieron ricos primero» empezaron a destacar de la multitud y se exhibían a bordo de motocicletas Yamaha. En 1978, Den Xiaoping había establecido políticas y zonas económicas especiales para «permitir que algunas personas se hicieran ricas primero». Pero, para la mayoría de chinos, la vida pasaba deslizándose lentamente en bicicleta, con pocas diferencias de un día a otro. Padres y madres se iban a casa con los comestibles metidos en los cestos que colgaban de sus manillares, hombres y mujeres jóvenes regresaban a los apartamentos de sus padres y abuelos. Tenían un aspecto cansado y poco entusiasta, pedaleando pausadamente entre millares de bicicletas, sin mucha convicción de llegar a ninguna parte.

Aun así, era verano y a mí me gustaba el verano. Daba la impresión de que todo era más fácil. No tenía que preocuparme por hacerlo bien en los exámenes porque los cursos de verano no formaban parte de mi licenciatura. No tenía que luchar demasiado con mis sentimientos hacia Dong Yi, puesto que sabía que no iba a verlo durante dos meses. En verano los días eran más perezosos y más verdes y tenía más tiempo para leer. Iba mucho al lago, me sentaba bajo los sauces llorones y leía a Dickens, a las hermanas Brontë, a Hugo y a Dostoievski.

No obstante, aunque me gustaba mucho el verano, estaba lista para volver a la facultad en cuanto el primer viento otoñal desdibujó los perfectos reflejos del lago. La separación durante el verano parecía habernos unido más a Ning, a Dong Yi y a mí; en cuanto empezó el nuevo trimestre, los tres nos hicimos inseparables. Empezamos a ir a comer juntos



a los comedores estudiantiles, salíamos para ir a restaurantes, por las tardes nos íbamos a correr juntos y, por supuesto, asistíamos juntos a los salones democráticos que surgían en el campus.

En 1986, China atravesó un período relativamente liberal. A los estudiantes se les permitía manifestarse en las calles a favor de la libertad de expresión y la democracia. Dentro de las universidades, los salones democráticos se convirtieron en la nueva moda, donde la gente sorbía café instantáneo (otra nueva moda en China: los chinos tradicionalmente no beben café) y debatía las ventajas de varias soluciones políticas. No se consideraba peligroso. Al fin y al cabo, el propio Mao había asistido a ellos en la década de 1920. La mayoría de salones democráticos ocupaban habitaciones oscuras sin calefacción y carentes de decoración. Los pupitres y las sillas estaban agrupados en círculos. Los temas cambiaban cada semana y eran asimismo distintos en cada salón. A pesar de la tolerancia política hacia ellos, los debates siempre tenían un tono peligroso, que me daba la sensación de que estaba matizado de elitismo y nostalgia. A medida que transcurrían las tardes, la habitación se llenaba con el aroma del café, el denso humo del tabaco y los estudiantes de ojos enrojecidos.

La primera vez que asistimos los tres a un salón democrático, Dong Yi permaneció en silencio la mayor parte del tiempo. Yo estaba bastante decepcionada y no hablé mucho una vez hubimos salido del salón. Por otro lado, Ning seguía excitado por el debate y continuaba con sus ideas.

—Estoy totalmente a favor del modelo asiático: económicamente libre, políticamente controlado desde un gobierno central. ¿Por qué no? Fijaos en Singapur y Taiwan, dos de los Pequeños Dragones: ahí tenéis la prueba tanto de estabilidad como de prosperidad económica.

—Yo iría con cuidado con el llamado modelo asiático —dijo Dong Yi—. El problema es que tú das por sentado que la prosperidad económica puede alcanzarse sin democracia ni responsabilidad.

—Sí, así es. Porque China es un país demasiado grande para ponerlo a funcionar libremente, sería como un tren descontrolado —replicó Ning.

—¿Qué me dices de la corrupción? ¿Qué haces cuando el jefe del gobierno no es el «hombre sabio y desinteresado»? ¿Qué haces entonces? —preguntó Dong Yi.

—Idearemos un sistema para imputar la responsabilidad a los funcionarios del gobierno —contestó Ning.

—¿Cómo puedes hacer que el gobierno sea más responsable si no hay democracia? Esos funcionarios del gobierno no responderán ante nadie. El modelo asiático depende demasiado del «carácter y la naturaleza» de los líderes. Es peligroso. Una vez China confió en un carismático líder llamado Mao Zedong, y mírala ahora.

A mi parecer, a la réplica de Dong Yi no le faltaba seguridad.

En aquel momento me sentí sumamente atraída por Dong Yi. Aunque no era agresivo en sus argumentos, vi claramente su convicción en lo que él creía que era cierto. Vi la inteligencia y la sabiduría bajo sus modales tranquilos y aquello me dejó boquiabierto. Durante los meses siguientes, a medida que asistíamos a más salones democráticos y más debates sobre el futuro de China, mi respeto por Dong Yi fue en aumento. Me sentí más atraída por él y, poco a poco, mis propias opiniones se vieron afectadas por las suyas.

Pero, en todo aquel tiempo, nunca olvidé lo de la novia que Ning había mencionado. Yo no pregunté y Dong Yi tampoco habló de ella por propia iniciativa. Sólo las palabras de Ning sobre ella se introducían en los lapsos entre clases y estudios y, las noches en que no podía dormir, tenía prolongados e inquietantes pensamientos sobre ella, sobre quién era, sobre cómo era y cuánto la quería Dong Yi.

No acudía a los salones democráticos únicamente con Ning y Dong Yi. A veces iba sola para escuchar los debates o a veces acompañada de otros amigos, entre ellos un estudiante de primer año de posgrado en económicas llamado Chen Li. Había conocido a Chen Li en una de las manifestaciones estudiantiles.

El año 1986 fue emocionante para China. Hu Yaobang todavía era el secretario general del Partido y la atmósfera política era más tolerante de lo que nunca había sido. Los grupos de estudiantes de élite y los intelectuales miraban hacia Occidente en busca de ideologías y sistemas políticos alternativos; los estudiosos como el profesor Fang Lizhi escribieron sobre

los abusos de los derechos humanos y la falta de democracia en China. En la Universidad de Pekín, los estudiantes debatían en el Triángulo, el punto de reunión en el centro del campus, y colgaban carteles en las paredes exigiendo más libertad y democracia en China.

Desde que el primer emperador de la dinastía Qin unificó Zhong Gou, el Reino Medio (el nombre chino de su país), en el año 221 a. C., China había caído bajo un estricto dominio controlado por un poder central. A lo largo de los dos mil años siguientes, los carteles se convirtieron en un medio importante —y con frecuencia el único— para que los chinos comunes y corrientes expresaran sus opiniones. Los carteles continuaban siendo la opción preferida de los estudiantes que se manifestaban en la China comunista porque casi todas las demás vías de comunicación eran controladas por el Partido y, por tanto, no estaban a disposición de los ciudadanos de a pie.

Las reformas económicas que habían tenido lugar desde 1978 ocasionaron cambios enormes en China. Los experimentos con la economía de libre mercado en las zonas económicas especiales establecidas por Deng Xiaoping habían resultado grandes éxitos. El nivel de vida medio de los chinos había aumentado enormemente. Sin embargo, en 1986, la reforma parecía haber llegado a un punto muerto. La inflación aumentaba más y más, la corrupción era endémica. Los funcionarios del gobierno y los dirigentes del Partido abusaron de su poder y «se hicieron ricos» primero. Muchos intelectuales, por lo tanto, habían cuestionado si el comunismo podía coexistir con la economía de libre mercado —la política fundamental de Deng Xiaoping— y exigieron también reformas políticas. Los estudiantes universitarios se echaron a la calle en varias manifestaciones reivindicando libertad de expresión, elecciones libres y democracia.

En una de aquellas noches, en medio de un tradicional espectáculo de celebración y apoyo —desde las ventanas de la residencia caían papeles y tiras de tela encendidos, como chispas que llovieran del cielo—, conocí a Chen Li. Vivía en la residencia de estudiantes de posgrado que había al otro lado de la calle y, al igual que yo, se encontraba en el exterior del edificio aclamando a los manifestantes que pasaban por allí. Al cabo de unos veinte

minutos marchamos junto a nuestros amigos hacia el Triángulo y luego hacia las calles.

Chen Li me llevó a muchos debates en los salones democráticos e iba perfeccionando sus argumentos en cada uno al que asistíamos. Él siempre decía que ser un economista político significaba que prefería considerar la política desde el punto de vista económico: ninguna política era buena si no conducía a avances económicos, y viceversa.

—Éste precisamente sería el caso concreto de China, porque China se cuenta entre los países más pobres del mundo y la mayor parte de sus habitantes no ha recibido suficiente educación —explicó Chen Li.

Había mucha gente en los salones que no estaba de acuerdo con él. Los estudiantes de historia china entendían que la política no tenía nada que ver con la economía. En China, las «luchas de pensamiento», tal como había expresado Mao, siempre habían tenido prioridad sobre el bienestar de la población, desde las antiguas dinastías hasta el Estado comunista. Era la mente y no el cuerpo lo que preocupaba a los gobernantes.

Cuando el otoño dio paso al invierno, el lago Weiming se heló. Se abrió la pista de hielo. Los estudiantes, con sus gruesos abrigos acolchados, llenaban el lugar y las chicas tenían un aspecto especialmente vistoso con sus sombreros y largas bufandas de lana tejidas en casa. Dong Yi me pidió que le enseñara a patinar.

Lo intenté, pero no hacía más que caerse encima de mí, encima de otros patinadores o, simplemente, sobre el hielo.

—Es inútil, me rindo —dijo al fin, y se agarró a mí mientras yo lo arrastraba hasta la cerca.

—No te des por vencido. Aún es temprano. Podríamos dar unas cuantas vueltas más. Lo único que puede ayudarte es la práctica.

—Hoy no. Es el cumpleaños de Liu Gang. ¿Te dije que damos una fiesta en su honor? Su novia ha venido a propósito desde Hangzhou. Tengo que preparar las cosas —explicó, y se sentó para desatarse los patines y entonces dijo, casi como si se le acabara de ocurrir—: ¿Por qué no vienes conmigo a la fiesta?

Liu Gang vivía en una habitación situada unas cuantas puertas más allá de la de Dong Yi, y lo había conocido una noche que asomó la cabeza por la

puerta de Dong Yi para saludar.

De modo que me fui con Dong Yi a la fiesta de cumpleaños de su amigo. La habitación de Liu Gang había sido transformada para la ocasión. Habían colocado las camas a un lado, las tres mesas juntas y un «Feliz cumpleaños» pegado en la pared. Los invitados traían comida que habían comprado en los comedores estudiantiles, coca-cola y cacahuetes tostados. Dong Yi y yo llevamos cerveza Qing Tao.

—Bienvenido, Dong Yi. ¿Cómo estás, Wei?

Liu Gang estaba contento. Era un joven de cara seria. Cuando lo conocí no me cayó bien porque parecía no sonreír nunca. Después de habernos visto un par de veces más continuaba siendo frío y antipático, y le dije a Dong Yi que, probablemente, yo no le gustaba. Pero Dong Yi me aseguró que ése no era el caso; sencillamente, Liu Gang era el tipo de persona que sólo se encuentra a gusto entre amigos íntimos. Aquella noche entendí por qué.

—Me alegro de verte, Mai Li. —Dong Yi le sonrió a una mujer delgada de voz ronca que resultó ser la novia de Liu Gang—. ¿Cuándo has llegado? Aquí hace mucho frío, ¿no te parece?

—Llegué anoche y voy a quedarme unos días —respondió Mai Li—. Para mí es una época de mucho trabajo. Liu Gang también está atareado con las clases y, además, la revista.

En aquel momento, Mai Li y Dong Yi bajaron la voz y empezaron a dirigirse a la esquina de la habitación. Yo eché un vistazo a mi alrededor preguntándome si debía marcharme. Dong Yi se dio cuenta de mi incomodidad. Me tomó de la mano y me susurró al oído: «Liu Gang es el editor de Free Talk».

Sabía que Free Talk era una revista política clandestina dedicada a la democracia, la libertad y las reformas políticas en China. La habían hecho circular discretamente, con mucho entusiasmo, durante las manifestaciones estudiantiles masivas de 1986, aunque yo nunca había leído ningún ejemplar.

Mai Li le preguntó a Dong Yi si creía que Liu Gang corría algún peligro.

—Francamente, no lo sé con seguridad. No hay duda de que Free Talk ha llamado la atención del gobierno. Hasta ahora, Hu Yaobang se ha mostrado tolerante con las protestas estudiantiles y los debates políticos. No obstante, como todos sabemos, el clima político en las altas esferas podría cambiar en cualquier momento. —Dong Yi hizo una pausa de un segundo y luego le preguntó a Mai Li—: ¿Qué has oído? Hay algo que te preocupa.

—¿Qué ha oído de qué? —preguntó Liu Gang, quien se acercó por detrás y con los brazos rodeó a Mai Li por la cintura.

—Cambios políticos —dijo Dong Yi en voz baja.

Liu Gang miró a su alrededor; los demás invitados estaban ocupados charlando, bebiendo cerveza y llevándose cacahuetes tostados a la boca.

Nos susurró que se había enterado, por medio de una fuente fiable, que pronto iba a haber un cambio muy importante en la política hacia los estudiantes por parte del gobierno, y que éste no tardaría en prohibir todas las reuniones públicas y manifestaciones estudiantiles.

—¿Tú que piensas de eso? —se volvió hacia mí y me preguntó de pronto. Me miró fijamente, esperando. Pero mi mente parecía haberse congelado.

—Nosotros..., nosotros, por descontado, no nos rendiremos. No vamos a asustarnos —balbucí, y me puse colorada. Me sentí como si el profesor me estuviera haciendo una prueba delante de unas personas cuyas opiniones me importaban mucho.

—Mientras tengamos a jóvenes así no hace falta que nos asustemos. Estaremos bien.

Liu Gang me sonrió por primera vez. Me sentí a gusto inmediatamente. Él miró a su novia y sonrió como si quisiera disipar cualquier preocupación que ella hubiera podido albergar.

Posteriormente, en particular durante el Movimiento Democrático Estudiantil de 1989, me di cuenta de la trascendencia del papel de Liu Gang en el Movimiento Democrático en China. Era un pionero, alguien que, a diferencia de la mayoría de dirigentes estudiantiles que aparecieron en primera línea política durante la primavera de 1989, había optado por una vida de disidente con anterioridad.

—Vamos a cenar un poco —dijo Liu Gang.

Nos dirigimos al centro de la habitación. Mai Li en seguida pasó a hablar de otras cosas. De repente le preguntó a Dong Yi por su novia, a la que llamó Lan.

—¿Vendrá pronto a verte? —quiso saber ella.

Dong Yi siguió sonriéndole a Mai Li, pero yo me di cuenta de su incomodidad momentánea, que logró disimular casi inmediatamente. En ese punto me alejé. Al fin había oído su nombre. Su existencia había sido confirmada.

Nos sentamos a la ampliada mesa. Se preparó el té, que circuló por la mesa, se encendieron cigarrillos, se abrieron las botellas de cerveza, se destapó el arroz al vapor, el cerdo cocinado dos veces y el pollo Sichuan. La fiesta se animó.

—Probad los Huevos milenarios. Mai Li los ha traído a propósito desde Hangzhou. —Liu Gang cortó uno de ellos para abrirlo. La clara del huevo era marrón y traslúcida, la yema, negra y sólida—. A esto lo llaman oro negro. Sé que ninguno de vosotros ha comido unos Huevos milenarios tan buenos como éstos —recalcó.

Un hombre se acercó a Dong Yi cuando estábamos sentados juntos.

—¿Cómo estás, Dong Yi? —dijo—. ¿Te acuerdas de mí, el Lou Xiang de Liu Gang?

Lou Xiang es una palabra china que no tiene traducción exacta y significa alguien de la misma provincia o ciudad natal, que, por consiguiente, puede reivindicar una relación tan estrecha como la de un pariente cercano.

—Ésta debe de ser tu novia. ¿También ha venido de Shanxi? —preguntó el Lou Xiang.

—No. Ésta es Wei —respondió Dong Yi con brusquedad—. Es una estudiante universitaria de psicología.

—¿Rompiste con tu antigua chica? Hay mucha gente que cambia cuando viene a una gran ciudad como Pekín. Pero tú vas muy deprisa.

—Wei es sólo una amiga —insistió Dong Yi.

—¡Ah!

El Lou Xiang vació casi media botella de cerveza de un solo trago. Le dio una palmada en la espalda a Dong Yi.

Me quedé allí sentada en medio del calor y del humo y me pregunté quién era yo para Dong Yi. Estaba enfadada. ¿Era sólo una amiga o su chica en la ciudad? ¿Significaban algo para él el tiempo que pasamos juntos, toda la ternura que le demostré?

Dong Yi se incomodó tan sólo un momento antes de relajarse con su círculo de amigos. Yo hice todo lo que pude para charlar con personas desconocidas de lo que estaba descubriendo en mi carrera sobre Freud y otros psicólogos famosos, de música o incluso del tiempo, pero ninguna de esas cosas me interesaba aquella noche. De vez en cuando miraba a Dong Yi con la esperanza de cruzarme con una mirada suya que me asegurara que seguía allí, conmigo. Pero estaba ocupado siendo feliz, estando con amigos y bebiendo.

Al terminar la fiesta, Dong Yi me acompañó de regreso a mi residencia. Aquella noche hacía un frío glacial. La temperatura rondaba los diez grados bajo cero. El viento rugía. Me dolía cuando respiraba.

—Lo siento, Wei. Creí que te lo pasarías bien en la fiesta.

El vaho y el olor a cerveza emanaban de la boca de Dong Yi cuando hablaba.

—No pasa nada. Me lo he pasado bien —mentí. Me dolía tanto la cabeza que me parecía mejor limitarme a dejar que se me resquebrajara.

—No me esperaba toda esa charla sobre Lan. Lo lamento mucho.

—No hay por qué preocuparse, de verdad, estoy bien —volví a mentir. El alcohol y las conversaciones insulsas me habían agotado. Tenía jaqueca, estaba atontada y quería irme a dormir.

Pero no podía conciliar el sueño. Di vueltas en la cama pensando en Lan. ¿Venía a menudo a Pekín? Tal vez Dong Yi me ocultaba sus visitas. ¿Le ocultaba a ella el hecho de que pasaba conmigo la mayor parte de su tiempo libre? ¡Oh, cómo me dolía la cabeza! ¿Qué había entre ellos, y entre nosotros?

Al final, no sé cómo, me quedé dormida. Cuando me desperté ya me había perdido el desayuno y la clase matutina. Me fui a un restaurante del campus llamado Yanchun Garden en el que servían desayunos hasta las once de la mañana. Me compré un tazón de gachas de arroz y dos bollos de carne y verduras al vapor justo antes de que cerraran la ventanilla de los



desayunos. Después de comer sentí la cabeza mucho mejor. Conté el dinero que me quedaba en el monedero, se lo di todo al hombre de rostro grasoso que había detrás del mostrador y compré una botella de champán chino.

Cuando llamé a la puerta de Dong Yi, él aún dormía. Al cabo de unos minutos abrió la puerta, con aspecto aturdido. Llevaba el pelo despeinado, apuntando en todas direcciones.

—¿Qué hora es? —preguntó al tiempo que me dejaba entrar.

—Casi las doce del mediodía.

Dejé el champán sobre la mesa.

—¿Y esto? ¿Hay algo que celebrar?

—No. Me sobraba suficiente dinero para comprarla. ¿Tenías clase esta mañana? ¿No? Bueno, yo me perdí la mía. He pensado que, total, podríamos seguir bebiendo.

De modo que bebimos champán en tazas de té. Dong Yi no desayunó. A la media botella de champán, estaba bastante borracho.

—Cuando empecé a salir con Lan, tenía diecinueve años, como tú —me dijo Dong Yi después de que yo le hablara de Yang Tao—. Éramos compañeros de clase en el instituto. La ayudé a preparar los exámenes de ingreso a la universidad. Yo entré, pero ella no.

Llevaban seis años juntos.

—Sí, seis años es mucho tiempo. Uno piensa que, después de tanto tiempo, dos personas deberían conocerse, pero me da la impresión de que ahora sé menos de Lan. Nunca hablamos de las cosas que tú y yo discutimos. Ni de filosofía, ni de política, ni de literatura, nada.

—¿Ella siempre ha sido así?

—No lo creo. Antes nos llevábamos muy bien. Podíamos hablar de verdad, durante horas. Las cosas parecen haber cambiado desde que vine a Pekín.

Entonces explicó que Lan era una persona frágil, con muchas posibilidades de contagiarse en cuanto alguien enfermaba. Había llegado a depender de él porque tenía muchos problemas con sus padres, en especial con su padre. Eran personas que no habían recibido educación. Su madre trabajaba en una fábrica textil y su padre era minero. Le habían dicho que su felicidad dependía de si se casaba bien.

—¿Vais a casaros? —pregunté, temiendo la respuesta. Para ella sería un buen matrimonio, un marido con un master en física de la Universidad de Pekín.

Dong Yi sonrió turbado y no contestó a mi pregunta.

—¿Sabes que he dejado pasar una oportunidad de estudiar en el extranjero? —preguntó en cambio—. Mi antigua universidad quería enviarme a Estados Unidos para hacer el curso de posgrado a condición de que regresara para enseñar aquí. Dije que no. ¿Sabes por qué? ¡Porque quería irme de Taiyuan!

—Bueno, ya lo has hecho. Ahora estás en Pekín.

—Pero no puedo quedarme. Lan no puede trasladar su Hukou. —Dong Yi parecía triste. Nunca lo había visto triste—. A veces te preguntas por qué vivir una vida así. ¿Qué sentido tiene? —suspiró.

Se supone que el champán te hace entrar en calor, pero en lugar de eso me hizo temblar. No, no era el champán, era por ver el dolor de mi amado. No podía soportarlo. No podía verle sufrir.

—No desesperes. Tal vez haya algunas cosas que puedas hacer para traer a Lan aquí. No sé cuáles, pero trasladar un Hukou es posible. Mi padre se trasladó a Pekín.

—Sí, desde Shanghai. Siempre es más fácil ir de pleamar a bajamar, pero imposible en dirección contraria.

—¿Qué estás diciendo?

—No tengo más remedio que abandonar mi carrera y volver con Lan después del posgrado.

No podía creer lo que acababa de oír. ¿Cómo podía ser que un joven destruyera el futuro que se había ganado con su propio esfuerzo? Dong Yi estaba cargando con mucha responsabilidad. Era demasiado noble, demasiado abnegado. No podía dejar que lo hiciera.

En su voz percibí el grito del ansia de escapar. «Ven aquí, amor mío —pensé—. Dame la mano. Hemos llegado muy lejos. ¡Ahora ya estamos muy cerca!».

De pronto regresó Ning e interrumpió nuestra conversación. Se nos había pasado el día. Ya casi era última hora de la tarde, la botella de champán hacía ya rato que estaba vacía.

En la China en la que me crié, sencillamente no era aceptable que los miembros de una pareja que no estuvieran casados vivieran juntos o practicasen sexo. En el campo, donde los matrimonios concertados son habituales, la novia y el novio se conocían, se casaban y tenían un hijo en cuestión de un año. Incluso en ciudades como Pekín, la vía principal que tenían los jóvenes para encontrar esposa era mediante una boda concertada. Así se conocieron mis padres. Cuando dos personas han sido presentadas, normalmente pasan un tiempo conociéndose y luego se casan antes de un año (en ocasiones al cabo de unos pocos meses). De modo que una relación de seis años era, como mínimo, poco frecuente, si no una señal de problemas e infelicidad.

Aquella noche me senté y le escribí una carta a Dong Yi. Decidí que había llegado el momento de explicarle cómo me había sentido desde el día que lo conocí y de pedirle que tomara mi vida en sus manos.

«Queridísimo Dong Yi:

Espero no molestarte escribiéndote esta carta. No quiero suponer que de algún modo me hayas animado a hacerlo y voy a aceptar tu decisión cualquiera que ésta sea. Pero tengo que contarte mis sentimientos, porque si no lo hago temo que se me rompa el corazón. Está demasiado henchido y pesado para poder soportarlo más tiempo. Estoy enamorada de ti desde el momento en que nos conocimos.

Es probable que haga tiempo que sepas cómo me siento porque, cuando se trata de emociones, no miento muy bien. Sé que tal vez sea injusto que lo diga, pero creo que nadie podría quererte más que yo. Te comprendo, comprendo tus ideas y tus sueños. Amo tu mente y tu espíritu tanto como el suave roce de tu mirada y el calor de tus manos.

Hace mucho tiempo inicié un viaje en busca del amor y la belleza, un viaje que durará toda una vida. ¿Quieres venir conmigo en este viaje y ser mi estrella polar?».

Tímidamente, metí la carta por debajo de la puerta de Dong Yi. Pasaron unos días; él no vino a verme. De modo que fui yo a verlo a él. «Tal vez no recibió la carta», pensé.

—Sí, la recibí y la leí muchas veces.

Sostenía la carta en la mano. El corazón me palpitaba expectante en el pecho.

—Lo lamento —añadió al fin.

Aunque me había preparado para todas las posibilidades, se me saltaron las lágrimas.

—No llores, por favor. No es mi intención hacerte daño, a ti menos que a nadie, mi querida Wei. Esto es lo que me da miedo: hacer daño a la gente que me importa.

—Está claro que yo no te importo lo suficiente —sollocé.

—No, eso no es cierto. Por favor, escúchame, Wei. Si le dijera esto mismo a Lan, ella no lo soportaría, puedes creerme —dijo mirándome fijamente a los ojos. ¿Qué buscaba, alguna señal de fortaleza o de dolor? Yo le devolví la mirada y vi mucho dolor.

—Me dijo que si algún día la dejaba, se moriría. No sé si lo decía en serio. Pero me lo imagino, y es una idea espantosa. Soy todo lo que tiene. He sido toda su vida durante los últimos seis años. No puedo arriesgarme —continuó diciendo Dong Yi con voz más suave—. Ahora sufres, pero sobrevivirás. Eres fuerte. Encontrarás a alguien a quien volver a amar.

—Pero yo no quiero amar a alguien, quiero amarte a ti —lloré, aunque me había pedido que no lo hiciera—. ¿Tú la quieres?

Dong Yi no respondió inmediatamente. Apartó la mirada. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, dijo:

—Sí. —Se interrumpió durante unos segundos—. Pero es complicado. Lan y yo hace mucho tiempo que estamos juntos. Nuestras familias ya son prácticamente una. Con frecuencia Lan comprueba cómo están mis padres y cuida de mi hermana pequeña, que tiene catorce años. Hace años que sus padres nos están presionando para que nos casemos. Si rompo con Lan, todos sus amigos y todas las personas que la conocen me repudiarán, y lo mismo le ocurriría a mi familia con toda la gente que conoce.

—¿Y qué pasa con la felicidad y el amor? Aunque a ti te den lo mismo, ¿es que ella no los merece?

—Tendrías que ver lo feliz que es cuando voy a casa. Le estoy muy agradecido, especialmente ahora que estoy lejos. Se ha portado bien conmigo y con mi familia durante tantos años... No sé, Wei. Tú eres joven.

Tú piensas que el mundo es blanco y negro. En realidad no es así de simple cuando se trata del amor o la felicidad. ¿Podemos vivir felices aislados de la sociedad y de la familia?

Dong Yi sacó Ana Karenina de debajo de su almohada y lo abrió. Metió cuidadosamente mi carta dentro.

—¿Podría quedarme con la carta, por favor?

—¿Para qué, para poder pensar mal de mí?

—No, sólo para pensar en ti.

Cuanto más trataba de aliviar mi sufrimiento Dong Yi, más lloraba yo. Daba igual lo mucho que deseara ser fuerte, no podía dejar de llorar. Sus palabras habían penetrado en mi corazón y lo habían hecho sangrar. El dolor paralizaba mi cuerpo.

Después de abandonar su habitación, me desplomé en las escaleras de la entrada del edificio. No lo entendía.

¿Por qué tuve que toparme con él y con su triste sonrisa? ¿Por qué tuve que conocerle sólo para que pudiera romperme el corazón una y otra vez? Era una estrella, pero no brillaba para mí.

El viento azotaba el campus con nieve y un frío glacial. El lago que me dio esperanza, deseo y sueños, aquella vez me había proporcionado desesperación. Mi alma gemela había dicho: «No hay mucha esperanza para nosotros». Había llegado y se había marchado, desapareciendo de nuevo en la luz neblinosa, dejando mi corazón marcado para siempre con su nombre.

## Capítulo 4: Matrimonio

«No se puede remediar, todas las flores se han marchitado...  
Lo único que puedo hacer ahora es pasear solo por el perfumado jardín».

Ann Zhu, siglo IX

Había transcurrido un año desde que conocí a Dong Yi. Más o menos me había resignado al hecho de que, si quería seguir viendo a Dong Yi, debía enterrar mis verdaderos sentimientos y pensar que para él no era nada más que una buena amiga. De modo que veía con frecuencia a Ning y a Dong Yi juntos y, en nuestra última excursión antes de las vacaciones de verano, los tres habíamos decidido ir a dar un paseo en bote. Fuimos al Jardín del Bambú Púrpura, un parque situado en el centro de Pekín, famoso por sus lagos intercomunicados. El día era húmedo y gris; estuvimos deliberando si ir o no ir, pues se habían pronosticado lluvias. Al final decidimos ir porque tal vez no volviéramos a vernos durante todas las vacaciones estivales. Dong Yi, como era de suponer, iba a volver a Taiyuan. Yo pensé en viajar hasta el monte Huangshan, las Montañas Amarillas del sur.

Situadas en la zona más meridional de la provincia de Ann Hui, las Montañas Amarillas habían simbolizado durante mucho tiempo la magnificencia, la belleza y el misterio. Li Bai (701 - 762), el gran poeta de la dinastía Tang, escribió los siguientes versos:

*A miles de pies de altura se alzan las Montañas Amarillas  
Con sus treinta y dos magníficos picos  
Que florecen como doradas Jlores de loto  
Entre rojos peñascos y columnas de piedra*

Las Montañas Amarillas eran las cimas más altas de las tierras bajas del Yangtsé y eran famosas por ser un lugar desde el que observar la salida del sol. Así pues, al igual que muchos chinos, hacía tiempo que uno de mis sueños era subir a lo alto de las montañas y contemplar cómo el sol se elevaba desde las llanuras de China central. Sin embargo, Ning no quiso revelar sus planes e insistió en que nos los contaría cuando estuviéramos en el bote.

Aquel día no había mucha gente alquilando barcas. Elegimos un bote blanco con bandas rojas cuya pintura era tan reciente que aún brillaba. A lo lejos, en la distancia, las barcas blancas eran como puntitos que salpicaban el horizonte. El lago estaba en calma, aunque nos daba la sensación de que las oscuras aguas ocultaban secretos. Un grupo de chavales de instituto pasaron remando junto a nosotros, cantándose los unos a los otros desde los cuatro botes que ocupaban.

*Las olas siguen nuestros remos  
Cielo azul y nubes blancas  
Un mañana radiante  
Nuestros corazones laten por un mañana radiante*

Nos reímos. Recordé que cuando tenía su edad solía cantar la misma canción. ¡Qué entusiasmo y esperanza teníamos cuando estábamos listos para entrar en la universidad! Cada uno a su manera, los envidiábamos, sentíamos envidia de su despreocupada juventud, llena de ilusión y esperanza por la vida que se les presentaba.

De pronto, Ning se volvió hacia nosotros y dijo, cuando menos nos lo esperábamos:

—La semana pasada recibí una carta de la Universidad de Nuevo México. Al parecer alguien ha renunciado y han sacado mi nombre de la lista de espera. Me han dado una beca para estudiar en su programa de doctorado. No quería decir nada hasta que estuviéramos los tres juntos. Chicos, ¡he aceptado la oferta y en septiembre me marché a Estados Unidos!

Nos miró con ojos brillantes, esperando.

—¡Es fantástico! ¡Felicidades!

De repente, Dong Yi se movió hacia delante con las manos extendidas. El bote dio un bandazo, él se cayó encima de Ning y casi lo tira al agua. Yo también felicité a Ning y me acordé de lo que me había dicho cuando nos conocimos. Me alegré muchísimo al ver que una persona amable, generosa e inteligente como él obtenía un resultado tan maravilloso como aquél. También fue muy emocionante para mí presenciar la felicidad de mi querido amigo, la felicidad de un sueño convertido en realidad.

Pero, al mismo tiempo, tenía una profunda sensación de pérdida. No podía creer que Ning nos iba a dejar muy pronto para marcharse a un país del otro extremo del planeta y del que en realidad sabíamos muy poco. ¿Cuándo volvería a verlo? Tal vez nunca. Me puse a pensar también en Dong Yi. Sin Ning, ¿cómo iba a cambiar mi relación con Dong Yi?

—Vayamos a la orilla a por cacahuets tostados y helado. Esto se merece una gran celebración —dijo Dong Yi con una sonrisa.

Durante los días siguientes, los tres permanecimos juntos y comimos más y más a cuenta de la celebración. Una noche tomamos sopa de wonton en un pequeño puesto de una calle cercana. Otra noche comimos Tian Ji Gou Zi, colines fritos con salsa picante y tortas de huevo. Por último, un día terriblemente caluroso tomamos fideos fríos coreanos en un pequeño restaurante.

Cuando terminamos de comer ya había oscurecido y al salir hacía una noche fresca y brillante en la que las estrellas titilaban en el cielo como diamantes. Me llegaba el aroma de jazmín desde el otro lado de las paredes de la universidad. Hablamos de ir juntos al lago, como habíamos hecho tantas otras veces.

—Lo siento —dijo Ning—. No puedo ir al lago con vosotros. Tengo que volver al laboratorio para terminar un experimento.

—¿No puedes terminar el experimento mañana? Es una pena, hace una noche realmente hermosa —le supliqué con dulzura.

—No. Se lo prometí a mi tutor. Está esperando el resultado —explicó Ning al tiempo que se movía de un lado a otro.



De modo que Dong Yi y yo nos despedimos de Ning y emprendimos nuestro camino entrando por la puerta sur hacia el lago Weiming.

La luna llena se cernía sobre la pagoda, como si alguien hubiera colgado un gigantesco farolillo blanco. Era una noche apacible, apenas hacía viento, aunque de vez en cuando unas suaves ondas afloraban desde alguna parte y desdibujaban el reflejo de la luna perfecta. En lo más profundo del bosque, el canto de los grillos era intenso. Había unas cuantas farolas repartidas alrededor del lago.

Nos alejamos del camino principal y bajamos hacia el lago mientras buscábamos algún lugar donde sentarnos. La mayoría de los bancos que había en el lago estaban bajo sauces llorones que se inclinaban sobre ellos o detrás de arbustos que llegaban a la altura de la cintura, lugares que, al abrigo de la oscuridad, eran los más privados del campus.

—Me temo que esta noche todos los bancos están ocupados —susurró Dong Yi mientras pasábamos junto a jóvenes enamorados fundidos en un estrecho abrazo. No podían ir a ningún otro sitio que no fuera a los bancos de alrededor del lago.

Nos detuvimos en el puente de piedra. La luna también se había detenido allí, debajo de nosotros, en el agua. Dong Yi se apoyó contra las columnas del puente, que tenían esculpidos en ellas leones en varias poses.

A su lado, notando el roce de mi piel contra la suya, me quedé mirando hacia el agua y la luna.

—¿Y tú no has pensado en marcharte a Estados Unidos? —me preguntó.

—Nunca. Pero ahora que Ning se va, quizá también deba pensar en ello.

En aquellos tiempos muchos estudiantes querían irse a Estados Unidos, y algunos de ellos descuidaban sus estudios para concentrarse en los exámenes de ingreso de las universidades norteamericanas. Pero yo no era uno de ellos, si bien alguna que otra vez me había preguntado cómo sería el mundo fuera de China y pensaba que estaría muy bien verlo por mí misma algún día. Pero, hasta que Ning se marchó, no me sentía preparada para explorar aquel mundo lejano y desconocido.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunté, y me volví para mirar a Dong Yi. Lo que vi fue su sombra a la luz de la luna.

—Ya sabes lo que pienso, podemos hacer más por nuestro país si nos quedamos.

Dong Yi se mantenía firme. Yo conocía y siempre había respetado su deseo de retribuir a nuestra sociedad y de luchar para que China tuviera un mañana mejor.

—Es una lástima que se marchen de China tantas personas inteligentes y cultas. —Dong Yi suspiró—. Pero ¿quién puede culparles? Todo está prohibido: carteles, manifestaciones y debates políticos.

Irse a Estados Unidos se había puesto de moda desde principios de 1987, después de que el gobierno prohibiera las manifestaciones estudiantiles. Puesto que el entorno político era cada vez más represivo, las jóvenes generaciones de chinos perdieron la esperanza. Cada vez eran más los que se marchaban, principalmente como estudiantes de posgrado, a Estados Unidos.

—En mi clase hay mucha gente que se va a Estados Unidos este año, lo cual me hace pensar dos veces mis propias decisiones. Liu Gang se sorprendió al oírme decir esto. No creo que haya cambiado. Es que es muy difícil mantener viva la esperanza —prosiguió Dong Yi.

—Si te fueras, aún estarías más lejos de Lan —dije yo.

Dong Yi se dio la vuelta y también se apoyó en el puente. Debajo de nosotros, la luna parecía más real que la que había en el cielo.

—Supongo que sí —replicó en voz baja.

Ambos nos volvimos al mismo tiempo para mirarnos. Nuestros rostros estaban tan cerca que notaba el aliento de Dong Yi. La luna iluminaba su cara. Había algo en su mirada que me hacía estar segura de que el anhelo que yo tenía —de que se inclinara hacia delante, me abrazara, me susurrara palabras de amor, quizá incluso de que me besara— ardía en su interior tanto como lo hacía en el mío.

Entonces dio un paso atrás. Una ligera brisa alteró el reflejo de la luna y continuamos andando. Empecé a notar el peso de la bolsa con los libros y me la pasé al otro hombro.

—¿Has escrito algún poema nuevo últimamente? —me preguntó.

—Sí. De hecho, ayer mismo terminé uno.

—¿Lo tienes aquí, puedo leerlo?

—Bueno..., no estoy segura..., podría ser que no te gustara nada.

—No seas tonta. Me encantan tus poemas. Pienso sinceramente que deberías pensar en publicarlos. Quizá presentar algunos a una revista, ¿no? Yo no sé mucho de poesía, pero creo que tienes talento para las palabras.

—No sé, tengo una gama muy limitada. Todo lo que escribo es sobre el amor y la pérdida. A veces me pregunto si llegarán a interesarle a alguien.

—A todo el mundo. ¿Qué otras cosas hay en la vida aparte del amor, la felicidad, la pérdida y el dolor? No muchas, me parece a mí. Vamos, enséñamelo, por favor.

Le di el pedazo de papel en el que había escrito mi último poema. Nos quedamos debajo de una farola para que pudiera leerlo. Yo seguí sus ojos, que avanzaban por la página, y aguardé con nerviosismo su reacción. Me pregunté si sabía que escribía pensando en él.

*A su paso por una ventana que da al sur  
El sol esparce innumerables sombras  
Junto a tu cama  
Flor del limero que el viento perfuma  
¿Te hace pensar en mí?  
¿Igual que yo no puedo evitar pensar en ti?*

—Es muy bueno, Wei. Mándalo al concurso literario. Estoy seguro de que ganarás —dijo con entusiasmo.

Alguien empezó a tocar la guitarra en la barca de piedra que había cerca de la pequeña isla del centro del lago. El canto de un ruiseñor resonó desde la colina de enfrente.

La luna había ascendido en el cielo por encima de la pagoda. La noche era apacible y cálida, como las manos de Dong Yi. Ojalá no hubiésemos estado andando junto al lago sino entre los que se esconden en la oscuridad, en algún lugar colina arriba, en los bancos bajo los álamos temblones. Ojalá él hubiera leído el poema no como crítico o amigo, sino como enamorado. Ojalá...

De repente, una luz brillante iluminó la oscuridad del bosque. Una joven volvió el rostro hacia la luz como un ciervo ante los faros de un automóvil. Estaba tumbada sobre el regazo de su novio. La mujer se sentó inmediatamente y trató de apartar la cara del haz de luz.

—¿Qué estáis haciendo aquí arriba? —gritó el guardia de seguridad sin dejar de enfocar a la pareja con la linterna—. ¿Cómo os llamáis? ¿En qué departamento estáis?

La joven pareja se quedó allí sentada como si fueran estatuas y no respondieron.

—Déjelos, por favor. No son más que niños que tratan de estar juntos —dijo Dong Yi.

El guarda apuntó a Dong Yi con la linterna. Él levantó la mano y apartó la cara.

—Esto es un campus, no un sucio burdel. Tenemos la obligación de mantener limpia nuestra universidad —replicó el guarda, y volvió a dirigir la linterna hacia el bosque. El banco estaba vacío.

Se acercó a nosotros y continuó hablando:

—No sabéis cuántas actividades delictivas descubrimos aquí, en el lago. El otro día, sin ir más lejos, pillamos a una pareja ahí arriba haciendo, bueno, ya sabéis qué. Pronto veréis sus nombres anunciados en carteles. Ambos recibieron amonestaciones oficiales por indecencia. Esto va a quedar en sus expedientes para siempre. Lo tienen bien merecido. La gente tendría que ser más como vosotros dos: paseando, hablando y conociéndose uno a otro, nada más.

Siguió su camino, enfocando aquí y allí con la linterna, manteniendo limpio el campus.

Perdimos el interés por encontrar un banco y nos marchamos del lago en seguida, manteniendo cierta distancia entre nosotros al andar.

Dong Yi regresó a Taiyuan y yo, tal como tenía planeado, me fui de excursión a las Montañas Amarillas con mi amiga Qing, que para entonces estudiaba en la Universidad Agrícola de Pekín.

Tanto a Qing como a mí nos encantaba viajar. En aquella época el turismo aún no se había desarrollado en China y viajar con mochila era poco habitual, y más aún para dos chicas jóvenes como nosotras. Como disponíamos de poco dinero, tomábamos trenes lentos que paraban en todos los pueblecitos de la línea y cambiábamos de tren con frecuencia. A veces dormíamos en los duros asientos de madera de los trenes utilizando las mochilas como almohada (para evitar que nos las robaran), en tanto que otras veces nos acurrucábamos en baños públicos vacíos. Una noche, en una casa de baños, me despertó un fuerte estrépito. Al cabo de un rato, cuando el ruido por fin cesó, yo seguía temblando a causa de temores imaginarios. No pude dormir más. Las sombras de las cabezas de las duchas, el olor a frío y humedad; a nuestro alrededor todo parecía estar lleno de peligro. Llegó un momento en que tuve que despertar a Qing.

—Vuelve a dormirte. Aquí no hay nadie más que nosotras. Tú misma te estás asustando —dijo, y volvió a dormirse inmediatamente.

Pero yo no me atreví a cerrar los ojos en todo lo que quedaba de noche.

Al final, cuando las vías se terminaron, en el último pueblo antes de las montañas, nos subimos a un autobús. Durante unas horas pareció que estábamos perdidas por infinitos bosques de bambú. Luego el camino empezó a ensancharse a medida que ascendía. Otros autobuses, la mayoría de ellos pertenecientes a empresas turísticas que ofrecían sus servicios a los visitantes extranjeros, se unieron a nosotros por el sinuoso camino que llevaba al pie del monte Huangshan. A lo lejos empezamos a divisar unos picos neblinosos que con frecuencia cambiaban de forma y color a medida que las nubes y la neblina pasaban empujadas por el viento.

Llegamos al pie de las Montañas Amarillas a media tarde. Qing y yo pasamos la noche en un pequeño hotel que había allí. A la mañana siguiente iniciamos nuestra escalada al pico más alto, de unos mil ochocientos metros. La subida fue lenta y, en ocasiones, difícil. En muchos puntos durante el ascenso el camino pasaba justo al lado de los precipicios, con una caída a pico a un lado y la roca vertical en el otro. La únicas medidas de seguridad consistían en unas cadenas de hierro clavadas en la roca. Para mí, el ascenso supuso un particular desafío debido a mi miedo a las alturas. Pero Qing y yo no podíamos contener nuestra emoción mientras subíamos

cada vez más alto, cuando, en cada curva, se nos ofrecían unas vistas impresionantes a través de algún que otro claro en la niebla; disfrutando mientras tanto del aire limpio y purificador, de los picos y de los viejos pinos que crecían con fuerza en la roca desnuda y que daban la impresión de ir a saltar de sus precarios salientes para tocar el cielo.

La primera noche alquilamos unos abrigo de invierno acolchados e intentamos dormir en la cima de la montaña. Pero hacía un frío espantoso y no pudimos conciliar el sueño. Nos pasamos toda la noche hablando, adormilándonos y volviendo a hablar.

Conocí a Qing cuando teníamos doce años, el primer día de internado. Era una de mis siete compañeras de habitación.

—No te imaginas a quién me encontré hace dos semanas en Wangfujing: a nuestra antigua compañera de habitación Min Fangfang, Minnie Mouse. Fue muy curioso; las dos estábamos comprando un lápiz de labios en los grandes almacenes nuevos. Al principio no la reconocí. El brote había florecido. ¿Cómo pueden llegar a cambiar a la gente dos años de universidad en Shanghai! ¿Te acuerdas de la primera noche en el internado? ¿Que hubo una gran tormenta eléctrica y se cayó de la cama y lloró? —nos reímos las dos.

La noche era larga y fría. Tras agotar todas las posibles conversaciones sobre el pasado, hablamos del futuro. Sin embargo, a la mañana siguiente estábamos tan cansadas que poco recordábamos de nuestras deliberaciones. Al amanecer empezó a llover. Aun así nos dirigimos al mirador —un grupo de rocas gigantescas— con la esperanza de que despejara antes de la salida del sol. Pero no tuvimos suerte y, por consiguiente, decidimos quedarnos otra noche en la cima, con la esperanza de que al día siguiente pudiéramos ver amanecer.

Aquella noche desembolsamos quince yuanes (cerca de un euro cincuenta) por una cama dentro de una de las tiendas. Por fin, a la mañana siguiente vimos salir el sol en toda su gloria, alzándose desde las llanuras de China. En el horizonte, la fértil tierra de mis antepasados se fundió con el cielo entre rayos de luz dorada y no pude distinguir ninguna frontera o límite. De modo que ésta es China, mi madre patria. Allí, al este, estaban las bajas llanuras de Zhong Gou donde la vida existe desde hace miles de años.

Más al oeste, el río Yangtsé fluía plácidamente por el terreno, brillando bajo la luz matutina como un cinturón de plata. Cuando el sol se alzó por encima del horizonte hubo una explosión de luz que irradió cientos de miles de destellos sobre la tierra, penetrando el aire, las nubes, las rocas, los seres; de pronto todo parecía transparente.

—¡Dong Yi! —dije calladamente para mis adentros—. ¿Puedes ver lo que yo veo y sentir lo que yo siento?

Aquel verano, Yang Tao, mi exnovio del primer curso en la Universidad de Pekín, regresó después de pasar un año en el extranjero. Cuando se marchó yo ya había roto la relación pero, al volver, él sencillamente la retomó allí donde la había dejado y volvió a asumir el papel de novio. Me colmó de regalos que había comprado en Occidente y me habló con gran detalle de su nuevo trabajo en el Departamento de Asuntos Exteriores, de sus ambiciones políticas y de los planes de futuro para ambos. Yang Tao estaba a punto de convertirse en el diplomático más joven de China.

Yo no sabía qué hacer, con Dong Yi que había vuelto a casa y Ning que se preparaba para marcharse a Estados Unidos. Aunque no había pensado seriamente en irme a Estados Unidos, igual que a muchas jóvenes chinas de entonces, me había cautivado el *glamour* de tierras lejanas, la relación con todo lo extranjero y, sobre todo, la gente que había trabajado en otros países. Me gustaba la moderna ropa que Yang Tao me había traído de París, Roma y El Cairo. El maquillaje acababa de llegar a China y las marcas extranjeras eran pocas y muy caras. Las chicas que querían ir a la moda a veces se mataban de hambre para poder comprarse base de maquillaje y pinturas para los ojos. Yang Tao no sólo me trajo unas grandes cajas de cosméticos que contenían de todo, desde sombra de ojos y colorete hasta barras de labios, sino que además trajo otras para mis compañeras de habitación. Ellas, claro está, quedaron muy agradecidas y sumamente impresionadas.

—¡Qué suerte tener un novio tan guapo y rico! —me dijeron. Su envidia estimuló mi ego, aunque sabía que todo aquello era superficial. Pero tal vez era lo que necesitaba después del rechazo de Dong Yi. Así pues, por

motivos tan estúpidos y materialistas como aquéllos, no rechacé a Yang Tao: ése fue mi error.

Pasamos gran parte de la última semana de las vacaciones de verano juntos, comprando en *boutiques* de diseño occidentales y comiendo en lugares elegantes como Maximilian, el restaurante francés propiedad del diseñador Pierre Cardin. Y un sábado por la tarde, Yang Tao me llevó a su residencia para enseñarme más fotos de su temporada en el extranjero. Yang Tao estaba a punto de empezar a trabajar para el Departamento de Asuntos Exteriores en otoño; hasta entonces, estuvo cumpliendo con los últimos requisitos para obtener la licenciatura por la Universidad de Lenguas Extranjeras de Pekín.

Al tratarse del último fin de semana antes de que terminaran las vacaciones estivales, la universidad estaba tranquila. La residencia de estudiantes de Yang Tao estaba vacía y no vimos ni oímos a nadie en todo el camino hacia su habitación en el primer piso. Aunque fuera el día era soleado y radiante, el dormitorio de Yang Tao, que tenía una sola ventana que daba al norte y quedaba totalmente ensombrecida por un enorme roble, estaba oscuro. La estancia era pequeña, quedaba muy poco espacio con las tres literas, y la cama de Yang Tao era la de abajo a la izquierda, junto a la puerta.

Nos sentamos uno junto a otro en la cama de Yang Tao para mirar sus álbumes de fotos mientras él me explicaba dónde estaban tal y tal sitio y qué estaba pasando en el momento de la fotografía. Entonces dejó el álbum de fotos en el suelo y me tumbó en la cama. Lentamente empezó a besarme.

—No te preocupes. La primera vez será doloroso, pero iré con mucho cuidado —me susurró al oído al tiempo que me levantaba la falda y me quitaba las bragas.

Aunque tenía veinte años, nunca había tenido una experiencia sexual. Por supuesto que sabía lo que ocurría desde el punto de vista biológico, pero no sabía cómo debía reaccionar o qué debía hacer. Permanecí inmóvil.

Después, Yang Tao me observó mientras volvía a ponerme la ropa. Yo me sentía fatal, el dolor que notaba entre las piernas era fuerte, pero la forma en que él reaccionó me pilló por sorpresa. De pronto le entró el pánico y dijo:



—Supongo que no tomas anticonceptivos. Tenemos que conseguirte algunas pildoras del día siguiente. No querrás quedarte embarazada.

En aquel momento sentí miedo: un embarazo. ¿Qué iba a hacer si ocurría? ¿Cómo me enfrentaría a mis padres? Mi vida se echaría a perder. Me expulsarían de la universidad... La idea de tener un hijo o de abortar me daba escalofríos. Y Yang Tao podría perder su trabajo en el Departamento de Asuntos Exteriores por dejar embarazada a una menor de edad. Veintitrés años era la edad mínima requerida para el matrimonio y, por lo tanto, para el sexo. Supe que Yang Tao estaba igual de preocupado cuando decidió que debíamos dirigirnos sin pérdida de tiempo a la calle mayor de Haidian para conseguir algún contraceptivo.

La tienda más grande que había en la calle principal era el herbolario-farmacia chino. Frente a la tienda, una gran cartelera mostraba un dibujo de una pareja revolucionaria y un niño sonriente, con la leyenda: «Cásate tarde, controla la natalidad». La calle mayor estaba atestada de personas de compras de fin de semana, pero, por suerte para nosotros, había poca gente en la farmacia.

En la puerta, vacilamos. Yang Tao dijo:

—Tenemos que actuar con naturalidad. Diremos que estamos casados, que hemos tenido un accidente y que necesitamos pildoras del día después.

Entramos. Me temblaban las manos. La tienda era más ancha que larga y, todo alrededor, había unos mostradores de cristal que llegaban a la altura de la cintura. De pared a pared, detrás de los mostradores, había unos altos e imponentes muebles chinos para guardar medicinas con cientos de cajones diminutos y relucientes tiradores metálicos. Cuando era pequeña, pensaba que ir al herbolario era algo parecido a ir a un templo; la sabiduría se guardaba en aquellos cajones minúsculos, colocados unos sobre otros hasta llegar al techo.

Al entrar nos invadió el olor a raíces secas y amargas, de intestinos de animal adobados y de hierbas machacadas. Al otro lado del mostrador había sentada una mujer de mediana edad que llevaba una bata blanca y estaba leyendo una popular novela sobre los jóvenes expulsados de la universidad. Tras escuchar lo que Yang Tao le contó, nos miró estudiando nuestros rostros. Yo estaba segura de que estaba perdida. «Sabe que estamos

mintiendo. Llamaré a la policía. La policía vendrá y me llevará de vuelta a la Universidad de Pekín...». Aún estaba muy confusa por todo lo que me había pasado en la última hora. No duró mucho; todo terminó en cuestión de minutos. Pero me había supuesto mucho dolor y ahora amenazaba con arruinar el resto de mi vida..., ¡y tenía tantas cosas que esperar con ilusión!

—Allí, en aquellas cajas, servios vosotros mismos —dijo por último la mujer, volviendo a enterrar la cara en su libro.

Debido a la superpoblación de China, se fomentaba mucho el control de natalidad. El gobierno había hecho que las píldoras anticonceptivas y los preservativos fueran gratuitos para todo el mundo y había introducido la ley por la que una pareja sólo podía tener un hijo. Aunque sabía lo de las píldoras anticonceptivas gratuitas, me sorprendió lo fácil que era conseguirlas. Había toda clase de pastillas y dispositivos contraceptivos en unas bandejas de plástico distribuidas por toda la tienda.

Nos hicimos con una caja de cada tipo de pastilla y nos marchamos cuanto antes. Leí las instrucciones detrás de un pequeño puesto de frutas. Decían que te tomaras un comprimido en seguida y otro al día siguiente.

Entonces regresamos a la Universidad de Pekín.

La fecha de la partida de Ning ya estaba muy próxima. Un día fui a verle. A ambos nos entristecía el hecho que se iba muy pronto. Estábamos hablando del año anterior y de los momentos que habíamos pasado juntos cuando, de repente, Yang Tao irrumpió en la habitación. Sin decir una sola palabra, saltó sobre Ning y le dio un puñetazo. Mi primer impulso fue ayudar a Ning. Pero inmediatamente me di cuenta de que eso no serviría más que para empeorar las cosas. Yang Tao había supuesto equivocadamente que Ning y yo éramos amantes.

Después me enteré de que una de mis compañeras de habitación le había dicho a Yang Tao que había ido a ver a mi amigo del departamento de física. Entonces Yang Tao me registró la bolsa y encontró la dirección de Ning. Aunque Yang Tao se disculpó conmigo varias veces durante los días siguientes, el incidente me había afectado profundamente.

Llegó el otoño. Las hojas de los arces eran rojas como la sangre. El cielo parecía estar más alto sin el brumoso sol estival y el aire era fresco y cristalino.

Ning se fue de China.

Faltaba poco para la hora de la cena, mis compañeras de habitación se habían ido al comedor y yo me estaba maquillando para salir aquella noche. Yang Tao iba a llevarme a celebrar mi beca para el curso de posgrado.

Cada año, la Universidad de Pekín otorgaba una beca y una plaza en el curso de posgrado a uno o dos de los mejores estudiantes de cada departamento. Aquella misma mañana, en la primera semana de vuelta a la universidad, me habían dicho que tenía las mejores notas de mi promoción y que, por consiguiente, era la ganadora de la beca. No sólo me dieron una plaza en el curso de posgrado, sino que además me ofrecieron la oportunidad de elegir con qué profesor del departamento quería estudiar, un gran privilegio, puesto que normalmente es el profesor quien elige.

Llamé a Yang Tao para contarle la noticia.

—Estupendo. Iremos a cenar al Russian Tea House. Ponte el vestido blanco que te compré en París. Te pasaré a recoger a las siete en punto.

Aquello era muy emocionante. El Russian Tea House era un restaurante que hasta hacía muy poco tiempo sólo frecuentaban los cuadros del Partido y nunca había estado allí. Ni siquiera conocía a nadie que hubiera estado. Acababa de maquillarme cuando oí que alguien llamaba a la puerta. Yo di inmediatamente por sentado que se trataba de Yang Tao.

—Llegas pronto.

Abrí la puerta.

—¿Ah, sí?

Me sorprendió ver a Dong Yi delante de mí. Me había estado preparando para ir a verlo, pero en aquellos momentos aún no estaba preparada. Se me quedó mirando unos segundos y sonrió.

—Hola, Wei. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¡Qué guapa estás esta noche!

—Me alegro muchísimo de verte. Pasa, por favor.

Sentí que me invadía la felicidad al verlo; quería abrazarlo y cogerle las manos y compartir mis buenas nuevas con él. Pero no lo hice porque, en China, el contacto físico se reserva sólo para los que son novios.

—¿Cuándo regresaste? ¿Cómo te ha ido el verano?

En cuanto lo dije pensé en Lan y en el verano entero que habían pasado juntos. En seguida lamenté haberlo preguntado.

—Bien. Me alegro de estar de vuelta. ¿Te gustó el viaje a las Montañas Amarillas?

Le hablé a Dong Yi de mi viaje y le dije que algún día tenía que conocer a Qing.

—Es muy divertida, muy nerviosa y muy rebelde. A veces encuentro extraño que sea tan temeraria, dados sus orígenes: tanto su padre como su madre son oficiales del ELP.

Pero Dong Yi interrumpió mi relato del viaje, algo que no haría normalmente, y cambió de tema.

—En realidad he venido para decirte una cosa.

—Yo también tengo algo que contarte. Estoy muy emocionada. ¡Me han concedido la beca para el curso de posgrado!

—¡Felicidades! Es estupendo, Wei.

Entonces oí que alguien llamaba a la puerta.

—Espera un momento, déjame ver quién es.

Abrí la puerta. Era el novio de una de mis compañeras de habitación. Le dije que su novia se había ido a cenar al comedor número catorce. En el preciso momento en que iba a cerrar la puerta, apareció mi diplomático.

—¡Felicidades, cariño! Estoy muy orgulloso de ti. He traído esto. Ábrelo, —dijo, y entró con el casco de la moto en una mano y una cajita roja en la otra.

—No tendrías que haberlo hecho. Éste es mi amigo Dong Yi. Ya se iba.

Me sentí incómoda. Aún no me había dado tiempo a contarle a Dong Yi este nuevo acontecimiento en mi vida. También estaba preocupada al recordar el episodio con Ning, y quería sacar a Dong Yi de allí lo antes posible.

—Hola —le dirigió un saludo desganado con la cabeza a Dong Yi. Después se volvió hacia mí de nuevo y repitió—: Ábrelo.

Abrí la caja. Dentro había un collar de oro con un relicario en forma de corazón.

—Póntelo. Esto es lo primero que te compré cuando estuve en el extranjero. Te quedará bien.

Me ayudó a ponerme el collar y luego me dio un beso en la mejilla.

Hubiera querido morirme. Miré a Dong Yi, que estaba claramente violento, y no encontré palabras para decir nada.

—¿Estás lista para irnos? No querrás que lleguemos tarde para nuestra reserva.

Siguió haciendo caso omiso de Dong Yi.

—Será mejor que me vaya. Que os vaya bien la cena.

Dong Yi se levantó para irse, a todas luces dolido.

—Vendré a verte, tal vez mañana, ¿vale?

—Querías decirme algo.

—No, no era nada. No te preocupes —respondió, y se marchó a toda prisa.

El Russian Tea House era el único restaurante occidental que sobrevivió a la Revolución Cultural; al parecer, a los dirigentes del Partido les gustaba la comida. Tal vez les recordara a los cuadros del Partido los días que habían pasado en la URSS como miembros de las prometedoras juventudes soviéticas. Se hallaba emplazado en un jardín y se trataba de un establecimiento al magnífico estilo ruso, con techos altos y grandes columnas. Había sido un restaurante «exclusivo para miembros del Partido» hasta 1984, año en que se abrió al público. Pero la mayoría de los que acudían allí continuaban siendo dirigentes del Partido, sus familiares y amigos. Más recientemente también se había convertido en el lugar de moda donde los jefes de las grandes empresas estatales comían a cuenta de la compañía, aun cuando muchos de ellos no sabían utilizar los cuchillos y tenedores que ponían en la mesa en lugar de palillos. A diferencia de los establecimientos chinos tradicionales, los camareros vestían camisas blancas y pantalones negros y atendían a los clientes con esmero. Aquella noche nos dimos una comilona en el Russian Tea House. Yang Tao pidió caviar y champán. Cuando me corrigió el modo en que utilizaba los tenedores y cuchillos, pensé en Dong Yi. Me preguntaba cómo debía de

sentirse y qué podía ser lo que quería decirme. Y pensé en lo que yo no le había dicho.

Al día siguiente no fui a ver a Dong Yi. El hecho de que se hubiera enterado de lo de Yang Tao de aquella manera me hacía sentir mal. Al cabo de unos días me lo encontré en el comedor. Noté que mantenía las distancias. Cuando le pregunté qué quería decirme aquella tarde, insistió en que no era nada.

Me imaginé que Dong Yi no me había dicho la verdad. Pero no hice nada al respecto. Tampoco le expliqué lo que había ocurrido entre Yang Tao y yo. En lugar de eso, me concentré en otras cosas. Al tener garantizada una plaza en el curso de posgrado me sentí menos presionada por los estudios y cada vez pasaba más tiempo fuera del campus.

Armado con los dólares norteamericanos que había ganado durante el tiempo que estuvo destinado en el extranjero, Yang Tao me llevó de compras por las *boutiques* de diseño recién abiertas. Fuimos a restaurantes caros y a bares de hotel; la vida nocturna de Pekín acababa de empezar, pero sólo para los pocos que podían permitírselo. Pronto me convertí en una de las estudiantes mejor vestidas del campus. Creo que la razón por la cual nunca puse objeciones a aquellos regalos fue porque, aunque de vez en cuando seguía viendo a Dong Yi, nuestra relación se había enfriado considerablemente.

No obstante, en mi interior sabía que todavía lo amaba y por ese motivo, para no tener que enfrentarme a mis sentimientos, me sumí en aquel mundo de gratificación instantánea que Yang Tao había creado para mí: dinero, joyas, ropa de diseño, alcohol y sexo.

Una tarde vino Yang Tao y me dijo que le había pedido al representante de la Asociación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de Pekín que me vigilara. Me contó que había gente que trataba de reavivar el llamado «debate por la democracia» y suscitar sentimientos antigubernamentales en el campus. No quería que me acercara a esas personas, porque me advirtió que tanto la Asociación de Estudiantes como la Liga de Juventudes estaban siguiendo la situación muy de cerca y conocían nombres y departamentos concretos.

—Si estos estudiantes no se detienen, pronto habrá algún herido.

Me explicó que, como futura esposa de un importante diplomático, debía tener cuidado. Pronto empecé a sentirme como un pájaro encerrado en una jaula de oro. A veces, cuando iba sola al lago Weiming, sentía el vacío en mi interior. En ocasiones soñaba con los días maravillosos que había pasado con Dong Yi y Ning. Y al despertar, mi corazón rebosaba de tristeza y sentimiento de pérdida. Pensaba en Ning: desde que él se fue, nada había sido igual; parecía ser el culpable de mi entonces absurda existencia.

Y mi vida fue yendo cada vez más a la deriva a medida que iba transcurriendo el trimestre. No disfrutaba de ella, de hecho la detestaba, pero no podía escapar. Me deprimí. Sacaba peores notas y me alejé de mis amigos. Asimismo, mi relación con Yang Tao se volvió tempestuosa cuando empezó a insistir en que le rindiera cuentas de todos mis movimientos cuando no estaba con él, y mi frustración iba en aumento. Aunque muchas de mis amigas envidiaban mi estilo de vida, yo estaba desesperada por ponerle fin. Echaba de menos a Dong Yi y a Ning y los días felices que habíamos pasado juntos.

Tres días antes de la fecha en la que tenía que presentarme para el curso de posgrado, de pronto me di cuenta del camino que debía tomar si quería escapar a mi situación. Durante tres noches permanecí despierta en la cama pensando en mi vida. Decidí que, en lugar de hacer el curso de posgrado en la Universidad de Pekín, me iría a estudiar a Estados Unidos, aun cuando ello significara tener que dar más clases de inglés. La tierra dorada de libertad y prosperidad se convirtió en la solución que estaba buscando.

Así pues, cuando llegó el día de la matrícula, no fui a inscribirme. El departamento me mandaba cartas y enviaba a mis compañeros de clase para tratar de localizarme. Cuando les expliqué a los profesores que había decidido renunciar a mi plaza en el curso de posgrado no podían creerlo. Mis padres alucinaron.

—¿Cómo puedes desperdiciar semejante oportunidad? ¿Qué harás si no consigues irte a Estados Unidos? ¡No es tan fácil como piensas! —me gritó mamá. Pero yo ya estaba decidida. Nadie iba a convencerme de que cambiara de opinión.

Era libre; el pájaro había escapado de la jaula de oro. No sentía ningún arrepentimiento, sólo un irreprimible deseo de volar hacia el cielo que se abría en lo alto.

En el campus me convertí de forma instantánea en una celebridad. Durante el año siguiente, siempre que iba a visitar a los amigos que pasaron al curso de posgrado, la gente acudía a las habitaciones de sus residencias para verme. Me decían que hacía mucho tiempo que oían hablar de mí y querían ver qué aspecto tenía. Supongo que la mayoría pensaba como mis padres y me creía loca.

Cuando decidí no hacer el curso de posgrado y marcharme a Estados Unidos, también fui capaz de poner fin a mi relación con Yang Tao. Para entonces, afortunadamente, Yang Tao volvía a estar destinado en el extranjero, de modo que le escribí y rompí nuestra relación. Y después, una tarde, quedé para cenar con Dong Yi.

Aquella noche el comedor estudiantil número tres estaba lleno. Cientos de personas se aglomeraban en su interior. A voz en grito les leían el menú a sus amigos, que estaba apuntado en unas pizarras que había colgadas en todas las ventanas. Se peleaban por conseguir un lugar en la cola. Saludaban a viejos amigos y a conocidos recientes con el entusiasmo propio de un nuevo curso.

Dong Yi y yo hicimos lo que pudimos para tratar de ponernos al día en medio del estrépito de las cucharas contra los cuencos de aluminio y las conversaciones mantenidas a todo volumen. Le conté a Dong Yi lo que había decidido hacer con mi vida. No pareció sorprendido.

—¿Cómo han reaccionado tus padres?

—Están furiosos. Piensan que he desaprovechado una cosa segura por algo tan incierto como ir a Estados Unidos. Creen que me he vuelto loca. Por supuesto, sé que es perfectamente posible que no entre en ninguna universidad de Estados Unidos. Pero ello no significa que no deba intentarlo. Por otro lado, se alegraron mucho cuando dejé de ver a tú ya sabes quién. Nunca les había caído bien. Bueno, nunca les ha caído bien ninguno de los chicos con los que he salido. ¿Y tú qué me cuentas? ¿Cómo te fueron las vacaciones de verano? ¿Llenas de acontecimientos? —le pregunté.



—Bueno, podría decirse que sí. En primer lugar, las noticias sobre Liu Gang. ¿Te acuerdas de Liu Gang?

—Claro que sí, fuimos a su fiesta de cumpleaños. Se licenció el año pasado, ¿no?

—Sí, así es, pero ahora está sin trabajo y ha regresado a Pekín. Va a quedarse conmigo una temporada.

La noticia me sorprendió.

—Lo lamento. ¿Qué tal está?

—En el departamento hay mucha gente que lo ayuda, incluida la profesora Li Shuxian y su marido, el profesor Fang Lizhi —dijo Dong Yi.

El profesor Fang Lizhi era un catedrático de física que durante muchos años había sido la figura principal de la oposición en China. En 1987 lo expulsaron del Partido Comunista por apoyar las manifestaciones estudiantiles de 1986. Sus escritos sobre los derechos humanos y la democracia le habían reportado el reconocimiento internacional y un montón de problemas con el Gobierno. Su esposa, la profesora Li Shuxian, le daba clases a Dong Yi y era también una figura prominente en el Movimiento Democrático Chino.

Dong Yi continuó hablando:

—Por cierto, si alguien te pregunta por Liu Gang, no digas nada. Creemos que la policía secreta ha estado en el campus buscándole.

—¿La policía secreta? ¿Por qué?

—Atrajo su atención cuando era editor de la revista Free Talk. Tras regresar a Pekín, se ha hecho oír más en relación con la reforma política. Ha estado dando discursos en mítines públicos en el campus.

Interrumpí a Dong Yi en cuanto me di cuenta de que él también podría estar en peligro.

—Si la policía secreta vigila a Liu Gang, tú tampoco estás seguro.

—No te preocupes por mí. Yo estoy bien. En serio, estoy bien —sonrió.

—¿Qué más? Dijiste que ésta era la primera noticia —le pregunté con impaciencia, en parte para cambiar de tema y en parte para satisfacer mi curiosidad. Quería averiguarlo todo sobre él lo antes posible para así poder empezar a contarle mis planes de futuro.

—Me casé.

Aquella vez su voz era tranquila, como si estuviera contándome que se acababa de comprar una camisa nueva o de cambiar el calendario de la pared.

—¿Qué? —Me quedé anonadada, no sabía qué pensar. Me sentí como si me hubieran drenado la vida—. ¿Lo tenías planeado hacía tiempo? ¿Por qué no me dijiste nada?

—No, no lo planeé. Ni siquiera sabía que iba a suceder. Cuando estuve en casa, todos los miembros de nuestras respectivas familias querían que nos casáramos. Al principio pensé que se trataba simplemente de otra muestra del espectáculo que montan cada vez que vuelvo a casa. Pero esta vez fue distinto. ¿Recuerdas aquella tarde del año pasado cuando acababa de regresar de Taiyuan? Fui a verte. Quería decirte que estaba pensando en dejar a Lan. Durante el verano había pensado mucho en ti y en lo que deseaba en la vida.

Al oír aquellas palabras me quedé atónita y la sorpresa me dejó la lengua paralizada. Aunque con frecuencia había intentado adivinar lo que quería decirme aquella tarde, nunca se me había ocurrido que dejar a Lan fuera una de las posibilidades.

—Estuve pensando en lo que dijiste sobre Ana Karenina, lo de la historia de amor condenada al fracaso —continuó diciendo Dong Yi—. Y tampoco sería justo para Lan, creía yo, casarme con ella si no la quería. Vine a contarte todo eso. Pero tú habías vuelto con tu diplomático. ¿Cómo se llama?

—Yang Tao —contesté.

—No podía competir con Yang Tao. Yo no te podía comprar joyas ni me podía permitir llevarte a restaurantes caros. Parecías feliz. Daba la impresión de que habíais arreglado vuestras diferencias.

¿Tan superficial era yo? Sí, lo era. Pero ¡si él hubiera sabido cómo era en realidad mi relación con Yang Tao! ¡Si hubiera sabido lo sola que me sentía sin él!

—¿Por qué no me lo dijiste por lo menos? —le pregunté.

¿Por qué no vino a rescatarme? ¿No sabía que yo hubiera dejado todo lo que me importaba si me hubiera llamado para ir al fin del cielo con él?

—Ahora ya no importa. La verdad es que, con cada año que pasaba, cada vez era más difícil terminar la relación. Todo el mundo decía que si no nos casábamos, la reputación de Lan quedaría arruinada. Nunca podría encontrar a alguien para contraer matrimonio.

—¿A qué te refieres?

—Porque, bueno..., cómo te diría..., Lan ya no era virgen.

Me sorprendió oírlo conociendo la severa moralidad de la China interior. Tal vez Lan fuera más progresista de lo que yo creía, tal vez se querían lo suficiente como para hacer frente a la hostilidad de la sociedad, tal vez... Entonces interrumpí bruscamente la línea de mis pensamientos. Me sentía triste, celosa y enojada. «Esto es más de lo que quiero saber», me dije a mí misma.

Dong Yi continuó hablando:

—Cuando le hablé de ti a Lan le hice mucho daño. Yo no podía soportar ver que era desdichada. Nos habíamos amado durante mucho tiempo. Tenía que resarcir a Lan y hacer lo que me correspondía para devolver la felicidad a nuestras vidas.

—Pero si nosotros ni siquiera llegamos a besarnos —farfullé.

—Eso a ella no le importaba. Lo que le molestó era lo que yo sentía por ti. En muchos sentidos tenía razón, algo puramente físico habría dolido menos. También le sentó mal que siguiéramos siendo buenos amigos. Me preguntó por qué. No supe qué decirle. Ella creía que, al igual que el Partido, yo «prefería lo nuevo a lo viejo». Dijo que desde que había venido a la Universidad de Pekín la miraba por encima del hombro y no le agradecía todo lo que ella había hecho por mí: cuidar de mis padres, cocinar, limpiar, etc. Toda la gente de su entorno dijo lo mismo. —Dong Yi bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. Lan les habló de ti a mis padres y a su familia. Todos se pusieron de su lado. Wei, tú sabes lo complicada que puede ser la vida, ¿no?

Hizo una pausa. ¿Esperaba de mí comprensión o lástima? «Amor mío, ¿qué esperas que diga?». Quería perderme en sus ojos, de tan dulces que eran. Pero yo estaba deshecha. Así que no dije nada. No podía ayudarle, en aquel momento no podía.

—Así pues, hicimos lo más fácil y nos casamos. Ya era hora de poner fin a todo el sufrimiento.

—¿El tuyo o el mío?

—No seas cruel, Wei. Ojalá pudiera parecerme más a ti. En realidad, nunca he conocido a nadie como tú. A la más mínima puedes volver a empezar tu vida de nuevo. Por el contrario, yo soy un cobarde. Pero creo que es lo mejor para todo el mundo. Soy lo único que tiene Lan, pero tú tienes el mundo entero a tus pies.

—No seas demasiado duro contigo mismo —dije yo. De repente volví a tomar conciencia de dónde nos encontrábamos, de los gritos de los estudiantes de primer año y del olor a grasa para cocinar y a salsa picante del comedor estudiantil—. No eres un cobarde. Sencillamente, eres mejor persona que yo.

En aquel momento, sumergiéndome en el sonido del atareado mundo que me rodeaba, me di cuenta de que tenía frente a mí al hombre que encarnaba todo lo que yo siempre había querido y todo lo que había perdido. Dong Yi había encomendado su felicidad futura, y a él mismo, a otra persona.

## Capítulo 5: La fiebre del oro

«Llegará un día en que el viento rompa las olas.  
Entonces izaremos nuestra vela y nos haremos a la mar».

Li Bai, siglo VIII

Conocí a Eimin en la primavera de 1988, tres meses antes de licenciarme, en una fiesta que ofreció el departamento de psicología. Él acababa de regresar de Escocia con un doctorado y lo habían nombrado profesor adjunto. El catedrático del departamento le pidió respetuosamente que les hablara a los estudiantes acerca de sus experiencias en el Reino Unido; se trataba de un verdadero honor, pues el catedrático era mayor que él. Eimin nos sorprendió; en lugar de dar una conferencia, que era a lo que estábamos acostumbrados en China, él tenía un estilo diferente: el estilo occidental. Respondió a preguntas e hizo participar al público. Poseía una capacidad innata para hacerte creer que estabas allí con él, caminando, viendo, explorando y evaluándolo todo, desde la psicología y la decadencia occidental hasta el monstruo del lago Ness. Sentada en la parte de atrás de la estancia, percibí algo en su voz que parecía provenir de un sitio lejano.

Eimin tenía veinte años más que yo y había pasado la juventud en una remota Comuna Popular durante la Revolución Cultural. Cuando Deng Xiaoping volvió a abrir las universidades en 1977, Eimin pidió libros prestados a jóvenes compañeros expulsados y se pasaba las noches leyéndolos a la luz de una lámpara de aceite. Su padre era un profesor de universidad que había cuestionado el papel de Mao durante la Revolución Cultural mientras hablaba en confianza con un amigo suyo. Su amigo lo delató. Lo torturaron y lo mandaron a realizar trabajos forzados, a su familia la echaron de su casa y a sus hijos los trasladaron a distintas

Comunas Populares del país. Eimin tenía quince años cuando fue a recoger estiércol de vaca con una pala en el Gran Norte de China. Pasó allí ocho años y no se le permitió visitar a su padre.

Lo que había experimentado Eimin era muy diferente a mi propia vida. Él había vivido y había sobrevivido a la Revolución Cultural. Había pasado cinco años en Occidente y había visto muchas más cosas, no sólo lo que ocurría dentro de las aulas. A mí me parecía maduro, enigmático, exitoso e inteligente y todas las cosas que me resultan atractivas en un hombre. En esa época, además, le venía bien a mi estado de ánimo: el deseo de liberarme del pasado.

El hecho de que Eimin fuera mi profesor añadía más carisma a su encanto. En la cultura occidental, a una estudiante se le pide que respete a su profesor y, en ocasiones, que lo vea como a un amigo. En la cultura china, a una estudiante se le pide que se consagre a su profesor y que lo vea como una inspiración. En Occidente, el romance entre un profesor y su alumna se considera improcedente, pero en China son frecuentes los idilios entre profesores y estudiantes. Dichos romances eran el tema habitual de las novelas de artes marciales chinas.

Eimin y yo hacía un tiempo que éramos amigos cuando, una noche del mes de noviembre, me invitó a un baile en el campus. En aquel tiempo yo ya había dejado la Universidad de Pekín y me había mudado otra vez con mis padres. Pasaba las mañanas dando clases de inglés y preparándome para mis estudios en Estados Unidos y las tardes haciendo los deberes. Echaba de menos la vida del campus, de modo que acepté la invitación de Eimin con mucho gusto.

Resultó que Eimin era un pésimo bailarín. Me pregunté por qué me habría invitado allí. Pero no me importaba; me lo pasé estupendamente bailando toda la noche. Por su parte, Eimin no bailó la mayoría de canciones; me observaba desde el extremo de la pista y sonreía.

Nos contamos entre los últimos en abandonar el salón de baile. Pasaba de la medianoche y Eimin dijo que no debía tratar de volver en bicicleta al apartamento de mis padres tan tarde y con aquel frío. Se ofreció a dejarme dormir en su sofá. Al regreso de Escocia, a Eimin le habían dado una pequeña habitación en el primer piso del Edificio para el Joven

Profesorado. En su edificio había un teléfono que utilicé para llamar a mis padres. Les dije que me quedaba a pasar la noche con una amiga en su dormitorio. Es justo decir que ambos sabíamos lo que iba a ocurrir aquella noche y que era algo que ambos queríamos. Cuando se acercó a mí en la oscuridad, yo abrí los brazos y le devolví el beso.

No tardé en enamorarme de Eimin, y en febrero de 1989 empecé a pasar gran parte de mi tiempo libre con él en su habitación, que era pequeña pero privada. Acababa de terminar, en enero, los exámenes GRE y TOFFLE requeridos para mis solicitudes a las universidades norteamericanas. Había solicitado una plaza en el siguiente curso académico, que empezaba en septiembre. Por desgracia, Eimin era algo así como un ambicioso fanático del trabajo que pasaba mucho tiempo dando clases y efectuando experimentos. Una tarde que esperaba verle, él estaba realizando una encuesta en algún lugar del campus. De modo que fui a hacerle una visita a Chen Li, que sabía que me animaría la tarde.

El campus se hallaba tranquilo tras un día de emociones. Hacía una noche templada y agradable, y la arena amarilla, que el viento había traído desde el Desierto de Mongolia y llevaba todo el día flotando en el aire, se había asentado.

Nos encontramos en el Spoon Garden Bar. Atravesamos una puerta pequeña y bajamos por una escalera estrecha que conducía al sótano. El bar no era más que una amplia habitación sin decorar y únicamente con unas sencillas mesas y sillas. Pero era el lugar más in del campus. El Spoon Garden era un complejo residencial formado por tres edificios que albergaba a estudiantes y visitantes extranjeros en la Universidad de Pekín. A los estudiantes chinos no se les permitía la entrada en los edificios a menos que los hubiera invitado un residente. El Spoon Garden Bar había abierto dos años antes y era el único lugar del complejo en el que los estudiantes chinos podían entrar libremente. Los estudiantes extranjeros pasaban gran parte de sus tardes libres allí, compartiendo sus historias sobre China o sobre su país de origen. Los estudiantes chinos acudían allí, a pesar de los elevados precios, para hacerse una idea sobre tierras lejanas y para sentirse un poco exóticos.

Nos quitamos los pesados abrigos de invierno, tomamos asiento en una mesa cerca de la entrada y pedimos café. La atmósfera del bar olía a tabaco dulce. La pobre iluminación se volvía romántica con la humareda. En los altavoces sonaban a todo volumen las canciones que entonces estaban de actualidad en China: ¡los Carpenters, Lionel Ritchie y Wham!

Eché un vistazo a mi alrededor y vi a algunas chicas chinas vestidas a la moda repartidas en varias mesas. Sus largas cabelleras de color negro azabache brillaban como el satén y sus labios eran rojos y húmedos. Citarse con un extranjero era arriesgado, pero no pocas lo intentaban. Casarse con un occidental era el sueño de muchas jóvenes chinas, porque entonces podrían abandonar China para siempre. Algunos estudiantes extranjeros parecían disfrutar de su popularidad, como reyes que gozan con la veneración de sus subditos. Acudían al bar para estar rodeados de muchachas chinas, para emborracharse y dejarse seducir por las visiones y los aromas de la femineidad oriental.

Aquella noche, Chen Li estaba de buen humor. Acababa de enterarse de que tenía muchas posibilidades de que lo asignaran a Shenzhen después de licenciarse. Hacía mucho tiempo que deseaba ir a Shenzhen, una ciudad situada frente a Hong Kong y la primera zona económica especial de China. Shenzhen no era tan sólo la primera, sino la más exitosa de las zonas económicas especiales introducidas por Deng Xiaoping.

—¿Sabes que la renta media en Shenzhen ya es diez veces mayor que la de Pekín? La economía de libre mercado ha hecho milagros allí. Imagínate cómo sería China si Shenzhen se expandiera por todo el país.

—¿No quieres quedarte en Pekín? Al fin y al cabo es la capital y el lugar donde se hace la política —le pregunté.

—Muchos de mis compañeros de clase quieren quedarse en Pekín; en realidad, algunos de ellos están desesperados y hacen todo lo que pueden por conseguirlo, recurren a subterfugios o lo intentan con sobornos. Yo no. No me interesa la política. Bueno, eso no es del todo cierto. Lo que quiero decir es que quiero tener más que ver con la economía real en sí misma. Tú siempre me has dicho que parecía más un ingeniero que un economista. Soy más bien un economista de campaña, lo cual es parecido a ser ingeniero; me gusta ensuciarme las manos.



La imagen de Chen Li trabajando en un campo parecía sentarle bien. Único hijo de unos trabajadores fabriles, Chen Li siempre estuvo más interesado en los problemas y soluciones reales. Me gustaba Chen Li por muchas de sus cualidades, entre las cuales se contaba su ingenuo entusiasmo. Él creía realmente que existían el negro y el blanco, el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto. Su confianza en una visión del mundo tan simple como aquella fue particularmente refrescante después de haber pasado gran parte de mi tiempo con una persona veinte años mayor que yo, en cuya opinión todo era complicado, gris e incierto.

Sorbí lentamente el café y escuché los planes de Chen Li. «Qué bueno es que alguien se entusiasme con el futuro», pensé. Lamenté no ser más positiva con el mío. En aquel preciso momento, entró Hanna.

Hanna era la hija de una familia amiga y exalumna de mi madre. Hacía un año que había dejado la universidad para marcharse a Estados Unidos. Una tía lejana suya, una conocida actriz china de Hollywood, había accedido a apadrinarla. Yo creía que aquello ya era un hecho, por lo que me sorprendió ver que aún estaba en China y nada menos que en el Spoon Garden Bar.

—Hanna, ¿qué haces aquí?

—¡Anda! Doy clases particulares de chino a Lau Wai [extranjeros]. A propósito, éste es Jerry, mi alumno. —Miró a su alrededor y dijo—: ¿Os importa si nos sentamos con vosotros? Esta noche parece que está lleno.

—Claro que no —respondí, y les presenté a Chen Li.

Hanna parecía estar contenta y tenía un aspecto más radiante que nunca. Hanna, que tenía una gran belleza natural, con un metro setenta y cinco de estatura, la piel morena y un cuerpo escultural, era consciente de sus atractivos y no le cohibía exhibirlos. Cuando se rio, todo su cuerpo se agitó junto con su pelo. Todos los hombres de la estancia la miraron y, en cuanto lo hicieron, ya no pudieron apartar sus ojos de ella.

—Jerry es profesor en la Universidad de Kansas.

—¿Qué enseñas? —le preguntó Chen Li en inglés.

—Historia asiática —respondió Jerry en un chino casi perfecto.

Hanna se llevó un cigarrillo a los labios y Jerry se lo encendió.

—A Jerry se le dan muy bien los idiomas. Su chino ya era bastante bueno cuando contestó a mi anuncio y ahora, al cabo de cuatro meses, es prácticamente perfecto. También habla japonés con fluidez.

Aunque tenía poco más de cincuenta años, Jerry continuaba siendo un hombre atractivo. Era alto, musculoso, con un distinguido pelo canoso y un aire de superioridad.

—Hanna es la mejor profesora particular que uno pueda tener. Tengo mucha suerte de haberme encontrado con ella —afirmó. La miró con adoración y ella le correspondió con una hermosa sonrisa.

—¿Cómo es que todavía sigues en Pekín? —le pregunté.

—No he podido conseguir un visado de estudiante, ¿puedes creerlo? Cualquiera hubiera pensado que con el respaldo de mi tía sería suficiente. Es muy rica. Pero aun así, ese bobo de la Embajada de Estados Unidos quiere comprobar que me hayan admitido en alguna universidad. Mi tía se está ocupando de ello. Mientras tanto me hacía falta algo de dinero, así que vine al Spoon Garden y puse mi tarjeta arriba, en el vestíbulo.

En aquel momento Jerry se sumó a la conversación y empezó a explicar lo difícil que era para los estudiantes extranjeros entrar en las universidades de Estados Unidos.

—No se trata solamente de una cuestión de dinero. Hace falta obtener una nota suficiente en los exámenes, como las SAT (Pruebas de Evaluación General).

—Pero ya es demasiado tarde para hacer los exámenes este año —dijo Hanna al tiempo que exhalaba una bocanada de humo—. No quiera Dios que tenga que quedarme en China otro año más. De un modo u otro, me iré a Estados Unidos. Tengo que hacerlo. En China no puedo conseguir el trabajo que me gustaría. ¿Sabes lo que te pagan si trabajas por cuenta propia si no tienes un diploma universitario? Casi nada. Por eso vine a enseñar chino al Spoon Garden. Es un buen dinero. Pero no es la solución a largo plazo. Al fin y al cabo, yo estudié inglés y periodismo. ¿Qué hago enseñando chino?

—China es maravillosa. Me gusta mucho el país —terció Jerry—. Pero creo que los jóvenes deben marcharse al extranjero y ver cómo viven otras personas. El otro día, por ejemplo —señaló a Hanna con un gesto y

continuó hablando—, le estaba diciendo a Hanna que nunca había visto un pánico semejante en la gente como el que vi cuando iba a subir a un autobús en Pekín. Todos los autobuses parecían ser el último. La gente intentaba bajarse empujando a aquellos que querían subir, y viceversa. Como resultado tienes un autobús que no se mueve en absoluto porque todo el mundo está metido allí donde no quiere estar. —Mientras lo decía imitó las sacudidas, empujones y apretujones.

Todos nos reímos. Jerry se sintió feliz con nuestra reacción y prosiguió:

—Me encantan las mujeres chinas, hermosas, delicadas, afectuosas, sensuales y femeninas. Pero cuando las veo dando gritos y empujones para tratar de subir a los autobuses, me dan ganas de echar a correr.

Empecé a sentirme un poco avergonzada de mi sexo y de mi país. Cuando alguien señala algo desagradable que es inherente a tu propio país, de alguna manera te sientes en parte responsable, aun cuando tú puedas detestarlo tanto como cualquiera.

Chen Li les contó a Jerry y a Hanna sus planes para después de licenciarse. A Jerry le interesó mucho y empezó a hacer un montón de preguntas sobre Shenzhen y la zona económica especial. Hanna pronto pareció aburrida. Quería ir al mostrador a buscar algo para picar. Fui con ella. Cuando nos levantamos y nos dirigimos a los expositores de cristal, muchas miradas siguieron nuestros pasos. Hanna se echó la abundante y negra cabellera a un lado, de modo que su hermoso rostro quedó a la vista de sus muchos admiradores.

—¿Qué te parece Jerry? —me preguntó.

—Parece una persona muy agradable y divertida.

—Es muchísimo más maduro que todos esos púberes. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar las miradas errantes que había por todo el bar—. Está divorciado y tiene un hijo adolescente que vive con su madre en Filadelfia. Son grandes amigos. Van a juntos a montar a caballo, a practicar deporte. Imagínate eso en China, ¡un padre y un hijo buenos amigos! No lo verás nunca.

En China, la relación entre un hijo y su padre se caracterizaba por la obediencia y el respeto a la persona de más edad, no por la amistad.

—¿Sabes que es un experto en Asia? —continuó diciendo Hanna—. ¡Puede enseñarme cosas sobre la historia china y japonesa! Ha viajado por todo el mundo dando conferencias. Tienes que dejar que te hable de los lugares en los que ha estado, explica unas historias muy hermosas. —Tomó un platito de cacahuets salados y siguió hablando—. Yo quiero ver esos lugares, lo cual significa que tengo que abandonar China para irme a un país con una frontera abierta, donde a la gente se le permite tener un pasaporte y viajar a su antojo.

—¿Por eso quieres marcharte a Estados Unidos, para viajar por el mundo? —pregunté.

—En parte, sí. ¿Cuál es tu motivo? Oí que también estabas tratando de irte a Estados Unidos.

—Quiero introducir cambios en mi vida. —Entonces pensé en ello y añadí—: Y, al igual que tú, supongo que también me gustaría ver mundo.

En aquel momento un joven norteamericano al que conocía vagamente se acercó a nosotras y nos saludó.

—¿Quién es esta hermosa dama, Wei?

Tenía el aliento empapado de alcohol y los ojos rojos.

—Tony, ésta es mi amiga Hanna.

—¿Estudias en la Universidad de Pekín? —Tony alzó su vaso—. ¿Cómo es que no te he visto nunca? Debo de estar ciego.

—No estás ciego, sino borracho —replicó Hanna en un inglés perfecto. Entonces se dio la vuelta y me tomó de la mano—. Volvamos a nuestra mesa.

Me despedí de Tony. Lo dejamos allí de pie en el bar, atónito. Tal vez no esperara una reacción tan brusca por parte de una china.

—Niñatos. No tengo paciencia para ellos. Son tan inmaduros y tan pagados de sí mismos... —dijo Hanna.

Nos sentamos y pasamos los cacahuets tostados y chocolate caliente. Entonces Chen Li y Jerry estaban hablando de historia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello después de lo que pasó en tu propia historia? —Jerry clavó la mirada en Chen Li—. Al fin y al cabo, la Revolución Cultural terminó hace tan sólo diez años.

—No sé mucho sobre la Revolución Cultural. Tenía once años cuando terminó. Pero creo que si hubo algo positivo durante ese período de la historia china fue que la Revolución Cultural concienció a la gente de lo que quería decir ser pobre y estar aislado. De hecho, las personas como mis padres están muy a favor de la reforma, no porque entiendan de economía. Mis padres no llegaron a terminar el instituto. Lo que saben es que no quieren volver a los tiempos de la Revolución Cultural. En una ocasión, Deng Xiaoping dijo la memorable frase: «Dejad que algunos se hagan ricos primero». Ahora, otros han visto lo buena que puede ser la vida y quieren hacer lo mismo.

—Tú eres estudiante de economía política: ¿crees que la prosperidad económica puede continuar sin el pluralismo y la democracia? Hay algunas personas, como el profesor Fang Lizhi, que creen que la corrupción es el resultado directo de la falta de democracia en el sistema político, lo cual choca inevitablemente con las políticas económicas. ¿Eres de la misma opinión?

«Ésa es también la opinión de Dong Yi», pensé para mis adentros. Me pregunté si él leía la obra del profesor Fang. Chen Li respondió:

—No puedo decir que conozca todas las opiniones del profesor Fang. La mayor parte de sus escritos están prohibidos en China. Pero sí creo que, en algún momento, China tendrá también que ocuparse de la reforma política, lo cual, sin duda, será mucho más doloroso que la reforma económica. Pero por ahora la falta de democracia no parece haber impedido el crecimiento económico en las zonas económicas especiales, por ejemplo.

—¿Y qué me dices de la libertad de expresión, no la queréis? Quiero decir que... la libertad y la autonomía son, al fin y al cabo, derechos divinos.

Yo envidiaba de los norteamericanos la naturalidad con la que daban por sentado que podían decir cualquier cosa que quisieran sin preocuparse de la policía secreta o las acciones judiciales. Para Jerry, el mundo estaba abierto, pero aún no lo estaba para Chen Li ni para mí.

—¿Y qué hay de los aspectos negativos de la libertad de expresión? ¿Su exceso no conducirá al desorden y el caos? —le dije yo a Jerry. Aunque estaba de acuerdo con él en que la libertad de expresión es un derecho

fundamental del hombre, su aire de superioridad, el hecho de que él poseyera tal libertad y nosotros no hicieron que quisiera discutirlo.

—Yo no creo que esa libertad tenga aspectos negativos. Al contrario, cuando no hay libertad de expresión hay injusticia. Es la injusticia lo que conduce al desorden y el caos —contestó Jerry.

—¿Otra vez política? —Hanna puso fin a la conversación—. Jerry, cuéntale a Wei lo que te ocurrió en Berlín Oeste. Le expliqué que habías viajado por el mundo, y a Wei le gustaría oír algunas de tus historias.

Jerry accedió a ello con mucho gusto. Sus historias se apoderaron de nuestra imaginación y, sentados en el Spoon Garden Bar, soñamos con lugares exóticos.

A medida que iba transcurriendo la noche, el bar se iba llenando de gente y la multitud estaba cada vez más alborotadora. Un grupo de estudiantes japoneses cantaba y gritaba. En la mesa de al lado, una joven china le leía la palma de la mano a un rubio norteamericano mientras sus amigas se reían escandalosamente. El chino hablado con acento inglés, japonés o alemán se mezclaba con el inglés hablado con acento chino. George Michael cantaba Careless Whisper. Seguimos hablando de China, de Estados Unidos y del mundo, y bebimos más café (Chen Li y yo), cerveza (Jerry) y champán (Hanna).

Aquella primavera la fiebre del oro se había acelerado hacia Estados Unidos o las zonas económicas especiales. La nueva prosperidad y la libertad que prometía parecían estar a nuestro alcance.

## Capítulo 6: El funeral

«No podemos quedarnos con la primavera, no importa lo mucho que lloren los pájaros, tirados por el suelo están el rojo hecho pedazos y la gloria mancillada».

Wang Ann Gou, siglo IX

Todo cambió en China la primavera de 1989. La muerte de uno de los más altos dirigentes del Partido Comunista provocó un movimiento que se convertiría en la mayor manifestación multitudinaria del siglo y llevó a China a acaparar la atención mundial.

Pero cuando la nieve empezó a derretirse en el mes de marzo, nadie era consciente de todo aquello. Como era habitual, Pekín estaba expectante. Se habían guardado los adornos para la celebración del Año Nuevo Chino, los farolillos rojos se habían descolgado de las puertas y los recortes de papel de Shuang Xi —Doble Suerte— se habían despegado de las ventanas. Cerca de la ahora desierta pista de hielo había una señal de advertencia. El primer viento del sur reemplazó al viento del norte.

Me pasé todo el invierno esperando ansiosamente recibir noticias de las universidades norteamericanas en las que había solicitado plaza. Para que me quitara de la cabeza la agonía de la espera, mis padres me encontraron un trabajo por libre en la compañía turística propiedad de la compañía para la que trabajaba mi padre.

Era el principio del viaje de China hacia la prosperidad, y todo el mundo quería subir al autobús. Las empresas estatales, como aquella en la que trabajaba mi padre, habían establecido toda clase de filiales muy lucrativas. El turismo parecía la opción perfecta para la oficina de mi padre, puesto que sus responsabilidades incluían todos los parques de Pekín. Los

burócratas se convirtieron en operadores turísticos, se pintaron logotipos nuevos en los autobuses que pertenecían al departamento y los viajes se anunciaron en el extranjero.

Agradecí aquella oportunidad. El año anterior, después de haber dejado el curso de posgrado, volví a mi antiguo departamento y solicité un empleo. (Tratándose de un país donde sólo el uno por ciento de la población llega a la universidad, sabía que estaba cualificada, aun sin ser la primera de la clase en la Universidad de Pekín). Pero me dijeron que la distribución de empleos había terminado pocos meses antes. En el sistema chino, controlado desde el centro de poder, cada perno tiene su lugar determinado; era yo quien había abandonado la posición adjudicada y, como consecuencia, pasé a estar de más. El profesor Bai, el comprensivo catedrático de mi departamento, me dijo que podían volver a mandar mi Hukou, o permiso de residencia, al de mis padres. Al menos figuraría allí como persona a cargo.

—Pero ¿y tu expediente? —inquirió el profesor Bai.

—¿Dónde colgaré mi expediente? —pregunté yo también. En China, todo el mundo tenía un expediente. Nadie sabía exactamente qué había en el suyo, pero sí teníamos una idea aproximada de lo que podía constar en él: cosas que habíamos dicho sobre el Partido, reflexiones sobre uno mismo, autocríticas que tuvimos que escribir a lo largo de los años, evaluaciones realizadas por los miembros del Partido, informes secretos que otros habían elaborado sobre nosotros... Sólo los dirigentes del Partido tenían acceso a los expedientes. El expediente de una persona constituye un perfil secreto, y allí adonde uno fuera, el expediente le seguía. Siempre se iba ampliando. En China, esto se llama Gua Dang, que significa literalmente «colgar un expediente». Todo el mundo necesitaba un lugar donde colgar el expediente y de este modo tener una existencia oficial.

Ahora que había quedado fuera del sistema, ¿adónde iría mi expediente? Sin mi expediente no existía como persona en China y, por tanto, no me darían el pasaporte.

De manera que me fui a casa con mi Hukou y mi padre se las arregló para dejarme «colgar el expediente» en su oficina. Pero no percibía sueldo alguno y de hecho estaba desempleada. En lugar de acabar pagándome mi



propio camino con una beca para el curso de posgrado, pasé otra vez a depender de mis padres para todo. Estaba encantada de llevar de excursión a los turistas, así podía aliviar, aunque sólo levemente, la carga que soportaban mis padres.

Por desgracia, no era un trabajo con el que disfrutara. Siempre me pillaban en medio, pues los chinos tenían sus planes y los turistas, sus quejas. La mayor parte de los turistas con los que me encontraba eran ancianos chinos que venían del extranjero en busca de sus raíces y, probablemente, para ver el país por última vez. Muchos de ellos eran de Taiwan y habían hecho un largo viaje, pasando por Hong Kong, hacia la China continental. Era costumbre que, la noche antes de que terminara el viaje, los guías y conductores chinos amenazaran con no llevar a los turistas al aeropuerto si no se les pagaba cierta cantidad en concepto de propinas extra. Su argumento era que los turistas eran ricos y, por tanto, podían permitirse dichas propinas. Sostenían que querían una propina equivalente a la que un guía turístico o un conductor pueden conseguir en Occidente. Prescindían por completo del hecho de que el nivel de vida en China era mucho más bajo. «¿Por qué tienen que pagarnos menos sólo porque somos chinos?», decían. Las propinas que exigían suponían más de un año de salario para un chino corriente. También se mostraban alegremente displicentes en cuanto al hecho de que ellos no proporcionaban el mismo nivel de servicio que se solía dar en Occidente.

Al final los turistas siempre pagaban. Como yo trabajaba por mi cuenta, no me incluían en sus planes. Pero aun así me sentía fatal porque sabía lo que había ocurrido, lo cual me dificultaba las cosas cuando tenía que despedirme de aquellos abuelos y abuelas en el aeropuerto. Me sentía triste por ellos. Habían regresado a China para encontrar sus raíces y ver una patria que tal vez no volvieran a contemplar. ¿Y qué recuerdo se llevaban de vuelta? Me avergonzaba de las personas con las que tenía que trabajar, me avergonzaba de su cruel codicia y del hecho de que, de alguna manera, yo también era cómplice de ello. Yo siempre me limité a cobrar la riaga semanal de sesenta yuanes y a alejarme de allí lo más pronto posible. (En aquella época, sesenta yuanes eran unos nueve euros. Con veinte yuanes podías pagarte la comida. Varios años después, con eso sólo podrías

comprarte un helado). Le conté a mi padre lo de la exigencia de las propinas extra, pero él no podía hacer nada al respecto; en todas partes había corrupción.

Mientras tanto, yo seguía esperando la llamada o el grueso sobre procedente de Estados Unidos y, una soleada mañana de primavera, me llegó, en efecto, un sobre grande y muy lleno. Me habían dicho que las cartas finas querían decir que te habían rechazado, mientras que las gruesas significaban buenas noticias. Mis padres, que observaban con nerviosismo, tuvieron que esperar a que abriera el sobre para que les comunicara la noticia: me habían aceptado en la Universidad de Texas, en Austin, y me concedían una beca completa. Al día siguiente recibí una llamada de la otra universidad en la que había solicitado plaza, la Universidad William y Mary, en Virginia. Ellos también me ofrecían una beca completa. Le eché los brazos al cuello a mi madre y grité de alegría. La primavera llegaba a Pekín cumpliendo sus promesas.

Esperé a Dong Yi bajo el gran roble que había a la puerta del Salón Inglés. Hacía unos meses habíamos dado clases de inglés juntos y también habíamos hecho el examen GRE. El campus estaba tranquilo, la mayoría de estudiantes se había ido a leer o a echarse la siesta. El sol se filtraba a través de las ramas deshojadas y me daba en la cara con una tierna calidez. A lo lejos, el color había empezado a volver a las colinas. Los lirios violeta brotaban en distintas zonas a lo largo de la ladera sur del lago.

Apareció Dong Yi, una figura solitaria en bicicleta, con el sol a su espalda, como un príncipe que llegara con una brillante armadura. Siempre he pensado que la mejor clase de amor es aquella en la que, cuando miras unos ojos, ves tu hogar. Aquella tarde yo seguía viendo mi hogar en los ojos de Dong Yi cuando se sentó a mi lado. ¡Cómo envidiaba a Lan! Suspiré. Pensar en la mujer que poseía el amor que yo no podía tener me deprimió. Pero no lo dije. En lugar de eso, le conté a Dong Yi lo de las becas.

—¡Dos becas! ¡Es estupendo! ¿En qué universidades? ¿Cuándo quieren que empieces?

Le hablé detalladamente de las ofertas que tenía.

—¡Felicidades! Al parecer ya ha empezado tu partida.

Me dio la impresión de que Dong Yi estaba triste. Pero en seguida recuperó la sonrisa.

—No obstante, no te he pedido que vinieras aquí sólo por eso —dije—. Hay algo sobre lo cual me gustaría que me aconsejaras. Por favor, sé todo lo sincero que puedas porque, para mí, tu consejo es el más importante.

—Por supuesto —replicó Dong Yi.

—Sabes que Eimin ya ha terminado su doctorado y, por tanto, no puede ir a Estados Unidos como estudiante. —Miré a Dong Yi, que asintió con la cabeza y que poco sospechaba lo que iba a decir, y proseguí—: Dijo que encontrar un trabajo allí es casi imposible y puede costar años. Si quiero que venga conmigo a Estados Unidos, la mejor manera que tenemos de hacerlo es casándonos.

Dong Yi, sin moverse en absoluto, fijó en mí su mirada largo rato y su rostro perdió la sonrisa. No pronunció ni una sola palabra. Yo esperé, mordiéndome los labios. Entonces habló con una voz que nunca le había oído antes.

—¿Te has vuelto loca, Wei?

Miré el severo rostro de Dong Yi y rompí a llorar. Hacía tan sólo unos minutos nos estábamos riendo alegremente. Ahora yo estaba llorando.

—Quiero ser feliz, Dong Yi, eso tú lo sabes mejor que nadie. Siempre ha sido la felicidad lo que ando buscando. ¿Y si Eimin es mi felicidad? Mi marcha me dejará sin él.

—Eimin no es tu felicidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tú no estás segura. Wei, por favor, escúchame. ¿Cuánto hace que os conocéis? Hará tres años. Creo que podría decir sin miedo a equivocarme que te conozco bien. Eres apasionada, confiada y llena de vida. Eimin no parece confiar en nadie. Es distinto... y no me refiero a que sea mayor. Mereces a alguien que te ame y a quien tú quieras de verdad.

—Bueno, tú te casaste —repliqué con acritud. Se hizo un breve silencio—. Lo siento. No quería ser desagradable. —Sabía que lo que había dicho estaba fuera de lugar y lo lamenté inmediatamente—. Pero no quiero estar sola, especialmente en Norteamérica... Estoy asustada.

Desde fuera, mi vida no podía haber sido mejor, ni mi futuro más brillante; pero en mi interior estaba desesperada. Había perdido la felicidad una vez y el mirar a Dong Yi no hacía más que recordarme el dolor de aquella pérdida. No podía permitir que me ocurriera de nuevo, aun cuando ello significara casarme con alguien menos que perfecto para mí. Era mejor que te quisieran que estar sola.

Dong Yi sacó el pañuelo y me enjugó las lágrimas con delicadeza, lo cual hizo que me entristeciera aún más. Dejó que me apoyara en su hombro y luego me tomó la mano y la sujetó con fuerza.

—Por favor, no te cases con Eimin, Wei, te lo ruego. Concéntrate en tu marcha a Estados Unidos. Tienes un montón de papeleo por cumplimentar. No te rindas. La felicidad les llega a las personas que esperan.

Lo dijo como si me estuviera haciendo una promesa.

El 14 de abril, Eimin y yo nos dirigíamos hacia el Spoon Garden bajo un cielo despejado cuajado de estrellas. Ya era bien entrada la noche en Pekín y cerca de las diez de la mañana en Virginia. De camino pasamos por delante de la intensamente iluminada biblioteca llena de estudiantes con la cabeza hundida en los libros. Fuera de la biblioteca había algunas personas paseando en parejas, al parecer tomándose un descanso en sus estudios. Las chicas iban de la mano como hermanas; los enamorados hablaban entre ellos en susurros.

El Spoon Garden era el único lugar del campus en el que se podían realizar llamadas internacionales a razón del sueldo de un mes por minuto. Había decidido ir a la Universidad William y Mary porque allí cursaría un master, en contraposición a un doctorado en la Universidad de Texas. Tenía la sensación de que no sabía suficientes cosas sobre Norteamérica ni sobre mis propios intereses como para entrar directamente en un programa de doctorado. Cuando se oyó la voz de la secretaria del departamento de psicología de la Universidad William y Mary al otro extremo de la línea, me sorprendió lo clara que sonaba, como si estuviera en la habitación de al lado. Dijo que estaban a la espera de mis noticias y me preguntó si tenía alguna pregunta sobre la oferta. Dije que no.

—Entonces, ¿deseas aceptarla?

—Sí —respondí con firmeza. Mi futuro, al menos, había empezado a tomar forma.

Nos enteramos de la muerte de Hu Yaobang en las noticias vespertinas del día siguiente. El antiguo secretario general del Partido, el número uno del Partido Comunista Chino y del Gobierno Central Chino, había fallecido a causa de las complicaciones de un ataque al corazón. Al igual que al resto del país, la noticia me impresionó y me entristeció. Hu Yaobang era un reformista y un dirigente de actitud abierta que simpatizaba con las protestas estudiantiles y, por tanto, era considerado como un amigo por los intelectuales y estudiantes chinos. Muchos creían que su afinidad con los estudiantes e intelectuales le había llevado a su caída del poder en 1987. Aquella noche, en el campus, nadie hablaba de otra cosa que no fuera la muerte de Hu Yaobang. De la noche a la mañana aparecieron carteles —tributos, artículos y poemas— en el Triángulo, un lugar que la universidad utilizaba normalmente para poner comunicados o anunciar la concesión de galardones. La mayoría de los artículos recordaban la integridad de Hu Yaobang y su contribución a la reforma. Muchos cuestionaban su injusta destitución e, implícitamente, el criterio de los dirigentes del Partido Comunista. Algunos lo llamaban el «Alma de China». A medida que se iban colocando más y más carteles durante el día, el 16 de abril, también aparecieron los llamamientos a la democracia y la libertad.

Por la tarde, el Triángulo estaba lleno de artículos, poemas y cartas abiertas. Una gran multitud se había reunido allí, la mayor parte para leer y reflexionar. Caminé a lo largo de los muros cubiertos de carteles y fui encontrando muchas cosas que leer.

«El camarada Hu Yaobang solía decir: “trabaja hasta morir y cuando mueras todo habrá terminado”. Ahora está muerto nuestro querido amigo... Hu Yaobang nunca abusó de su poder ni buscó favores. Siempre se preocupó por la gente. Vivirá en nuestros corazones para siempre».

«Hu Yaobang era un amigo de los estudiantes y un defensor de la educación... Pero actualmente nuestro gobierno gasta muchas divisas en

coches lujosos importados de Japón o Alemania Occidental y pocas en educación... Éste es un momento crítico para la reforma. La reforma tiene que continuar».

Seguí andando junto a la pared y leí:

«Han pasado setenta años desde el Movimiento del 4 de Mayo. Seguimos sin tener democracia ni libertad. El camarada Hu Yaobang tuvo que dimitir porque se apartó de la línea del partido y dio apoyo a los estudiantes... China necesita la democracia».

El Movimiento del 4 de Mayo de 1919 fue un movimiento universitario encabezado por los estudiantes que sentó la base de la cultura china moderna. Los estudiantes se echaron a las calles exigiendo un «Señor Democracia» y un «Señor Libertad» para China. Entonces mis coetáneos recordaban, lógicamente, el espíritu del 4 de Mayo y veían la muerte de Hu como una amenaza para la reforma y una pérdida para el proceso de modernización.

«Qué extraordinario —pensé yo— que la gente esté de luto y, al mismo tiempo, esperando que llegue el futuro».

Finalmente, China —el gigante dormido— había despertado. La gente volvía a tomar el control. De pie en medio de la multitud, yo también me sentí poderosa.

Poco a poco la zona se fue llenando de centenares de estudiantes y, a medida que aumentaba el gentío, alguien empezó a gritar consignas. Como si estuvieran esperando aquella señal, la muchedumbre se llenó de entusiasmo y fuerte emoción. Algunos estudiantes pedían que el duelo se trasladara a la plaza de Tiananmen.

—Hagamos una corona.

—Y escribamos también unas pancartas.

Vinieron más estudiantes. La multitud empezó a reunir materiales para hacer pancartas. Algunos estudiantes repartieron brazaletes negros. Tomé uno y me lo puse en el brazo izquierdo.

La plaza de Tiananmen no era tan sólo el corazón de la China moderna, también era el lugar al que se desplazaba la gente siempre que había algún sentimiento popular que manifestar. Zhu Enlai, brazo derecho de Mao durante cincuenta años y primer ministro chino, había muerto a principios

de 1976. También fue una persona que mostró compasión durante la Revolución Cultural, rescatando de los Guardias Rojos a muchos intelectuales y viejos revolucionarios. Para muchos chinos corrientes, Zhu Enlai era un sabio dirigente y un símbolo de humanidad. Muchos meses después de su fallecimiento, cuando se acercaba el 5 de abril, fecha del tradicional festival Qingming, o Festividad de los Muertos, cientos de miles de ciudadanos de Pekín desobedecieron la prohibición del gobierno de reunirse en la plaza de Tiananmen y llorar la muerte de Zhu.

Por primera vez en la historia de la China comunista, la gente había llegado a desafiar a los «héroes» caricaturescos, a aquellos que habían contribuido a fundar y dirigir la República. La gente llevó carteles, flores de papel blancas, panegíricos y poemas a la plaza de Tiananmen. Obreros, maestros, colegiales, intelectuales, soldados y ancianos colocaron coronas junto al monumento, formando capas que enterraron su base y alcanzaron casi los dos metros de altura. Otras muchas personas se quitaron las flores blancas de papel que llevaban en la chaqueta y las colocaron en los pinos y arbustos alrededor de la plaza. Al final, estas flores de papel blancas cubrieron los árboles y plantas de hoja perenne como si acabara de nevar en la plaza.

Yo tenía diez años, y recuerdo que observaba a mi madre y sus colegas mientras hacían una corona en nuestro salón. Todas las personas que había en la habitación llevaban un brazalete negro de luto; mi madre había hecho uno especialmente pequeño para que yo también lo llevara. Se habló muy poco. Los únicos sonidos eran los de las tijeras al cortar y el papel al doblarse. El vapor de las tazas de té caliente persistía en la atmósfera y daba calor a la estancia. Cuando terminaron la corona, mi madre se arrodilló y dijo:

—Wei, esta noche has ayudado mucho. Ahora es tarde. Deberías irte a la cama. Mamá tiene que llevar la corona a la plaza de Tiananmen.

Aquella noche las tropas de seguridad entraron en la plaza y quitaron todas las coronas. Cuando miles de personas acudieron a la mañana siguiente, sólo vieron los rotos pedazos que habían dejado. La ira se extendió por Pekín. Se llevaron más coronas, a pesar de que se bloquearon las entradas a la plaza. Se volcó una furgoneta de la policía que instaba a la

gente a marcharse. El edificio de tres pisos de color gris que se utilizaba como Centro de Mando Unificado así como varios vehículos fueron incendiados. Por lo que supimos después, alrededor de las nueve de la noche, el primer secretario del Partido en Pekín, Wu De, habló por los altavoces y exhortó a la gente a que abandonara la plaza.

Muchos lo hicieron, pero cerca de un millar de personas se negó a irse. Tres horas más tarde se encendieron los reflectores y diez mil reservistas del ejército, así como tres mil policías irrumpieron en la plaza de Tiananmen y, blandiendo bastones y grandes palos, rodearon a los que allí quedaban. Innumerables personas fueron golpeadas y treinta y ocho, arrestadas.

Trece años después, al igual que mi madre antes que yo, acudí para permanecer bajo el Monumento a los Héroes del Pueblo. Había pedaleado durante más de dos horas con Chen Li y unos cuantos de sus compañeros de clase hacia la plaza de Tiananmen. Queríamos ver el luto público de Hu Yaobang con nuestros propios ojos y leer además los carteles que afloraban a millares. Aquel día, 19 de abril, más de cien mil estudiantes y ciudadanos se habían concentrado en la plaza de Tiananmen para llorar la muerte de Hu. Toda la base del monumento estaba cubierta de coronas y ramos de flores, junto con composiciones y poemas llorando a Hu y ensalzando la democracia y la libertad. En el centro mismo del monumento había un retrato gigantesco de Hu Yaobang y la pancarta proclamaba: «¿Adónde has ido? ¡El alma regresa!».

A medida que el infinito torrente de personas iba entrando en la plaza, las nuevas coronas tuvieron que pasarse por encima de las cabezas de la gente para ser colocadas en la base del monumento. Hubo algunos que leyeron poemas en voz alta; otros lloraban abiertamente. Cada vez se ponía de pie más gente para hablar en público llorando a Hu Yaobang, condenando la corrupción y exigiendo democracia. El público aplaudía y ovacionaba todos los discursos. Chen Li estaba muy excitado y aplaudía con todas sus fuerzas. Me contagié su entusiasmo y yo también empecé a proferir fuertes aclamaciones.



Al cabo de media hora de estar escuchando discursos, Chen Li y yo dimos la vuelta a la plaza y leímos los carteles. Unos cuantos artículos que ponían al descubierto la red de «Bandas Principescas» me llamaron la atención. Las Bandas Principescas estaban formadas por los hijos de funcionarios importantes y dirigentes del Partido que se servían de sus contactos para obtener buenos empleos, dinero y poder.

—No me extraña que haya enojo, mira cómo se han aprovechado del poder de sus padres —dijo Chen Li tras leer uno de los carteles. En aquella época, los gastos de la vida diaria se habían disparado para los chinos de a pie, la inflación era galopante y el abismo entre campo y ciudad, pobres y ricos, había aumentado de manera dramática.

—«En comparación, Hu Yaobang llevó una vida sencilla y se consagró al pueblo. ¡Pero ahora está muerto!» —leí en voz alta, sintiendo una profunda pena no solamente por la muerte de Hu, sino por lo que había representado: desinterés, honestidad y amor por su país.

La muerte de Hu Yaobang proporcionó al pueblo chino una oportunidad de expresar su dolor y su ira y la exigencia de un cambio, una voz que se había perdido cuando el gobierno aumentó el control de la prensa tras las manifestaciones estudiantiles de 1986.

Aquella tarde fui al Triángulo para leer los carteles nuevos. Mientras estaba allí, oí que la policía había dispersado a una multitud de diez mil personas, entre estudiantes que se manifestaban y espectadores, frente a Xinhua, una de las entradas al selecto complejo Zhongnanhai donde residen los dirigentes del Partido. Cuando los últimos centenares de estudiantes se negaron a marcharse, la policía los rodeó, tres o cuatro agentes por cada estudiante. Los golpearon y luego los arrastraron hasta unos autobuses que tenían aparcados en las cercanías.

Estaba a punto de abandonar el Triángulo, cerca de la medianoche, cuando varios estudiantes empezaron a distribuir unos panfletos con «la verdad sobre la tragedia del 20 de abril». Un estudiante que sujetaba un megáfono repetía una y otra vez a la multitud la historia de «la paliza a los estudiantes».

El sombrío humor que había en el Triángulo se convirtió en indignación. Aunque aquella noche yo estaba tan furiosa como cualquiera,

me encontraba demasiado cansada para quedarme levantada. Había pasado el día en la plaza de Tiananmen y la tarde en el Triángulo y estaba agotada. Tomé el panfleto y abandoné el airado gentío.

A la mañana siguiente, en todo el campus aparecieron anuncios sobre un boicot. Los estudiantes se quedaron fuera de las salas de conferencia y de las aulas para persuadir a otros de que no entraran. Las palabras «Hoy huelga» estaban escritas en las pizarras de todo el campus. En cuestión de días, los estudiantes de treinta universidades e instituciones de educación superior de Pekín se habían declarado en huelga.

El funeral de Hu Yaobang iba a celebrarse en la Gran Sala del Pueblo, en el lado oeste de la plaza de Tiananmen, a las diez de la mañana del 22 de abril. Sólo iban a asistir dirigentes del Partido Comunista y funcionarios gubernamentales. Sin embargo, los cientos de miles de estudiantes que habían estado llorando la muerte de Hu querían presentarle sus respetos. Querían ver a su amigo por última vez.

La noche del 21 de abril, día en que regresó de Taiyuan, fui a cenar con Dong Yi. Después nos detuvimos en el Triángulo para leer los últimos carteles. El campus había empezado a prepararse para pasar la noche, cuando, de pronto, oímos gritos y cantos provenientes de la puerta este. La gente que había en el Triángulo empezó a correr. Algunos se subieron a las bicicletas de un salto y salieron lanzados hacia el lugar del que provenía el sonido.

—Dejad las bicicletas, corramos. Llegaremos más rápido —gritó Dong Yi.

Mientras corríamos para ver qué era aquel ruido, cada vez más fuerte, más estudiantes nos pasaron a toda velocidad en sus bicicletas. Las personas que estaban de pie a lo largo del camino también empezaron a correr.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz alta uno de los estudiantes.

Habíamos llegado a la extensión de césped situada al este de la biblioteca cuando vi que una gran multitud avanzaba hacia nosotros. Al frente de la columna, una gran pancarta decía: «Universidad de Qinghua».

—¡Qinghua, adelante! —gritaban—. ¿Dónde están nuestros compañeros de la Universidad de Pekín?

—¡Democracia para China! ¡Libertad de expresión!

—¡Cómo se atreven! —exclamó alguien entre la multitud que era entonces cada vez más numerosa frente a la biblioteca—. ¡La Universidad de Pekín siempre va en cabeza!

Desde el Movimiento del 4 de Mayo de 1919, la Universidad de Pekín siempre ha estado orgullosa de su reputación de ser la cuna de la democracia y la libertad para China.

La noticia de que los estudiantes de la Universidad de Qinghua marchaban por el campus llamando a los estudiantes de la Universidad de Pekín para que participaran en el Movimiento a favor de la Democracia llegó a todos los rincones del campus. Miles de estudiantes de la Universidad de Pekín con pancartas y banderas de los distintos departamentos corrieron para encontrarse con las columnas de manifestantes de la Universidad de Qinghua.

—¡Vamos a demostrarles quién es el líder del Movimiento Estudiantil! —gritó alguien al pasar por nuestro lado.

No tardaron en congregarse miles y miles de personas por el sendero principal que llevaba a la puerta sur, con las banderas ondeando y las pancartas en lo alto. Entonamos al unísono el himno nacional de China, «el pueblo chino ha llegado al momento más crítico...» y La Internacional. Nuestros cantos resonaron entre los edificios y se elevaron hacia el cielo nocturno.

Más tarde también se sumaron estudiantes de otras universidades cercanas, como la Universidad Popular. Cuando el camino que conducía a la puerta sur estuvo hasta los topes de gente, decenas de miles de estudiantes salieron de la Universidad de Pekín hacia la plaza de Tiananmen. Dong Yi y yo saludamos con la mano y vitoreamos a nuestros compañeros estudiantes que marchaban por delante de nosotros. En una de las pancartas se leía «¡Larga vida a la democracia! ¡Larga vida a la libertad!». Otra decía «Llanto por el alma de China». Y otra «Castigad a los especuladores burocráticos». Las leí en voz alta, miré a Dong Yi y sonreí.

Él me devolvió la sonrisa. Noté que el corazón me latía cada vez más fuerte y que estaba colorada; tanto fue el orgullo que sentí aquella noche.

Fuera, en las calles, los ciudadanos corrientes aclamaban a los estudiantes a su paso. Gritaban: «Larga vida a los estudiantes».

Aunque no quería abandonar la excitación de la Universidad de Pekín, aquella noche regresé al apartamento de mis padres tal como les había prometido. Cuando me levanté a la mañana siguiente, conecté el televisor para ver la retransmisión del funeral de Hu, que todos los canales emitían.

—Tienes que venir a ver esto —le dije a mi madre.

Debía de haber unos cien mil estudiantes sentados sobre las frías piedras delante de la Gran Sala del Pueblo, en la parte oeste de la plaza de Tiananmen. Había tres filas de policías armados sentados frente a frente con los manifestantes. La luz del sol se reflejaba en el Monumento a los Héroes del Pueblo y brillaba sobre los cuatro enormes caracteres, todos ellos de cuatro metros de alto y tres de ancho, que componían la palabra «dolor».

Desde una esquina de la plaza llegaba el sonido del himno nacional: «¡Construid otra Gran Muralla con nuestra carne y nuestra sangre! ¡China ha alcanzado un momento crítico! ¡Alzaos! ¡Alzaos!». Entonces se puso en pie la segunda oleada de estudiantes y continuaron el himno nacional. Después del himno vino La Internacional. «¡Arriba, parias de la tierra! ¡En pie, famélica legión!». Se izó la bandera nacional, que luego se arrió a media asta para rendir homenaje a Hu Yaobang.

Poco antes de las diez de la mañana, los altavoces que había en la plaza empezaron a transmitir en directo la ceremonia conmemorativa que tenía lugar en el interior, en tanto que todas las cadenas de televisión emitían la ceremonia oficial. Deng Xiaoping llegó a la Gran Sala y fue recibido por el secretario general del Partido Zhao Ziyang, el primer ministro Li Peng, hijo adoptivo del difunto Zhu Enlai, y otros de los miembros más antiguos del Partido. Zhao Ziyang pronunció el discurso conmemorativo en el que le faltó calificar a Hu Yaobang de «gran marxista» y, por tanto, héroe nacional, tal como habían sugerido su familia y algunos intelectuales destacados.

Al cabo de media hora, el funeral llegó a su fin. Los lujosos automóviles en los que viajaban los altos dirigentes del Partido se marcharon por detrás

de las barreras de policía. Las cámaras se volvieron de nuevo hacia la plaza. La multitud de dolientes que allí había avanzó. Gritaban: «¡Queremos diálogo! ¡Queremos diálogo!». Unos cuantos representantes estudiantiles comenzaron a acercarse a la Gran Sala para presentar una petición. Mientras los estudiantes hablaban con el personal de la Gran Sala, los miles de dolientes de la plaza gritaba rítmicamente: «¡Que salga Li Peng! ¡Que salga Li Peng!».

«Qué irónica puede llegar a ser la historia», pensé al tiempo que miraba a mi madre, quien, trece años antes, había participado en el duelo público por el padre de Li Peng, el primer ministro Zhu Enlai, en la misma plaza.

En aquel momento apareció la imagen que llenó los ojos de lágrimas a todas las personas que había en la plaza y a los innumerables millones que estaban sentados en casa frente al televisor. Tres jóvenes se arrodillaron en los peldaños bajo las imponentes columnas de la Gran Sala sosteniendo una petición por encima de sus cabezas. La plaza se sumió en un repentino silencio y luego la multitud rompió en fuertes sollozos, como olas en un océano tormentoso.

Con las lágrimas rodando por sus mejillas, los jóvenes de la plaza les gritaban y chillaban a las tres diminutas figuras que había en los escalones de la Gran Sala: «¡Levantaos! ¡Levantaos! ¡Levantaos!».

—¡Niños! —le gritó mi madre al aparato de televisión. Yo me quedé mirando fijamente la pantalla y se me obnubiló el pensamiento. De repente, las palabras parecían inadecuadas.

Los tres jóvenes no se movieron. Una escena que se había repetido durante dos mil años en China era interpretada, una vez más, a finales del siglo xx. Arrodillarse ante el emperador era el método por el cual los ciudadanos corrientes les suplicaban a sus gobernantes que recibieran sus quejas. Una acción semejante a menudo conllevaba la muerte del peticionario, pues disgustaba al emperador. A lo largo de la historia china, muchos de los valientes que habían osado realizar un acto como aquel habían perdido la vida. Ese día, mucha gente se preguntó si aquella generación de jóvenes chinos, al subir los peldaños de la Gran Sala, le estaba diciendo al mundo que estaba preparada para llevar a cabo un sacrificio similar.

Los tres jóvenes permanecieron de rodillas en los duros escalones de la Gran Sala del Pueblo durante cuarenta minutos. Su petición incluía tres demandas: (1) que se diera una vuelta a la plaza con el féretro para que los estudiantes pudieran presentar sus respetos al difunto por última vez; (2) que Li Peng mantuviera un diálogo con los estudiantes, y (3) que las noticias de las actividades estudiantiles de aquel día salieran publicadas en los periódicos.

Pero nadie salió a recibir su petición.

## Capítulo 7: Divorcio

«Yo vivía en la cabecera del río Yangtsé, tú en la desembocadura...  
¿Cuándo se detendrá el agua? ¿Cuándo terminará esta angustia?».

Li Zhi Yi, siglo IX

El día que fui a cenar con él, el 21 de abril, Dong Yi acababa de regresar de Taiyuan, donde había visto a Lan.

Lo esperé en la puerta del restaurante Little Peking Duck House. Estaba preocupada. Casi todos sus amigos estaban relacionados con el Movimiento a favor de la Democracia y ya sospechábamos que la policía vigilaba a Liu Gang. Tenía miedo de que pudieran seguir a Dong Yi. Pero, por suerte, mis temores eran entonces infundados. Aquel miedo era nuevo para mí y me costó adaptarme a él, pero a medida que transcurrían los días me fui acostumbrando.

El Peking Duck House original era el restaurante más famoso de Pekín; sus precios eran astronómicos y había que reservar mesa con mucha antelación. Por tanto, las visitas al Duck House estaban restringidas únicamente a ocasiones especiales, como cuando me aceptaron en la Universidad de Pekín. Estaba situado cerca de la plaza de Tiananmen, en el centro de la ciudad, y llegar hasta allí le supuso a mi familia una excursión de más de dos horas. En cuanto elegimos el pato del escaparate, fue directamente al horno (este restaurante utiliza unos patos criados especialmente en una granja de las afueras de Pekín). El pato tardó veinte minutos en estar asado en su justo punto, con la piel roja y crujiente. Trajeron a la mesa el pato cortado en tajadas finas junto con una salsa de trigo dulce, largas tiras de cebolleta y unas tortas finas y calientes. Los huesos se le quitaban para elaborar sopa de pato. Nos servimos de los dedos

para enrollar unas tajadas de pato, cebolleta y salsa en la torta antes de devorarlas todas con avidez. La salsa nos chorreaba por los dedos a cada bocado. Tenía un sabor divino.

El Little Peking Duck House fue la primera filial del Duck House original. Se abrió en 1988 en el distrito Haidian, al otro lado de la calle que pasaba frente al campus. Desde su inauguración, el restaurante se había convertido en el lugar favorito de los ejecutivos de las empresas tecnológicas cercanas, así como el de los estudiantes de la Universidad de Pekín. A pesar de los precios, siempre estaba lleno. Los que tenían dinero o algo especial que celebrar, acudían allí. El negocio iba viento en popa.

Pero aquella noche, lo que Dong Yi tenía que decirme fue más motivo de dolor que de celebración. Había regresado a Taiyuan con la intención de pedirle el divorcio a Lan.

En aquella época el divorcio era muy poco frecuente en China, pues el matrimonio se consideraba un deber familiar más que otra cosa. Hasta que las ideas occidentales sobre el amor y el matrimonio se introdujeron en China a principios del siglo xx, la única manera de librarse de un matrimonio desgraciado era la muerte. Pero en China los cambios van despacio y, en la República Popular, la ley sólo permitía el divorcio por consenso. Si se daban circunstancias especiales, tales como enfermedad mental o actividades contrarrevolucionarias, entonces se permitía el divorcio sin consenso.

Años atrás, cuando yo tenía unos siete años, un pintor famoso se había enamorado de su alumna y le pidió el divorcio a su esposa. La mujer no sólo se negó a concederle lo que pedía durante quince años seguidos, sino que además se las arregló para unir a todo el país en su apoyo. Al final, la reputación y la carrera del pintor quedaron arruinadas y la estudiante lo abandonó. Este caso inspiró incluso la creación de una Asociación de Mujeres que ayudaba a otras a vengarse de sus maridos «de corazón florido». Y las negativas a conceder los divorcios que pedían sus maridos resultaron poderosas. A diferencia de su equivalente en Occidente, una pareja china que no estuviera casada difícilmente podía hacer vida en común e, indefectiblemente, aún era peor cuando era la mujer la que quería el divorcio: no obtendría la simpatía de los hombres, y menos aún de las



mujeres. En la mayoría de los casos, a la esposa la tacharían de mujerzuela o de «zapato roto», un insulto muy gráfico para una mujer. Los valores tradicionales chinos pesaban mucho más en una mujer. Debía ser obediente y someterse a su destino como esposa, fuera cual fuese. Cuando las hijas crecían, se les explicaba que una vez casadas tendrían que «seguir al gallo si se casaban con uno, o al perro si se casaban con uno». En el mejor de los casos, a una mujer divorciada se la señalaba con una marca negra para el resto de su vida. Pocos hombres querrían casarse con ella. Muchas de ellas eran expulsadas de la sociedad. Hubo una escritora que fue menospreciada por la sociedad la primera vez que se divorció. Cuando se divorció por tercera vez, la obligaron a abandonar el país y buscar asilo político en Alemania, sin más motivo que haberse divorciado tres veces.

El divorcio, por tanto, no era para los pusilánimes, y yo no había conocido personalmente a nadie que estuviera divorciado. Nunca pensé que Dong Yi contemplara una acción tan drástica; él era demasiado bueno y cariñoso como para pensar siquiera en hacerle daño a Lan. Al principio, me dijo, había planeado marcharse de China porque esperaba que sería más fácil divorciarse una vez estuviera en tierras lejanas. Me explicó que había solicitado plaza en universidades norteamericanas.

Pero ahora quería arriesgarlo todo. Ya no deseaba esperar más. Dong Yi no era de los que prometen mucho con palabras. Pero vi la promesa en sus ojos, la promesa de amor y felicidad que yo había estado esperando.

En el Little Peking Duck se estaba celebrando un banquete de bodas. El grupo ocupaba cuatro grandes mesas redondas y exigía la atención de muchas camareras. Cuando entramos Dong Yi y yo, el grupo empezaba a comer. El padre del novio, quien por tradición pagaba el festín, acababa de elegir los patos. Habían llevado cerveza y vino de arroz a las mesas y los novios iban pasando por ellas y brindaban con los invitados.

Dong Yi había cambiado su camiseta de la Universidad de Pekín por una elegante camisa blanca, y la luz que se reflejaba en la camisa y en su semblante hacía que sus facciones parecieran serenas. Mientras esperábamos el pato, Dong Yi me preguntó por los acontecimientos en Pekín desde que se había marchado. La muerte de Hu Yaobang y las rápidas protestas que siguieron habían pillado a todo el mundo por sorpresa en

China. Dong Yi quería saber todos los detalles de lo que había ocurrido en el campus.

Me alegré de hablar del Movimiento Estudiantil y de discutir con Dong Yi el rumbo que podrían tomar las cosas. Hablar de ello me permitía no preguntarle sobre su viaje a casa ni saber si Lan había aceptado el divorcio. Estaba muy nerviosa. Me moría por saber y al mismo tiempo tenía mucho miedo de enterarme.

Al final, no obstante, ya sólo quedó un tema del que hablar: el viaje de Dong Yi a Taiyuan y Lan.

Los padres de Dong Yi vivían en Taiyuan, la capital de Shanxi, una provincia septentrional en la región del río Amarillo. Shanxi era un bastión para el Partido Comunista. El Ejército de Liberación Popular liberó Taiyuan en 1948, un año antes de la fundación de la República Popular. El abuelo de Dong Yi se contaba entre los que marcharon sobre la ciudad aquel día; se quedó para formar y luego dirigir el gobierno provincial. Su estancia se prolongó durante el resto de su vida. Tanto la madre como los tíos de Dong Yi se criaron en el complejo del gobierno provincial en Taiyuan.

Sin embargo, a finales de la década de 1980, Taiyuan continuaba siendo una pobre y atrasada ciudad del interior; la nueva era en China había tardado mucho tiempo en venir y todavía no había llegado a Taiyuan. El padre de Dong Yi quería volver a su ciudad natal, Guangdong, donde la reforma económica había conllevado la prosperidad de la gente, pero su petición se había perdido en algún sitio entre las pilas de papeleo. El tiempo pasa lentamente en Taiyuan, y los padres de Dong Yi seguían esperando que les concedieran permiso para trasladarse a Guangdong.

Dong Yi era la niña de sus ojos. Era el hijo bueno y honesto que le habían enseñado a ser, así como el mejor estudiante en el instituto y en la universidad. Tal como se espera de un hijo mayor, les había reportado honor y respeto entre amistades, colegas y conocidos. La aceptación de Dong Yi en el curso de posgrado en la Universidad de Pekín les proporcionó más orgullo y alegría que cualquier cosa que hubieran imaginado nunca.

Pero cuando Lan acudió a ellos llorosa y les dijo que Dong Yi se había enamorado de alguien en Pekín, se escandalizaron. Se sentaron a hablar con su hijo del honor y el respeto.

—Le dijiste que la amabas desde que teníais diecinueve años, ¿cómo has podido cambiar de opinión? Le has dado tu palabra a esa chica y, por lo que más quieras, tienes que cumplirla —dijo su padre—. No puedes ir y arruinar la vida de otras personas porque quieres a otra o porque deseas otra clase de vida. Un hombre sin honor es un hombre sin amigos ni nadie que le respete.

Cuando Dong Yi contrajo matrimonio, le dieron un gran banquete y los ahorros de toda su vida. Querían que Lan tuviese lo mejor que pudieran ofrecerle. Querían que Lan supiera que contaba con su apoyo y su cariño. Dong Yi lo comprendía. Toda su vida había tratado de estar a la altura del ejemplo de su padre. Cada vez que pensaba en los años que se había pasado su padre barriendo calles durante la Revolución Cultural, se preguntaba si él habría sido tan valiente, si hubiera renunciado a tantas cosas por su honor. Respetaba a su padre aún más; el honor era algo que uno no debía tomarse a la ligera. Y las promesas estaban para cumplirlas.

Pero Dong Yi no era feliz. Vivía prácticamente en Pekín y ocupaba su tiempo libre en debates políticos con personas como Liu Gang. Poco a poco, Dong Yi y Lan sintieron que su afinidad, afecto y ternura se iban socavando. Las grietas entre los dos se habían ensanchado. De modo que no es de extrañar que, cuando estuvo en Taiyuan, le resultara difícil tratar el tema del divorcio con Lan. Pero había decidido hacerlo cuando dejó Pekín, me dijo, durante el viaje en tren hacia su casa. Contempló el amanecer desde su ventana: «El sol asomaba por las colinas amarillas del Gran Norte, la luz dorada parecía ascender desde los campos para ir a tocar el cielo en lo alto». Mientras despuntaba el día, Dong Yi previó un nuevo comienzo en su vida. Vio el inicio de su nueva existencia, tan hermoso y glorioso como la mañana en el exterior del tren. Quería gritarles a los campos y las colinas de su niñez. Sintió que la fuerza del renacimiento lo impelía a abrazar la vida.

Pero entonces el tren llegó a Taiyuan y la ciudad se cernió sobre él. A medida que el autobús lo iba acercando cada vez más a su casa, empezó a sentir retortijones y a dolerle el estómago. Parecía que alguien le estuviera dando puñetazos en el abdomen una y otra vez. Se sintió mareado y empezó a perder, poco a poco, la fuerza que lo había empujado hasta allí desde Pekín.

Cuando Lan volvió del trabajo y lo encontró esperando, estuvo tan contenta y emocionada que se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué no me dijiste que venías? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

Entonces se fijó en su rostro, blanco como el papel. Inmediatamente le preparó su sopa de fideos troceados favorita e insistió en que se terminara todo el cuenco. Cuando se acostaron, ella le tomó las manos, le besó el pecho y los labios; estaba muy tierna y sensual aquella noche, como si nunca hubiera habido ninguna distancia entre ellos. Le hizo el amor a su marido por primera vez en muchos meses. Después, Dong Yi yació en la oscuridad, inmóvil. Probó sus propias lágrimas. Había perdido todo el coraje que había traído de Pekín.

Tumbado en la cama al lado de su esposa, Dong Yi se acordó de la última vez que había querido dejar a Lan. Ella fue a ver a los padres de Dong Yi, a los suyos, a sus amigos y a todo el mundo que conocía. Él le contó que había visto a esa frágil y delicada mujer luchar desesperadamente para salvar su relación. Pensó que tal vez fuera mejor rendirse en aquel momento, pues Lan nunca le concedería el divorcio.

—Al día siguiente, cuando Lan se fue a trabajar, yo estuve mirando el álbum de fotos —dijo Dong Yi.

Allí estaba la foto de la boda, hecha en el estudio de un establecimiento fotográfico del centro de la ciudad. Lan estaba preciosa en el retrato, pero él tenía un aspecto hosco y desdichado. Recordó que se habían pasado horas en el estudio, mientras Lan se maquillaba y decidía las poses. Al final tuvieron una gran discusión. Él se sintió tan frustrado que lo único que quería era marcharse de allí.

Dong Yi se preguntaba cómo había podido llegar tan lejos con Lan. Lamentaba no haber dejado las cosas como estaban el verano de hacía dos años. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo lejos que estaban el uno del otro: él cada vez más interesado en la política y el mundo exterior, y ella centrada en la rutina doméstica. Me miró desde el otro extremo de la mesa.

—Wei —dijo—, me di cuenta de que había cometido un error, pero cuando regresé a Pekín ya era demasiado tarde.

Se odiaba a sí mismo por haber esperado tanto tiempo. Se retiró a su antiguo mundo y se casó con Lan tal como ella y, a su parecer, todos los

demás querían.

Durante los últimos dos años había soportado la falsa vida que se había creado. Dijo:

—Pero las paredes se me venían encima y quise abandonar el mundo de mi mujer, irme tan lejos como pudiera.

A medida que transcurrían los días, en Taiyuan, Dong Yi recuperó paulatinamente la fortaleza. La inevitable decisión llegó despacio pero con claridad; debía explicarle a Lan cuáles eran sus verdaderas intenciones. Lan estaría mejor si sabía la verdad, se dijo a sí mismo. Divorciarse era lo más indicado si ya no había amor en su matrimonio.

—Era domingo. Lan tenía planeado que fuéramos de compras. Le pedí que nos quedáramos y le comuniqué mi decisión. Quedó conmocionada; no se había dado cuenta de que fuera tan desdichado. Comenzó a llorar. Yo sentía su dolor. Quería detener sus lágrimas. Entonces fue cuando Hu Yaobang murió de repente. Leí con avidez todo lo relativo a las manifestaciones estudiantiles y lo vi todo por televisión. Pensé en ti, en Liu Gang, en la profesora Li Shuxian y los demás. No tuve ninguna duda de que China estaba llegando a una encrucijada. «Algo hermoso y emocionante está ocurriendo allí y yo quiero tomar parte en ello», me dije. De modo que pensé —añadió sinceramente— que éste no era momento de estar pendiente de nuestras vidas privadas, sobre todo cuando se trata de un divorcio que llevará tiempo. Mi tutor ya me ha pedido que haga un doctorado con él —prosiguió—. De manera que no voy a ir a Estados Unidos este año. Tampoco voy a regresar a Taiyuan. Tal vez vaya a Estados Unidos el año que viene. —Me tomó las manos—. No te preocupes. Cómete la sopa de pato. Se está enfriando.

Vi claramente que su corazón estaba dividido entre las dos mujeres que había en su vida. Me pregunté si la muerte de Hu Yaobang simplemente no le habría proporcionado una excusa para eludir un problema al que no estaba preparado para enfrentarse. Entonces me obligué a dejar de pensar esas cosas. Necesitaba confiar en él... ¿Dónde estaría el amor sin confianza?

También pensé en Eimin. «Los dos estamos en apuros —me dije—. ¿Qué voy a hacer?».

No se dieron más clases: las aulas estaban vacías; las tizas, olvidadas sobre los escritorios; las sillas, acumulando polvo. Los estudiantes de la Universidad de Pekín se habían declarado en huelga. Desde el 15 de abril, Eimin había seguido acudiendo diligentemente a sus conferencias, al despacho y al laboratorio. Aunque también se pasaba las tardes en el Triángulo leyendo los carteles y escuchando las alocuciones públicas de los activistas, no se vio envuelto en el revuelo como todos los demás estudiantes.

—Ya estuve bastante involucrado en movimientos políticos en mi época, ahora lo único que quiero es llevar a cabo mi investigación, dar mis clases y vivir mi vida en paz.

No podía decir que entendiera sus motivos, pero lo que sin duda sí comprendía eran sus circunstancias. Al inicio de la Revolución Cultural fue tan activo como cualquier otro muchacho de catorce años en China. Con sus amigos y los Guardias Rojos, quiso «tomar el poder» de la antigua clase dirigente. Pero un día, un grupo de Guardias Rojos fue a su casa y se llevó a su padre. Le ataron las manos a la espalda, le pusieron un sombrero alto y le colgaron del cuello un enorme cartel en el que decía «miembro de los negros». Luego lo sacaron a rastras de su casa, lo hicieron desfilar por las calles de Nanjing y lo llevaron a una ejecución de palizas públicas en la plaza central. La paliza duró toda la noche. Cuando a la mañana siguiente Eimin y su madre lograron llevarse al profesor a casa, éste estaba cubierto de sangre y apenas podía andar. Tenía la ropa hecha jirones, la cara pintada con tinta negra y le habían afeitado la mitad del cráneo. Muchos de los Guardias Rojos que lo golpearon aquella noche eran antiguos alumnos suyos.

Eimin cayó en desgracia de la noche a la mañana. Se convirtió en un «cabrón de los negros». Después de mandar a su padre al campo de trabajo, su familia fue separada y a Eimin lo enviaron a una Comuna Popular del norte de China. Ni siquiera allí pudo estar tranquilo. Los Guardias Rojos que dirigían el campamento le decían que «comiera estiércol» y le asignaban las peores tareas. No había mucho que comer, aparte de bollos de

maíz y sopa de arroz diluida. Hasta al cabo de un año de haber llegado al campamento, Eimin no hizo un amigo, un soldado retirado que vivía en el pueblo. Su amigo le enseñó Kung Fu. Cada noche, concluida la jornada de trabajo en los campos y después de que todo el mundo se hubiera ido a la cama, Eimin practicaba los movimientos de Kung Fu en el exterior. A la luz de la luna, rodeado sólo por el silencio y la gruesa capa de nieve, encontraba paz y fortaleza. Cerró su corazón al resto del mundo y juró no volver a participar en ningún otro movimiento nunca más.

Eran estas historias sobre el pasado de Eimin las que me impedían hablarle de Dong Yi. Eimin no se fiaba de la gente. Yo era la única persona, aparte de su padre, en quien confiaba plenamente. No podía traicionarle y destruir aquello. En muchos sentidos yo lo quería, en particular su fuerza y su voluntad de vencer y triunfar sobre la adversidad de su juventud.

Pero entonces parecía haber una exigua posibilidad de que Dong Yi y yo pudiéramos estar juntos, algo que yo había deseado durante mucho tiempo. Algo en lo que había perdido tantas veces la esperanza que no quería volverla a perder. Ahora bien, la elección que se me presentaba era cruel, pues por primera vez en la vida me encontraba ante un verdadero dilema. Empecé a entender a Dong Yi y lo difíciles que eran sus decisiones.

Decidí decirle a Dong Yi que prefería verle menos, en lugar de más como él quería, y que necesitaba tiempo para decidir qué hacer. Estaba aprendiendo que no vivimos en un vacío, aislados de los demás, y que nuestros actos afectan a las personas de nuestro entorno. Me hacía falta encontrar el momento adecuado y las palabras adecuadas para tomar la decisión adecuada.

Tampoco quería pasar mucho tiempo con Eimin, de modo que volví a casa de mis padres. Pasaba gran parte del día preparándome para mi marcha a Estados Unidos, lo cual significaba que debía cumplimentar la solicitud para que me concedieran el pasaporte. Por las tardes leía los carteles que colgaban los alumnos de la universidad en la que mi madre daba clases. El creciente conflicto entre los estudiantes y el gobierno me proporcionó, de manera conveniente, distracción y espacio para respirar, lejos de mis propios problemas.

Dos días después del funeral de Hu Yaobang, el 22 de abril, más de cincuenta mil estudiantes boicotearon las clases en treinta y nueve centros universitarios pequineses. Al mismo tiempo, los estudiantes de la Universidad de Pekín instalaron una emisora de radio estudiantil en el edificio número veintiocho, al lado del Triángulo. Algunos de mis amigos aparecieron como organizadores del Movimiento. Mi amiga Li, que iba dos años por delante de mí en psicología y que a la sazón cursaba el segundo curso de posgrado, tomó parte activa en la emisora de radio transmitiendo comunicados, noticias, discursos grabados de estudiantes activistas y mensajes de apoyo de padres, ciudadanos de Pekín y amigos que vivían en el extranjero.

Mientras los estudiantes se organizaban en Pekín, algunos de ellos viajaron a otras provincias para obtener apoyo. Durante la Revolución Cultural, los Guardias Rojos al principio utilizaron este método de establecer una red de conexiones —Chuanlian, o enlace— para divulgar la revolución. Por aquel entonces viajaban en tren a todos los rincones del país, iban a las fábricas, oficinas, escuelas y Comunas Populares. En esos momentos, los estudiantes de la capital se servían del mismo método para informar a otros de lo que ocurría en Pekín. Era la manera en que la información —aparte de la que permitían los medios de comunicación controlados por el Estado— se transmitía en China. Dos estudiantes de Pekín visitaron la universidad de mi hermana Xiao Jie, en la provincia de Shandong. Los alumnos de ese centro no tardaron en boicotear también las clases.

En el campus de la Universidad de Pekín, cada día se colocaban carteles nuevos. Los profesores que eran como la profesora Li Shuxian del departamento de física se declararon claramente en favor de los estudiantes, en tanto que otros ofrecían consejos sobre cómo promover el Movimiento. Los periodistas extranjeros acudieron entonces al campus: entrevistaban a los estudiantes y fotografiaban y grababan en vídeo sus actividades.

La noche del 25 de abril, los programas de radio y televisión nacionales emitieron el texto principal de un editorial que iba a aparecer al día siguiente en el Diario del Pueblo. El editorial, que según el parecer de



mucha gente era la opinión de Deng Xiaoping, se titulaba: «La necesidad de una clara postura contra la anarquía». Decía así:

«Este movimiento es una conspiración bien planeada. Su intención es la de confundir a la gente y sumir el país en la anarquía. Su verdadero objetivo es rechazar el liderazgo del Partido Comunista Chino y el sistema socialista. Se trata de una lucha política muy grave que preocupa a todo el Partido y toda la nación».

Aquella tarde había ido a ver a Eimin pronto. Sentada ante el televisor en su habitación, no podía creer lo que escuchaban mis oídos. Era la primera vez que vivía de cerca una lucha política, y estaba horrorizada. Eimin, al haber experimentado de primera mano la crueldad y la maldad de la Revolución Cultural, no tenía ninguna duda de que aquello era el preludio de una severa represalia.

—Me temo que no hay más. El editorial ha calificado el Movimiento de anarquía. Ésa es la evaluación oficial del Partido, y el Partido nunca cambiará de forma radical su apreciación. Los estudiantes tienen que retirarse si quieren evitar un final desastroso.

Eimin estaba realmente preocupado. Creo que fue a partir de ese momento cuando se involucró, por muy a regañadientes que lo hiciera. Sabía lo que el castigo podía significar en China y no quería que eso les sucediera a sus inocentes e ingenuos estudiantes.

Fuimos al Triángulo, donde la gente ya había empezado a congregarse. Se expusieron distintas opiniones: unos pedían una retirada, otros pedían cautela. Algunos estudiantes querían que la recién formada Asociación Autónoma de Estudiantes presentara una moción para obtener una respuesta. A medida que transcurría la tarde fue acudiendo cada vez más gente al Triángulo. Entonces llegó una carreta de madera. Un joven, de pie en ella, exhortaba a la gente a no retirarse y a seguir adelante hasta que la democracia triunfara en China. Dijo a la multitud que el día anterior se había creado la Asociación Autónoma de Estudiantes para representar a todas las universidades de Pekín. Terminó con la ya habitual consigna: «¡El Movimiento no es “la anarquía”!».

Se trataba de Feng Congde, uno de los líderes estudiantiles. Al parecer había estado reuniendo a estudiantes por todo el campus para que asistieran

a una reunión de urgencia aquella noche en el Triángulo. La emisora estudiantil empezó a transmitir el editorial del Diario del Pueblo. Los miles de personas que había entonces congregadas en el Triángulo estallaron en rugidos de protesta. Me acerqué a saludar a Feng Congde. Estaba casado con mi antigua compañera de habitación Chai Ling, a quien hacía mucho tiempo que no veía. Quería saber qué tal le iban las cosas.

—¿Cómo está tu esposa? —le pregunté.

—Muy bien. De hecho, va a venir a la reunión más tarde.

Fue casi un accidente que Chai Ling se convirtiera en mi compañera de habitación. Había pasado de geología al curso superior al mío. Era la primera vez que se autorizaban ese tipo de traslados en la Universidad de Pekín. Mucha gente tenía sus reservas acerca del nuevo sistema, pues creía que el traslado permitía que las personas que no sacaran una nota lo bastante alta en los exámenes de ingreso a la universidad pasaran a departamentos más deseables.

En aquella época, psicología requería una de las notas de acceso más altas de la Universidad de Pekín; por consiguiente, el sentimiento hacia los trasladados era particularmente hostil en dicho departamento. Nadie quería compartir habitación con ellos.

Yo había sido la rara desde que entré en la universidad. Había nueve chicas en mi clase, una más de las que podía albergar una habitación y, en consecuencia, siempre había una que tenía que compartir dormitorio con las chicas de otro curso. Como había estado sola desde los doce años, en el internado, no me importó ser la elegida. Así pues, pasé el primer año compartiendo habitación con las estudiantes de último curso, y el año siguiente con las de primero. Las chicas de mi clase se alojaban unas cuantas puertas más allá del pasillo, pero rara vez las veía fuera de las aulas.

Naturalmente, cuando llegaron las trasladadas me pidieron que compartiera el dormitorio con ellas. El departamento consideraba que, puesto que hasta el momento no había tenido un grupo estable con el que compartir habitación, era poco probable que me importase que volvieran a

cambiarme, esta vez con las estudiantes que se habían trasladado. No me importó en absoluto: estaba acostumbrada a ser una intrusa.

Las estudiantes trasladadas sabían que estaban de más y que no eran bienvenidas, de manera que anduvieron con pies de plomo al entrar en su nuevo hogar. Eran extremadamente amables y encantadoras, y observaban con cautela las reacciones de los demás antes de hablar. Era como si todas nosotras estuviéramos en alguna prolongación de las clases de psicología, con las nuevas estudiantes temerosas de dar un paso en falso. Bueno, casi todas.

Chai Ling era pequeña, con la cara redonda y unos ojos penetrantes, pero amables. Siempre llevaba el pelo corto, rozándole las mejillas. Era independiente, rebelde y, en ocasiones, desagradable. Nunca parecía sentir temor de decir lo que pensaba, y lo hacía con una voz curiosamente suave y aguda.

Como tenía que ponerse al día en muchas cosas de su nueva licenciatura, Chai Ling asistía a algunas clases con nosotras, además de seguir las de su propio curso. A veces pasábamos la mayor parte del día juntas, intercambiando apuntes y ayudándonos con las tareas. A pesar de su tardío comienzo en psicología, Chai Ling progresó con rapidez y al cabo de un año, en el examen del curso de posgrado, obtuvo suficiente puntuación para que le concedieran una plaza.

Por desgracia, los profesores no estaban contentos con ella, probablemente a causa de su personalidad díscola. En el departamento había muchos que la consideraban una persona con la que era difícil trabajar y, por tanto, no querían aceptarla. Al final, tras persistentes súplicas por parte de Chai Ling, el departamento accedió a dejar que lo decidiera el profesor con quien ella quería estudiar.

Para entonces, Chai Ling se había mudado a una pequeña habitación que había en un rincón del pasillo y yo estaba por fin con mis compañeras de clase después de otra redistribución de dormitorios. Un día vino a verme.

—Wei, tú eres la mejor de tu clase, todos los profesores te quieren. Por favor, ¿podrías hablarle de mí a la profesora Wang? La verdad es que me encantaría estudiar emociones humanas con ella.

Fui a ver a la profesora Wang y hablé en defensa de Chai Ling, pero se mostró inflexible: no pensaba trabajar con aquella alumna. Me sentí fatal cuando le conté a Chai Ling el resultado de mi conversación con la profesora Wang. Así pues, era inevitable que, cuando el departamento accedió por fin a admitir a Chai Ling en el programa de posgrado bajo la supervisión de otro profesor, ella rechazase la oferta y dijera que prefería estudiar en otro sitio que con un profesor que no hubiese elegido ella.

Unos meses más tarde se matriculó en el curso de posgrado de la Universidad Normal de Pekín.

Mucha gente del departamento —incluyéndome a mí— quedó sorprendida por su decisión y creía que estaba siendo obstinada e inflexible y que, como resultado de ello, sufría innecesariamente.

Unos meses después de licenciarse, Chai Ling se presentó en la habitación de mi residencia. Me la había encontrado un par de veces en el campus cuando acudía a visitar a su novio, Feng Congde.

Me alegré de verla. Hablamos de su nueva vida como estudiante de posgrado y de qué le parecía la Universidad Normal de Pekín. Entonces dejó caer la bomba: Feng Congde y ella se habían casado. En aquella época, en China, la gente tenía que esperar a terminar su carrera universitaria y a cumplir veintitrés años para contraer matrimonio. Chai Ling acababa de cumplir los veintitrés.

—No tenía ni idea de que os hubierais casado —me disculpé, porque me había referido a Feng como a su novio, y en seguida me apresuré a felicitarla.

—Hemos alquilado una vivienda fuera del campus —dijo—. Tienes que visitarnos.

Era poco común por aquel entonces que la gente corriente alquilara habitaciones a particulares. Nadie tenía propiedades, y alquilar un inmueble propiedad del Estado era ilegal. Había oído hablar de gente que lo hacía, pero se arriesgaba a acabar en la cárcel. La mayoría de estas personas eran granjeros que habían ido a la ciudad a trabajar, que no tenían otra alternativa y estaban demasiado desesperados como para que les importara el castigo. Pero Chai Ling no pertenecía a aquel grupo de desesperados. Los estudiantes de posgrado que estaban casados vivían en sus propias

residencias, lo cual se consideraba una generosidad, pues casi todo el mundo tenía que esperar, a veces durante años, a que su cuadrilla le asignara una vivienda. Muchos jóvenes tenían que seguir viviendo con sus padres y sus abuelos.

Por tanto, el comportamiento poco convencional de Chai Ling me impresionó y me intrigó al mismo tiempo; aquella era una nueva forma de vivir con la que nunca me había encontrado, de modo que acepté gustosamente ir a hacerle una visita.

La habitación que había alquilado formaba parte de una de las casas tradicionales con patio interior, situada dentro del distrito de Haidian, al otro lado de la calle del campus de la Universidad de Pekín. Chai Ling me condujo a través de patios estrechos y largos callejones. Allí, las familias residían en unas casas pequeñas con patio cuya existencia ignoraba, rodeadas por un laberinto de paredes. Se acercaba la hora de cenar y había humo por todas partes, pues muchas familias preparaban la comida en los patios en cocinas de carbón. Por encima de nuestras cabezas, el cielo estaba oscuro y cubierto de nubes densas. Los vientos de otoño habían empezado a refrescar las tardes.

Aquél era un mundo distinto al de la Universidad de Pekín, con distintas generaciones de una misma familia viviendo juntas, niños que corrían alborozados por el patio, la colada tendida en las cuerdas y el agua de desecho vertida en las calles. Mientras caminábamos me pregunté cómo Chai Ling y Feng Congde habían encontrado aquel lugar. ¿Y por qué preferían vivir allí en vez de hacerlo en un hermoso campus en el que la universidad organizaba minuciosamente todos los aspectos de la existencia?

Al cabo de unos diez minutos ya estaba del todo perdida. Seguimos caminando otros diez minutos y al fin llegamos a la casa. Había una anciana agachada en la baja entrada, cocinando. O las nubes que había en lo alto se habían hecho más densas, o la casa era muy oscura, pero lo cierto es que apenas veía más allá de dos metros ante mí. Aflojé el paso por miedo a tropezar. Chai Ling me presentó a su casera, cuya amplia sonrisa dejó ver que le faltaban algunas piezas dentarias. Charlaron alegremente sobre cómo les había ido el día. Me sorprendí al ver a Chai Ling tan a gusto con la anciana; me sentí muy fuera de lugar, sin saber qué decir. Desde los doce

años había vivido entre las paredes de internados y universidades de élite, y sabía muy poco de la vida al otro lado de aquellas paredes.

Entramos en la habitación de Chai Ling, tan oscura que tuvo que encender la luz, una bombilla desnuda que colgaba del techo. Una cama de matrimonio, dos baúles, un escritorio y dos sillas constituían el único mobiliario. Al cabo de unos instantes, en cuanto reunimos lo necesario para cocinar, salimos de nuevo al patio, donde Chai Ling empezó a encender su pequeña cocina de carbón. Cuando prendieron las llamas, se inclinó para soplar el carbón del interior. El humo se elevó y dificultó aún más la visión.

Le pregunté cómo había encontrado el lugar y me dijo que había sido a través de unos amigos. La casera había perdido a su marido hacía poco y necesitaba dinero.

—¿No te preocupa que te descubran?

—No —contestó, y me explicó que cada vez había más gente que tenía que hacerlo. El gobierno no podía pillarlos a todos—. Pero, naturalmente, te agradecería que no se lo contaras a nadie.

Le pregunté qué le gustaba de vivir allí. Respondió que la vida era más real fuera de la torre de marfil que dentro de ella. Se sentía a gusto estando con personas como su casera y recibiendo una lección de humildad de la vida real y de los problemas reales.

Cocinó un par de platos sencillos y un poco de arroz. Feng Congde no podía comer con nosotras porque aquella tarde tenía una clase. Charlamos de los viejos tiempos y del futuro. A las diez tuve que despedirme porque no tardarían en cerrar la puerta de mi residencia, así que le di las gracias por la invitación y por la cena y me apresuré a regresar.

Permanecí despierta durante horas después de que hubieran apagado las luces en la residencia. Hacía mucho rato que mis compañeras de habitación se habían acostado, y Wei Hua, como siempre, hablaba en sueños. Pero seguía recordando mi visita a Chai Ling y la cabeza se me llenaba de imágenes, conversaciones y mis propios pensamientos. Conocí a Chai Ling hacía más de un año, y desde entonces no había cambiado. En realidad, se había afirmado en su resolución de no permitir que nadie le dijera cómo debía vivir su vida.

Tal vez fueran aquella decisión y aquellas ansias de libertad las que iban a proporcionarle el coraje para alzarse y luchar por la causa estudiantil.

No vi a Chai Ling hasta el día siguiente. Para mi sorpresa, mi antigua compañera de habitación tenía un aspecto más joven y radiante, el entusiasmo daba vida a su mirada. Ardía con la determinación de luchar por la democracia en China.

La mayor de las batallas entre el pueblo y el Partido Comunista estaba tomando forma rápidamente.

## Capítulo 8: La marcha

«Con la suficiente voluntad, podemos mover montañas con las manos».

Cuento popular, año 200 d. C.

El editorial del Diario del Pueblo del 26 de abril señaló un momento decisivo para los estudiantes, cuando la palabra «anarquía» inflamó fuertes sentimientos en los campus de todo Pekín. De la noche a la mañana, la llama de la ira comenzó a arder entre cientos de miles de estudiantes y profesores. Naturalmente, este sentimiento era más intenso en la Universidad de Pekín.

A primera hora de la mañana del 26 de abril me despertaron unos gritos y un fuerte ruido. Miré a Eimin, que aún dormía, salté de la cama, me vestí y me dirigí a toda prisa hacia la ventana que daba al Triángulo. Vi que ya se había congregado allí una gran multitud. El cielo azul se había abierto paso entre las delgadas nubes con la promesa de un día cálido y soleado por delante.

De pronto se oyeron unos golpes nerviosos en la puerta y la voz de Li que gritaba: «¡Eimin! ¡Eimin!».

Eimin abrió la puerta en seguida. Li había venido para llevarlo a una reunión urgente en el departamento de psicología.

—Anoche, la Asociación Autónoma de Estudiantes decidió organizar una protesta masiva como respuesta al editorial —explicó Li mientras trataba de recuperar el aliento—. El presidente de la universidad ha pedido a todos los departamentos que discutan la situación y planteen una postura oficial por parte de la institución y el profesorado.

Eimin se marchó a toda prisa con Li. En cuanto se fueron, cerré la puerta con llave y bajé al Triángulo.



El Triángulo era un caos, nunca había visto un desbarajuste semejante. Durante la noche, los carteles recién colocados habían cubierto la pared en toda su longitud y aún se estaban poniendo más mientras yo miraba. A lo largo del muro, una multitud —que en algunos sitios formaba una hilera de cuatro en fondo— leía y discutía los carteles. De pie detrás del gentío, sólo veía los carteles adheridos en lo más alto de la pared; de vez en cuando tenía que ponerme de puntillas para continuar leyendo lo que ponía en su parte inferior. En una o dos ocasiones me tambaleé hacia delante por haber estado demasiado tiempo de puntillas. Las personas que tenía ante mí se volvieron, claramente irritadas, de modo que me disculpé y me fui a otro lugar.

Al cabo de un rato de dar vueltas por el Triángulo me sentí frustrada porque no podía leer la mayoría de carteles. Llegó más gente; algunos se abrieron camino a empujones por entre la multitud. Además, la muchedumbre se volvía cada vez más bulliciosa, la gente llamaba a los amigos, hablaban sobre los acontecimientos y discutían sobre los pros y los contras de los carteles de la pared.

«¡Esto es ridículo! —exclamé para mis adentros. Me sentía excluida de las opiniones de mis compañeros—. Tengo que meterme ahí». Empecé a avanzar hacia la pared a empujones, haciendo frente a algunas miradas de enojo.

Pronto llegó más gente con nuevos carteles y se encontró con que ya no había espacio en la pared. «¡Allí!», gritó un joven que llevaba un cubo con gachas de trigo, la tradicional cola casera para pegar carteles. Los estudiantes que sujetaban las esquinas del cartel empezaron a correr. La multitud los siguió con rapidez. El joven que iba delante embadurnó generosamente con las gachas una de las paredes laterales del edificio del profesorado y se colocó el cartel.

Aquella vez me encontraba en una posición desde la que veía bastante bien. Lo leí:

«¿Qué hemos hecho mal? Dijimos la verdad en nombre del pueblo. Queremos erradicar la corrupción y los privilegios. Queremos el imperio de la ley, no del hombre. Queremos democracia, no una dictadura. Nos

manifestamos pacíficamente. ¿En qué nos hemos equivocado? Padres, no estamos equivocados».

—Wei —oí una voz que me llamaba en voz baja y me sobresalté. Me di la vuelta y vi a Chen Li de pie a mi espalda.

—Hola. —Me alegré mucho de verlo—. ¿Cuánto hace que estás ahí?

—Desde que tú te has puesto aquí —respondió Chen Li con una sonrisa—. Pero pensé que te dejaría terminar de leerlo.

Ver allí a Chen Li, entre miles de desconocidos en una atmósfera política tan tensa, me pareció como encontrarme con un viejo amigo en un país extranjero. Aquella mañana me dio la impresión de que su dulce sonrisa era aún más reconfortante. No lo había visto desde nuestra excursión a la plaza de Tiananmen casi diez días antes. Quería contarle lo de mi beca para ir a Estados Unidos, pero decidí que no eran ni el momento ni el lugar adecuados.

—¿Has tomado parte en las manifestaciones?

—Sí. De hecho estuve en la plaza de Tiananmen cuando el funeral de Hu Yaobang —dijo Chen Li mientras nos alejábamos del gentío que había junto a la pared.

—¿Ah, sí? —en cuanto lo dije lo envidié por haber estado involucrado en las manifestaciones de una manera tan personal. Las imágenes que había visto en la televisión unos días antes aún seguían vivas en mi mente—. Cuéntamelo, por favor —le pedí con impaciencia, pues quería conocer en aquel mismo momento los detalles de aquel día en la plaza de Tiananmen. Por mediación de Chen Li, tuve la sensación de que yo también estaba relacionada personalmente con los tres valientes pero anónimos jóvenes que se arrodillaron en las escaleras de la Gran Sala del Pueblo.

En aquel momento mi estómago decidió recordarme ruidosamente que aún no había desayunado, lo cual me resultó violento. Chen Li se rio y me acompañó a comprar algo de comer en la tienda de la universidad. Entonces me habló de aquel día, de cómo había entrado en la plaza después de marchar por la ciudad durante horas, de cómo los ciudadanos de Pekín habían llevado comida y donativos a los estudiantes y de lo furiosos que se sintieron cuando el gobierno no quiso recibir la petición que presentaron. Me contó que cuando los tres jóvenes se pusieron de rodillas en las

escaleras de la Gran Sala del Pueblo, muchos de los estudiantes que tenía alrededor lloraron.

—Nunca lo olvidaré —dijo Chen Li—. Allí, en ese preciso momento, me di cuenta de que nuestro gobierno ha traicionado la confianza de los jóvenes chinos. Tuve la sensación de que no ya sólo los estudiantes, tanto los que estaban en la plaza aquel día como los que se encontraban en otras partes en los campus de Pekín, sino también nuestro país había sido insultado. Sentí vergüenza porque soy miembro del Partido.

Miré a Chen Li. Los ojos le brillaban de la emoción. Se le empezó a entrecortar la voz.

—Chen Li, no te culpes por algo que no has hecho. Te uniste al Partido porque creías que era el partido del pueblo. Yo sigo creyendo que lo es. —Pensé en mis padres, que habían conservado la fe en el Partido a pesar de haber sufrido con la Revolución Cultural—. No todo el mundo es malo en el Partido; la mayoría de sus miembros, como mi abuelo y mis padres, son personas maravillosas que quieren hacer todo lo que puedan por el país.

Cuando salimos de la tienda había aumentado la temperatura. En el Triángulo la multitud era menos numerosa, puesto que cada vez más gente se iba a comer. Habían situado una cámara justo delante del comedor número tres; un equipo de informativos extranjero se preparaba para entrevistar a los estudiantes. Dos jóvenes de la Universidad de Pekín estaban amontonando ejemplares del Diario del Pueblo ante la cámara. Más abajo de la larga pared, otro cámara grababa escenas de gente leyendo los carteles.

«La pasada noche, la Asociación Autónoma de Estudiantes votó con una abrumadora mayoría a favor de convocar una manifestación masiva para mañana. Protestamos [contra] las acusaciones que se nos formulan. No queremos derrocar a nuestro gobierno ni provocar el caos en el país. Por el contrario, queremos prosperidad y libertad para el pueblo chino... El Movimiento Estudiantil no es la anarquía. ¡La Constitución ampara nuestra manifestación pacífica!».

Me imaginé que el entrevistado sería un portavoz de la Asociación Autónoma de Estudiantes o uno de sus representantes.

En cuanto el estudiante hubo contestado algunas preguntas delante de la cámara, el operador volvió el objetivo hacia el montón de ejemplares del Diario del Pueblo. Unos cuantos estudiantes prendieron fuego a los periódicos. Un joven tomó una hoja ardiendo de la pira y la agitó frente a la cámara al tiempo que gritaba ante el micrófono que le tendían:

—¡Todo esto son mentiras!

—¡Quemad las mentiras! ¡Quemad las mentiras! —vociferaron otros estudiantes.

En aquel momento trajeron más ejemplares del Diario del Pueblo, que fueron arrojados al montón que ardía. Las llamas eran cada vez más altas y las chispas saltaban por los aires. Noté el calor que irradiaba hacia mí.

Entonces llegó un comunicado formal de la Asociación Autónoma de Estudiantes: «Mañana tendrá lugar una importante manifestación de estudiantes de todas las instituciones de enseñanza superior de Pekín. La manifestación comenzará a las ocho de la mañana. Esperamos que todos nuestros compañeros estudiantes estén preparados».

—Deberíamos sumarnos a la marcha de mañana —dije, notando que el calor del fuego reflejaba el de mi excitación.

Sentí un repentino impulso de formar parte de lo que estaba ocurriendo y cierta culpabilidad por no haber estado con mis compañeros en las marchas anteriores. Chen Li y yo decidimos encontrarnos a la puerta de su residencia a las siete y media de la mañana e ir juntos desde allí a la puerta sur.

Por la noche, cuando Eimin regresó, me habló de las discusiones que habían sostenido los miembros del profesorado. En su mayoría, los profesores estaban preocupados por la rápida escalada del conflicto. Tenían miedo de que la manifestación del día siguiente pudiera empeorar aún más la ya frágil situación y suponer un grave peligro para los estudiantes.

—¿Así pues, el profesorado no apoya la manifestación? —pregunté.

Dijo que la universidad consideraba mejor respuesta que los profesores y algunos intelectuales destacados escribieran una carta abierta a Deng Xiaoping pidiéndole que se cambiaran la redacción del editorial del Diario del Pueblo y el término «anarquía».

—También asistí a una reunión en nombre del departamento de psicología en la universidad. Por eso he llegado tan tarde —explicó Eimin. La universidad, que consideraba demasiado polémica la manifestación del día siguiente, había pedido a los estudiantes que mantuvieran la calma y obraran con cautela y moderación.

Le dije que había acordado asistir a la marcha con Chen Li. Primero Eimin se sorprendió, luego se preocupó.

—Está claro que si quieres ir, yo no puedo impedírtelo. Pero quiero que lo pienses con mucho detenimiento. —Siguió diciendo que admiraba el coraje de los estudiantes pero que creía que la suya era una batalla perdida. No creía que unos cuantos miles de estudiantes pudieran ir en contra del poder del gobierno chino y del ejército sin que la situación se volviera muy peligrosa—. El ejército y la policía irán bien preparados y os estarán esperando. Si mañana vas, te estarás oponiendo de manera directa a la dirección del Partido. Piensa en Estados Unidos. Podrían impedirte abandonar el país perfectamente.

Seguimos discutiendo sobre el tema durante un rato hasta que, al cabo de una hora, en el informativo de la noche, como si alguien quisiera confirmar los temores de Eimin, la Corporación Central de Radiodifusión de China y la Televisión de Pekín transmitieron los «Diez Preceptos para las Manifestaciones» de la Municipalidad de Pekín. Advertían de graves consecuencias a quienes tenían intención de participar en la manifestación del día siguiente.

Aquellas emisiones ensombrecieron el campus de la Universidad de Pekín. Por primera vez durante el Movimiento, los estudiantes se enfrentaban a la posibilidad real de peligro o incluso a la muerte. Pero estaban decididos. Aquella noche, muchos de ellos redactaron sus últimas voluntades. Algunas de aquellas declaraciones se colocaron en el Triángulo el 27 de abril, cuando la marcha salía del campus.

«Recuérdame, Universidad de Pekín».

«Por favor, mamá, perdóname. Tengo que ir. Tu hija te quiere, pero también ama a su país».

El día de la marcha, el 27 de abril, empezó como un auténtico día de primavera cualquiera, soleado, radiante, con los pájaros cantando alegres

bajo el sol de la mañana. Los árboles que se arqueaban sobre el camino que conducía a la puerta sur empezaban a echar brotes, con unas diminutas y tiernas hojas verdes, y el aire era fresco. Chen Li llevaba puestos unos vaqueros y una chaqueta liviana de color piedra. Yo llevaba un grueso jersey rojo encima de una camisa blanca.

Nos encontrábamos entre millares de manifestantes que salían de la Universidad de Pekín. A cada lado del camino había más estudiantes que observaban y gritaban con entusiasmo. Algunos de ellos se habían subido a los árboles para tener mejor panorámica.

Chen Li y yo caminábamos al frente de la marcha. Al pasar por la puerta sur, me di la vuelta y vi una fila tras otra de manifestantes que caminaban juntos, desdibujando las divisiones entre las filas. Las banderas rojas de los departamentos y de la universidad destacaban contra el fondo azul del cielo. No veía dónde terminaban los estandartes y las pancartas. Y debajo de ellos había una masa de gente.

Por encima de nuestras cabezas, en lo alto de las paredes de la puerta sur, había cerca de un centenar de estudiantes sentados, apretujados unos contra otros. Al otro lado del camino se hallaban cientos, si no miles de ciudadanos de a pie que observaban con solemnidad. Al torcer por la calle Haidian hicimos la señal de la victoria a los espectadores.

Los organizadores de la manifestación iban corriendo de un extremo a otro de las filas, unas veces nos decían que fuéramos más deprisa y otras que aminorásemos la marcha. Chen Li y yo nos encontrábamos cerca de la cabeza de la manifestación, donde una bandera roja y el estandarte de la Universidad de Pekín ondeaban al fresco viento primaveral.

—¡Una manifestación pacífica de estudiantes no es anarquía! —grité al unísono con Chen Li y mis compañeros manifestantes.

Miles de ciudadanos de Pekín se alineaban a uno y otro lado de las calles en tanto que otros observaban las columnas que avanzaban desde las ventanas de sus apartamentos. El calor del sol primaveral y la excitación de marchar unida a mis compañeros me hizo sentir viva de un modo que nunca había experimentado.

«Primavera, ¡qué estación tan hermosa!», pensé.

De la muerte y la pobreza surge la vida.  
Miré los álamos temblones que echaban brotes.

Intercambié sonrisas con Chen Li mientras seguíamos al líder de nuestra sección, que caminaba hacia atrás, vuelto hacia nosotros, gritando por el megáfono: «¡No nos da miedo derramar nuestra sangre y dar nuestra vida!».

Me entusiasmaaba formar parte de la vida y la renovación. Miré por delante de mí y vi estudiantes que desfilaban llevando el paso, banderas que ondeaban en lo alto por encima de sus cabezas. Miré hacia atrás y vi a decenas de miles de personas que hacían lo mismo. El entusiasmo de mi generación hizo que la exaltación corriera por mis venas. «¡Habrà un nuevo mundo!»», pensé.

Dos grupos de estudiantes iban corriendo tomados de la mano a cada lado de nuestra columna. Nos dijeron que lo hacían para evitar que alguien ajeno a la manifestación de la Universidad de Pekín entrara en las filas; siempre existía a posibilidad de que la policía secreta utilizara la marcha para desacreditar a los estudiantes.

Entre dichos estudiantes distinguí un rostro que me era familiar, el de Cao Gu Ran, un antiguo compañero de clase que estaba haciendo un curso de posgrado en psicología. No lo había visto desde el día en que nos licenciarnos, hacía casi un año. Lo saludé con la mano y nos hicimos a un lado con Chen Li.

Cao Gu Ran llevaba su uniforme favorito: un chándal azul marino y zapatillas deportivas. Tenía la tez morena y áspera. No era una persona alta, mediría un metro sesenta y cinco, pero sí musculosa. Desde que había empezado en la universidad, mantenía su cuerpo cuidadosamente en forma corriendo muchos kilómetros cada día. Una vez le pregunté si no hacía demasiado ejercicio, pero me respondió que el ejercicio no era nada comparado con el trabajo en el campo que solía llevar a cabo en casa. Cao Gu Ran provenía de una pobre localidad de campesinos de la provincia de Hunan, donde la educación era escasa y la mayor parte de los niños sólo cursaban estudios primarios. Nunca supe lo que había tenido que hacer para lograr una de las mejores puntuaciones de su provincia en los exámenes de ingreso a la universidad. Sus padres nunca lo visitaron en Pekín porque no

podían permitírselo, pero sabía que Cao Gu Ran vivía su vida en la Universidad de Pekín como si ellos estuvieran allí con él cada día. Quería que se sintieran orgullosos, cosa que consiguió licenciándose con calificaciones muy altas y convirtiéndose en estudiante de posgrado en la mejor universidad de China.

—No puedo creer que seas tú —dijo Cao Gu Ran, jadeando mientras corría—. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú —repliqué alegremente—. Me alegro de ver a un viejo amigo, sobre todo hoy.

Le presenté a Cao Gu Ran a Chen Li.

—¡Una petición para el pueblo! —gritamos todos al tiempo que continuábamos la marcha.

Resultaba que Cao Gu Ran también había participado activamente desde el principio en la huelga y las manifestaciones. Al igual que Chen Li, se hallaba en la plaza de Tiananmen el día del funeral de Hu Yaobang. La actuación de los tres valientes jóvenes en las escaleras de la Gran Sala del Pueblo también lo indujo a implicarse aún más.

—Pero hoy las cosas son distintas —dijo Cao Gu Ran—. El editorial del Diario del Pueblo ha puesto a la gente en pie de guerra. No podemos permitirnos realizar más acciones espontáneas. Tenemos que estar más organizados.

—¿Cómo puedes organizar a decenas de miles de personas? —preguntó Chen Li.

—O a cientos de miles. El número de estudiantes en toda la enseñanza superior es enorme —contestó Cao Gu Ran—. Va a ser difícil. De momento, la organización abarca el ámbito de cada departamento. En psicología tenemos nuestros representantes de los manifestantes, gente de seguridad y organizadores de apoyo logístico.

—¿Qué crees que ocurrirá hoy? —le pregunté recordando mi discusión con Eimin la noche anterior.

Mi antiguo compañero de clase me advirtió que, después de que todos los estudiantes hubieran desafiado el editorial y las advertencias, estaba seguro de que tendría lugar una demostración de fuerza por parte del gobierno. Él preveía serios enfrentamientos.



—Da igual lo que pase, ahora estoy aquí y me quedaré hasta el final. Si me sucediera algo personalmente, sólo espero que mis padres lo entiendan. Les he escrito una carta explicándoles por qué hago esto, y mi compañero de habitación la echará al correo por mí si no regreso.

Sus palabras me llegaron al alma, pues sabía lo mucho que significaba para sus padres y ellos para él. Empecé a sentir la enormidad de lo que estábamos intentando casi como un peso físico sobre mi persona.

—Yo también creo que hoy va a suceder algo gordo en algún punto de nuestro recorrido —dijo Chen Li—. Por esa razón hoy existen más motivos que nunca para que no deje de ser una manifestación pacífica. No debemos dejar que se nos suba la sangre a la cabeza. No podemos darle ninguna excusa al gobierno para que haga uso de la fuerza.

De pronto nos detuvimos. Acabábamos de pasar por delante de la Universidad Popular y aún se veía el cruce de la Tienda de la Amistad, un establecimiento pensado para compradores extranjeros. Se había congregado allí una enorme multitud de miles de espectadores. Algunos de ellos gritaban: «¡No peguéis a los estudiantes!». A unos veinte metros de distancia vimos que dos coches policiales, seis furgonetas y cinco filas de miembros de la Policía Armada Popular con sus uniformes de color verde oscuro bloqueaban la calzada. La cabeza de la manifestación se había detenido frente a frente con la policía. Cesaron los gritos y, de repente, se hizo un extraño silencio entre las filas de estudiantes.

Ahí estaba, el momento que habíamos estado esperando. Era casi mediodía y el sol brillaba con tanta intensidad que su luz empezaba a ser cegadora. La visión se me hizo borrosa, se mezclaron el color del cielo azul y del árbol que reverdecía; la gente que había de pie a un lado de la calle se volvió gris. Pero al mirar al frente, con el corazón latiéndome desbocado, vi con claridad las caras de los policías. Tenían rostro, lo mismo que los jóvenes que había a mi lado, pero no me imaginaba cuáles eran sus pensamientos o sentimientos. Eran unos rostros inexpresivos, y por ello me dio la impresión de que eran como alienígenas venidos de otro planeta.

Nos quedamos allí en silencio durante tal vez unos cinco minutos, que a mí me parecieron una eternidad. Me acordé de la historia que me había contado mi madre sobre cómo la policía y los reservistas del ejército habían

golpeado brutalmente a los manifestantes en la plaza de Tiananmen trece años antes, cuando se congregaron para llorar a Zhu Enlai. Me pregunté si los policías que tenía frente a mí también llevaban barras de hierro. ¿Serían tan crueles, a plena luz del día, como lo fueron sus predecesores trece años antes en una noche oscura? Pensé en mis padres, que no sabían que estaba allí. No podía quitarme sus caras de la cabeza, por mucho que intentara no pensar en ellos. De pronto me pregunté si volvería a verlos.

«¡Policías, abrid paso! ¡Policías, abrid paso!», gritaban los ciudadanos que había junto a la calzada. Un gran grupo comenzó a avanzar hacia la policía. Al mismo tiempo, nuestra columna se puso en movimiento. Los estudiantes que iban en cabeza enlazaron los brazos. El cordón policial retrocedió, pero no se rompió. Cao Gu Ran y sus compañeros trataban desesperadamente de evitar que los ciudadanos que se abalanzaban hacia la policía irrumpieran en la manifestación. La policía empujó. La gente gritaba, pero yo ya no oía nada. Lo único que oía eran los latidos de mi corazón y el sonido de nuestros pasos sobre el asfalto. Chen Li me rodeó el brazo izquierdo con su derecho.

Otra oleada de estudiantes se acercó por detrás. Noté la presión y el sabor del ácido que me subía del estómago. Pero mis pies siguieron andando. Mi cuerpo se echó hacia delante. Agarrados de los brazos, volvimos a cargar contra la policía. Me acerqué tanto al cordón policial que pude mirar directamente a los ojos a uno de sus miembros. Nos miramos fijamente y fuimos dando empujones de un lado a otro mientras me obligaban a retroceder.

Para sorpresa de todos los que estaban allí aquel día —y también por fortuna—, la policía no llevaba armas. Al final, los agentes no pudieron resistir la presión de la masa de gente que se abalanzaba contra ellos, se abrió una brecha y atravesamos el bloqueo policial.

Los miles de espectadores prorrumpieron en aclamaciones. «¡Larga vida a los estudiantes!», gritaban. La gente se asomaba a los balcones y lanzaba comida, dinero, papeles de colores y tiras de tela como muestra de su apoyo. Todos los integrantes del frente de la marcha, incluidos Chen Li y yo, dimos saltos de alegría. La policía en seguida se retiró a sus furgonetas. Mientras se retiraban, algunos de ellos cambiaron unas sonrisas,

manifestando por gestos que no podían hacer nada. La aparentemente interminable columna de manifestantes pasó a toda prisa.

Cuando empezamos a avanzar de nuevo, con los brazos entrelazados, cantamos La Internacional en alta voz. Dos personas del equipo médico se acercaron a toda prisa con un botiquín de primeros auxilios. Las cruces rojas de las cintas que llevaban en la cabeza relucían intensamente bajo el sol de primavera. A un chico que estaba tres filas por delante de nosotros se lo llevaron a un lado de la calle para tratarlo. En el siguiente cruce se unieron a nosotros más millares de estudiantes de otras universidades. Banderas y pancartas convergieron. El sonido de los gritos y los cánticos resonaba por los edificios y las calles de Pekín.

—¡Habrà un nuevo mañana! —gritábamos.

## Capítulo 9: Huelga de hambre

«Que la promesa que escribimos con nuestras vidas despeje los cielos en nuestra República».

Declaración de un manifestante en huelga de hambre, 13 de mayo de 1989

A final, más de cien mil estudiantes participaron en la marcha del 27 de abril, en tanto que un millón de ciudadanos observaba a lo largo de la ruta de marcha, mientras otros se unían a la manifestación. Chen Li y yo regresamos a la Universidad de Pekín con nuestra columna a primera hora del 28 de abril, después de una caminata de más de cuarenta y ocho kilómetros por la segunda carretera de circunvalación que rodeaba el centro urbano. Al aproximarnos a la puerta sur nos recibieron unos profesores y administradores universitarios de cabello cano, puestos en fila para dar la bienvenida a sus estudiantes. Estaban muy contentos de que hubiéramos regresado sanos y salvos. El sonido de tambores y gongs inundaba la atmósfera y los petardos estallaban en el cielo nocturno.

Pasé la mayor parte de los días que siguieron en casa con mis padres, preparando la solicitud del pasaporte. Había surgido entre nosotros un desacuerdo, con el apoyo de mi madre hacia los estudiantes y mi propia participación, por un lado, y con el convencimiento de mi padre de que la confrontación no era el medio para lograr una solución, sino el preludio del desastre, por el otro. Discutimos durante la cena. Pero, a pesar de nuestras opiniones, vimos las noticias de la televisión como una familia (más adelante, el gobierno censuró dichos informativos). El impacto de la manifestación del 27 de abril en Pekín no tardó en llegar a otras partes del país. Mi hermana escribió a casa para decir que había participado en protestas estudiantiles similares en Qing Tao, donde asistía a la universidad,

y que los alumnos de su facultad estaban animados ante la perspectiva de un diálogo público entre estudiantes y gobierno.

A primeros de mayo, el gobierno, representado por el portavoz del Consejo de Estado y el viceministro de la Comisión de Educación del Estado, mantuvo varias reuniones con los representantes estudiantiles. No obstante, la postura gubernamental fue la de acceder a hablar sólo con el organismo estudiantil oficial, la Asociación de Estudiantes de Pekín, cuyos miembros no eran elegidos por el pueblo, sino nombrados por la Liga de Juventudes y el Comité del Partido de cada una de las universidades. Pensé en Yang Tao, quien me contó que dicho organismo había espiado los grupos extraoficiales de estudiantes, y supe, acongojada, que era improbable que aquello significara que habíamos hecho algún progreso, sino que en realidad sólo era la imagen que querían dar: los intereses de aquella gente no estaban con el movimiento estudiantil, sino más bien con sus propias ambiciones políticas. La mayoría de las reuniones se televisaron. Cada día los estudiantes de la universidad de mi madre se apiñaban en las dos salas de televisión del campus: estaban tan llenas que algunos tenían que venir a casa para ver las reuniones. A todos nos frustró lo que vimos: en lugar de entablar una discusión acerca de las demandas de los estudiantes, los funcionarios del gobierno se sirvieron de las conversaciones para pronunciar conferencias e incluso dirigir advertencias a los estudiantes.

Aun así, muchos líderes estudiantiles creyeron que se había conseguido una victoria y declararon el fin de la huelga el 5 de mayo de 1989. Todo el mundo volvió a las aulas. Continuaron las protestas en pequeña escala, pero circunscritas a los límites del campus. De vez en cuando seguía yendo a la Universidad de Pekín para leer los carteles de la pared. Los estudiantes de este centro habían votado en contra de la recomendación de la Asociación Autónoma de Estudiantes y prosiguieron la huelga, aunque incluso allí los ánimos habían cambiado y estaban más tranquilos. El entusiasmo de los últimos días, cuando decenas de miles de nosotros habíamos desfilado fuera del campus, parecía haberse esfumado.

También fui a ver a Dong Yi uno de aquellos días. Iba sin afeitarse y tenía aspecto de estar cansado. Me pregunté en qué habría estado atareado; al fin y al cabo, en la Universidad de Pekín seguía habiendo huelga. Le hablé de

la marcha del 27 de abril y de la discusión que tuvimos Eimin y yo la víspera, pero nuestra conversación quedó interrumpida.

—Hay una reunión en la Asociación de Escritores en el centro. Tengo que salir para allá ahora mismo. ¿Cuándo volverás por el campus? Quedemos para entonces.

Juntos nos dirigimos al piso inferior.

—No te imaginas la de veces que he querido ir a buscarte para hablar contigo; han pasado muchas cosas —dijo Dong Yi, cuyos cansados ojos brillaban de emoción—. Pero querías un poco de tiempo para ti, de manera que pensé que debía esperar a que fueras tú quien viniera a mí.

En la puerta de la residencia le quitó el candado a la bicicleta.

—Ahora estás aquí, pero tengo que irme. Lo siento, Wei. Te lo contaré todo la próxima vez que nos veamos. Deja que te llame a casa de tus padres.

—¿Cuándo? —le pregunté mientras montaba en la bicicleta.

—Pronto —me aseguró.

Pero no llamó.

El 11 de mayo volví a ir a la Universidad de Pekín. Una vez más, el campus bullía de excitación, pero con una atmósfera de algo mucho más serio que antes. Un único cartel, escrito por un grupo de estudiantes de posgrado, había aparecido en el Triángulo, proponiendo una huelga de hambre en la plaza de Tiananmen. El cartel había desencadenado un intenso debate entre los estudiantes. Me encontré con el novio de Li, Xiao Zhang, cuando les llevaba comida a Li y a los demás, que estaban trabajando en la emisora de radio. Me contó que los estudiantes habían inundado la emisora con artículos y peticiones de espacio para hablar y que Li, al ser una de las organizadoras clave, no había podido descansar ni comer.

«¿Es esto lo que queremos hacer? ¿Favorece nuestra causa?». Muchos estudiantes se formulaban preguntas semejantes y discutían acerca de los méritos de adoptar una medida tan drástica. Algunos discursos señalaban la visita de Mijail Gorbachov prevista para el 15 de mayo.

«Demos la bienvenida al señor Gorbachov con nuestra huelga de hambre en la plaza de Tiananmen».

«El señor Gorbachov ha logrado que se aprueben reformas políticas mucho más duras en la Unión Soviética. ¡Que venga y hable con los estudiantes!».

Entre las muchas personas que debatían los próximos pasos del Movimiento, así como la manera de utilizar la visita de Gorbachov para promover la causa estudiantil, se encontraba Chai Ling, quien, hablando desde la emisora, abogaba con vehemencia por una huelga de hambre inmediata. Al día siguiente, la Asociación Autónoma de Estudiantes dispuso unas hojas de papel para que los voluntarios para la huelga de hambre firmaran en ellas. Se decidió que empezaría el 13 de mayo a mediodía. Al mismo tiempo, los estudiantes entregaron una petición al Comité Central del Partido en la que se exigía que los dirigentes del Partido y del gobierno hablaran con los representantes de la electiva Asociación Autónoma de Estudiantes. Se les dijo a los funcionarios que los estudiantes iniciarían la huelga de hambre si no se cumplían dichas reivindicaciones.

La mañana del 13 de mayo, el gobierno seguía negándose a ceder a las demandas de los estudiantes. Así pues, había llegado el momento de la partida para los que iban a emprender la huelga de hambre.

«En este día de sol radiante del mes de mayo, hemos iniciado una huelga de hambre», decía la declaración de la huelga que se había colocado en el Triángulo.

«En los días gloriosos de nuestra juventud, no tenemos otra alternativa que la de abandonar la belleza de la vida. Sin embargo, ¡qué reacios somos y qué poco dispuestos estamos a hacerlo!... No queremos morir. Queremos vivir, y vivir plenamente, porque estamos en la flor de la vida. No queremos morir, queremos aprender todo lo posible... ¿Qué podemos hacer?»

La democracia es la más noble de las aspiraciones humanas; la libertad es un derecho humano sagrado, innato. Hoy se deben comprar ambas cosas con nuestras vidas... Adiós, amigos, tened cuidado. La lealtad une a los vivos con los muertos. Adiós, personas queridas, tened cuidado. No queremos dejaros, pero debemos hacerlo. Adiós, madres y padres, perdonadnos, por favor. Vuestros hijos no pueden ser ciudadanos leales e hijos dignos al mismo tiempo. Adiós, compatriotas, dejad que correspondamos a nuestro país del único modo que nos queda».

Habían acudido miles de personas para leer la declaración y para ver marchar a los huelguistas. Alrededor de las diez y media de la mañana, delante del edificio número veintinueve, debajo de los altavoces de la emisora estudiantil, centenar y medio de jóvenes decididos, hombres y mujeres, se reunió para comprometerse con el Grupo en Huelga de Hambre de la Universidad de Pekín.

Todos los huelguistas llevaban cintas en la cabeza. Aun siendo jóvenes, parecían todos extrañamente maduros. En contraste con la intensa emoción que había en los rostros de la gente que los rodeaba, ellos tenían un aspecto calmado. Una vez más vi a Cao Gu Ran con su chándal azul preferido. Llevaba una banda blanca en la que había escrito unas palabras tomadas del héroe revolucionario norteamericano Patrick Henry: «Dadme la libertad o la muerte». Sin apartar la mirada del estudiante que dirigía el juramento, con el puño de la mano derecha alzado, repitió con aire de gravedad junto con los demás huelguistas:

«Juro solemnemente que, para promover la democracia en la patria y traer prosperidad al país, iniciaré una huelga de hambre. Resuelvo obedecer las reglas del grupo en huelga de hambre y no interrumpiré mi ayuno hasta que hayamos conseguido nuestros objetivos».

El silencio reinó entre la apiñada multitud de espectadores. Yo miraba, incrédula, preguntándome cómo habíamos llegado tan lejos con tanta rapidez. La mayoría de los huelguistas, en particular las mujeres, eran pequeños y delgados. Daba la impresión de que una simple ráfaga de viento se los habría de llevar por delante. ¿Cómo iban a sobrevivir los próximos días si se privaban de comer?

«Míralos bien ahora, vivos y respirando», me dije a mí misma. Traté de grabar sus rostros en mi memoria, buscándolos uno por uno, mientras un sombrío interrogante invadía mis pensamientos y me arrasaba los ojos de lágrimas. ¿Cuál de aquellos rostros no volvería a ver nunca más?

Entonces empezaron a moverse. Un fuerte aplauso rompió el silencio.

—¡Diálogo ya, no más demora! —gritaba la muchedumbre—. ¡Abajo la corrupción! ¡Abajo la dictadura!

Seguimos a los huelguistas hasta el restaurante Yanchun Garden, donde los miembros más jóvenes del profesorado les ofrecían un banquete antes



de su partida. Los jóvenes profesores, incluido Eimin, habían donado sus honorarios para brindar a los estudiantes una buena despedida. La multitud esperó fuera pacientemente.

Tras su último almuerzo, los huelguistas marcharon hacia la puerta sur, seguidos por compañeros de clase, amigos y miles de otros estudiantes. Unos trescientos voluntarios aproximadamente, entre los que se incluían monitores, personal de primeros auxilios, propagandistas y otras personas que ayudarían a organizar y proteger a los manifestantes en huelga de hambre, ya estaban esperando en la puerta sur. Se reunieron los dos grupos.

Disfrutando del espléndido sol del mes de mayo, salieron de la Universidad de Pekín llevando consigo la bandera de la universidad y una gran pancarta con las palabras: «Grupo en Huelga de Hambre de la Universidad de Pekín». Todos nosotros gritamos:

—¡Adiós a nuestros héroes! ¡Estaremos aquí esperando vuestro regreso!

Los huelguistas entraron en la plaza preparados para morir. La nación estaba consternada y, al mismo tiempo, emocionada por su valor.

La emisora de radio del campus transmitía noticias desde la plaza de Tiananmen. «Más de mil estudiantes participan en estos momentos en la huelga de hambre que empezó ayer a las 5.40 de la tarde —decía la locutora con una mezcla de entusiasmo y preocupación en su voz—, y el número va en aumento mientras hablamos».

Pero a mí me abrumaba una sensación de pena. Estaba terriblemente triste.

El campus era un hervidero de actividad; mucha gente se dirigía a la plaza de Tiananmen para apoyar a los huelguistas. En el tablón de anuncios de la puerta sur se colgó un ruego solicitando donaciones de emergencia. Hacía falta dinero para comprar agua, mantas y medicinas para los integrantes de la huelga de hambre y para alquilar camiones que transportaran dentro y fuera de la plaza al personal de apoyo. Dos chicas recolectaban dinero en la puerta sur. En la mesa de al lado, otro grupo de estudiantes pedía a la gente que firmara una petición exigiendo una reunión con Gorbachov. Entregué a las chicas mi asignación semanal, cinco yuanes, y firmé la petición.

Estaba triste por ellos, por mí misma y por todas las buenas personas de China. Por una petición tan simple como aquélla —poder hablar libremente y vivir sin temor—, los jóvenes tenían que jugarse la vida. «Pero ¿por qué hoy día, en el siglo xx, su alternativa tiene que ser la muerte? Mi hermosa pero sufrida patria, ¿por qué te cuesta tanto obtener cualquier cosa: independencia, respeto, prosperidad? ¿Cada paso de tu periplo tiene que estar manchado de sangre?».

Me sentía aislada, triste y deprimida. Necesitaba a Dong Yi. Necesitaba que escuchara mis pensamientos y compartiese mis cargas. Necesitaba oír su voz, tranquilizándome. Fui a verle.

Dong Yi no estaba en su dormitorio, pero su compañero de habitación me dejó entrar. Era un estudiante de primer año de posgrado al que no conocía bien. Charlamos un poco sobre el tiempo y mi marcha a Estados Unidos y después se marchó. Me senté en la cama de Dong Yi, hojeé el ejemplar de aquel día del Diario de la Juventud de Pekín, el periódico oficial de la Liga de Juventudes del Partido Comunista, que en aquellos momentos simpatizaba con los estudiantes. Dong Yi seguía sin regresar. Di vueltas por la habitación, miré por la ventana a los pocos corredores que había en la pista de atletismo, me volví a sentar y tomé el ejemplar de Guerra y paz de Dong Yi.

Él volvió al cabo de tres horas. Se sorprendió y al propio tiempo se alegró al verme.

—¿Hace mucho que esperas? —Pero antes de que pudiera responder, sacó su jofaina y dijo—: Dame cinco minutos para asearme y vuelvo en seguida.

Cuando regresó se había lavado y afeitado. Me contó que acababa de volver en bicicleta de la zona este de la ciudad, donde había estado reunido con varios escritores e intelectuales.

—Vamos al lago Weiming —propuso—. Hace mucho tiempo que no hemos estado.

No había duda de que Dong Yi estaba de muy buen humor. De modo que, conmigo sentada detrás, fuimos al lago Weiming en bicicleta.

Cuando llegamos a lo alto de la colina, Dong Yi dejó que la bicicleta bajara sola, sin pedalear. Pronto alcanzamos tal velocidad que tuve que

agarrarme a su cintura, mientras el cabello y el vestido color púrpura que llevaba se levantaban con la brisa.

En las márgenes del lago Weiming la vida estaba en plena floración. A lo largo de todo el sendero, los arbustos de los campsis florecían con lo que parecían grandes bolas de fuego. Dong Yi aparcó la bicicleta en el polideportivo que había en la orilla este y bajamos caminando hasta el agua.

Me dijo que durante las últimas dos semanas había estado hablando con intelectuales de Pekín para conseguir apoyo para los estudiantes.

—Si echas una mirada retrospectiva a la historia de China, los movimientos estudiantiles por sí solos nunca han llegado a ser una amenaza real para el gobierno. El Partido lo entiende así —explicó—. Por eso creo que, a menos que obtengamos un amplio apoyo por parte de la gente, todo lo que consigamos con las manifestaciones se perderá.

No había duda de que con la primera persona del plural se refería a personas como el profesor Fang Lizhi, la profesora Li Shuxian y Liu Gang.

Luego me habló de la Declaración del 16 de Mayo que habían firmado alrededor de treinta destacados escritores, artistas y estudiosos. La declaración criticaba duramente el tratamiento de la crisis por parte del gobierno y dirigía un llamamiento a los intelectuales de China para que participaran en el movimiento.

—Por primera vez en nuestra historia, los intelectuales chinos están expresando su postura como una fuerza unida —dijo Dong Yi con entusiasmo—. Se está organizando una marcha de treinta mil intelectuales que tendrá lugar mañana en la plaza de Tiananmen. La huelga de hambre está uniendo al país, Wei. —Se sentó en una piedra grande a la orilla del lago y añadió pensativo—: Ahora ya he cumplido mi cometido, es hora de ir a ver a los huelguistas. Los verdaderos héroes son ellos.

—¡Déjame ir contigo! —exclamé.

Gracias a Dong Yi, renació en mí la determinación de que algún día tendríamos libertad. Su mirada me recordó a las decenas de miles de personas valientes. Quería unirme a él, formar parte de una gran marcha; aun cuando ésta condujera a la muerte, no me importaba. Iría con él a la marcha por China.

«Dadme la libertad o la muerte».

El 15 de mayo, Mijail Gorbachov se convirtió en el primer líder soviético que visitaba China en treinta años. Con su visita llegaron los reporteros y las cámaras de televisión de todo el mundo que, a eso de mediodía, se habían reunido en la plaza de Tiananmen para cubrir las protestas estudiantiles.

Cuando Dong Yi y yo llegamos allí montados en la bicicleta, vimos a decenas de miles de personas que marchaban alrededor de la plaza y agitaban pancartas de apoyo a los estudiantes. Entre ellas distinguimos columnas de trabajadores blandiendo sus carnés de afiliados, personal de los ministerios gubernamentales y ciudadanos de a pie de Pekín. Las blancas pancartas del Banco de China llamaban particularmente la atención. Llegaron a acudir cien mil personas a Tiananmen para apoyar a los estudiantes. Entre esas cien mil, había treinta mil intelectuales.

Dong Yi y yo les llevamos agua y soda a los huelguistas. Los monitores estudiantiles habían acordonado la zona en la que se encontraban los manifestantes para que las personas ajenas a la huelga de hambre no pudieran entrar y causar problemas; comprobaban la identidad de cualquiera que quisiera acceder. Dong Yi le mostró su carné de estudiante a uno de los guardias y le dijo que habíamos venido de la Universidad de Pekín para ver a los huelguistas. Entonces nos indicaron cómo entrar en la zona de la huelga de hambre. Debía de haber cientos de miles de estudiantes más dentro y alrededor de dicha zona. Entre ellos, vimos pancartas y banderas de unas treinta universidades. En algunas de las pancartas se leía: «¡Libertad de prensa!». En otras: «¡Huelga de hambre: exigimos diálogo!». Y en otras: «Mientras exista dictadura no habrá paz en el país», «La corrupción es la causa de la anarquía» y «El hambre es soportable, la falta de democracia no».

No pude evitar sonreír al ver una gran pancarta escrita en inglés que decía: «¡Bienvenido, señor Gorbachov!».

Frente al Monumento a los Héroes del Pueblo vi la enorme pancarta con el sencillo mensaje: «Huelga de hambre». Allí se había establecido el centro de mando de la huelga de hambre y Chai Ling había sido elegida

comandante en jefe. Cuando la huelga entró en su tercer día, el número de manifestantes se había elevado a casi tres millares. Entonces los estudiantes pedían diálogo, así como que se los reconociera como patriotas y demócratas.

En torno a los huelguistas había miles de estudiantes que habían acudido allí para mostrar su apoyo. Pronunciaban discursos y entonaban canciones patrióticas como La Internacional, el Himno Nacional y 18 de Septiembre. (El 18 de septiembre de 1931, Japón ocupó las tres provincias septentrionales de China, con lo que miles de chinos se vieron obligados a huir de sus hogares).

*¿Cuándo podremos regresar a nuestra hermosa tierra natal?*

*¿Cuándo podremos ver a nuestros padres y madres?*

*Padres y madres,*

*¿Cuándo podremos volver a estar juntos?*

En la plaza la temperatura superaba los 25° C, pero la sensación de calor era aún mayor bajo la brillante luz del sol. Los estudiantes que se habían sumado a la huelga de hambre hacía poco estaban sentados en pequeños grupos sobre las losas de la plaza y llevaban unas cintas blancas en la cabeza en las que ponía: «Juro vivir o morir con democracia» o «Ayuno hasta la victoria». Algunos de los estudiantes que hacía tres días que ayunaban estaban tumbados sobre colchonetas, otros tenían la cabeza apoyada en mantas enrolladas y abrigos acolchados. Aunque los días eran cálidos, por la noche seguía haciendo frío.

El Grupo en Huelga de Hambre de la Universidad de Pekín, que había aumentado hasta contar con casi quinientas personas, era, con mucho, el más numeroso. Dong Yi encontró al grupo de alumnos de su departamento. Le ayudé a repartir las bebidas y observé cómo se dirigía en voz baja a los huelguistas que conocía, preguntándoles qué tal lo estaban soportando y si necesitaban algo, como, mantas para pasar la noche. Hasta entonces, nadie había pensado que la huelga de hambre tuviera que prolongarse mucho más

tiempo. Por el contrario, los estudiantes tenían la confianza de que el gobierno no tardaría en ceder.

Cuando terminamos de distribuir las bebidas, Dong Yi se quedó con los alumnos del departamento de física. Yo fui a buscar a Cao Gu Ran. Unos metros más allá encontré al grupo de nueve huelguistas del departamento de psicología. Casi todos ellos eran estudiantes de primer y segundo años a los que sólo conocía de vista. Pero no encontré a Cao Gu Ran ni allí ni en ninguna otra parte.

—¿Habéis visto a Cao Gu Ran? —pregunté.

—Se desmayó y lo llevaron en seguida al centro de urgencias —contestó uno de los jóvenes del departamento de psicología.

Al momento empecé a preocuparme. Me pasaron por la cabeza unos pensamientos horribles.

De pronto oí la voz de Dong Yi:

—¡Aquí hay uno que se ha desmayado!

Al levantar la vista vi que pasaban corriendo dos miembros del personal de primeros auxilios ataviados con batas blancas. En seguida se oyó el aullido de la sirena de la ambulancia y subieron a ella al joven a toda prisa. La Cruz Roja y el gobierno de Pekín habían organizado ambulancias para transportar a los huelguistas a los centros de urgencias cercanos a la plaza. Pasados unos minutos, la ambulancia se alejó de la plaza a toda velocidad.

Al cabo de media hora volvieron a sonar las sirenas y sacaron de allí a otro huelguista que se había desmayado. Mientras unos manifestantes caían, otros, incluido Cao Gu Ran, regresaban. Había cambiado. Estaba pálido. Caminaba despacio, a veces con paso inseguro, y tenía que apoyarse en dos componentes del personal de primeros auxilios. La banda que llevaba en la cabeza, ahora retorcida y medio doblada, sólo mostraba las palabras «libertad» y «muerte». Se alegró de verme. Se sentó sobre una manta extendida en el suelo y me contó lo sucedido. Se había desmayado por la mañana, en el centro de urgencias le habían dado suero salino y habían dejado que se recuperara durante cuatro horas.

—Ahora ya me encuentro bien —dijo con un hilo de voz.

—Ten cuidado, lo que estás haciendo es peligroso. Podría perjudicarte gravemente la salud —le comenté.

—A mi salud no le va a pasar nada. Recuerda, estoy en forma —replicó tratando de mostrarse alegre.

En aquel momento llegaron a la zona de la huelga de hambre dos profesores del departamento de psicología. El presidente del departamento, el profesor Bai, y la profesora Wang, ambos de poco más de sesenta años, habían recorrido en bicicleta todo el camino hasta la plaza para rogarles a sus estudiantes que pensarán en su salud y que volvieran a los campus.

—Míralos —me dijo la profesora Wang, que se puso muy emotiva—. Son demasiado jóvenes para esto, y por supuesto demasiado jóvenes para morir. ¿Qué puedo decirles para que cambien de opinión? Estoy desesperada. Son sólo unos niños...

—Estoy segura de que agradecen su preocupación —contesté—, pero no creo que pueda convencer a ninguno de ellos para que abandone el ayuno.

Cuando Dong Yi y yo regresamos al campus, faltaba poco para la hora de la cena. Ambos estábamos exhaustos, tanto física como psicológicamente. Los pálidos rostros de los manifestantes en huelga de hambre suponían una pesada carga en nuestro pensamiento y nuestra conciencia. Caminamos despacio hacia el Triángulo, uno junto a otro en cómodo silencio, el silencio del entendimiento y la satisfacción mutuos.

En cuanto llegamos al Triángulo, Dong Yi fue al comedor número tres para comprar algo que pudiéramos comer fuera mientras escuchábamos la transmisión de la emisora estudiantil.

Esperé a Dong Yi y a mi cena apoyada en la larga pared. La emisora estudiantil anunció: «Hoy Gorbachov vino de visita a China. Pero tuvieron que darle la bienvenida en el aeropuerto y no en la plaza de Tiananmen, como es la costumbre». La multitud, que se contaba por centenares de personas, gritó y aplaudió con fuerza. «¡Una vez más, le hemos demostrado al gobierno que los estudiantes somos una fuerza que se debe tener en cuenta!».

A continuación, la locutora leyó cartas de apoyo escritas por padres y estudiantes de universidades de toda China e informó de donaciones llegadas del extranjero. «¡Los estudiantes chinos de California nos han dado ocho mil dólares!».

Miré hacia el comedor número tres con la esperanza de

ver salir a Dong Yi con nuestra cena. Estaba hambrienta y el suave aroma de las lilas en el aire de la noche hacía que lo estuviera aún más. Entonces, saliendo de entre la multitud, vi a una joven sumamente hermosa que parecía estar buscando a alguien. Tenía un rostro perfectamente equilibrado, grandes ojos castaños, labios carnosos y una piel blanca y cremosa. Tenía la nariz alta y recta. Su aspecto era juvenil a la vez que maduro. No sólo era guapa, sino también *sexy*, lo cual era bastante raro en China por aquella época.

Entonces, para mi sorpresa, vi que hablaba con el compañero de habitación de Dong Yi. Antes de que pudiera entender nada, Dong Yi salió del comedor con nuestra cena. Cuando estaba a punto de hacerle señas con la mano, vi que la joven se dirigía corriendo hacia él. Cuando miré el rostro de Dong Yi, me di cuenta inmediatamente de quién era ella. Así fue como vi a Lan por primera y última vez.

No era como me la había imaginado. Aunque tal vez fuera físicamente vulnerable, poseía una fuerza oculta. Los observé mientras se alejaban sonrientes, hablando tal como deben hacerlo marido y mujer. El compañero de habitación de Dong Yi vino a decirme que había surgido algo urgente y Dong Yi se había tenido que marchar. Fingí no haber visto nada y me dirigí, con toda la calma de la que fui capaz, al comedor para comprarme la cena yo misma.

Incluso hoy, cuando me acuerdo de aquellos años en Pekín, es ese momento, más que cualquier otro, el que puedo recordar con total precisión. La forma en que se encontraron sus miradas y cómo el rostro de Lan se iluminó, la forma en que corrieron el uno hacia el otro y cómo iban abrazados mientras caminaban alejándose. Mi corazón dejó de latir, no podía respirar, me sentí como si ya no estuviera viva.

Supe que no podía competir con ella. Era hermosa y *sexy*; cualquier hombre querría estar con ella. ¿Cómo se me ocurrió pensar que podía quitarle a Dong Yi? No era de extrañar que Dong Yi no pudiera llevar a cabo el divorcio.

Mi sueño había quedado hecho pedazos; mi futuro era sombrío. Me di cuenta de ello con la misma claridad con que vi el fuego que se ocultaba tras aquellos grandes y preciosos ojos castaños. ¿Le habría dicho algo el



compañero de habitación de Dong Yi? ¿Le dijo quién era yo? Aquellas miradas y aquel fuego, ¿iban dirigidos a mí?

Dentro del comedor hice las colas pertinentes y me compré algo de comer, no tenía ni idea de qué, y me senté en una de las mesas largas. Hacía rato que se habían ido, pero yo aún veía su cara, su rostro encendido y aquellos labios sensuales que se entreabrieron levemente al ver a Dong Yi. Aquellas imágenes se repetían en mi mente, una y otra vez, como una película, unos cuantos fotogramas a cámara lenta, dependiendo de la manera en que mi pánico, mi furia o mi tristeza influían en ellos. Estoy segura de que aquella noche había mucho ruido en el comedor, igual que cualquier otro día a la hora de la cena, pero yo no oía otra cosa que no fueran mis propios pensamientos.

No comí nada, ya no tenía apetito, ni me sentía feliz ni esperanzada. Volví a salir fuera, pero nada parecía haber cambiado de la forma en que yo lo había hecho. La atmósfera de la tarde seguía oliendo a lilas, en tanto que a unos veinte metros de distancia, la emisora de radio estudiantil continuaba transmitiendo noticias de la plaza de Tiananmen. Me quedé de pie entre la multitud, oyendo la voz de la locutora que flotaba débilmente en el aire que me rodeaba, como si fuera humo: estaba allí y al momento ya había desaparecido.

¿Qué debía hacer? Seguí adelante, intentando deshacerme de las imágenes que me perseguían. Deseaba estar sola. No quería irme a casa porque volver al apartamento de mis padres significaría inevitablemente tener que hablar de cómo me había ido el día, de la plaza de Tiananmen, de los manifestantes en huelga de hambre y de Dong Yi. Tampoco podía sentarme en mi habitación sin pensar en mi futuro sin él. Y no podía regresar a la residencia de Dong Yi, donde había dejado la bicicleta.

Rodeada por el gentío, me sentía tan sola y a la vez culpable que no pensaba en otra cosa que en mi propia infelicidad, cuando en la plaza de Tiananmen se desarrollaba una crisis mucho más grave. No podía dejar de pensar en Dong Yi y Lan y de preguntarme por qué había venido ella a Pekín. ¿Les habría sucedido algo a los padres o a la hermana de Dong Yi? ¿Quizá Lan había venido para formar parte de la vida de Dong Yi, sobre

todo en aquel momento tan malo, para demostrarle que compartía sus ideas y creencias? ¿Había venido Lan a luchar por su esposo?

El hecho de ver a Lan en persona, tan diferente a como yo me la había imaginado, suscitó más preguntas de las que podía soportar. Quería saber quién era ella en realidad, qué pensaba y qué sentía. Lan me había importado muy poco en el pasado. Era informe, vacía, incolora, invisible y carecía de rostro. Era un fantasma. Entonces apareció viva, llena de colorido, respirando y sonriendo. Quería saberlo todo sobre Lan, hablar con ella y oírla hablar. Quería descubrir la verdad sobre ella, no sólo lo que Dong Yi me había contado. Quería saber el significado real de su relación.

Y mientras aquellos confusos pensamientos ocupaban mi mente, las piernas me alejaban lentamente de la multitud y de las tensiones del Triángulo y me llevaban hacia el lago Weiming. Frente a la biblioteca había pequeños grupos dispersos de estudiantes que hablaban en voz baja o leían, en tanto que una pareja parecía tener una discusión.

Por el sinuoso sendero que pasaba por detrás del edificio de biología con tejado en voladizo, se me unieron otras personas, la mayoría parejas. A menos de ochocientos metros del Triángulo, el lago Weiming era otro mundo, pacífico y delicado. Los grandes acontecimientos de los últimos días parecían haber pasado de largo el lago, sin que éste se viera afectado en cuanto refugio para enamorados y amigos. Atravesé la puerta de piedra roja y me dirigí a la orilla rocosa. Allí, desde un banco vacío bajo un sauce llorón, se veían las tranquilas aguas azules. El crepúsculo de colores suaves proyectaba sombras alargadas sobre el lago.

Me pregunté qué estarían haciendo Dong Yi y Lan. ¿Estaban cenando en el Yanchun Garden, el restaurante del campus no muy lejos de la residencia de Dong Yi al que solíamos ir los dos? ¿O estaban en uno de aquellos pequeños restaurantes familiares que bordeaban la concurrida calle Haidian, al otro lado de la puerta sur? ¿De qué estarían hablando? Después de cenar, ¿irían a escuchar la transmisión de la emisora estudiantil, tal como pensábamos hacer Dong Yi y yo? Poco a poco mi ira fue en aumento, no hacia Dong Yi y Lan, sino hacia mí misma. Me di cuenta de lo mediocre que era. Porque cuanto yo pensaba que eran las cosas especiales que compartía con Dong Yi, el ajetreo de la vida en la ciudad, nuestro amor por

las palabras, las llamadas conversaciones intelectuales, nuestras ideas sobre el futuro, el Movimiento Estudiantil... de pronto lo vi todo como lo que era: la moneda corriente de cualquier relación. Allí no había nada de especial, Lan podía encajar sin dificultad. Y estar sentado junto a ella debía de alimentarle el ego a Dong Yi; sencillamente, era la mujer más sensual que había visto nunca. ¿Qué ocurriría en días venideros? ¿Cuándo volvería a ver a Dong Yi? ¿Qué noticias traería la siguiente vez que nos encontráramos?

Mientras pensaba en los lejanos días que estaban por venir, el día propiamente dicho tocó a su fin. Las farolas alumbraban alrededor del lago y el suave viento de la tarde se volvía más fuerte y frío. Ya no veía a los desconocidos que también habían acudido al lago. Quizá se hubieran marchado hacía mucho o habían desaparecido en el bosque que había en la ladera de la colina a mi espalda. De pronto se me ocurrió que Dong Yi y Lan podrían venir al lago. Me levanté de un salto, eché un vistazo a mi alrededor, inquieta, y empecé a alejarme. No quería volver a verlos juntos, al menos no tan pronto e, indudablemente, no allí. Pero, al tiempo que caminaba rápidamente por el sendero, no podía apartar ciertas imágenes de mi cabeza. No dejaba de imaginármelos juntos, de una manera íntima, de una manera en que Dong Yi y yo nunca habíamos estado. Al final conseguí librarme de aquellas imágenes.

Pero lo que no podía quitarme de la cabeza era la imagen de los grandes ojos castaños de Lan brillando de deseo. Me miraba directamente. Desde detrás de los árboles a mi derecha, el viento arreció de un modo que me heló los huesos. Me volví con brusquedad; la senda que descendía hasta la orilla del lago estaba vacía. Volví a girarme; por delante de mí, el camino que torcía en el edificio de biología también estaba vacío.

Bajé la colina casi corriendo. Cuando estaba a punto de salir a la plaza intensamente iluminada que había frente a la biblioteca, me detuve y contemplé el camino a mis espaldas, eclipsado entonces por las sombras. Allí volví a ver a Lan, con una sonrisa victoriosa en el rostro.

—Tienes razón, no puedo ganar —le dije, y luego corrí hacia la luz, el ruido y la realidad sin volver a mirar atrás.

El Triángulo todavía estaba lleno de gente, algunos escuchaban con atención el debate en la emisora, otros discutían. En comparación con unos

días antes, había más hombres y mujeres de mediana edad codo con codo con los jóvenes. Algunos de ellos eran profesores y administradores de la universidad, mientras que muchos otros eran personas que vivían en el lugar, ciudadanos que se habían sumado más recientemente a la multitud del Triángulo en busca de noticias fidedignas sobre la batalla a vida o muerte que se libraba en la plaza de Tiananmen.

Me abrí camino por entre el gentío, pasando por entre las hileras de carteles.

Al doblar la esquina, alcé la mirada. En la ventana de la esquina del primer piso del Edificio para el Joven Profesorado había luz. En una noche como aquélla, la ventana tenuemente iluminada era como un faro en medio de una tormenta.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó Eimin al abrir la puerta. A juzgar por el tono de su voz, mi visita era una agradable sorpresa.

Sonreí y entré en su diminuto mundo. El escritorio estaba lleno de libros y papeles. «¿Cómo puede seguir escribiendo su libro mientras debajo de su ventana el mundo está patas arriba?», me maravillé. Pero decidí no preguntar, estaba demasiado trastornada. «¿Quién soy yo para juzgar a nadie?», pensé, y de nuevo mi mente regresó con Lan y Dong Yi.

Me acerqué al escritorio, dejando a Eimin de pie a mis espaldas, sonriendo. Me incliné para mirar por la ventana la silueta del gran álamo temblón contra el cielo oscuro y despejado. Pensé que debía de estar preguntándose por qué había ido a verle de pronto a aquellas horas de la noche, pero yo no dije nada. En aquel momento no me preocupaba gran cosa lo que él pensara.

Eimin apoyó la mano derecha en mi hombro. No me moví, seguí mirando fijamente por la ventana. Se acercó más y me puso la mano izquierda en la cintura. La derecha había avanzado por debajo de mi cabello y empezó a acariciarme el cuello lentamente. La mano izquierda trazaba círculos sobre mi estómago, giraba, daba vueltas, despertando mis sentidos. Luego me atrajo hacia sí y empezó a besarme el cuello y el diminuto pero sensible punto detrás de la oreja.

Seguí sin moverme. Cerré los ojos y dejé que sus manos y sus labios actuaran sobre mí. Mi respiración se hizo tan agitada como la suya, me di la

vuelta y empecé a devolverle los besos. Eimin apagó la luz y me guio hasta su cama.

Los grandes ojos castaños de Lan habían desaparecido.

No veía nada más que oscuridad.

## Capítulo 10: Paz Eterna

Las flores caen en el agua, la primavera desaparece,  
los espíritus se elevan hacia el cielo».

Li Yin, siglo IX

Pasé el día siguiente debatiéndome entre la determinación de olvidar todo lo que tuviera que ver con Dong Yi y una ardiente necesidad de verlo y saber qué estaba pasando entre él y Lan. Mientras tanto, la vida pasaba por mi lado en el Triángulo y en la plaza de Tiananmen. Estaban sucediendo grandes cosas en China. Los estudiantes permanecían unidos como nunca lo habían hecho, para que las cosas fueran distintas y para cambiar el curso de la historia. ¿Por qué seguía viviendo en el pasado, esperando pasivamente a que alguien me dijera cómo podría resultar mi vida?

«¡Haz algo! Construye tu propia vida, Wei», dije para mis adentros.

Esos pensamientos me levantaron el ánimo y estuve realmente contenta durante un rato. Pero mi fortaleza se agotó en seguida y, a la hora de comer, mis deseos de ver a Dong Yi habían alcanzado un nivel insoportable. Por lo común, Eimin y yo comíamos en el comedor número tres, a la vuelta de la esquina. En los últimos días dicho comedor se había hecho muy popular entre los estudiantes debido a su proximidad con el Triángulo. Como consecuencia de ello, las colas que se formaban dentro eran enormes y prácticamente continuas. Aun así, seguíamos yendo porque seguro que allí te encontrabas con tus amigos y podías hablar con ellos de los últimos acontecimientos.

Dong Yi había estado en el comedor número tres sólo de vez en cuando, y en la mayoría de ocasiones conmigo. Pensé que en otro comedor más cercano a su residencia tendría más posibilidades de toparme con él. De

modo que convencí a Eimin para ir allí, y así lo hicimos en cuanto abrieron para comer. A sabiendas de que tardarían un poco, le pedí a Eimin que me trajera un par de platos del wok pequeño, donde servían viandas recién salteadas. Durante la hora y media que estuvimos allí, no aparté los ojos de la puerta, con la esperanza de que aparecieran Dong Yi y Lan. Pero no lo hicieron. Aunque no habría sabido cómo reaccionar si en realidad los hubiera visto juntos, tenía muchas ganas de ver a Dong Yi.

Desde el momento en que vi a Lan, me había hecho centenares de preguntas y no sabía ninguna de las respuestas. Sin embargo, entre todas las conjeturas, celos y sentimientos de amor y odio, quedaba un misterio: el propósito de la visita de Lan. ¿Por qué había aparecido precisamente en aquellos momentos? ¿Acaso traía noticias que pudieran cambiarlo todo?

Aquella tarde, Dong Yi tampoco estaba en el Triángulo. Una y otra vez paseé por allí, entre el gentío, y no lo vi ni a él, ni a Lan, ni a su compañero de habitación. Daba la impresión de que había desaparecido en su otra vida. Nuestros caminos ya no se cruzaban.

Estaba muy contrariada con Dong Yi; no porque entonces estuviera con Lan, al fin y al cabo su esposa. Era porque me había dejado con un somero «ha surgido algo urgente» transmitido por su compañero de habitación. Me disgustó que no hubiera considerado que podía explicarme lo que había ocurrido en realidad. ¿Acaso no me merecía eso al menos?

Miré a Eimin, que había estado leyendo los carteles muy concentrado. De pronto deseé que Dong Yi nunca hubiese mencionado el divorcio. Mi vida habría sido mucho menos complicada y tal vez más dichosa.

Regresé al apartamento de mis padres, resuelta a seguir adelante con mi vida. Entonces pasaba la mitad del tiempo con Eimin y la otra mitad con mis padres. Aquella noche, antes de irme a la cama, dispuse sobre la mesa todos los papeles necesarios para la solicitud del pasaporte y luego los metí cuidadosamente en un sobre grande de color marrón.

Tendida en la cama del apartamento en el que había pasado mi adolescencia y mis primeros años de adultez, me imaginé que veía los cuerpos de porcelana de Dong Yi y Lan entrelazados uno con otro como un par de manos. Entonces me dije que me había vuelto loca, imaginando

escenas y pensando en el cuerpo de otra mujer, en particular de alguien a quien sólo había visto desde lejos.

Pero no podía evitar preguntarme si Dong Yi la quería. Él me había dicho que sí, y parecía evidente... desde el momento que sus ojos se encontraron con los de ella con alegría y afecto. Aquella mirada me había atravesado el corazón y me causó un dolor insoportable. Pero ¿cuánto la amaba? ¿Me amaba más a mí? ¿Y se alejaría algún día de ella? Entonces me acordé del fuego que había tras aquellos ojos castaños, grandes y sensuales. Lan nunca lo dejaría escapar. Mi corazón se hundía cada vez más en una oscuridad infinita. El amor sin esperanza es el más desdichado de los amores.

«Eimin es el que me ama a mí y a nadie más», me dije. Era el que estaba allí para mí cuando necesitaba a alguien, y siempre lo había estado. No me hacía preguntas cuando aparecía en el momento menos pensado. No preguntaba dónde había estado ni por qué había ido, simplemente me aceptaba, estaba allí para mí. ¿Por qué no tendría que casarme con él? Podríamos irnos a Estados Unidos y empezar una nueva vida, allí donde no hubiera más dolor ni vanas esperas. Con estos pensamientos, poco a poco me inundó una extraña sensación de paz y me quedé dormida sabiendo que dentro de unas horas amanecería un nuevo día.

Cuando tenía catorce años creía que el trabajo más fácil del mundo era ser meteorólogo en Pekín. Al parecer, lo único que tenías que hacer era pronosticar que haría sol y, como mínimo, nueve de cada diez veces acertarías. Amaneció, y el día, indefectiblemente, volvía a ser soleado, radiante y cálido hasta el cansancio. En el distrito Amarillo, los grandes castaños que flanqueaban el camino estaban cubiertos de hojas de un color verde intenso que proyectaban bajo ellas sombras en forma de encaje. Me dirigía en bicicleta hacia la puerta de la Universidad Popular donde tres semanas atrás me había visto frente a frente con la policía durante la primera marcha, cuando de repente oí que unas voces que me eran familiares me llamaban.

Me volví y vi a Hanna y a Jerry que se acercaban pedaleando por detrás.



—¿Adónde vas con tanta prisa? —me preguntó Hanna en voz alta al tiempo que recuperaba el aliento—. Hace veinte minutos que te estamos llamando para que te detengas, ¡pero ibas demasiado rápida para oírnos!

—Voy al centro —respondí, y saludé a Jerry con una sonrisa.

—Nosotros también —dijo Hanna—. ¿Por qué no vamos juntos?

Seguimos pedaleando los tres en fila, Hanna en medio, y nos cruzamos con muy poco tráfico, aparte de los camiones llenos de estudiantes que iban agitando las banderas. Hanna llevaba una camiseta y unos pantalones cortos que dejaban ver sus piernas largas y bronceadas. Jerry, con su camisa blanca de manga corta y unos pantalones largos, parecía pálido junto al radiante tono bronceado de ella.

—¿Vas a la plaza de Tiananmen? —preguntó Hanna, y aminoramos la marcha para poder hablar los tres—. Jerry y yo hemos ido casi cada día. Es un acontecimiento muy emocionante, sobre todo para un historiador de Asia como Jerry. —Entonces se inclinó hacia mí y me dijo, no sin orgullo—: Jerry está pensando en escribir un libro sobre ello.

Le dije que iba a la oficina de pasaportes para entregar mi solicitud. Estaba un poco avergonzada, así que añadí:

—Pero la oficina de pasaportes no está lejos de la plaza. Después pasaré por allí para mostrar mi apoyo.

Hanna se sorprendió de que todavía no hubiera presentado la solicitud.

—Creía que habías recibido la beca hace tiempo, ¿por qué has esperado tanto para solicitar el pasaporte? Podría ser muy útil tenerlo, sobre todo ahora. —Se inclinó hacia mí y bajó la voz para que las otras dos docenas de personas que pedaleaban a nuestro alrededor no pudieran oírnos—. De momento todo va bien, pero nunca se sabe lo que podría ocurrir. El ejército podría hacerse con el control de la ciudad y cerrarse las fronteras. Yo llevo el pasaporte encima en todo momento, sólo por si acaso. —Entonces se enderezó en la bicicleta y se rio—. Mi problema es que no tengo un visado para ir a ninguna parte.

—Pero eso podría cambiar muy deprisa si aquí hubiera una crisis política —dijo Jerry.

Como iba al otro lado de Hanna, tuvo que levantar el tono de voz para que pudiera oírle. Trató de tranquilizarnos diciendo que los países

extranjeros, incluyendo el suyo, ayudarían a los estudiantes.

—¿De verdad piensas que ocurrirá algo como lo que ha dicho Hanna?  
—pregunté.

—Por supuesto que no —respondió Jerry—. Estamos hablando hipotéticamente, ¿no?

—Yo no —replicó Hanna—. Todo es posible en China.

En aquel momento nos detuvimos ante un semáforo. Jerry inclinó un poco la bicicleta, apoyó el peso de su cuerpo en el otro lado y se quedó, alto como era, encima del biciclo, como si fuera una estrella de cine. En el semáforo se pararon unos quince ciclistas más. Todos ellos, hombres y mujeres, se volvieron para mirarnos: las dos chicas chinas y el alto extranjero.

Un camión descubierto lleno de estudiantes se detuvo en el cruce. Una gran bandera roja, «Instituto del Hierro y el Acero de Pekín», se agitó lentamente cuando el camión frenó. Junto con los otros veinte ciclistas aproximadamente que esperaban a que cambiara el semáforo, los saludamos y les gritamos nuestro apoyo.

—¡Gracias por vuestro respaldo! ¡Ayuno hasta la victoria! —respondieron a voz en cuello los estudiantes del camión.

Me di cuenta de que algunos de ellos llevaban cruces rojas en el brazo. «Debe de tratarse del equipo de apoyo médico para los que están en huelga de hambre», pensé. Sabía que a diario miles de estudiantes voluntarios trabajaban por turnos para cuidar de los huelguistas en la plaza de Tiananmen. Las noticias desde la plaza eran preocupantes; cada vez había más manifestantes que debían ser tratados por deshidratación, aunque no se había informado todavía de ninguna baja.

En aquel momento, un autobús medio lleno se detuvo detrás del camión. Algunos pasajeros se asomaron por las ventanas y, tal vez al advertir que nosotros también éramos estudiantes, nos saludaron agitando las manos y exclamaron:

—¡Larga vida a los estudiantes! ¡Que tengáis un buen día!

Hanna, Jerry y yo nos miramos y soltamos unas risotadas.

—¡Que tengáis un buen día vosotros también!

El semáforo se puso verde. Les dijimos adiós con la mano a los estudiantes cuando su camión tomó la delantera ruidosamente, soltando unas espesas bocanadas de humo por el tubo de escape. Los timbres de las bicicletas sonaron a nuestro alrededor, despidiéndose del camión.

Los viejos castaños en seguida dieron paso a sauces jóvenes y a nuevos y vulnerables álamos temblones. La calzada se ensanchaba después del cruce del zoológico de Pekín. La calle estaba bordeada de nuevos edificios residenciales en forma de caja de cerillas, con la colada enredada sobre los balcones como las banderas de un transatlántico. La luz del sol, ahora cegadora, rebotaba contra las paredes grises de los edificios.

Nos detuvimos ante una pequeña Lengyn Dian, una tienda de bebidas frías. El establecimiento estaba lleno de trabajadores del lugar, residentes y gente de paso, pero pocos se quedaban. Muchas de las personas que entraban, volvían a salir en seguida con sus compras. Aparte de nosotros tres sólo había otro cliente, un chico de unos quince años con la cara repleta de granos. Se estaba tomando un sorbete de alubias pintas; caldo dulce de alubias pintas vertido sobre hielo comprimido. Mientras consumíamos los helados, nuestro vecino bebía ruidosamente y trituraba el hielo con los dientes.

Contagiada del buen humor que imperaba en el entorno, dije con excitación:

—En este momento no quiero vivir en ningún otro sitio que no sea Pekín. Se diría que es el lugar más amistoso del orbe. Me siento conectada con todo el mundo, no importa quiénes sean: ancianos que acarrear sus jaulas para pájaros, madres de mediana edad con las cestas de la compra, incluso niños...

—Hasta yo me siento aquí como en mi casa, lo cual es bastante insólito para un extranjero, si quieres que te diga la verdad. —Jerry en seguida se hizo eco de mi sentimiento—. Casi tengo la sensación de que de pronto me han dejado entrar en un templo prohibido para que vea China tal como es.

—Espero que no te esté asustando, estos días no habla de otra cosa que de este asunto de la «verdadera China», sobre cómo es y cómo debería ser —dijo Hanna con cierto desenfado mezclado con preocupación—. No entiendo por qué de repente tienes que sentirte tan personal con China.

Al tiempo que ponía un gracioso énfasis en la palabra «personal», Hanna realizó su movimiento *sexy* característico: echarse el cabello a un lado a la vez que volvía la vista para mirar a Jerry, irguiendo su juvenil cuerpo como un delfín, como si la agarraran de sus largos mechones y tiraran de ella hacia arriba. La sexualidad de Hanna era muy distinta a la de Lan, mucho más manifiesta. Hanna era voluptuosa y, al igual que un volcán lleno de lava al rojo vivo, era imparable y lo inflamaba todo a su paso. ¿Qué veía Dong Yi en Lan? ¿Acaso también suscitaba en él un ardiente deseo?

—Así pues, ¿cuál es la verdadera China que se te ha permitido ver? —le pregunté a Jerry.

—Para empezar, creo que China es mucho más parecida a Occidente de lo se le da a entender a la gente.

—¿No es típico? Los extranjeros creen que han comprendido China después de vivir aquí seis miserables meses —interrumpió Hanna—. Hablando de la verdadera China..., ¡qué tontería! ¡Nadie sabe nada de la verdadera China! Yo he vivido aquí toda mi vida y si alguien me pregunta cómo es en realidad, no sabría qué decirle.

—Pero a veces la gente de fuera ofrece unos puntos de vista muy perspicaces, porque..., bueno, precisamente por no haber vivido aquí toda su vida —dije yo—. Pueden ver cosas que nosotros no vemos o no queremos ver. Como dijo el poeta Li Bai, «estar dentro de la montaña hace que no puedas verla».

—¿Recuerdas la última vez que nos vimos, cuando hablamos del paralelismo entre la política y la economía? —Tal vez mis comentarios habían animado a Jerry o tal vez intentaba exponer su punto de vista sobre China a pesar de la protesta de Hanna—. ¿Cómo se llamaba tu amigo, Wei?

—Chen Li.

—Eso es. Bueno, él no creía que China necesitara una reforma política. Le dije que la reforma económica de China se estancaría sin una próxima liberación política. Le dije que la libertad de expresión era un derecho fundamental del hombre sin el que nadie puede vivir y que la democracia es el único futuro para cualquier país. Mira las decenas de miles de personas que hay en la plaza de Tiananmen, ellos me comprenden y están de acuerdo conmigo. —Sin esperar mi respuesta, Jerry continuó con la arenga frente a

su nueva audiencia—. La idea de que los chinos viven satisfechos bajo el estricto control de su gobierno y de que nunca se quejan es absolutamente falsa. Yo les digo a mis amigos: «Mirad estos estudiantes, están deseosos de dar sus vidas a cambio de la libertad y la autonomía. ¿En qué otro sitio encuentras esto?». Les digo a mis amigos que los chinos son el pueblo más valeroso. Los estudiantes chinos han proporcionado esperanza al resto del mundo.

—¿Pero tú crees que al final ganarán los estudiantes? —pregunté.

—Diría que sí, porque estáis en el lado bueno de la historia. La democracia prevalecerá. —Jerry se estaba agitando mucho. Su tono de voz era cada vez más fuerte y eso me puso nerviosa—. Los estudiantes están haciendo lo correcto al mantener la presión. Es una gran oportunidad para China, así como para el resto del mundo. Imagínate el efecto que semejantes cambios en el país más poblado del mundo tendrían en el resto.

En aquellos días reinaba el optimismo entre los estudiantes y sus partidarios, lo cual equivalía a decir prácticamente todos los ciudadanos corrientes de Pekín. Al principio, muchos de sus habitantes, trabajadores y funcionarios recelaban del Movimiento Estudiantil. Aunque muchos cientos de miles de personas observaron y vitorearon la primera manifestación de estudiantes del 27 de abril, la mayoría de ellas no se sumó a la marcha. La mayor parte de los movimientos estudiantiles de la historia de China han estado mal organizados, sacudidos por las fricciones entre las distintas facciones y por ello, a la larga, han fracasado. Cuando los estudiantes comenzaron la huelga de hambre el 13 de mayo, no sólo demostraron al pueblo chino su determinación y valentía, sino también su capacidad para organizarse en un frente unido: la Asociación Autónoma de Estudiantes. El apoyo hacia ellos se incrementó con rapidez en la ciudad. Pronto, muchos trabajadores de fábricas, propietarios de pequeños negocios, empleados del gobierno e intelectuales se echaron también a la calle.

El 17 de mayo, el apoyo hacia los manifestantes en huelga de hambre había alcanzado un nuevo nivel, hasta el punto de que más de un millón de personas, incluidos estudiantes, intelectuales, tenderos y obreros, marchó hacia Tiananmen en un despliegue de unidad. Lo vi de manera fugaz cuando pasé por delante de la plaza de camino a la oficina de pasaportes.

Cuando Hanna, Jerry y yo llegamos a menos de ochocientos metros de la plaza, prácticamente todo el tráfico se había detenido. Grupos de personas que iban por ahí con banderas y pancartas, gente que empujaba bicicletas, camiones que transportaban a monitores estudiantiles y vehículos de abastecimiento que llevaban mantas estaban todos atrapados en el atasco. Al principio, los camioneros hicieron sonar las bocinas en un intento de avanzar, mientras los líderes estudiantiles gritaban desde lo alto del vehículo para que la gente abriera paso. Pero los grupos que marchaban en formación no se movieron para dejarlos pasar. Estaba claro que tenían preferencia y avanzaban a su ritmo, dando fuertes gritos ellos también. Los ciclistas tocaban el timbre y luego se bajaban de la bicicleta y seguían a pie. Había barreras de gente por todas partes. Para cuando llegamos a la esquina sudoeste de la plaza, la masa humana ya tenía un frente de diez personas.

—¡Dios mío! ¿Cuánta gente hay aquí hoy? —exclamó Jerry, dos cabezas más alto que todos los demás, mirando hacia la plaza.

—¿Más que ayer? —preguntó Hanna.

—Sin duda. La carretera de circunvalación y la plaza están hasta los topes. Diría que al menos hay el doble de gente que ayer.

Los periódicos calculaban que el día anterior se habían congregado cincuenta mil personas en la plaza.

En lugar de dejarse llevar por la lenta circulación de la carretera de circunvalación, Hanna y Jerry decidieron tratar de dirigirse hacia la Gran Sala del Pueblo. Jerry quería trepar por la verja de acero que rodeaba la Sala y obtener fotos para su futuro libro. Me despedí de ellos y me quedé observándolos mientras intentaban desesperadamente atajar por en medio de las columnas de manifestantes y a través de las barreras de espectadores. Luego inicié mi lento viaje hacia el este y, por tanto, hacia la oficina de pasaportes. Momentos después, cuando me volví para ver si los veía, la multitud ya los había engullido: habían desaparecido sin dejar rastro.

Desde el interior de las barreras de espectadores que avanzaban con lentitud, vi que habían acudido a apoyar a los estudiantes personas de todas las profesiones y condiciones sociales. Pasó una columna de alumnos de la escuela primaria, guiados por sus maestros. Las bufandas rojas que llevaban alrededor del cuello eran particularmente llamativas. Pero mi atención se

desvió hacia una gran pancarta situada entre un grupo de obreros que agitaban los carnés de afiliados y en la cual se leía: «¡Deng Xiaoping, dimite!». Entendí que era la respuesta a una reunión televisada entre el secretario general del Partido, Zhao Ziyang, y el presidente Gorbachov que había tenido lugar el día anterior. En dicha reunión, Zhao le dijo a Gorbachov que, si bien Deng Xiaoping se había retirado oficialmente, continuaba siendo la persona que tomaba todas decisiones importantes. Todos los chinos que veían la transmisión interpretaron que, en realidad, Zhao aprovechaba la oportunidad para exponer a la nación la verdad sobre Deng. No supuso ninguna sorpresa que mucha de la ira fuera entonces dirigida a Deng Xiaoping, quien en última instancia tomaba las decisiones en China. Pero aquella pancarta pidiendo sin rodeos la renuncia de Deng me asustó. Recuerdo muy bien que fue en aquel momento cuando sentí un miedo terrible a que todo aquello acabara mal. La batalla se había convertido en algo personal por ambas partes.

En la oficina de pasaportes, la atmósfera de promesa, de esperanza, parecía estar en pleno apogeo. Reinaba un jovial ajeteo en el lugar, a pesar de las largas colas y la confusión en cuanto a dónde tenía uno que acudir para que le facilitasen un impreso, para que le respondieran a una pregunta o simplemente para entregar una solicitud ya rellena. El ruido del interior se intensificó aún más debido al hecho de que todo el mundo daba consejos a todo el mundo, consejos que con frecuencia resultaban inútiles, cuando no erróneos.

—¿Sabes si estas fotos valen para un pasaporte? —me preguntó alguien detrás de mí.

Me volví, solté un grito ahogado de asombro y exclamé:

—¡Minnie Mouse!

—¡Wei! —respondió también con un grito mi antigua compañera de habitación del internado.

Min Fangfang, Minnie Mouse, se había transformado en una femenina y moderna dama, tal como me había dicho Qing. Había cambiado las gruesas gafas de montura negra por lentes de contacto y se peinaba el cabello liso

en suaves y largos rizos permanentes. Llevaba los ojos hábilmente pintados y los labios color rojo cereza.

—¿Cómo es que estás en Pekín? Creía que estabas haciendo un curso de posgrado en Shangai —le dije.

—Estaba. Pero ahora ya no hay clases. Muchos de mis compañeros de curso han venido a Pekín para participar en la huelga de hambre y los que se quedaron en el campus se están manifestando en Shanghai —contestó Min Fangfang—. Fue estupendo. Tomé el tren desde Shanghai gratis. No sólo nos dejaron subir sin billete, sino que tanto el personal como los viajeros nos estuvieron animando durante todo el camino hasta Pekín. Decían: «Vosotros los jóvenes sois muy valientes. Seguid adelante, os apoyamos». Algunos nos dieron las gracias porque decían que lo estábamos haciendo por ellos. —Mi amiga me miró con una amplia sonrisa—. ¡Qué sorpresa! ¿Adónde te vas, a Estados Unidos?

—Sí, a Virginia, a una pequeña universidad llamada William y Mary. ¿Y tú?

—A Boston. A la Universidad de Boston.

Entonces hablamos de qué había sido de nuestras antiguas compañeras de clase. Me sorprendió descubrir que algunas de ellas ya se habían marchado a Norteamérica para continuar allí su educación. Al cabo de unas dos horas, ambas entregamos nuestras solicitudes y pusimos fin a nuestra prolongada conversación sobre la gente que conocíamos. Nos despedimos fuera.

—¿Cuándo tienes previsto marcharte? —preguntó Minnie Mouse montada ya en su bicicleta.

—En septiembre.

—Yo también. Adiós y buena suerte —se despidió.

Luego me saludó con la mano y se alejó a toda velocidad.

Cuando regresé a la Universidad de Pekín para ver a Eimin todavía me duraba el buen humor que me había infundido el inesperado encuentro con mi antigua compañera de habitación. Eimin se alegró de que por fin hubiera presentado la solicitud del pasaporte, aunque su enhorabuena incluyó



algunos incisos como «mi pajarito me dejará y se irá volando», que me hicieron sentir mal.

Aquellos comentarios sobre mi marcha a Estados Unidos se habían convertido en un verdadero escollo en nuestra relación. No me gustaba la manera en que Eimin parecía insinuar que tanto él como nuestra relación me importaban poco y que, al abandonar China, estaba destruyendo cruel y deliberadamente aquello que poseíamos. También se las arreglaba para hacérmelo entender con su constante testimonio de devoción, que, por regla general, iba seguido de comentarios del tenor de: «Pero yo sigo queriéndote a pesar de lo que estás haciendo», «saquemos el máximo provecho del poco tiempo que nos queda»... Aquellas palabras me hicieron sentir que tenía que defender mi honor reafirmando el amor y la gratitud que le tenía. Cuanto más lo hacía, más incómoda me sentía porque a Eimin le gustaba señalar:

—Si me quieres como dices quererme, sabes perfectamente cuál es la manera de que podamos estar juntos en Estados Unidos.

Sabía a qué se refería. Yo también me hacía la misma pregunta. Si lo quería tal como decía, ¿por qué no me casaba con él? Estaba claro que si no nos casábamos, Eimin no querría continuar con la relación cuando me hubiera ido. De este modo, de esta manera sutil o, tal como comprendí después, bastante explícita, me estaba dando un ultimátum.

Aquella tarde me llevó al restaurante Yanchun Garden para celebrar otro hito en mi marcha a Estados Unidos. El restaurante era un local del campus que tenía un comedor de techo alto, estaba situado cerca de la pista de atletismo y era frecuentado por los estudiantes con algo de dinero extra o por aquellos que recibían la visita de amigos o familiares. Era el lugar donde los manifestantes en huelga de hambre se habían alimentado por última vez en un banquete organizado por miembros del profesorado como Eimin.

Nuestra conversación se vio interrumpida.

—Acaban de decir nuestro número. Espera aquí, iré a buscar la sopa wonton.

Eimin se levantó y se dirigió al mostrador.

Eché un vistazo a mi alrededor y sólo vi caras desconocidas. A aquellas alturas esperaba haber tenido noticias de Dong Yi, pero hacía ya tres días que no lo veía. Sólo podía suponer que Lan seguía allí. ¿Qué habían estado haciendo durante aquellos tres días? ¿De qué habían hablado? ¿Me incluyeron alguna vez en sus conversaciones? ¿Cómo terminaría?

—Aquí está. —Eimin apareció con dos grandes cuencos humeantes llenos de sopa wonton. Me pasó uno de ellos, que tenía la cuchara de porcelana metida dentro—. Ésta es la tuya. A la mía le he puesto un montón de salsa de chile.

A Eimin le encantaba la salsa de chile y la añadía en todo lo que comía.

—No debes tener miedo. —Retomó nuestra última conversación donde la habíamos dejado al tiempo que removía la sopa con movimientos circulares para que se enfriara—. Habrá muchos hombres a quienes les encantará ayudarte. No te ofendas. Lo digo tal como es, porque lo vi muchas veces cuando estuve en Escocia. Había muy pocas mujeres en el extranjero, la mayoría de ellas casadas, y muchísimos más varones.

Sabía que estaba hablando de la comunidad de estudiantes chinos en el extranjero, a la que había pertenecido durante cinco años.

—Serás muy popular: joven, guapa, sin ataduras, sola... Pero ten cuidado. Se aprovecharán de ti. —Eimin siguió hablando, mientras trataba de enfriar un wonton caliente en la boca—. No intento asustarte. Sólo te estoy explicando a lo que tendrás que atenerte cuando vayas a Estados Unidos, sobre todo allí, donde hay mucha delincuencia. No será fácil para una joven como tú.

Me comí la sopa en silencio. De haber tenido diez años más, o incluso cinco, y de haber sabido más cosas sobre el mundo fuera de China, podría haber cuestionado las palabras de Eimin. Pero en aquel entonces, él creía estar pintando un panorama realista de mi vida en el remoto y desconocido país al que iba a viajar. Y yo pensaba que lo hacía porque me quería y estaba preocupado por mi bienestar. Era el duro amor de mi amante, un hombre con experiencia y, a mis ojos, un hombre de mundo.

Últimamente estaba cada vez más asustada con lo de irme a Estados Unidos, lo cual me tenía muy molesta. Tal vez lo que me daba cada vez más miedo era el hecho de que estaba a punto de dejar atrás todo lo que conocía.

Quizá la imposible situación con Dong Yi había agotado mi fortaleza. También pensaba en mis padres. Cuando me marchara, los dejaría también a ellos, tal vez por mucho tiempo. ¿Quién se preocuparía por mí y me ayudaría cuando necesitara que me echaran una mano?

Tenía muchas ganas de ver a Dong Yi, aunque sólo fuera por unos segundos, desde lejos, incluso si no hablábamos. Creía que sólo con verlo obtendría paz. Pero aquella noche no encontraba paz alguna. Durante el camino de vuelta busqué a Dong Yi con la mirada, pero no lo vi en el Triángulo. Pensé que quizá él y Lan hubieran estado allí y ya se habían marchado; tal vez aquel día no habían ido. Eimin se encontró con un compañero de trabajo y empezaron a charlar. Yo di una vuelta para leer los carteles nuevos y, al mismo tiempo, con la esperanza de ver a Dong Yi.

Pero anocheció en seguida y ni rastro de Dong Yi.

Cuando Eimin y yo nos dirigíamos a su habitación, pasamos por delante de una mesa en la que había una petición que exhortaba a los dirigentes del Partido Comunista a iniciar un diálogo con los estudiantes.

—¿Has firmado ya la petición? —preguntó una de las chicas de la mesa.

—Sí, ya lo he hecho —respondí.

—¿Cuántas firmas tenéis? —quiso saber Eimin, que echó un vistazo al largo rollo de papel.

—¡Seis mil! Han firmado muchos intelectuales destacados, incluidos profesores famosos —respondió la joven con excitación, y luego enrolló el papel hasta la última página escrita para que Eimin pudiera añadir su nombre.

Al llegar a la habitación de Eimin, le pregunté por qué había firmado la petición. Siempre se había mostrado prudente con esos temas, sobre todo con las peticiones. En más de una ocasión me había dicho que esas cosas nunca debían firmarse porque podrían convertirse en la prueba mediante la cual podrían destruirlo a uno más adelante. «Puedes manifestarte porque, mientras no haya pruebas concluyentes contra ti, como, por ejemplo, fotografías, siempre puedes negarlo. Pero no puedes negar tu firma», había dicho siempre.

Yo lo consideraba inteligente. Sabía que tenía experiencia en tales cosas por todo lo que había tenido que pasar durante la Revolución Cultural. Si

entonces lo hubieran pillado haciendo lo que había hecho aquella noche, seguramente habría sido el fin de su carrera y su ruina, lo habrían encarcelado u obligado a trabajar hasta la muerte en un campo de trabajos forzados.

—Bueno, hay más de seis mil firmas en la petición, ¿qué me haría el gobierno? —dijo—. Además, si quieren, hay peces más gordos que freír. —Corrió la cortina—. De todas formas, no he firmado, he escrito mi nombre en letra de imprenta. Así, si alguien pregunta, todavía puedo negarlo y decir que debió de ser otra persona quien anotó mi nombre. —Se dio la vuelta y sonrió—. Soy listo.

Eso no podía negarlo. Si había algo de lo que estaba segura, era de que Eimin era un hombre inteligente.

Al día siguiente, 18 de mayo de 1989, yo me tocaba con un gran sombrero de paja y llevaba un vestido de algodón de color blanco. A primera hora de la mañana, un aguacero había limpiado las calles de basura y suciedad, que ahora se amontonaba a los lados. Había refrescado; notaba la caricia del aire frío y vigorizante en el rostro y el cuerpo mientras pedaleaba en mi bicicleta. Me sentía ridícula con el sombrero, pero Eimin había insistido en que lo llevara porque me taparía la cara.

—Créeme, la policía secreta sacará fotografías —dijo—. No querrás que tu imagen salga en la película y poner en peligro tu oportunidad de ir a Estados Unidos.

Eimin y yo íbamos de camino a la parada del autobús, en el extremo oeste del bulevar de la Paz Eterna, para participar en la segunda marcha de un millón de personas hacia la plaza de Tiananmen.

En la plaza, la huelga de hambre había entrado en su quinto día. Ya se habían desplomado más de setecientos huelguistas y el número aumentaba con rapidez. Pero el gobierno seguía negándose a hablar con los estudiantes acerca de sus peticiones. Para millones de ciudadanos chinos comunes y corrientes, aquello era escandaloso, vergonzoso y angustioso. Parecía estar claro para todo el mundo, salvo para los líderes de China, que si no había un pronto diálogo, alguien moriría en la plaza de Tiananmen y eso supondría una tragedia para el país. Tal vez el gobierno comprendía muy bien la situación y, sencillamente, optaba por no hacer caso de los huelguistas.

Contemplar semejante posibilidad suponía empeorar mucho más la situación. Significaba aceptar que el gobierno podía ser insensible, arrogante y que podía demostrar un interés nulo por la vida. Aquello encendió la indignación y el disgusto entre la gente.

Cuando Eimin y yo encontramos la bandera del departamento de psicología en medio de la columna de más de kilómetro y medio de longitud que formaban los estudiantes de la Universidad de Pekín, mis antiguos compañeros de clase, a la sazón ya alumnos de posgrado, se alegraron mucho de verme y volvieron a recibirme entre sus filas con el mayor de los entusiasmos. Como siempre, Li estaba ocupada organizando las columnas. Lu Bin, el estudiante de último curso más alto y robusto, llevaría la bandera del departamento. Li intercambió unas palabras con los demás organizadores sobre si la marcha debía realizarse en grupos cerrados.

—De ese modo podemos asegurarnos que no se cuelen infiltrados —recalcó uno de ellos, un joven a quien no conocía. Debía de ser un estudiante de primer año.

—Es demasiado difícil mantener la formación. Sería mejor si dejáramos que todo el mundo fuese por donde quisiera. Con mucho gusto me iré paseando por entre la gente para cerciorarme de que no haya caras desconocidas —dijo Su, una estudiante de posgrado.

—Estoy de acuerdo con ella. Estemos todos alerta; ¿por qué no te encargas de la seguridad con Su? —dijo Li, dirigiéndose al joven de primer año.

En aquel preciso momento, un frágil anciano con bastón apareció delante de la multitud. Se quedó esperando con impaciencia a que se iniciara la marcha. Li fue corriendo a saludarlo a él y a quienes lo escoltaban.

Se trataba del profesor Huang, ya jubilado, que se había retirado en el departamento hacía cinco años. Yo había visto al profesor Huang en alguna ocasión en que asistió a actos del departamento, como la ceremonia en la que se nombró profesor honorario al premio Nobel Herbert Simon. Más adelante, cuando estaba considerando la posibilidad de marcharme a Estados Unidos, apelé a Huang, doctor por Stanford, para que me ayudara. Ya tenía más de ochenta años, no gozaba de buena salud y permanecía la

mayor parte del tiempo sentado en el sofá de su salón, pero su mente seguía activa. Hablamos sobre el departamento, sobre mis planes de futuro y sobre sus experiencias en Estados Unidos casi medio siglo antes. Cuando le mostré mi expediente académico y le pregunté si le importaría recomendarme, contestó:

—Son las mejores calificaciones que he visto nunca. Por supuesto que no me importará.

—Muchas gracias por venir, profesor Huang —dijo Li en voz alta al tiempo que le tomaba la mano. Percibí la efusión en su voz.

—Me alegra que me hayáis invitado a venir. Hoy me siento bien. Estar con vosotros, los jóvenes, me hace sentir como si tuviera diez años menos —respondió el profesor con idéntico entusiasmo.

—¡El profesor Huang ha venido a marchar con nosotros! —gritó Li para que lo oyera todo el mundo en el grupo de psicología. Su voz quedó inmediatamente ahogada por unos atronadores aplausos.

Pero hasta dos horas más tarde nuestra sección de la marcha no pudo avanzar. Resultó que los casi diez kilómetros del bulevar de la Paz Eterna del lado oeste estaban abarrotados de gente, a la que aún se sumaban personas que venían tanto por el norte como por el sur. El sol brillaba radiante cuando nuestra columna empezó a moverse, Lu Bin agitaba la bandera roja, que refulgía en lo alto. Yo caminaba junto al profesor Huang e intenté prestarle el apoyo de mi brazo. Pero al anciano profesor no le hacía falta ayuda. Caminaba con orgullo con su chaqueta Mao de un color gris que los muchos lavados habían descolorido, la barbilla alta y el paso firme.

El trayecto hacia la plaza de Tiananmen fue lento, puesto que había demasiadas personas y vehículos intentando acceder al lugar. Posteriormente se informó de que el 18 de mayo fue testigo de la mayor manifestación que había habido nunca en Pekín, con un número total de participantes que se calculaba en un millón y medio. En algunos cruces tuvimos que detenernos del todo. Por último, al cabo de más de una hora, conseguimos llegar a la plaza. Allí había más gente, banderas, pancartas, camiones y furgonetas que bloqueaban la carretera de circunvalación. Nos detuvimos en la esquina. Los estudiantes de la Universidad Fu Dan de Shanghai pasaron marchando en formación. El personal del Diario del

Pueblo desfilaba con una enorme pancarta en la que se leía «¡Nosotros no escribimos el editorial del 26 de abril!» y que arrancaba aplausos dondequiera que se paraba.

No tardamos en girar a la derecha y avanzar hacia el sur pasando junto a la Gran Sala del Pueblo. En algún lugar entre la masa de espectadores divisé la alta figura de Jerry sacando fotos, y luego vi a Hanna junto a él, radiante como siempre. Los saludé con la mano, pero ninguno de los dos me vio.

—Son Hanna y Jerry. Hanna no bromeaba, ¡vienen cada día! —le comenté a Eimin.

Le dije que me gustaría acercarme a saludarlos, pero él me advirtió que no lo hiciera, por cuanto si me sacaban una fotografía hablando con un extranjero en la plaza me podrían tildar fácilmente de «enlace con un país extranjero», un grave delito.

Había muchos espectadores que llevaban cámaras. A veces los manifestantes también sacaban fotos de ellos mismos, de amigos con las manos levantadas haciendo el signo de la victoria o de pancartas que les llamaban la atención. Todo parecía inocente e inofensivo. Pero hice caso del consejo de Eimin y me quedé donde estaba. No dudé de lo que había dicho: sin duda, la policía secreta estaba allí, vestida de paisano, y registraba cuanto podía sobre la gente y los acontecimientos en la plaza.

Seguimos avanzando; desfilamos junto a los empleados de la librería Wanfujing, la más grande de China, y los trabajadores de la segunda compañía farmacéutica de Pekín con sus batas blancas, además de los miles de compañeros de la Universidad de Pekín. A diferencia del día anterior, ya no estaba nerviosa por las pancartas que exigían la dimisión de Deng Xiaoping, pues se habían convertido en algo habitual, como los renuevos de bambú que brotan del suelo tras la primera lluvia de primavera.

Aquel día, el 18 de mayo, fue lo mejor que había experimentado en todos mis años de vida en China; parecía como si la gente al fin pudiese decir cualquier cosa que quisiera abiertamente, sin temor a represalias. Aquel día fue cuando más cerca estuvimos de la verdadera libertad de expresión.

Una hora después llegamos al extremo sur de la plaza. No lejos de nosotros, un camión descargaba gente. Entonces sacaron una pequeña bicicleta azul que me llamó inmediatamente la atención; justo cuando empezaba a darme cuenta de lo que me recordaba, vi que mi madre bajaba del camión.

Llevaba puesta la camisa con estampado de azucenas que se había hecho ella misma y unos pantalones negros que no llegaban hasta los tobillos. Por aquel entonces, mi madre tenía poco más de cincuenta años. Pero a juzgar por su manera de andar, afanosa y ágil, nadie hubiera adivinado su edad.

Abandoné mi columna y corrí a verla. Dos estudiantes le habían ofrecido la mano para ayudarla a bajar del camión, gesto que se hizo sentirse bastante incómoda. Mi madre no era de las que reconocían su edad fácilmente. Al apresurarse para bajar por sí sola, resbaló y tuvo que sujetarse en las manos que le brindaban, con lo cual se sintió más violenta todavía.

Cuando me acerqué ya estaba sana y salva en el suelo y le decía algo a uno de sus estudiantes, al tiempo que sonreía y agitaba las manos.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¡Oh, cariño! —exclamó al verme. En lugar de contestarme, se volvió hacia sus alumnos y dijo con orgullo—: Ésta es mi hija.

Ellos me saludaron y les devolví el saludo con un movimiento de la cabeza.

—Id vosotros delante —les dijo a sus alumnos—. No os preocupéis por mí. Después puedo volver a la universidad en bicicleta. No hay problema.

—¿Has venido para manifestarte, mamá?

—Oficialmente sólo estoy aquí para observar. Ya sabes que nos han dicho que no animemos a los estudiantes. Pero mis alumnos se alegraron mucho cuando les dije que iba a venir y se empeñaron en que subiera a su camión en vez de venir en bicicleta —explicó—. ¿Cómo te fue en la oficina de pasaportes?

—Bien —respondí. Entonces vi que mi columna avanzaba—. Ahora será mejor que me vaya.



Mi madre me miró con el tierno amor al que me había acostumbrado toda mi vida y dijo:

—Ten cuidado.

—Lo tendré, mamá. Tenlo tú también.

Me despedí de ella con un gesto de la mano y corrí para conectar con mis amigos. Cuando alcancé a Eimin y las demás personas de mi antiguo departamento, me di la vuelta para ver si la veía. Pero había desaparecido; aquel mar de gente se la había tragado.

La tormenta se repitió por la tarde y descargó con más furia que por la mañana, hasta empapar todo lo que había bajo el cielo. El día se convirtió en noche. Nos dirigíamos ya de vuelta a la parada del autobús para recuperar las bicicletas, cuando el cielo se oscureció. La columna entera se disgregó y la gente corrió en desbandada para refugiarse. Las pancartas blancas habían sido abandonadas: yacían sucias en la calle con la tinta corrida.

Eimin y yo no encontramos ningún sitio donde guarecernos de la lluvia que arreciaba. Los pocos lugares que había, como la caseta del guía en la puerta del Museo Militar, estaban abarrotados. La mayor parte de los árboles que había en el bulevar eran demasiado jóvenes para proporcionar protección y, de todos modos, con aquel retumbo de truenos y los estallidos de los brillantes relámpagos, nadie era tan estúpido como para resguardarse de la tormenta bajo los árboles.

Puesto que ya estábamos empapados, Eimin y yo decidimos regresar en bicicleta bajo la lluvia. Pero recorridos unos centenares de metros tuvimos que abandonar porque el intenso aguacero no permitía ver absolutamente nada.

En vez de terminar tan de repente como había empezado, como sucede con la mayoría de las tormentas de verano, aquella se convirtió en una sábana de lluvia fina que daba la impresión de querer continuar durante un rato.

Cuando al fin estuvimos de vuelta en la habitación de Eimin, nos quitamos la ropa mojada, nos secamos y bebimos un poco de agua hervida

aún caliente. Era ya la hora del noticiario de las siete. Como siempre, el primer reportaje se dedicó a la plaza, para añadir luego que el gobierno insistía en que los estudiantes abandonaran la huelga de hambre.

—Los huelguistas se han negado a protegerse de la lluvia. Las condiciones en la plaza han empeorado considerablemente.

Entrevistaron a un médico.

—En estos momentos, los manifestantes en huelga de hambre están muy débiles y tienen el sistema inmunológico reducido. La cantidad de personas que han estado en la plaza, además de la lluvia, podrían desencadenar un brote infeccioso. —Entonces, el doctor miró a la cámara y agregó—: Queridos estudiantes, por vuestra propia salud, por favor, terminad la huelga de hambre y abandonad la plaza de Tiananmen.

A continuación, el informativo se hizo eco de la reunión que había tenido lugar durante el día entre el presidente Li Peng y los representantes estudiantiles en la Gran Sala del Pueblo. Wang Dan, de la Universidad de Pekín, y Wuerkaixi, de la Universidad Normal de Pekín, ambos líderes destacados del Movimiento Estudiantil y uno y otro de diecinueve años de edad, se encontraban entre los treinta representantes estudiantiles.

A poco de empezar la reunión, los delegados entraron en un enfrentamiento directo con Li Peng, quien advirtió a sus interlocutores que no crearan problemas en China. Al momento supimos, sin necesidad de oírlo en la emisora estudiantil, que la reunión no iba a ser positiva para los estudiantes, quienes seguían exigiendo la retractación del editorial del Diario del Pueblo que había calificado de anarquista el Movimiento Estudiantil. El gobierno volvió a negarse a cambiar su valoración. También se negó a considerar la reunión como una forma de diálogo.

Por lo que a mí se refería, las noticias que había estado esperando no llegaron; no sabía nada de Dong Yi. Aquella noche me sentía exhausta, no tan sólo por los acontecimientos del día, sino porque además estaba agotada emocionalmente. Pensé en Dong Yi, en Lan, en los estudiantes que yacían indefensos en la plaza, en Hanna y Jerry, en Eimin... Tenía el corazón roto. Al igual que aquellos que ayunaban en la plaza, había llegado el momento de asumir el control de mi vida. ¿Por qué esperar a que otra persona me dijera cómo podrían o no podrían resultar las cosas? Me dije a mí misma,

con la voz de mi madre, que debía dejar de perseguir sueños imposibles y contentarme con lo que tenía. Quería ser feliz y me daba la sensación de que me lo merecía.

Apagué la luz y me fui a la cama. En la oscuridad, le susurré a Eimin:  
—¿Qué necesitamos para casarnos?

## Capítulo 11: Carta de Estados Unidos

Para los verdaderos amigos, el horizonte está igual de cerca que la puerta de al lado».

Wang Peng, siglo VIII

A causa de la lluvia, el 19 de mayo sólo fue a la plaza de Tiananmen un reducido número de personas. Hubo más manifestantes en huelga de hambre que sufrieron colapsos debido a la combinación de la falta de nutrición, la humedad y el frío. Para ayudar a los mal equipados estudiantes a sobrellevar el repentino cambio de tiempo, la Cruz Roja de Pekín llevó noventa autobuses para resguardar a los mil estudiantes más débiles de los cuatro mil que estaban en huelga de hambre.

—¡A continuación vamos a transmitir una importante información de última hora!

El informativo habitual del canal de la televisión de Pekín se interrumpió. Apareció un titular en la pantalla: «Noticia importante: Zhao Ziyang y Li Peng visitan a los huelguistas en la plaza de Tiananmen».

—¡Ven a ver esto! —le grité a Eimin, que estaba trabajando en su libro.

La imagen mostraba cierto alboroto en el extremo de la plaza. Entonces, por debajo de la llovizna apareció un grupo de personas con trajes de color gris al estilo Mao. La cámara se movió con rapidez hacia los que llegaban. Encabezaba el grupo un hombre de unos sesenta años, algo más alto que los de su alrededor. Llevaba unas gafas cuadradas demasiado grandes y una chaqueta de sport de color claro. Un joven lo resguardaba con un paraguas. El resto del grupo caminaba respetuosamente tras él.

—Zhao Ziyang, secretario general del Comité Central del Partido Comunista, y Li Peng, primer ministro del Consejo de Estado, han acudido

a la plaza de Tiananmen a las cinco menos cuarto de esta mañana para ver a los estudiantes en huelga de hambre.

Apenas podía creer lo que veía y oía. ¡El hombre que ocupaba la más alta posición del país había ido a la plaza de Tiananmen! El gobierno se había negado a mantener conversaciones con los estudiantes durante semanas. El día anterior, sin ir más lejos, Li Peng había vuelto a calificar de «anarquista» al Movimiento Estudiantil cuando se reunió con los representantes estudiantiles. ¡Qué raro e insólito que Zhao Ziyang fuera entonces a la plaza! ¿Significaba que el gobierno estaba considerando un cambio de postura?

—¿Qué está pasando? Creía que el gobierno no iba a hablar con los estudiantes —comentó Eimin, que había venido a sentarse en el sofá.

—Tal vez eso es lo que pasa, que han cedido —dije, aunque sospechaba que era demasiado hermoso para ser cierto. Pero deseaba realmente que se produjera semejante milagro. Quería ver la victoria de los estudiantes.

En la plaza, dos delegados estudiantiles corrieron a saludar al secretario general. Zhao les estrechó la mano. Transcurridos unos minutos aparecieron más representantes estudiantiles. Zhao Ziyang y Li Peng subieron a un autobús y estrecharon la mano a los estudiantes en huelga de hambre.

—¿Dónde estudias? —preguntó Zhao con un marcado acento de Hunan al que todos los chinos estaban familiarizados gracias al su predecesor, Mao Zedong.

—En la Universidad Normal de Pekín —respondió el estudiante.

Teníamos los ojos fijos en la pantalla del televisor, y la incredulidad se mezclaba con el asombro ante aquella afectuosa escena en la plaza de Tiananmen. Para la mayoría de chinos, los dirigentes del Partido eran unos hombres canosos que vivían en su selecto complejo —Zhongnanhai— y viajaban en coches de lujo de ventanillas oscuras. No eran reales, eran símbolos del poder. Pronunciaban discursos tras puertas cerradas sólo para los llamados Representantes del Pueblo. Pero aquel día, el secretario general del Partido no sólo había ido a la plaza, sino que caminaba y charlaba con los huelguistas. Mostraba preocupación por su bienestar. En aquel momento, Zhao Ziyang se volvió humano y se convirtió en un amigo para todos los estudiantes.

Un joven que yacía bajo una manta gris intentó incorporarse. Zhao se lo impidió.

—Hemos venido demasiado tarde —dijo por un pequeño megáfono que le facilitó un estudiante cuando salió del autobús. Zhao Ziyang tenía lágrimas en los ojos.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. A todo el mundo que lo oyó se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, compañeros estudiantes. No importa cuánto nos hayáis criticado, creo que tenéis derecho a hacerlo. Por favor, pensad en vuestra salud y abandonad la plaza antes de que sea demasiado tarde —rogó—. No es fácil para el Estado ni para vuestros padres criaros y enviaros a la universidad. ¿Cómo podéis sacrificar así vuestras vidas con tan sólo dieciocho, diecinueve o veinte años? Nosotros también nos manifestamos y nos tumbamos en las vías del ferrocarril cuando éramos jóvenes, sin pensar en el futuro. Pero hoy os pido que penséis con atención en el futuro. Hay muchos asuntos que acabarán por resolverse. Os ruego que pongáis término a la huelga de hambre.

Su alocución fue recibida con aplausos. Desde las ventanillas de los autobuses, muchas manos se alargaron hacia él. Mientras pasaba se acercaron a él más estudiantes que le tendían cualquier cosa que tuvieran a mano, un sombrero, una libreta, ropa, y le pedían un autógrafo.

Pero Zhao tenía razón. Era demasiado tarde para ambas partes, tal como después descubrimos. Zhao Ziyang, el reformador, abandonó la plaza exhausto, ya destrozado. Li Peng, partidario de la línea dura, impuso su influencia en lugar de Zhao. La huelga de hambre continuó.

Al día siguiente, fui con Eimin a ver a una persona del Comité General del Partido Comunista Universitario. Tomamos asiento en una gran aula con pupitres oscuros y largos bancos. No había dejado de llover durante los dos días anteriores. En el interior del aula, la atmósfera era fría y húmeda. Esperé a que empezara la reunión. A un lado de la habitación había tres ventanas pequeñas que permitían el paso de luz suficiente cuando hacía sol, pero que de nada servían en un día oscuro como aquél. No entendía por qué la reunión se celebraba allí, pero para entonces ya nada era normal. Sentada

en aquella estancia vacía, tuve la inquietante sensación de estar en una tumba.

La mujer de mediana edad, cabello corto y cara redonda del Comité General del Partido Comunista Universitario tenía unos ojos pequeños que, vistos desde lejos, parecían casi invisibles. Saludó afectuosamente a Eimin y le recordó la última reunión universitaria a la que ambos habían asistido. Por sus palabras cuidadosamente escogidas, supe que tenía muy buena opinión sobre la trayectoria de Eimin. El sonido del papel entre sus dedos resonaba en la habitación. Cuando levantó la mirada, sólo se dirigió a Eimin.

—Me temo que no puede casarse, doctor Xu. Según esta solicitud, la camarada pequeña Liang aún no es mayor de edad.

—No. Pero cumplirá los veintitrés el mes que viene.

—¿Y por qué no espera hasta entonces? —preguntó, y dirigió una rápida mirada a mi rostro y luego a mi vientre; al momento noté el aguijonazo de su sospecha.

—Wei se irá a Estados Unidos muy pronto. No tenemos mucho tiempo para establecer la..., digamos, «relación marido y mujer». Camarada Chang, como miembro importante del Comité, habrá visto mucho y sabrá más que cualquiera de nosotros. Podría ser que pasara mucho tiempo antes de que Wei y yo podamos volver a vernos. Por ese motivo estamos aquí hoy, para solicitar un permiso especial del Partido para poder contraer matrimonio.

Los párpados de la mujer del Partido temblaron.

—Entiendo lo que dice.—Le hizo un gesto cómplice con la cabeza a Eimin, como si existiera alguna especie de código secreto que compartían—. Personalmente haría cualquier cosa para ayudar a nuestros doctores que han regresado a la patria —continuó diciendo—, pero las excepciones son difíciles y no es algo que pueda decidir aquí y ahora. Tendré que consultar con los demás miembros del Comité.

—Claro. Agradecemos su simpatía y comprensión —la halagó Eimin con una amplia sonrisa.

La mujer del Partido estuvo a todas luces encantada de oír los elogios de Eimin.

—Hay mucha gente que piensa que los dirigentes del Partido somos unos burócratas clínicamente muertos y obsesionados con las normas. Pero usted es muy culto. Sabe que no es así.

Llegamos a la puerta. La mujer se volvió hacia Eimin y preguntó con toda tranquilidad:

—¿Alguno de los dos ha estado involucrado en el Movimiento Estudiantil?

—No —respondió Eimin sin que su expresión cambiara lo más mínimo, al tiempo que sujetaba la puerta abierta para ella.

—No creía que lo estuvieran —dijo la mujer al salir—. Pero tenía que preguntarlo, ¿comprende? —Miró al cielo. Caían unas cuantas gotas—. Siempre he sabido que las manifestaciones terminarían mal. Lo dije desde el principio. Mire lo que nos han reportado.

—Los estudiantes son demasiado jóvenes para entender las consecuencias de sus acciones —coincidió Eimin.

—«Errores de los estudiantes, fallos de los profesores». Muchos miembros de nuestro profesorado no han cumplido con su obligación —remachó la mujer del Partido.

—Bueno, gracias de nuevo por atenderme habiendo avisado con tan poca antelación. Aguardaré su decisión.

Eimin le estrechó la mano.

—No hay problema. Cualquier cosa por usted, doctor Xu. Además, no tengo muchas cosas que hacer estos días. Ya sabe a lo que me refiero. —Volvió a sonreír, como si Eimin y ella, en secreto, fueran miembros del mismo club especial—. Adiós. Espero poder ponerme en contacto con usted muy pronto.

Nos separamos. Sentí una sensación de alivio. Al fin, la conversación en la que no se me había pedido participar había concluido.

Aquella mañana se instauró la ley marcial en Pekín. Tuve que ir a casa porque sabía que mis padres estarían preocupados por mí. En el Triángulo, el ambiente se había serenado en comparación con el de hacía un par de días, y cuando pasé por allí para irme a casa encontré a muchos estudiantes



leyendo los detalles de la declaración de ley marcial que se habían colgado en las paredes por la mañana:

1. A partir de las 10 de la mañana del 20 de mayo de 1989, los siguientes distritos estarán bajo la ley marcial: Este, Oeste, Chonwen, Xuanwu, Shijingshan, Haidian, Fengtai y Chaoyang.

2. Bajo la ley marcial, se prohíben las manifestaciones, las huelgas estudiantiles, los paros en el trabajo y cualesquiera otras actividades que sean un obstáculo para el orden público.

3. Queda prohibido inventar o difundir rumores, transmitir en cadena, pronunciar discursos públicos, distribuir panfletos o incitar a la anarquía social.

4. Los extranjeros tienen prohibido involucrarse en cualquier actividad de los ciudadanos chinos.

5. Bajo la ley marcial, los oficiales de las fuerzas de seguridad y los soldados del ELP están autorizados a emplear todos los medios necesarios, incluida la fuerza, para ocuparse de las actividades prohibidas.

Me pregunté qué significaban realmente aquellas palabras. Era la primera vez que se imponía la ley marcial en China y, como la mayoría, no tenía ni idea de cómo funcionaba ni de lo que podría ocurrir. Algo que sí sabía a ciencia cierta era que el ejército iba a tomar la ciudad. Pero ¿cuántos soldados habría y cuáles serían sus funciones? ¿A qué se referían con «todos los medios necesarios»? ¿Qué clase de fuerza? Evoqué la imagen de la marcha de un millón de personas de hacía dos días. ¿Qué haría el gobierno si volvía a darse? No sería posible arrestar a diez mil personas, y muchísimo menos un millón.

Reflexioné sobre estas preguntas durante todo el camino hasta casa.

En las calles no se apreciaban cambios que indicaran que la ciudad se encontraba bajo la ley marcial. No se veían soldados ni vehículos del ejército, a los que yo había imaginado invadiendo la ciudad. De vez en cuando oía a los ciclistas que pasaban por allí cerca especulando sobre

alguna de aquellas mismas cuestiones. Parecía que la gente estaba asustada, pero pocos sabían lo que sucedería.

En cuanto abrí la puerta de casa de mis padres supe que algo iba mal. En el apartamento, siempre tranquilo, resonaban fuertes voces; mis padres estaban gritando. ¿Y qué hacía mi padre en casa a aquella hora del día?

—Debes hablar con ella. Está en casa de Lao Chen esperando a que la llamemos —dijo mi madre en tono de urgencia—. Le dije que tenía que volver a casa inmediatamente. ¡El cielo se está viniendo abajo!

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Vayamos a la oficina de Correos ahora mismo. Tiene que volver a casa. Es una orden —afirmó mi padre. En aquel entonces, las llamadas telefónicas de larga distancia tenían que hacerse en la oficina de Correos.

—¿Qué ocurre?

Cerré la puerta tras de mí. Mis padres se sobresaltaron. No me habían oído entrar.

—Es tu hermana. Ayer tuvimos noticias tuyas que decían que se había estado manifestando en Qing Tao con sus compañeros de clase, impidiendo el paso a los camiones de suministros. —Mi madre apretó el bolso con fuerza, como si estuviera estrangulándolo, y le temblaba la voz—. ¿Por qué hace algo tan peligroso? ¡La mandamos a la universidad a estudiar, no a morir!

A la sazón mi hermana Xiao Jie cursaba su tercer año de carrera; estudiaba oceanografía en la universidad en la pintoresca ciudad costera de Qing Tao, una antigua colonia alemana en la costa oriental de China. Además de por su famoso brebaje —la cerveza de Qing Tao—, la ciudad era conocida por ser la sede de una base naval china.

—No es tan grave, mamá —intenté tranquilizarla.

—¿No? Lo que está haciendo es crear problemas en el transporte y los suministros, interrumpir el trabajo normal de las fábricas. ¿No lo has oído? ¡El ejército puede disparar contra cualquiera que lleve a cabo actos semejantes!

—Tu madre le ha pedido a tu tío Chen que fuera a buscar a Xiao Jie a la facultad —dijo papá—. Sois todos unos idiotas. Ya no se trata de una manifestación estudiantil, ¡es una cuestión de vida o muerte!

—¿Y yo qué tengo que ver con que no vuelva o no a casa? —protesté, sin que me hicieran caso.

—Vámonos antes de que cierre la oficina de Correos o de que el ejército paralice la ciudad. —Ahora era mi madre la que quería marcharse—. ¡Va a regresar en el primer tren que salga hacia Pekín! Pase lo que pase a partir de ahora, quiero tener a mis hijas cerca.

—De acuerdo, no empecemos a gritar otra vez —dijo mi padre—. Gracias al cielo, todavía no ha pasado nada. Os dije que esto iba a terminar mal. Todo el asunto no es más que un juego estúpido. ¿Ahora me creéis?

—Vámonos, vámonos —interrumpió mi madre, que ya tenía un pie al otro lado del umbral.

En cuanto se marcharon mis padres, saqué una botella de coca-cola de la nevera y me fui a mi habitación. Encima del escritorio había una carta de Estados Unidos. Reconocí la letra de Ning inmediatamente.

La cogí en seguida, preguntándome por qué el sello era chino. Abrí el sobre. La carta estaba escrita en tres hojas de suave papel blanco. En medio de las hojas cuidadosamente dobladas había un cheque por valor de mil dólares. «Querida Wei», leí, y casi pude oír la dulce voz de Ning:

«Me alegré muchísimo al enterarme de tu beca para Estados Unidos. ¡Enhorabuena! La feliz idea de que vengas debe de haberme hecho mucho bien, ¡pues mis experimentos están dando unos resultados fantásticos! Sé que el principio —antes de que recibas el primer “cheque de la paga”— será para ti lo más difícil, de manera que adjunto un cheque de mil dólares. Puedes utilizarlo para comprar el billete de avión o para pagar el alquiler cuando llegues a William y Mary, dispón de él como te plazca. Por favor, no te preocupes por devolverme el dinero. Lo he sacado de mis ahorros y no me hace falta.

¿Qué me cuentas de Dong Yi? Me dijo que también estaba presentando solicitudes para cursar el posgrado en Estados Unidos. ¿Lo han aceptado ya en algún sitio? Hace un tiempo que no sé nada de él. ¿Qué se trae entre manos? ¿Ha regresado a Taiyuan?

Pensándolo bien, supongo que Dong Yi no se quedará en Taiyuan habiendo fuegos artificiales en Pekín, ¡qué emocionante debe de ser para vosotros! Os envidio a los dos. No sólo os tenéis el uno al otro, grandes amigos, sólo con doblar la esquina, sino que además podéis formar parte de un momento histórico extraordinario. ¡Ojalá estuviera allí! Quiero estar allí. Quiero unirme a vosotros y a nuestros compañeros de la Universidad de Pekín y luchar por el futuro de China.

Pero no puedo hacerlo, al menos no físicamente. Tengo que estar aquí para llevar a cabo mis experimentos. Algunas personas de mi universidad han regresado a Pekín para participar en el movimiento. El resto de nosotros, unos cuatrocientos, nos hemos quedado aquí y hacemos todo lo posible para obtener apoyo, tanto político como económico, para los compañeros estudiantes que están en casa.

Ayer organizamos otro acto para recaudar fondos en el centro estudiantil del campus. Las chicas prepararon bolas de masa chinas y rollos de primavera. Dos alumnos hicieron una demostración de pintura china con pincel. Y la verdad es que eran muy buenos. Muchos de los estudiantes donaron adornos y recuerdos que habían traído de China: artesanía de su región, jades de la familia, seda... Más de tres mil estudiantes asistieron al acontecimiento. ¡A última hora de la tarde ya lo habíamos vendido todo y recaudamos casi dos mil dólares!

Al igual que todos los demás estudiantes chinos del campus, he puesto una cesta de donativos en nuestro laboratorio. Mis compañeros y profesores han sido muy generosos en sus aportaciones. Antes de esto no tenía un especial trato social con los estudiantes norteamericanos o europeos de mi departamento. Ahora la gente se acerca a mí cada día para charlar sobre lo que está sucediendo en China y lo que han visto en la televisión la noche anterior. Nos enzarzamos en prolongadas charlas sobre China, política y democracia.

¿Has participado en las marchas? Claro que sí. ¡Tonto de mí! Cada noche, cuando vuelvo del laboratorio, voy cambiando de un canal a otro para ver toda la cobertura posible del Movimiento Estudiantil y busco rostros familiares. He deseado verte muchas veces, pero también temía encontrarte allí. Por mucho que apoye a los estudiantes y la huelga de hambre, espero que tú no seas una de las cuatro mil personas que ayunan en Tiananmen. Como amigo y como alguien a quien le importas mucho, espero que te encuentres a salvo y bien.

En estos momentos, mientras te escribo, el sol se está poniendo en el rojo desierto. Supongo que en Pekín también estará empezando a hacer mucho calor. Aunque estoy sentado en el laboratorio, con un jersey puesto porque con el aire acondicionado hace bastante frío aquí dentro, mi pensamiento ha regresado a Pekín. ¿Qué ha pasado hoy en China? ¿Están sanos y salvos mis amigos? ¿Será el de mañana ese día mejor que estamos esperando?

Tienes que venir a verme en cuanto te hayas instalado en Virginia. Iremos al Gran Cañón. Créeme si te digo que no hay nada más impresionante.

¡Cuídate mucho, por favor! Espero verte muy pronto.

Un abrazo,

Ning

P. D.: Un amigo mío regresa mañana a Pekín. Se llevará esta carta y la echará al correo allí».

La carta de Ning me hizo pensar en tiempos felices: blancas barcas en el Jardín del Bambú Púrpura, bachilleres cantando juntos, la luna sobre el lago Weiming, corazones llenos de esperanza... Su carta abrió el dique. De pronto sentí un insoportable y vehemente deseo de amor, de esa clase de amor que me levantaría el ánimo, que haría realidad mis sueños y me llegaría al alma. Mis pensamientos volaban hacia Dong Yi y me pregunté dónde estaría, por qué no había venido a hablar conmigo. Quería oírle decir algo, o nada en absoluto. Sólo quería oír su voz y estar un rato en su presencia. Lo echaba de menos.

Guardé el cheque en el cajón y volví a meter la carta en el sobre. Y decidí que no debía perder ni un segundo. Tenía que ir a ver a Dong Yi.

Dejé una nota en la mesa del comedor diciéndoles a mis padres que tenía que regresar al campus inmediatamente: «Por favor, no os preocupéis por mí, sólo voy a ver a Dong Yi, no voy a tomar parte en nada. No voy a ir la plaza de Tiananmen».

Antes que nada me dirigí al Triángulo para ver si Dong Yi estaba allí. El Triángulo estaba más lleno de gente que por la tarde y se percibía una sensación de la noche antes de la batalla. Había personas valientes, otras temerosas, todo el mundo estaba involucrado. La emisora estudiantil emitía noticias y comunicados en directo.

«Zhao Ziyang ha sido destituido. Ahora está al mando Li Peng».

«La Asociación Autónoma de Estudiantes de Pekín ha votado para poner fin a la huelga de hambre, que ha conseguido una gran victoria para los estudiantes».

Como si hubiera habido una repentina nevada, las paredes del Triángulo se cubrieron con nuevos carteles. Algunos de sus autores estaban muy preocupados, otros proclamaban que había llegado la hora cero, otros exigían al gobierno que retirase las tropas y levantara la ley marcial y otros, como el autor del cartel que tenía ante mí, le abrían el corazón a su madre patria.

«Por la presente renuncio a mi condición de miembro del Partido Comunista Chino. Estoy avergonzado e indignado. El Partido que se declara a sí mismo servidor del pueblo acaba de decidir enviar tropas armadas contra las más inocentes, vulnerables y patrióticas de entre todas las personas: los jóvenes estudiantes. Si el Partido amara al pueblo, no haría esto. Si el Partido se preocupara del bienestar de nuestra patria, no haría esto. Cualquiera con un mínimo de decencia y humanidad no haría esto. Los dirigentes del Partido son unos tiranos. De ahora en adelante no quiero tener nada que ver con semejante Partido.

Apelo a mis colegas y compañeros estudiantes que son miembros del PCCh a que sigan mi ejemplo. ¡Por favor, uníos a mí para rechazar al Partido que ordenó usar la fuerza sobre su propia gente!».

Lo firmaba Chen Li, candidato al master del departamento de económicas.

Estuve a punto de gritar. Hacía tan sólo dos semanas había estado hablando de él con Jerry y Hanna y recordándoles nuestras discusiones en el Spoon Garden Bar. ¿Se había vuelto loco? ¿Sabía a lo que estaba renunciando? ¿Al trabajo en Shenzhen que siempre había querido, a una prometedora carrera en un país donde la política y el Partido lo eran todo?

No sólo había plasmado un exaltado escrito en un cartel, sino que además se había saltado la norma de los autores de carteles y había firmado con su nombre y filiación. No tenía que hacerlo. Si lo hubiese dejado anónimo, como estaba la mayoría, nadie hubiera dudado nunca de su coraje y sinceridad.

Entonces fue como si viera el rostro de Chen Li, claro y honesto. Me miraba con sus ojos sinceros que parecían decir: «Nunca he rehuido la responsabilidad de mis palabras o mis actos. No voy a hacerlo ahora».

No pude sino admirar su valor. Interpreté que también quería decir a todas las personas de la Universidad de Pekín que había llegado el momento de que todos resistiéramos y nos hiciéramos valer.

—¿Quién es este tal Chen Li? —me preguntó un universitario que estaba delante de mí.

Un gran gentío se había congregado para leer el cartel de un metro de alto de Chen Li.

—No lo sé. Nunca he oído hablar de él.

—¡Sea quien sea, es un tipo con agallas! Mirad, ha firmado con su nombre, departamento, todo —comentó alguien allí cerca.

De pronto, la emisora estudiantil interrumpió aquellas observaciones.

«La Asociación Autónoma de Estudiantes de Pekín hace un llamamiento para que todos los estudiantes que estén ahora mismo en el campus se dirijan a la plaza de Tiananmen. ¡No podemos dejar que nuestros valientes compañeros caigan en manos de los militares!».

¡Cómo habían cambiado las cosas desde la última vez que vi a Chen Li, el 27 de abril, cuando marchamos juntos! Desde entonces, nuestra querida ciudad había visto huelgas de hambre, manifestaciones de millones de personas y ahora la ley marcial.

«¡La Asociación también exhorta a todo el mundo a bloquear los cruces para impedir que los vehículos del ejército entren en Pekín!».

«Debo ir a ver a Chen Li pronto», me dije. Echaba de menos a mi amigo y nuestras largas y acaloradas discusiones sobre política y economía. Yo también tenía que participar en un momento tan crítico, y resistir y hacerme valer. Con la ley marcial en vigor, los estudiantes de la plaza de Tiananmen necesitaban más apoyo que nunca.

Pero aquel día no haría nada de todo aquello. Primero necesitaba ver a Dong Yi.

Caminé por entre la multitud, escudriñándola con detenimiento, pero no lo vi. Seguí andando en dirección contraria al torrente de personas que acudían al Triángulo y me dirigí a la residencia de Dong Yi con la carta de Estados Unidos en la mano.

El alboroto del gentío que había en el Triángulo fue disminuyendo gradualmente. Me había alejado del campo de batalla. Pero cuanto más me acercaba al edificio, más enojada me sentía. La sensación de paz que había creído que obtendría al ir a ver a Dong Yi no se había concretado. Empecé a hacerme preguntas. ¿Por qué Dong Yi no se había puesto en contacto conmigo? ¿Había desaparecido? ¿Tenía idea de lo que yo había hecho durante su ausencia? ¿Estaba mínimamente preocupado? Pero, por encima de todo, estaba enojada conmigo misma por haber esperado tanto tiempo para ir a verlo, por ser tan cobarde.

Entré en el edificio.

Había sido Ning, hacía tres años, quien me condujo hasta Dong Yi. Desde entonces, había recorrido el pasillo interior en muchas ocasiones, a veces enamorada, a veces con el corazón destrozado y, en otros momentos, rebosante de optimismo, pena o desesperación.

Aquel día entré una vez más en el conocido edificio.

Pero ¿había llegado demasiado tarde?

## Capítulo 12: El profesor

Imposible romper con ello, pero aún es más difícil solucionarlo».

Li Yi, siglo IX

Me encontraba delante de su puerta, con un vestido rojo de seda, sin saber qué hacer. A lo largo del pasillo se iban abriendo puertas de las que salían jóvenes en camiseta que charlaban unos con otros entre el chancleteo de sus pasos y el ruido de los palillos al golpear contra los cazos de aluminio. Era hora de cenar y, cuando pasaron por delante de mí, percibí curiosidad en sus miradas.

Me había quedado en blanco. La mitad de mí quería marcharse, regresar al pacífico equilibrio que por fin había conseguido en los últimos días. Pero la otra mitad, mi pobre corazón, deseaba quedarse. El día anterior le había dejado una nota a Dong Yi y ahora lamentaba haberlo hecho. En aquellos momentos deseaba que Dong Yi no estuviera esperándome ahí dentro. El coraje que había anidado en mi corazón el día anterior, cuando subí a toda prisa las escaleras con la carta de Ning en la mano, se había retirado ahora a un jardín secreto donde no podía encontrarlo.

¿Por qué había venido? ¿Para perturbar su feliz vida y la mía? El pasado, pasado estaba. Ning estaba en Estados Unidos. Aquella mañana, Eimin me había dicho que se le había concedido un permiso especial para casarse. Y Dong Yi debía de estar contento con Lan, puesto que no había intentado ponerse en contacto conmigo.

Entonces me dije que estaba siendo ridícula y egoísta. Si de verdad amaba a Dong Yi, querría que fuera feliz, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias para mí. Y sabía que Dong Yi sentiría y haría lo mismo por



mí. Siempre seríamos buenos amigos. Siempre tendríamos el pasado. Con esa idea en la cabeza, llamé suavemente a la puerta.

Dong Yi me esperaba, pero solo. Eché un rápido vistazo en derredor en busca de alguna señal de Lan, una maleta, una bufanda de seda o un lápiz de labios, pero no encontré nada. «Quizá se haya ido», pensé. ¿Cuándo? ¿Y por qué Dong Yi no había ido a verme?

Nos quedamos de pie en medio de la habitación, que había cambiado muy poco desde la primera vez que la vi tres años antes.

—Hoy estás preciosa. El rojo siempre te sienta bien —observó Dong Yi con dulzura.

Me di cuenta de que se alegraba de verme, pero el tono de su voz era tenso.

—Quería verte antes, porque muy pronto tengo que ir a un sitio. Pero no quería ir a la habitación de Eimin.

Se sentó en la cama de su compañero de cuarto. Entendí que me cedía su cama, la que estaba limpia y arreglada.

—¿Cómo te ha ido? Aquel día desapareciste sin más. ¿Qué ocurrió? —pregunté fingiendo no saber de lo que me estaba hablando.

—Lan estuvo aquí un par de días.

—¿En serio? ¿Todo va bien en Taiyuan?

—Sí.

Cuanto menos dispuesto a hablar se mostraba, más deseaba presionarlo para que lo hiciera. Quería saber qué me ocultaba. Quería la respuesta que me merecía y quería hacerle sentir el dolor que yo había sufrido.

—Podrías habérmelo dicho. Me habría gustado conocerla.

—¿Ah, sí? Tal vez la próxima vez, cuando venga por más tiempo —dijo incómodo.

—¿La próxima vez? ¿Por más tiempo? ¿Por eso no te has molestado en ponerte en contacto conmigo durante tantos días? Habéis planeado vuestro futuro. ¡Qué bonito!

—No. No es ése el motivo. Quería verte. Pero ocurría todo tan deprisa dentro y fuera de la plaza de Tiananmen que no tuve tiempo. Me alegro de que ahora estés aquí.

Sabía que estaba mintiendo, al menos en parte. Sabía que habría estado ocupado con su papel como intermediario entre los estudiantes y los intelectuales, del mismo modo que sabía que era sincero al decir que se alegraba de verme. Pero lo conocía demasiado bien: no me estaba diciendo la verdad; al menos, no toda la verdad.

—¿Por qué vino Lan? —inquirí mirándolo fijamente, a sabiendas de que no me mentiría si le hacía una pregunta directa.

—Es raro. —Se quedó mirando un bolígrafo que tenía en las manos—. Llevo unos cuantos días pensando en cómo decírtelo, pero no lo sé. A mí aún me está costando asumirlo. Lo único que puedo decir es que es una sensación extraña, extraordinariamente extraña en realidad.

Entonces levantó la mirada. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí como si el corazón me hubiera dejado de latir.

Dong Yi pronunció las palabras despacio:

—Voy a ser padre.

La furia desapareció. Todos mis pensamientos se detuvieron, el razonamiento se colapso. En aquella ocasión me tocó a mí quedarme sin habla. Pero ya no había nada más que decir.

—En tu nota decías que habías recibido carta de Ning —me rescató Dong Yi.

Busqué en mi bolsa, pero no la encontraba. Estaba totalmente desconcertada, mis ojos miraban, pero no veían, las manos se movían, pero no sabían lo que estaban buscando.

—¿Dónde puede estar?

Empecé otra vez; rebusqué frenética en la bolsa y encontré un par de lápices de labios, un bolígrafo, dos cuadernos, un diario, el billetero, unas gafas de sol...

—No te preocupes. De todas formas, ahora no tengo tiempo de leerla —dijo Dong Yi—. Tengo que ir a ver al profesor Fang Lizhi.

El profesor Fang, el famoso disidente político, era la persona que más abiertamente criticaba al gobierno chino.

Dejé de buscar inútilmente y alcé la mirada. Mis ojos contemplaron un par de ojos llenos de amabilidad. Entonces oí que su igualmente dulce voz me preguntaba:

—¿Te gustaría acompañarme?

Al cabo de cinco minutos pedaleábamos en dirección este por la calle Haidian. No era una tarde fría y el suave aroma de las azucenas perfumaba el ambiente. La gente había salido a la calle para dar el paseo de después de cenar con sus familias, con abanicos de paja en la mano. En las aceras, los niños jugaban con muñecos que se movían al tirar de un hilo.

Pero había indicios de anormalidad. Antes del Movimiento Estudiantil, aquella calle hubiera estado abarrotada de tenderetes que vendían deliciosos refrigerios de toda China: tortas de Tianjin, cordero asado de Mongolia, sopa wonton de Shanghai. Ahora todos los puestos estaban cerrados y amontonados en las aceras. Habían bloqueado el cruce de la calle Haidian con la calle Zhongguancun, que iba de norte a sur hacia el centro de la ciudad; se había establecido un control estudiantil que inspeccionaba los vehículos que pasaban. Dichos controles habían aparecido en los alrededores de los principales campus universitarios de Pekín con el objetivo de impedir que se acercaran las tropas.

El viento fresco debía de haberme calmado. Felicité a Dong Yi por la noticia del embarazo de Lan. Los dos teníamos claro que necesitábamos decirnos muchas cosas. Pero no menos claro estaba también que no era el momento oportuno para ello.

—Le dije a la profesora Li Shuxian que estaría allí a las siete.

A diferencia de la mayoría de chinos, Dong Yi siempre era muy estricto en cuanto a la puntualidad. La profesora Li era la supervisora de Dong Yi y la esposa del profesor Fang Lizhi.

—No te preocupes, llegaremos a tiempo —afirmé mientras pedaleaba con fuerza para seguir su ritmo.

Pero llegamos tarde. Cuando aparcamos las bicicletas delante del anodino edificio en forma de caja de cerillas y subimos las escaleras corriendo, ambos íbamos sudando y teníamos la cara encendida.

Nos abrió la puerta el profesor Fang Lizhi en persona. Llevaba gafas, su rostro era redondo y tenía un cuerpo redondo: su aspecto no era precisamente el que me había imaginado que tendría el «enemigo público número uno». Nos recibió con una voz enérgica y profunda, tan poderosa que resonó por las escaleras.

—Lamento llegar tarde —se excusó Dong Yi, que luego estrechó rápidamente la mano al profesor Fang y me presentó.

Lo seguimos hacia el salón, una estancia espaciosa y aireada, decorada con el mismo estilo neutro que el exterior del edificio. Mi mirada se vio atraída por la artesanía y los objetos decorativos chinos que había repartidos por la habitación y cuyo colorido contrastaba totalmente con el apagado fondo.

El profesor Fang nos condujo hacia la ventana y señaló el coche negro que había aparcado abajo en la calle.

—Es la policía secreta —me dijo Dong Yi.

El profesor había estado bajo vigilancia policial desde el incidente en la fiesta en la embajada estadounidense. Fang añadió que la policía se mostraba mucho menos cautelosa a raíz de la declaración de la ley marcial, y que el día anterior le habían dicho que era mejor que se quedara en casa y no hablase con los periodistas extranjeros.

El incidente en la fiesta de la embajada estadounidense sucedió en febrero de 1989, cuando el presidente de Estados Unidos, George Bush padre, visitó China. Se organizó una barbacoa en la embajada para dar la bienvenida al presidente y el profesor Fang fue invitado. La invitación enfureció al gobierno chino, que impidió que Fang asistiera.

El profesor Fang, a quien habían expulsado del Partido en 1987 por apoyar a los estudiantes, tomó asiento en una silla ante nosotros. Había sido vicerrector de la Universidad de Ciencia y Tecnología, de modo que se sentía aislado de la conexión directa que había tenido con los estudiantes.

—¿Cómo está la situación en las calles? —nos preguntó.

—Decenas de miles de estudiantes y ciudadanos de Pekín han salido a protestar contra la ley marcial —respondió Dong Yi—. Hoy mismo he ido a la plaza de Tiananmen, y todos los cruces del bulevar de la Paz Eterna están bloqueados.

—¿Qué clase de barreras han puesto?

—Sobre todo autobuses, a veces rickshaws o puestos de venta callejera.

El profesor Fang nos preguntó entonces si había alguna noticia sobre la llegada de tropas.

—Sí, pero por lo que tengo entendido, sólo en pequeñas unidades, y todas han sido detenidas por los ciudadanos y los estudiantes de Pekín.

De pronto, Dong Yi me pareció mejor informado que todos los demás estudiantes del campus.

—¿Has visto alguna?

—De hecho sí, esta misma tarde. Una sección ha entrado en el centro de la ciudad por la puerta norte. Cuando llegamos allí, unos centenares de ciudadanos ya los habían rodeado. La gente gritaba a los soldados que no emplearan la fuerza con los estudiantes. Hubo una persona que dijo: «¡Los estudiantes hacen esto por nuestro país y también por vosotros!».

—¿Iban armados los soldados? —preguntó el profesor Fang preocupado.

—No.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Durante un rato los soldados no podían avanzar ni tampoco retroceder. Al final, después de que el cabo prometiera que no harían daño a los estudiantes, la multitud ha dejado que se retirasen.

El profesor Fang se inclinó hacia delante en su asiento y le preguntó a Dong Yi cómo habían reaccionado los intelectuales de Pekín ante la noticia de la ley marcial.

Dong Yi también se echó hacia delante. A juzgar por su pose de complicidad, estaba claro que Dong Yi disponía de información especial sobre ello que el profesor Fang esperaba oír.

—Los intelectuales más destacados han exigido el levantamiento de la ley marcial y la retirada de las tropas. Los de las provincias y los de Shanghai han expresado opiniones similares. —Dong Yi hablaba con seguridad—. Los líderes de los intelectuales de Pekín también votaron por apoyar a los estudiantes hasta el final.

—¿Cuál crees tú que será el final?

El profesor Fang miró fijamente a Dong Yi y luego desvió su mirada hacia mí.

Me dio un vuelco el corazón.

Desde que se había declarado la ley marcial, Pekín pasó por un breve período de miedo y pánico. Pero pronto fue reemplazado por la rebeldía y

por una sensación de invulnerabilidad. Cuantas más eran las tropas de la ley marcial a las que los estudiantes conseguían impedir la entrada en la ciudad, mayor era el ánimo de la gente. A veces parecía que los estudiantes serían capaces de enfrentarse al poderoso ejército chino.

Pero la pregunta de qué ocurriría al final siempre flotaba en el aire. Lo que sucedía es que nadie quería formularla, ni se atrevía a hacerlo. Había intentado no pensar en ello. La palabra «final» me asustaba; la posibilidad de un desenlace espantoso me atemorizaba aún más.

Miré a Dong Yi, en cuyo rostro no se advertía la menor señal de miedo. Más que nunca quería oírle hablar y deseaba que, como siempre, me proporcionara un refugio y dijese algo que disipara mis temores.

—Por eso precisamente he venido hoy aquí —dijo Dong Yi.

«Así pues, él no ha negado la idea del final, tal como hemos hecho la mayoría», pensé.

—Nos preguntábamos si podría exponer a los estudiantes su opinión acerca de la situación actual y respecto a lo que podría ocurrir en días venideros. Creo que tenemos que empezar a pensar en ello y a planear nuestras estrategias en consecuencia. Hemos de ser valientes, pero también realistas.

Dong Yi planteó su petición con calma, pero me imaginé la importancia que tenía para él la respuesta del profesor Fang. No dijo a quiénes incluía en su grupo al hablar en plural, y el profesor Fang no parecía necesitar que se lo explicara. Nunca tuve oportunidad de preguntarle a Dong Yi sobre ello. Pero conociendo el tipo de actividades a que se dedicaba y las personas con quien se había estado relacionando, me figuré que debía de tratarse de gente como Liu Gang.

El profesor declinó la invitación y explicó que no le preocupaba su propia seguridad, sino la de aquellos que entraran en contacto con él. Añadió que si aceptaba, el gobierno lo tendría fácil para decir que los estudiantes de la universidad de Pekín tramaban una campaña antigubernamental y contrarrevolucionaria con Fang Lizhi. Añadió con desdén que a él ya lo habían calificado de «la mano negra que hay detrás del Movimiento Estudiantil».

Ahora bien, el profesor Fang nos ofreció su análisis de la situación. Dong Yi quiso anotarlo, pero él le dijo que no, que era más seguro no tener nada por escrito.

Al cabo de una hora nos despedimos. Mientras desenganchábamos del soporte el candado de las bicicletas, miré hacia el coche aparcado. Me pregunté si la policía secreta sabía que habíamos visitado al profesor Fang Lizhi. ¿Nos darían el alto y nos interrogarían? ¿Nos arrestarían por quebrantar la ley marcial?

Había caído la noche en Pekín y las aceras estaban vacías. Con la luz de las farolas, nuestras bicicletas proyectaban unas sombras alargadas mientras recorríamos las calles y el único ruido que se oía era el chirrido de los pedales. Cuanto más nos acercábamos a una farola, más cortas eran nuestras sombras, y en el instante en que la luz caía directamente sobre nosotros, aquéllas desaparecían del todo. Inmediatamente empezaba a extenderse otra sombra, en esta ocasión ante nosotros. Luego nos sumíamos en la más completa oscuridad. Fuimos deprisa y no hablamos entre nosotros; mirábamos constantemente hacia atrás para ver si nos seguían. El corazón no dejó de latirme como un tambor durante todo el trayecto, con el continuo temor de que nos parasen antes de llegar a la puerta de la universidad. Pero no fue así.

Dong Yi no podía quedarse. Se tenía que ir para informar sobre su visita al profesor Fang. Nos despedimos en la puerta sur. El frondoso sendero frente a nosotros se extendía recto como un cuchillo que penetrara en el corazón del campus. Volví a rebuscar en mi bolsa y en aquella ocasión encontré la carta de Ning. Se la di.

—Tengo que irme en seguida. Me están esperando. —Volvió a montar en su bicicleta—. ¿Tienes algo nuevo que contarme?

—Nada importante —mentí.

Tenía que irse. Sucedían grandes acontecimientos a nuestro alrededor. Yo tenía que esperar, pero no quería esperar más. Mi corazón ya no podía soportar el sufrimiento de la espera.

—Habla pronto, Wei.

Dio la vuelta, me dijo adiós con la mano y se fue a toda velocidad.

Cuando se perdió de vista en la noche azul me pregunté cuándo sería «pronto», cuándo volvería a verle y podríamos hablar sobre el futuro. Pero si anteriormente ya no pudo hacerle daño a Lan, pocas posibilidades había de que la dejara ahora; ¿o sí las había? Era hora ya de aceptar que lo de Dong Yi y yo —lo nuestro— no era, de momento, más que un sueño.

El crepúsculo se acercaba tenuemente en la distancia, como una canción de cuna al término de un hermoso día. Pero ya no había tiempo para decir nada de todo cuanto no nos habíamos dicho. La esperanza me abandonaba y tenía la sensación de que aquella muerte de la esperanza sería larga y lenta. Era una sensación parecida al aspecto que tienen las hebras de seda cuando son extraídas de los empapados capullos hilados por los gusanos.



## Capítulo 13: Tanques en la puerta

«Cien batallas, armadura de oro, arena amarilla,  
no volverán hasta que haya tomado la torre».

Wang Shangling, siglo VIII

Era un día perfecto para una boda. Sobre la plaza de Tiananmen, el cielo estaba despejado como un cristal de color azul pálido, frío e impecable. El sol se había alzado por encima de los tejados grises del viejo Pekín y en aquellos momentos brillaba sin impedimentos sobre la magnífica torre de Tiananmen, la Puerta de la Paz Celestial. Frente a ella, ocho blancos puentes de piedra se arqueaban por encima del río de Aguas Doradas como los brazos de una madre que se tendieran para abrazar a sus hijos en la plaza.

La ley marcial llevaba una semana en vigor. Los miles de manifestantes en huelga de hambre habían concluido su ayuno, pero seguían negándose a abandonar la plaza de Tiananmen. Cada día acudían a ella cientos de miles de nuevos estudiantes que proveían de comida, agua y mantas a sus compañeros o, simplemente, para mostrar su apoyo u ocupar el lugar de los amigos necesitados de descanso. Desde lejos, la plaza de Tiananmen ofrecía el aspecto de un agreste jardín, con banderas rojas y pancartas blancas.

Tanto la novia como el novio eran estudiantes de posgrado. Ella llevaba el cabello recogido en un moño y vestía un Qingpao rojo sin mangas, el largo y ceñido vestido tradicional chino, de cuello alto y con unos cortes laterales. Sostenía con timidez un ramillete de flores rojas entre cientos de espectadores e innumerables cámaras de reporteros. El rojo es el color de la suerte y la felicidad en China. El novio llevaba un traje gris que no era de su medida. Detrás de ellos, en medio y por encima de la puerta central de

Tiananmen, se había colocado una sábana sucia que cubría el gigantesco retrato de Mao Zedong. Por primera vez en la historia de la República Popular, alguien se había atrevido a arrojar tinta sobre el retrato de Mao.

El novio dio un paso adelante y carraspeó antes de hablar por el micrófono.

—Hoy hemos venido a la plaza de Tiananmen para contraer matrimonio en unos momentos en los que nuestra patria pasa por la más crítica lucha de una generación. Queremos compartir nuestra felicidad con nuestros compañeros estudiantes que están en la plaza, que han desafiado la ley marcial para continuar su protesta. ¡La esperanza de China está aquí, ante nosotros!

La multitud respondió con un estruendoso aplauso. Animado, el novio aumentó el tono de la voz y prosiguió:

—Hoy nos declaramos nuestro amor y devoción mutuos, así como hacia nuestra madre patria. ¡Juntos lucharemos por el mañana de nuestro país, juntos veremos la victoria y una China mejor!

La muchedumbre volvió a aplaudir. Entonces Wuerkaixi, el dinámico y franco estudiante de diecinueve años, líder de la Universidad Normal de Pekín, les dio la enhorabuena. En las bodas chinas, la enhorabuena la da un anciano del pueblo o un invitado especial. Wuerkaixi se había ganado fama nacional e internacional por haber rebatido a Li Peng durante la reunión televisada del 18 de mayo.

Felicitó a la pareja y relacionó su feliz matrimonio con el futuro de China. Su valentía, declaró, demostraba al gobierno y al mundo que los estudiantes no tenían miedo.

Para entonces, los ánimos de la muchedumbre estaban muy exaltados. La gente aplaudía cada frase de Wuerkaixi. Después, un amigo de la pareja trajo una botella de Wuliangye, el mejor vino de arroz chino, y llenó dos vasitos. Los recién casados tomaron los vasos y bebieron. A su espalda se soltaron dos palomas blancas que alzaron el vuelo.

La multitud empezó a entonar canciones revolucionarias, instando a la pareja a que bailara. Yo, de pie entre el gentío, aplaudí y vitoreé. Pensaba en mi propia boda con Eimin. Hacía dos días habíamos recibido nuestro libro rojo, nuestro certificado de boda. Aquello era lo único que certificaba

nuestra unión. No hubo boda, ni celebración, y no se lo dijimos a nadie aparte de a nuestras familias: a la mía por teléfono y a la suya por carta. Mis padres no hicieron ningún comentario.

Después de la última vez que vi a Dong Yi, la tarde de nuestra visita al profesor Fang, había pensado mucho sobre la secuencia de acontecimientos en mi vida durante los últimos tres años. Cuanto más recordaba la indecisión que había presidido mi relación con Dong Yi y las dudas que albergaba mientras estuve con Yang Tao, más segura me sentía de mi decisión de casarme con Eimin. La lección que saqué de las oportunidades perdidas y el amor imposible fue que la vida continuaba; no podía enmendar lo sucedido en el pasado ni cambiar las decisiones que había tomado, pero aún había adoptado una nueva decisión y era de esperar que aquella vez las consecuencias fueran mejores. La pareja que tenía allí delante tendría que vivir con la decisión que había tomado aquel día, de la misma manera que las decenas y miles de estudiantes que llenaban la plaza a mi espalda habrían de vivir arrastrando las consecuencias de sus decisiones.

La única duda que subsistía en mi mente cuando sostuve el libro rojo surgió al preguntarme cuál sería la decisión final de Dong Yi, aunque me extrañaba que hubiese optado por dejar a Lan. Dong Yi no era de los que eludían sus responsabilidades, pero sabía que si alguna vez había considerado hacerlo, me habría ido a ver para hablarme de ello. Tal vez hubiera estado ocupado, como él decía, con gente a la que ver y cosas que planear; pero aun así, lamentaba que no hubiésemos tenido más tiempo para hablar. Eso hubiera hecho que me sintiera mejor sobre mi actuación, aunque me imaginaba que no habría cambiado nada.

La boda fue el punto culminante del día, una muy necesaria inyección de ánimo para la moral de la plaza. Desde la finalización de la huelga de hambre, el Movimiento parecía haber perdido mucho el norte. En aquellos momentos no estaba claro qué pretendía conseguir el Movimiento, ni por qué medios ni con qué fin. Los estudiantes provenientes de las provincias, que tenían la sensación de haberse perdido toda la emoción de la huelga de

hambre, pretendían quedarse en la plaza hasta la reunión del Congreso Nacional del Pueblo, programada para el 22 de junio. Los estudiantes de Pekín estaban cansados, confusos y decepcionados, dispuestos a emprender un nuevo plan de acción y deseosos de abandonar la plaza. Se nos dijo que la Asociación Autónoma de Estudiantes había votado a favor de la retirada. Pero unas horas más tarde, la decisión se revocó. Un par de días después, la votación dio otro resultado diferente.

Muchos de los dirigentes del Movimiento, incluidos intelectuales destacados, habían pedido una retirada inmediata de la plaza. Opinaban que los estudiantes ya habían dicho lo que querían y que no se conseguiría nada si se proseguía con la confrontación. En lugar de eso, invitaron a los estudiantes a que volvieran a las aulas y persiguieran entonces los objetivos del Movimiento, democracia y libertad, por medios pacíficos y políticos. Pero otros, entre los que se contaba Chai Ling, creían que una retirada en aquel momento, sin que se hubieran satisfecho del todo sus exigencias, supondría un suicidio político. Las concesiones que habían obtenido del gobierno —como el diálogo o que la mejora de la educación se estableciera a nivel del gobierno local— se perderían. Si los estudiantes abandonaban voluntariamente la plaza de Tiananmen, ello permitiría también que el gobierno se atribuyese la victoria, y entonces nada cambiaría en China.

Aquella tarde, en su pequeña habitación situada en el mismo piso que la de Eimin, Li escuchó con sumo interés mi descripción de la boda. A medida que le explicaba las reacciones de la multitud, empecé a darme cuenta de que la ceremonia no sólo había proporcionado entretenimiento a todas las personas que había en la plaza, sino que también había contribuido a recordarnos por qué habíamos acudido a la plaza de Tiananmen, aspecto que parecía habérsenos olvidado con el ajetreo de las luchas diarias.

—¡Qué idea tan maravillosa la de contraer matrimonio en la plaza! —suspiró Li—. Ojalá hubiera estado allí para verlo, o aún mejor, supongo, ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

—¿Estás pensando en casarte?

—Todavía no. Pero hemos hablado de ello. —Sonrió al tiempo que inclinaba levemente la cabeza—. No sé si se trata simplemente del momento por el que estamos pasando, todo es emocionante y esperanzador.

Pero yo sólo quiero dar, hacer feliz a alguien, crear un mañana mejor. ¿A ti te pasa lo mismo?

—No lo sé. Quizá no tanto como a ti, pero yo sí me he casado —dije; al fin y al cabo, aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para contárselo a Li.

—¡Dios mío! —casi dio un salto de la silla—. ¿Con Eimin? ¿Y cuándo fue eso?

—Hace un par de días.

—¡Felicidades! —Li se acercó y me dio un abrazo—. ¿Cómo lo celebrasteis? ¿Con un banquete?

—No, no hemos hecho nada. Claro que, si lo hacemos algún día, no dudes de que estarás invitada. Tal vez cuando termine todo esto.

—¡Qué maravilla! —Volvió a sentarse en la silla, esquivando los diversos montones de papel, periódicos y panfletos que había en el suelo—. Todavía no puedo creerme lo que oigo. Felicidades, Wei. El matrimonio es todo un acontecimiento en la vida de una persona. Me alegro muchísimo por ti. Lo que pasa es que me ha sorprendido enterarme, y no porque no hagáis buena pareja. Creí que te gustaba alguien del departamento de física. Pero ahora todo tiene sentido, no me extraña haberte visto por aquí con tanta frecuencia últimamente.

—Con la persona de físicas ha terminado todo.

Quería cambiar de tema. Las preguntas de Li me empezaban a incomodar. Sus comentarios hechos de pasada alimentaban mis dudas.

—¿Para qué son estos papeles? —le pregunté al tiempo que señalaba los montones que había a sus pies.

—¡Ah! Son para mañana. Nos vamos a las montañas del oeste. Ayer llegó allí un centenar de tanques, pero los estudiantes de la Universidad de Idiomas de Pekín los detuvieron. Ahora esos estudiantes necesitan ayuda.

Me pasó el periódico que había en lo alto de un montón. Era un ejemplar de hacía diez días del Diario de la Juventud de Pekín, el periódico oficial de la Liga de Juventudes del Partido Comunista Chino.

—A muchos de los soldados no se les ha dicho la verdad sobre el Movimiento Estudiantil. Les han ordenado que vengán a Pekín para «sofocar los disturbios avivados por un pequeño grupo de anarquistas».

Hemos logrado reunir estos periódicos. Fueron publicados antes de que el gobierno censurara la cobertura veraz del Movimiento. Si no creen lo que les decimos, tendrán que creer los periódicos oficiales.

—¿Te gustaría que te ayudara con eso? —pregunté.

—Claro. Iba a atarlos en paquetes pequeños. No me vendría mal otro par de manos. —Li me pasó un rollo de cuerda hecho con pedazos de distinto grosor y longitud—. Pero esos panfletos todavía no. Mañana Xiao Zhang traerá más de la imprenta.

A la mañana siguiente salí con Li y veinte estudiantes de la Universidad de Pekín para evitar que los tanques entraran en la ciudad. En el asiento trasero de las bicicletas llevábamos pequeños paquetes de periódicos o de panfletos. Nos dirigimos hacia el oeste, pasando por el Palacio de Verano de los Emperadores y por los tortuosos callejones del último pueblo en la orilla este del Gran Canal de Pekín. Dicho canal forma parte del Gran Canal que conecta las provincias meridionales de China con su capital del norte, el cual fue construido por el segundo emperador de la dinastía Qin hace unos dos mil años y ampliado luego por otros emperadores a lo largo de la historia.

En la década de 1950 se construyó un embalse al norte de Pekín para que constituyera el principal suministro de agua de la ciudad y el canal se convirtió en la vía fluvial natural que enlazaba el embalse con los ocho millones de habitantes de Pekín.

En cuanto cruzamos el puente, la estrecha calle principal del pueblo se convirtió en una ancha carretera recta que corría a lo largo de la orilla oeste del canal. Unos álamos temblones de delgado tronco blanco bordeaban el camino. Aparte de los grupos de estudiantes y ciudadanos que se desplazaban en bicicleta, la carretera estaba libre de tráfico. Daba la impresión de que el camino que teníamos ante nosotros ascendía hasta llegar al cielo.

Al cabo de una hora y media de pedalear, las montañas del oeste aparecieron ante nuestra vista. Estas montañas tienen una especial importancia en la historia moderna china; en los años posteriores al

Movimiento del 4 de Mayo de 1919, muchos estudiantes y activistas se apoderaron de los pasos montañosos desde allí hasta las Tierras Altas Amarillas para unirse al Partido Comunista. Por consiguiente, dichas montañas siempre han representado el despertar de los estudiantes universitarios, cuando dejaron atrás sus torres de marfil y sus cómodas vidas para participar en la verdadera lucha del pueblo. En mi juventud, siempre que entraba en contacto con aquellos montes, las imágenes que se formaban en mi mente eran invariablemente las de aquellos hombres y mujeres veinteañeros ascendiendo por el difícil terreno ayudándose unos a otros. En dicha visión se animaban entre sí siempre que estaban cansados o perdían la esperanza y se decían que al otro lado había un mañana mejor y más brillante... Al otro lado, donde está la esperanza de China.

A menudo me pregunté qué se debía de sentir siendo uno de aquellos estudiantes, con una ruptura total con el pasado para empezar de nuevo. ¡Cómo debieron de conmoverse sus corazones la primera vez que vieron las montañas! ¡Qué emocionante debió de ser cuando dieron su primer salto al futuro!

Aquel día volvieron a aparecer en mi mente los mismos pensamientos y sentí que nunca había estado tan cerca de los estudiantes que me habían precedido, que también iban camino de construir una China mejor y más brillante.

Al fin llegamos al pie de las montañas. Kilómetros y kilómetros de campos de maíz y grano se extendían hacia el pie de la primera colina, donde había un pueblo situado bajo la protección de los bosques. Un ancho camino de tierra serpenteaba a través del mosaico verde y oro que formaban los campos. A lo largo del camino, como si de una gran serpiente muerta se tratara, se extendía la larga hilera de tanques.

Delante de la cabeza de la serpiente ondeaba el estandarte de la Universidad de Idiomas de Pekín. Bajo la bandera, frente a las roderas de los tractores, había unos veinte estudiantes más o menos. Li fue a hablar con el dirigente estudiantil de la mencionada universidad mientras que el resto de nosotros se dispersó, cada uno con un paquete de material impreso.

En su mayor parte, los tripulantes de los tanques estaban sentados encima de sus vehículos, aprovechando la brillante luz del sol. No tenían

más edad que los estudiantes que los rodeaban, aunque sus rostros estaban más curtidos. Parecía no importarles estar atascados en medio de ninguna parte y charlaban alegremente entre ellos. Pero no podían hacer caso omiso de las voces de los estudiantes recién llegados, que se dirigían a ellos a voz en grito desde todas partes.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó uno de los estudiantes a uno de los soldados, que se había quitado la gorra y se abanicaba con ella.

El estudiante repitió la pregunta. El soldado replicó, con una sonrisa:

—Para proteger al pueblo.

—¿Con tanques? ¡Los estudiantes de la plaza de Tiananmen no van armados!

—Nosotros somos el pueblo y os pedimos que regreséis por donde habéis venido —bramó otro estudiante.

—¡La protesta estudiantil no es anarquismo, y no la ha incitado un pequeño grupo de contrarrevolucionarios! —grité lo más fuerte que pude para que los soldados de lo alto del tanque pudieran oírme. Me puse de puntillas al tiempo que agitaba el periódico que llevaba—. Si no me creéis, leed el Diario de la Juventud de Pekín.

Pero nadie respondió ni tomó el periódico.

—No os han dicho la verdad. El Movimiento Estudiantil no es antirrevolucionario, sino patriótico.

Volví a agitar el periódico, intentando estirarme al máximo. Pero era demasiado baja para llegar a los soldados, que permanecían sentados con actitud despreocupada en el tanque.

Coloqué el paquete de papeles encima de la oruga y empecé a subir al vehículo de guerra. El sol ardiente había estado calentando el metal durante horas, de modo que estaba desagradablemente caliente. Otros estudiantes acudieron en mi ayuda y me animaron a seguir, me empujaron y me dieron impulso para encaramarme a aquella máquina gigantesca.

En realidad había muy poco espacio en el techo del tanque. A cada paso que daba tenía que detenerme y cambiar la posición de los pies para no perder el equilibrio. Había cuatro soldados sentados alrededor de la escotilla del techo abierta, con los botones superiores del uniforme desabrochados. Uno de ellos se abanicaba con la gorra. Hacía mucho más calor en la parte



superior del tanque, en la que el sol caía implacable y no había donde refugiarse.

Avancé hacia ellos a trompicones, intentando que no se me cayeran los periódicos ni los panfletos.

—Mirad, son periódicos oficiales del Partido. —Se los puse debajo de las narices—. Dejadme que os lea éste —dije mientras sostenía en alto un ejemplar del Diario de la Juventud de Pekín—. «Hoy, 18 de mayo, un millón de personas, incluidos estudiantes de todas las instituciones de enseñanza superior de Pekín, trabajadores de las fábricas, científicos, artistas, empleados de comercios y ciudadanos comunes, ha ido a la plaza de Tiananmen para apoyar a los manifestantes en huelga de hambre e instar al gobierno a que inicie el diálogo con los estudiantes». ¡Un millón de personas! Eso no es un pequeño grupo de gente. Y no están tratando de provocar desórdenes en el país.

Los soldados no tomaron los periódicos ni leyeron los artículos que les señalaba. Pero habían dejado de charlar y miraban con incomodidad hacia otro lado, hacia los campos de maíz.

—Este artículo dice que los trabajadores de la Compañía de Gas y Electricidad de Pekín donaron diez mil yuanes para apoyar a los estudiantes. Mirad, dice que se manifestaron hasta los estudiantes de la Escuela Central del Partido.

Esta institución era el lugar donde destacados miembros del Partido se entrenaban y preparaban para desempeñar un papel relevante en el gobierno; sus estudiantes se contaban entre la flor y nata de la cosecha del Partido Comunista Chino.

Les puse los periódicos en las manos y dije:

—Cogedlos y leed los artículos, por favor. Veréis que os estoy diciendo la verdad.

No parecían estar seguros respecto a cómo reaccionar a mis persistentes ruegos para que leyeran los artículos. Al cabo de un par de minutos, el soldado que trataba de refrescarse abanicándose con el sombrero tomó el periódico. Los demás lo imitaron.

—¿Un poco de agua fresca? —Un habitante del pueblo se acercó con dos cubos de agua. Tenía unos cuarenta años y un cabello como el acero

que se resistía a ir hacia abajo—. Recién sacada del pozo. —Llenó un cucharón de madera y lo levantó—. Bebed, por favor. No deberíais sufrir una insolación.

Los soldados parecieron más receptivos al ofrecimiento de agua que a mi periódico.

—No queremos que vayáis a la ciudad y disparéis a los estudiantes. Pero tampoco queremos veros sufrir. Las consecuencias las pagamos todos nosotros. Deberíamos cuidar los unos de los otros. A los grandes funcionarios de Zhongnanhai no les importamos —dijo el aldeano de todo corazón.

Puesto que los tanques se habían detenido allí, tanto los vecinos del lugar como los estudiantes organizaron entregas de comida y agua para los soldados. Aquello hizo que la interrelación entre estudiantes y soldados fuera amistosa, a pesar de alguna que otra confrontación. Los estudiantes habían hecho especial hincapié en que no tenían nada personal en contra de los soldados; dijeron que ambos grupos compartían el mismo patriotismo. Y de momento, la relación entre los soldados y los civiles había sido relativamente buena.

Pero yo me preguntaba cuánto tiempo podía durar ese clima. Las condiciones de vida se iban deteriorando, sobre todo en el interior de los tanques. Las tropas habían avanzado a toda velocidad durante días para llegar a Pekín. En aquellos momentos estaban detenidas en medio de ninguna parte, a kilómetros de su destino y de sus cómodas instalaciones. No podían salir de los tanques para ducharse o lavarse. No había más cuarto de baño que la naturaleza. Y, por como pintaban las cosas, tal vez tuvieran que permanecer donde estaban durante algún tiempo. Aún para el más paciente de los hombres, la frustración surgiría en algún momento.

¿Qué ocurriría entonces? ¿Se retirarían tal como exigían los estudiantes? ¿O se abrirían paso por la fuerza?

En el preciso momento en que pensaba esas cosas, el jefe del tanque salió del agujero con el descontento escrito en su rostro.

—¿Dónde están vuestro orden y disciplina? —les dijo a los soldados—. Miraos. Abrochaos las guerreras. Y tú vuelve a ponerte la gorra. Parece como si ya os hubieran derrotado.

Arrebató los periódicos a los soldados y no había duda de que estaba enojado por el hecho de que los hubieran aceptado. Se dirigió a mí y gritó:

—¡Baja! ¡Baja!

Se inclinó hacia delante y agitó la mano, indicándome por gestos que me marchara. Me sobresalté; di un paso hacia atrás y perdí el equilibrio.

—¡No utilicéis la fuerza! —exclamó la multitud, pensando que me había empujado.

El rostro del jefe del tanque enrojeció y les bufó a sus hombres:

—Entrad inmediatamente.

En cuanto los soldados hubieron entrado, quizá para recibir una reprimenda, seguidos de su jefe que cerró la escotilla del tanque tras él con estruendo, bajé de allí con la ayuda de otros estudiantes. La gente aplaudió. Me sentí eufórica.

Eché un vistazo a mi alrededor para encontrar a Li y al resto del grupo, pero no les vi. Habían llegado más estudiantes y ciudadanos de Pekín para desempeñar su papel y un gran número de personas rodeaba a los tanques. Muchos estudiantes también habían trepado a lo alto de los blindados y hablaban cara a cara con los soldados.

—¡Ah, estás aquí! —Li apareció de pronto a mi lado—. Ya se ha distribuido todo el material. Todo el mundo está esperando delante.

Nos abrimos paso como pudimos a través del gentío.

—Los estudiantes de la Universidad de Idiomas de Pekín han dicho qué cuando más ayuda necesitan es por la noche, cuando la gente se marcha —me dijo Li—. Está claro que si las tropas quieren abrirse paso a la fuerza no van a hacerlo durante el día, delante de toda esta gente, sino por la noche.

—¿No tienen suficiente gente para la noche? —pregunté.

—Por lo visto, no. La universidad no es muy grande. Muchos de sus alumnos están en la plaza de Tiananmen. Gran parte de los que se encuentran aquí desde el primer día ya están cansados. Creen que pueden arreglárselas, pero agradecerían un poco de ayuda por parte de las demás universidades.

—¿Podemos ayudar?

—Estamos muy diseminados y somos pocos; no en cifras reales, puesto que al fin y al cabo somos veinte mil en la Universidad de Pekín. Pero la

dificultad está en la logística y la organización. Por eso quiero regresar lo antes posible. Tengo que averiguar si podemos organizar algún tipo de refuerzos para ellos.

Li era una organizadora nata.

Fueron dos horas de intenso pedaleo antes de que llegáramos de vuelta a la universidad. Pensé en aquellos hombres y mujeres jóvenes tumbados ante los tanques. No tardaría en caer la noche y estarían solos contra el poder de los blindados y el ejército.

## Capítulo 14: Tiananmen

Se oye el ruido de las armas, del ejército que avanza en mitad de la noche».

Bai Juyi, siglo VIII

Mi hermana Xiao Jie regresó a casa, tal como mis padres le habían pedido que hiciera. No la había visto desde que se marchó a la universidad a principios de febrero, tras el Año Nuevo chino. Aquel día llevaba un vestido de algodón de color rosa sin mangas y tenía un aspecto saludable y bronceado. Se había cortado la larga melena justo por debajo de los hombros.

—Estaba perfectamente bien —dijo—. ¿Por qué todo el mundo cree que corría peligro? —Se molestó en seguida cuando le pregunté qué tal le habían ido aquellos días en Qing Tao. Imaginé que mis padres ya le habían hecho las mismas preguntas, posiblemente más de una vez.

—Nuestros padres sólo quieren tenerte cerca si las cosas empeoran. Sencillamente, estaban preocupados —dije representando el papel de hermana mayor.

—Pero ¿por qué es más peligroso Qing Tao que Pekín? ¿Cuál es la ciudad que está bajo la ley marcial?

—Sabes muy bien que no se trata sólo de dónde estás, sino también de lo que haces.

—¿Podrías ir a comprar unos bollos al vapor para la cena, por favor? —pidió nuestra madre, llegando de la cocina.

Así pues, aquella cálida tarde de verano, salimos, como habíamos hecho toda la vida, hacia el comedor universitario para comprar bollos al vapor para la cena.

—No creo que marchando y manifestándome hiciese nada que tú no hicieras. Sé que estuviste en la plaza de Tiananmen.

—Mamá dijo que habías ido a detener unos camiones militares. ¿De qué iba eso?

—Fue pocos días después de empezar la huelga de hambre. Algunos de los cadetes de la Academia Naval China que habían marchado con nosotros dijeron que se hablaba de una ofensiva militar. De modo que fuimos a impedir que los camiones entraran o salieran de la base naval.

—¿Cómo?

—Nos pusimos delante de los vehículos agarrados todos de los brazos.

El comedor estaba lleno de estudiantes hambrientos, del olor de la grasa utilizada para cocinar y del sonido de cientos de personas hablando en un espacio reducido. Intercambiamos nuestras experiencias de enfrentamientos con el ejército.

—No tendría que habérselo contado a mamá. Alucinó —siguió diciendo mi hermana—, y eso que no sabía que también fui a detener trenes. ¡Imagínate cómo hubiera reaccionado!

—¿Que hiciste qué?

—Un día nos dijeron que las tropas se encontraban en un tren que iba hacia Pekín. De manera que fuimos corriendo a la estación y nos sentamos en la vía.

—¿Y qué pasó?

—Vino el alcalde y nos aseguró personalmente que no había tropas en aquel tren. De modo que nos marchamos al cabo de tres horas.

La cola que teníamos delante disminuía con rapidez, como si dentro de la ventanilla hubiera un monstruo devorador de colas. En seguida nos llegó el turno. Pedí dos bollos normales y cuatro con carne y vegetales.

—¿Estás muy disgustada porque nuestros padres te hayan obligado a volver a casa? —le pregunté a mi hermana.

—Al principio sí lo estaba. Pero después me enteré de que muchos de mis amigos han venido a Pekín. Están en la plaza de Tiananmen. He estado yendo a verlos. Pero, por favor, no se lo digas a papá y mamá.

Durante la cena les conté a mis padres y a Xiao Jie lo que había visto en las montañas del oeste. Les expliqué que los estudiantes dormían frente a

los tanques para evitar que avanzaran y que los campesinos del lugar llevaron agua y comida a los soldados y les rogaron que no abrieran fuego contra los estudiantes. También les conté que había subido a uno de los tanques y había repartido unos periódicos.

—Estuve en lo alto de un tanque de verdad. Incluso toqué el cañón — dije con entusiasmo.

Mamá escuchó con gran interés y estuvo de acuerdo conmigo en una serie de puntos, pero a mi padre no le hizo gracia. De hecho, se enojó bastante conmigo y afirmó que era demasiado ingenua.

—¿Vosotros, los jóvenes, qué creéis que es esto? ¿Un parque de atracciones? ¡Podrías haber resultado heridos!

—No te preocupes. El país entero, incluidos los soldados, está con los estudiantes. Hoy mismo, en Xi Dan, una sección del ejército se ha retirado después de que los estudiantes les hicieran frente. No quieren hacerles daño.

—Si piensas así, es que eres tonta —rebatí mi padre, con el rostro rojo como siempre que montaba en cólera.

—¿Alguien quiere más arroz? —intervino mamá con prontitud.

Aquel día, el 2 de junio de 1989, el calor era particularmente bochornoso y cuando, después de comer, volví en bicicleta a la Universidad de Pekín, la voz de mi padre había desaparecido por completo. Ciertamente era que la situación se había vuelto más peligrosa. Además de los tanques que llegaban a las afueras de Pekín, había habido noticias de grandes maniobras militares y se habían visto soldados dentro de la ciudad. Mucha gente temía una ofensiva inminente. Pero aun así, parecía que la determinación de los estudiantes y ciudadanos de Pekín era lo bastante fuerte como para detener la amenaza. Y las muchas historias de estudiantes que triunfaban sobre soldados que en apariencia simpatizaban con ellos nos levantaban aún más el ánimo.

El campus era un hervidero de confianza. En cuanto pasé por el tranquilo riachuelo que serpenteaba por el jardín chino situado en las proximidades de la puerta sur, me encontré de inmediato a unos estudiantes que llevaban pinturas y pinceles. En un momento dado tuve que parar y dejar paso a una gran pancarta en la que se leía: «Libertad para China». Un joven con el cabello largo y una banda en la cabeza y que llevaba una

bandera plegada en una mano pasó por mi lado en bicicleta a toda velocidad; los dos extremos de la banda, anudados en la parte posterior de la cabeza, se agitaban en el aire como las alas de una mariposa blanca. Más estudiantes se dirigían al Triángulo, algunos iban asidos de la mano en silencio, otros hablaban en voz alta.

Mientras caminaba por el Triángulo, me fijé en varios carteles nuevos que cuestionaban la estrategia general del Movimiento y de los dirigentes estudiantiles. Aquellos llamados «pensamientos» habían aparecido con más frecuencia durante los últimos días. Uno de los carteles ponía en duda el estilo combativo de los dirigentes estudiantiles y argumentaba que ello podría aumentar la tensión y conducir a trágicas consecuencias. Unos días antes, temiendo un inminente derramamiento de sangre, la Alianza para Proteger la Constitución, un grupo de enlace entre trabajadores, ciudadanos y estudiantes había pedido a éstos que abandonaran la plaza, pero el Centro de Mando Estudiantil de la Plaza de Tiananmen, liderado por Chai Ling, rechazó la petición. Otro de los carteles de la pared planteaba la cuestión de las facciones políticas dentro de las más altas esferas gubernamentales, y afirmaba que algunos altos cargos podrían estar utilizando el Movimiento Estudiantil para eliminar a los reformistas. «Tened cuidado, queridos compañeros estudiantes, con los zorros astutos. No dejemos que nos utilicen. No sólo tenemos que ser valientes, sino también políticamente prudentes. De momento parece que han ganado los partidarios de la línea dura».

De vuelta en mi nueva casa —la pequeña habitación de Eimin en el Edificio para el Joven Profesorado—, mi esposo me esperaba para ir a la puerta sur. Estaba previsto que hiciéramos el turno de noche en la plaza. Eimin insistió en que me llevara un jersey para la noche, pero no quise.

—Da igual. Ya he estado allí antes. La primera mitad de la noche tampoco hace demasiado frío. Y vamos a volver antes de medianoche, ¿no?

Bajamos y nos dirigimos hacia la puerta sur. Le hablé a mi nuevo marido sobre los textos provocativos que había visto en el Triángulo.

—¿Tú crees que los estudiantes deberían abandonar la plaza? — pregunté.



—Personalmente creo que fue un error que el Centro de Mando Estudiantil rechazara la idea; he oído que, en realidad, la mayoría de los miembros de la AAE votó a favor de ella. Cuanto más se intensifica el conflicto, más hay en juego. Es necesario que uno de los dos bandos se eche atrás. Pero me temo que no va a ser el gobierno.

—¿Por qué no?

—Porque las tropas y los tanques ya están aquí. Mao Zedong siempre había dicho, y con toda la razón: «El que tiene las armas tiene el poder» —respondió Eimin.

—Pero hemos detenido a los tanques. No pueden entrar. Lo que el gobierno está haciendo no es más que un Zhi Louhu, un tigre de papel, temible sólo en apariencia.

—¿Por qué crees que ningún movimiento estudiantil que actuara solo ha tenido éxito alguna vez en la historia de China, incluido el Movimiento del 4 de Mayo? Los estudiantes universitarios son un grupo demasiado selecto en China. Sólo una persona de cada mil.

Hablaba de una manera un tanto extraña, como si no estuviera de parte de los estudiantes. Imaginé que se daba cuenta de su edad, así como de su posición como miembro del profesorado.

—Pero esta vez es distinto. Esto ya no es sólo un movimiento estudiantil; los obreros de las fábricas han marchado hacia la plaza de Tiananmen, y también periodistas, miembros del Partido y oficinistas. Esta vez está todo el mundo incluido.

—Pero el ejército no está del lado de los estudiantes, ¿verdad? —me interrumpió Eimin.

—No. Todavía no. Pero podría suceder, nunca se sabe. Tal vez uno de los generales se rebelará, igual que en 1910, cuando los soldados se implicaron en el levantamiento que derrocó al emperador.

—¿De verdad piensas eso? —insistió Eimin.

—Bueno..., incluso si no obtenemos el apoyo del ejército, ¿qué puede ocurrir? Están aquí todos los periodistas extranjeros, un montón de cámaras de televisión. El mundo está observando —repliqué recordando las palabras de Jerry.

Eimin se detuvo. Habíamos llegado a la puerta sur.

—Supongo que eso es lo que nadie sabe. Pero ¿acaso al gobierno le preocupará tanto guardar las apariencias como para dejar que su poder se vea amenazado?

Acababa de detenerse un camión. No había duda de que los que estaban a bordo regresaban de un turno bastante largo en la plaza: iban sucios y tenían aspecto de estar exhaustos. Los vitoreamos, pero pocos respondieron. Algunos parecían tener problemas para mantener los ojos abiertos. Vi a Wu Hong, un antiguo compañero de clase, y lo saludé con la mano. Llevaba su característico cabello largo y ondulado metido en una banda blanca que entonces estaba torcida y tenía las letras, que se habían escrito con pintura roja, arrugadas. Me respondió con una sonrisa.

Subimos al camión en cuanto éste acabó de descargar al grupo anterior. Cuando el vehículo dobló la esquina en Zhongguancun, el barrio de la Puerta Media, nuestro jefe de grupo desplegó la bandera y dejó que ondeara.

En la calle, la gente agitaba las manos para saludar a nuestro paso y gritaban:

—¡Apoyo a los estudiantes que se manifiestan!

—¡Queremos libertad!

—¡Larga vida a los estudiantes!

Nosotros respondíamos:

—¡Gracias por vuestro apoyo!

—¡Lucharemos hasta conseguir la victoria!

—¡Larga vida a la libertad y a la democracia!

Nos agarrábamos a los paneles laterales del camión, agitando las manos y gritando con entusiasmo, con el viento en los cabellos y el sol en los hombros. Saludé a las personas que iban en los autobuses, a las abuelas que pasaban cargadas con la compra y a los niños con el cuello abrigado con bufandas rojas. Saludé a los peatones que caminaban por detrás de las vallas de las calles y a los que vivían en los altos edificios de apartamentos. Aquel día, mientras me desplazaba en el camión abierto, estaba de muy buen humor, lo mismo que todo el mundo en Pekín. Me moría de ganas de estar allí, en la plaza de Tiananmen. Sentía que estaba realizando mi

contribución, por pequeña que ésta fuera, a un mejor futuro para China, que tal vez hasta podía estar ayudando a forjar la historia.

Llegamos a la plaza de Tiananmen en el camión abierto alrededor de la hora de la cena. Al igual que en días anteriores, decenas de miles de estudiantes llenaban la enorme plaza de cuarenta y nueve hectáreas. Algunos de ellos, que habían recorrido hasta ochocientos kilómetros en tren, se manifestaban a la manera tradicional china: sentados en silencio. Sentarse en silencio para desafiar a la ley marcial y al gobierno.

Habían llegado tiendas donadas por partidarios de Hong Kong y de otros países del sudeste asiático. Los manifestantes, agrupados por universidades, estaban sentados junto a las tiendas, bajo sus banderas y pancartas. En el extremo sur de la plaza, cerca de la Puerta Zheyang, la Puerta del Sol Sincero, había una pancarta desplegada a medias rezaba: «Democracia, Libertad, Derechos Humanos».

En el centro de la plaza se alzaba el Monumento a los Héroes del Pueblo. Iluminado por la cálida luz del sol, el obelisco parecía una espada gigantesca que penetrara en el cielo azul. Al pie del monumento había establecido su base el Centro de Mando Estudiantil de la Plaza de Tiananmen, una organización creada el 21 de mayo, un día después de declararse la ley marcial en Pekín. Los altavoces no dejaban de transmitir noticias y discursos de los dirigentes estudiantiles.

—Compañeros estudiantes, soy Chai Ling, comandante en jefe de la plaza.

Entre el monumento y la Puerta de la Paz Celestial, al norte, se alzaba la estatua blanca de diez metros de altura de una joven china que sostenía la antorcha de la libertad: la Diosa de la Democracia, inspirada en la famosa Estatua de la Libertad del puerto de la ciudad de Nueva York. Dicha estatua, hecha por un grupo de estudiantes de arte con espuma de poliestireno, se había erigido en la plaza dos días antes.

Desde las afueras de la plaza llegaba el ruidoso mundo. Camiones, autobuses, pequeñas furgonetas, coches, scooters y Sanlun Che (carretas de madera de tres ruedas) traían de todo, desde agua, comida, mantas y suministros médicos hasta estudiantes de refresco como nosotros. Unos

monitores estudiantiles con brazaletes de color rojo hacían señas al tráfico para que éste fuera por uno u otro lado.

—¡Adelante, muévete! —gritaban—. ¡Tú, tú no! ¡Por allí!

La entrada principal al Museo de Historia China, en el lado oriental de la plaza, se había convertido en un aparcamiento. A aquel espacio abierto rodeado de gruesos árboles llegaban camiones o autobuses con estudiantes para sustituir a los que habían estado en la plaza desde primera hora de la mañana. Para apoyar a los miles de manifestantes que había en la plaza se requerían otros miles más cada día que los ayudaran y protegieran: los estudiantes de medicina comprobaban continuamente las condiciones de los manifestantes, los suministros se organizaban y se hacían llegar. Varias hileras de personas formando cadenas humanas rodeaban la enorme plaza para defenderla y para cerciorarse de que hubiera orden y también seguridad para los que estaban dentro; por lo visto, la policía secreta había llevado a cabo algunos intentos de infiltrarse en la plaza. Puesto que la ocupación estudiantil seguía adelante, se había incrementado el número de líneas defensivas, además de fortalecer las medidas de seguridad, las cuales necesitaban refuerzos constantes.

Aquel día mi tarea era la defensa. Nuestro jefe de grupo, un campeón de natación de la universidad, agitaba la bandera en el aire con orgullo. Aquella bandera simbolizaba el alma y el espíritu de la democracia en aquel y en otros momentos de la historia moderna de China, como durante el Movimiento del 4 de Mayo.

Un autobús lleno de estudiantes se detuvo en el estacionamiento que había justo detrás de nosotros; la bandera de la Facultad de Comercio de Pekín iba al frente de los ocupantes del vehículo. Una mujer de piel oscura de unos veinte años gritaba por un megáfono: «En fila de a cuatro. En fila de a cuatro».

Algunos de los estudiantes traían cantimploras con agua; otros, sombreros de paja. Algunos llevaban chaquetas o jerséis para la noche. En cuanto estuvieron alineados, habló el jefe del grupo:

—Estudiantes, muchos de nuestros compañeros llevan más de quince horas en la plaza. Están muy cansados. Esta noche tendréis que tomar el relevo y cuidar de los manifestantes. El autobús de la universidad os

recogerá en cuanto el siguiente grupo esté reunido y listo para sustituirlos. ¡Luchad hasta la muerte! ¡No os rindáis nunca!

Con la bandera de su universidad en alto, hombres y mujeres jóvenes de ojos brillantes marcharon hacia el lado meridional de la plaza. Mirando sus rostros se podría pensar que eran un grupo de estudiantes de camino a un examen público para el cual habían sido elegidos y en el que sabían que se iban a lucir.

—¡Compañeros estudiantes de la Universidad de Pekín! —gritó nuestro jefe de grupo a voz en cuello—. ¡Seguidme hacia nuestra posición! No os separéis...

El ruido de los camiones recién llegados y los autobuses que se marchaban de inmediato ahogó el final de su frase. Cuando cruzamos la carretera de circunvalación en dirección a la plaza, los estudiantes que controlaban el tráfico hicieron señales para que éste se detuviera. Aplaudieron y gritaron:

—¡Demos la bienvenida a los estudiantes de la Universidad de Pekín!

Los conductores que aguardaban a ambos lados de la calzada participaron con sus bocinas. Nuestro jefe de grupo hacía ondear la bandera con orgullo y respondía a voces:

—¡Da Jia Xin Ku! ¡Todo el mundo ha trabajado duro!

Estábamos muy animados y seguimos ufanos a nuestro líder hacia la plaza de Tiananmen.

Avanzamos hacia el norte de la plaza y caminamos a un brazo de distancia los unos de los otros. El sol se estaba poniendo. Al hacerlo, el cielo del oeste adoptó un color rojo oscuro y el suave aroma de una noche de verano empezó a penetrar lentamente a través del calor. A mi izquierda iba mi marido, el profesor de treinta y cinco años; a mi derecha, un joven de unos diecinueve años, pálido y delgado, con un ondulado permanente en el cabello. Detrás de él marchaba otro joven de aproximadamente la misma edad, de piel más oscura, con la típica mirada profunda de las personas de China meridional. A su lado avanzaba su novia. Recorrí la fila con la mirada y vi a más personas a las que no conocía y que tampoco me conocían a mí. Pero por aquella noche, y por aquel breve espacio de nuestras vidas, éramos compañeros de armas.

La noche del 2 de junio llegó tal como la tengo en el recuerdo: sentada en una cálida losa de piedra en el centro de la plaza que simboliza el corazón de China, contemplando cómo la puesta de sol inflamaba el cielo con sus maravillosos colores, regando un bocadillo de salchicha con una bebida espumosa llamada Chi Sui o agua gaseosa. Me encontraba entre cientos de miles de desconocidos y aun así nunca me había sentido tan conectada con la gente en toda mi vida.

Pronto oscureció. Detrás de nosotros, a unos doscientos metros de distancia, muy diseminadas entre los árboles que bordeaban la carretera de circunvalación, las farolas se encendieron sin proporcionarnos apenas luz, sino más bien una abundante oscuridad y sombras siniestras. Frente a nosotros, el mar de banderas, pancartas, tiendas y gente había desaparecido en la oscuridad. La única luz que había en la plaza la daban unos cuantos reflectores situados en la base del Monumento a los Héroes del Pueblo. Los altavoces seguían emitiendo.

«Compañeros estudiantes, compañeros estudiantes, soy Chai Ling, comandante en jefe de la plaza». La voz aguda de mi antigua compañera de habitación nos volvió a llegar a través de los altavoces. Anunció a la multitud que acababan de recibir noticias de que los tanques apostados en las afueras de los barrios periféricos del oeste habían dado media vuelta y se habían retirado.

Aplaudimos la noticia. En aquellos momentos, sin embargo, no sabíamos que a unos mil seiscientos kilómetros de distancia, otra unidad del Ejército Popular de Liberación, el 27.º grupo del ejército, al mando del hermano del mariscal Yang Shangkun, presidente de China, había sido movilizado. Soldados muy bien armados, pertrechados con uniformes de campaña, vehículos blindados de transporte de tropas, tanques y camiones de camuflaje avanzaban rápidamente hacia Pekín en medio de la noche. Resultaba que los soldados, como aquellos con los que me había topado en las montañas del oeste, pertenecían a una unidad del EPL apostada no muy lejos de Pekín. Algunos de ellos provenían de ciudades más o menos grandes, pero la mayoría de soldados del EPL eran campesinos. Al parecer,

su proximidad a la ciudad y la interacción que hasta el momento habían tenido con los estudiantes los habían convertido en una opción ineficaz para lanzar una ofensiva, de modo que los estaban relevando.

Durante un rato, la noticia de la retirada de los blindados pasó a ser nuestro principal tema de conversación.

—Esto demuestra que, siempre y cuando nos unamos, los estudiantes podemos derrotar al ejército —dijo el que estaba a mi lado.

—Los tanques se marchan, muy bien, pero ¿y los soldados que ya están en la ciudad? ¿Dónde están ahora?

Nos miramos unos a otros y nos quedamos en silencio. Empezaba a refrescar. Me froté los brazos desnudos con las manos y lamenté no haber escuchado a Eimin y no haberme traído algo más grueso que el vestido de algodón que llevaba puesto. Miré hacia la oscuridad. No veía nada. Parecía que la ciudad se hubiera acostado para pasar la noche. Los altavoces habían dejado de transmitir.

—Hay muchos lugares en la ciudad que pueden esconder a unos miles de soldados —dijo el estudiante delgado con el ondulado permanente en el cabello—. Por ejemplo, la Ciudad Prohibida.

La Ciudad Prohibida es el lugar en el que antaño residían los emperadores y en la actualidad es un parque cuya extensión equivale aproximadamente la mitad que la del Hyde Park de Londres.

—En la Ciudad Prohibida caben muchos más que unos miles —asintió Eimin.

—Pero no es posible. La Ciudad Prohibida está abierta al público y nadie ha visto nada.

—Hay zonas que no están abiertas al público —rebató Eimin.

Conversaciones similares tenían lugar, en voz baja, entre nuestros vecinos de la línea defensiva, los rumores de radio macuto.

—He oído que allí, bajo la Gran Sala del Pueblo, hay un sistema de túneles secretos. —El estudiante del sur señaló hacia el oeste en la oscuridad—. Se construyeron a propósito para que los líderes del Partido pudieran escapar por ellos en caso de que los rodearan. Los soldados podrían haberse instalado allí sin que nadie lo sepa.

Mientras él hablaba, empecé a imaginar que las gigantescas puertas entre las imponentes columnas del edificio se abrían y que miles de soldados empuñando fusiles y otras armas relucientes irrumpían en la plaza.

«También podrían salir del Museo de Historia China», pensé. Miré hacia atrás, pero no había más que oscuridad y sombras. Empecé a preguntarme qué era cada sonido. Intenté aguzar más el oído, pero sólo me llegaban las palabras y los murmullos de mis compañeros estudiantes.

Me puse en pie, estiré un poco las piernas, traté de disimular el miedo que sentía; no quería que nadie supiera que estaba asustada.

Entonces oí la tensa voz de Eimin:

—Acabo de hablar con nuestro jefe de grupo. Dice que nuestros relevos no han llegado todavía y que no sabe cuándo vendrán. Ya es más de medianoche..., esto no es bueno. Si deciden atacar, las primeras horas de la mañana son el mejor momento. Mira la luna. La luz de la luna es perfecta para un ataque, pueden vernos con claridad.

Entonces me di cuenta de que él también tenía miedo.

Y resultó que nuestros temores estaban justificados. Sin que nosotros lo supiéramos, en aquellos momentos Li Peng había convocado una reunión extraordinaria del Comité Permanente del Politburó la mañana del 2 de junio de 1989: también asistieron los miembros más antiguos del partido, incluido Deng Xiaoping y su íntimo camarada Yang Shangkun. En la reunión, Yang Shangkun informó al Comité de que las tropas, en efecto, se habían trasladado a la Gran Sala del Pueblo, así como al parque Zhongshan, a los Palacios de la Cultura del Pueblo Trabajador y al complejo del Ministerio de Seguridad Pública. Todos los oficiales y soldados habían sido preparados a conciencia para desalojar la plaza de Tiananmen.

Li Peng dijo a los presentes en la reunión que la plaza se había convertido en el centro del Movimiento Estudiantil. Todos los sucesos que siguieron a la declaración de la ley marcial, tales como «crear un cuerpo dispuesto a todo para impedir el paso de las tropas de la ley marcial, reunir a unos matones para que irrumpen en el Departamento de Seguridad Pública de Pekín, realizar ruedas de prensa y reclutar al Cuerpo de los Tigres Voladores para que pase los mensajes», se tramaban y dirigían desde la plaza... o al menos eso dijo él.



Además, la plaza albergaba los cuarteles generales de algunas organizaciones ilegales, como la Asociación Autónoma de Estudiantes, la Federación Autónoma de Obreros y el Centro de Mando Estudiantil de la Plaza de Tiananmen. Muchos de los medios de comunicación de todo el mundo también habían centrado su atención en la plaza, y la ayuda material se enviaba asimismo allí. Por tanto, Li Peng manifestó que, para restablecer la estabilidad en Pekín y en China, la plaza tenía que ser desalojada.

Así pues, cuando la reunión llegaba ya a su fin, el Comité Permanente votó por despejar la plaza por la fuerza. Con el respaldo de dicha decisión, Deng Xiaoping dio la orden a Yang Shangkun para que la Comisión Militar Central ejecutara el plan.

Aunque en aquellos momentos desconocíamos la importancia del inminente peligro, la perspectiva de quedarnos atrapados en la plaza hizo estremecer a toda la línea defensiva. Cuando el silencio se volvía insoportable, hablábamos de nuestra procedencia y de lo que teníamos planeado hacer en el futuro. Aquellas conversaciones, normalmente importantes para personas de nuestra edad, aquella noche parecían tan superficiales que imagino que ninguno de los que estaba allí se ha acordado nunca de lo que dijo u oyó. Pero hablábamos porque el silencio y nuestra imaginación nos asustaban. Estoy segura de que muchos de nosotros pensamos en la muerte.

Al cabo de los años seguía recordando aquella noche con extrañas sensaciones. Parecía surrealista pensar en la muerte a los veintidós años. Pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, el recuerdo se desvaneció y, con él, el miedo que había sentido en mi interior. Pero aún me sorprende recordando aquella noche, a veces en los momentos más insospechados, como cuando voy conduciendo por las calles de París o caminando por la Quinta Avenida en Nueva York, o cuando estoy sentada en la escalinata de la plaza de España en Roma. En el preciso momento en que me digo a mí misma «¡Qué noche tan hermosa!», me acuerdo de aquella noche en concreto. Supongo que el miedo a la muerte y el amor por la vida son como hermanos siameses, inseparables. Y aún me encuentro preguntándome qué vida llevan hoy los demás y si sus recuerdos de aquellas noches en la plaza

de Tiananmen también se deslizan sigilosamente en su cabeza, como hacen los míos.

Aquella noche, después de lo que pareció una eternidad, se me empezaron a entumecer las piernas. Entonces, súbito como un disparo, llegó el estruendo de los camiones; habían llegado nuestros relevos. Era alrededor de las 2.30 de la madrugada. Todos nos levantamos de un salto inmediatamente, abandonamos nuestras posiciones y corrimos como locos hacia el aparcamiento.

Eimin y yo seguimos a la multitud y encontramos los dos camiones que habían venido a buscarnos. Los grupos se habían mezclado por completo; las personas que estaban cerca de los vehículos se abrían paso a empujones para subir y las que se encontraban aún a cierta distancia se apartaban unas a otras para acercarse. Cuando nosotros llegamos, el primer camión ya estaba lleno. Todo el mundo se precipitó hacia el segundo. En la parte trasera había un estudiante alto y fuerte que controlaba cuanto podía a la multitud. Justo cuando quedaban unas diez personas entre nosotros y el camión, empezó a hacer retroceder a la gente.

—El camión está lleno. Ya no cabe nadie más.

La gente estaba enojada.

—¿Y nosotros qué? ¿Va a venir otro?

—No. Esta noche sólo tenemos estos dos camiones. Tendréis que esperar aquí hasta que volvamos a buscaros.

—¿Qué? Hay dos horas de aquí a la Universidad de Pekín. Será de día cuando volváis.

—¿No podrías hacer una excepción? —preguntó Eimin.

El chico de seguridad lo miró por unos momentos.

—¿Xu Eimin, psicología?

—Sí.

—El año pasado fui alumno suyo. Vamos.

Le guiñó un ojo a Eimin y nos ayudó a subir al camión. El vehículo tomó la carretera de circunvalación y torció a la izquierda por el bulevar de la Paz Eterna. A medida que nos alejábamos de la plaza de Tiananmen, noté que el corazón me latía más despacio. La noche más larga de mi vida había concluido.

Menos de veinticuatro horas más tarde, los tanques pasaron por el mismo bulevar y los soldados abrieron fuego.

Manó sangre del cielo.

## Capítulo 15: Sangra que mana del cielo

La sangre tiñó de rojo la hierba; los lobos estaban apostados en lo alto».

Li Bai, siglo VIII

Dormimos hasta las tres y media de la tarde; cuando nos despertamos, el sol brillaba demasiado y el calor en la habitación era excesivo. Nos dimos cuenta de que no habíamos comido nada aparte de la salchicha y los bollos al vapor que tomamos en Tiananmen la noche anterior, así que compartí un poco de leche fría y media tableta de chocolate con Eimin y me sentí mejor.

Salimos por la puerta sur y doblamos a la derecha por la calle Haidian. El aire ardía. Unas cuantas mujeres bajaban por la calle ocultando el rostro bajo unos parasoles. La pequeña tienda donde vendían sopa de fideos y de wonton estaba abierta, pero había pocos clientes. Antes había sido una tienda de informática, pero el local se quedó pequeño. Hacía unos cuantos meses trasladaron los ordenadores a Zhongguancun, el barrio de la Puerta Media, el nuevo distrito de alta tecnología que había montado el gobierno.

La hija del propietario nos trajo unos grandes cuencos de sopa wonton y luego fue por ahí limpiando las mesas. Detrás del mostrador, sus padres hablaban con su acento del campo, que sonaba como si cantaran con la parte posterior de la garganta. Eimin y yo nos tomamos la sopa rápidamente sin dirigirnos palabra. A pesar de las horas que había dormido estaba exhausta. Pensé en quienes hacían de monitores estudiantiles en la plaza noche tras noche y me pregunté de qué materia estaban hechos que podían pasarse noches y noches sin acostarse.

Después de la sopa compramos unos helados, regresamos al campus y paseamos sin prisa por sus frondosos senderos. Muchos estudiantes salían también a dar un paseo después de comer y compartían la sombra con

nosotros. Eran poco más de las seis. De pronto, el sistema de megafonía de la universidad se puso en marcha y emitió un comunicado oficial a todo volumen. Eimin y yo nos acercamos a uno de los altavoces para oír con más claridad lo que decía la locutora:

«Hoy, 3 de junio de 1989, el Gobierno Municipal de Pekín y el Centro de Mando de la Ley Marcial han hecho público conjuntamente el siguiente comunicado urgente: ... con efecto inmediato... los ciudadanos de Pekín tienen que prestar la máxima atención. Por favor, manténganse alejados de las calles y de la plaza de Tiananmen. Todos los trabajadores tienen que permanecer en sus puestos. En pro de su propia seguridad, todos los ciudadanos deben quedarse en sus casas».

—Algo malo está a punto de ocurrir —dijo Eimin.

A los pocos minutos se repitió el comunicado y luego lo volvieron a emitir. Eimin y yo nos fuimos a casa a toda prisa y encendimos el televisor. Todos los canales estaban retransmitiendo el mismo comunicado.

«A primera hora de esta mañana, un pequeño grupo de elementos contrarrevolucionarios volcó vehículos del ejército, pinchó neumáticos y atacó a soldados del EPL. Su objetivo era provocar disturbios antirevolucionarios. El Gobierno Municipal de Pekín y el Centro de Mando de la Ley Marcial, por tanto, hicieron público el siguiente comunicado de urgencia: ... con efecto inmediato, los ciudadanos de Pekín tienen que prestar la máxima atención...».

En la pantalla del televisor vimos un coche del ejército en llamas. Algunos autobuses, quemados y volcados, bloqueaban los principales cruces a lo largo del bulevar de la Paz Eterna. Se podía ver a grupos de estudiantes que corrían y daba la impresión de que era al amanecer.

Eimin y yo bajamos corriendo al Triángulo. Cientos de personas se habían reunido allí y había más de camino.

«Grandes contingentes de soldados han entrado en la ciudad y se dirigen a la plaza. Algunos de ellos van armados con fusiles y acompañados de tanques y vehículos blindados. Otros van vestidos de paisano y se desplazan a pie o en vehículos civiles, con cuchillos y barras de hierro», dijo la locutora de la emisora estudiantil.

—Compañeros estudiantes, tenemos que defender la plaza de Tiananmen —exhortó un estudiante que parecía estar al mando—. Pedimos a todos los compañeros que estén disponibles que se dirijan a la plaza. Cuanta más gente podamos reunir, más segura estará Tiananmen.

En aquel punto fue interrumpido por otro joven que añadió:

—Llevad con vosotros toallas mojadas para protegeros de los gases lacrimógenos. Si tenéis cualquier cosa que pueda utilizarse como arma, garrotes o bastones, traedlos también.

—Representantes de cada departamento, por favor, id a buscar a toda la gente que podáis —dijo el que había hablado primero—. Salid hacia la plaza de Tiananmen tan deprisa como podáis, en bicicleta o a pie. No esperéis a los camiones de la universidad. Es esencial que la gente llegue allí lo antes posible.

En cuestión de media hora, la multitud reunida en el Triángulo había llegado a ser de miles de personas. Veía las banderas de unos veinte departamentos. La emisora siguió emitiendo noticias de enfrentamientos entre estudiantes y tropas; y al parecer, los ciudadanos de Pekín habían salido en masa para proteger a los estudiantes.

—Aquí empieza a haber demasiada gente. Vamos al otro lado —le gritó Wang Jing, una maternal estudiante de posgrado, al universitario que ondeaba la bandera del departamento de psicología.

Los seguimos por el espacio entre dos edificios hasta el patio que había frente al Edificio para el Joven Profesorado. Junto a la bandera vi a mi antiguo compañero de clase, Wu Hong, que se ataba la desgastada banda en la cabeza. Ya no era blanca y la tinta roja se había borrado.

—El primer grupo está listo para ponerse en marcha —dijo Wu Hong, quien tenía tras él a un grupo de siete u ocho hombres.

—¿Qué hay de las toallas mojadas o las armas? ¿No tendríais que esperar? —preguntó Li.

—No, no podemos. Tenemos que ir a Tiananmen lo antes posible —respondió Wu Hong en tono apremiante.

—Wu Hong está a cargo de este grupo. Intentad llegar a la plaza. Pero si por el camino os necesitan en otra parte, lo que hagáis depende de vosotros —dijo Wang Jing.

Yo todavía arrastraba el cansancio de la noche anterior, pero quería ir.

—No voy a dejarte. —Eimin me echó a un lado de un tirón—. No seas estúpida. Ya está, la ofensiva será esta noche.

—Gas lacrimógeno y balas de goma, ¡qué miedo!

—Esta noche puede no ser de miedo, sino de muerte.

Nunca había visto a Eimin tan vehemente. Sin decir ni una palabra más, me arrastró fuera de allí y escaleras arriba.

A medida que iba transcurriendo la noche, cada vez había más grupos que se dirigían al centro de la ciudad. Yo me quedé en el campus, puesto que Eimin se había empeñado en ello. Aquella noche permanecí despierta hasta tarde, con la mirada fija en la oscuridad, preguntándome qué ocurriría. Las imágenes que había visto la noche anterior, de soldados cargando contra los estudiantes que protestaban en la plaza, volvieron a aflorar en mi mente. La noche anterior había pensado que iba a morir y esos pensamientos volvían, pero ahora temía por los amigos y compañeros de clase que habían ido a la plaza de Tiananmen. «Quizá habría ido con ellos si Eimin no me lo hubiera impedido», pensé. Pero a mí también me asustaba morir.

No quería que nadie muriera. Tenía la esperanza de que Eimin estuviera equivocado y que los estudiantes ganaran. Pero estaba en un dilema, puesto que no me encontraba con mis compañeros de clase y, al mismo tiempo, me daba miedo estar con ellos. Al final, decidí que me reuniría con ellos al día siguiente en la plaza, y con ese pensamiento, poco a poco, me relajé y me quedé dormida.

A altas horas de la noche nos despertó un alboroto en el pasillo. Eimin se levantó para echar un vistazo.

—¿Qué hora es? —pregunté medio dormida.

—Las tres de la madrugada. Vuelve a dormirte.

Abrió la puerta y la luz del pasillo me dio en el rostro. Cerré los ojos y me volví de cara a la pared.

—¿Qué pasa? —oí que preguntaba alguien, y los ruidos cesaron.

—Xiao Chen aún no ha regresado. La señora Chen está preocupada.

—¿Qué voy a hacer? —preguntaba llorosa la señora Chen.

—¿Dónde está Xiao Chen?

—Fue a la plaza.

—Vaya, eso no es nada bueno. He oído que los soldados han abierto fuego —dijo un hombre de edad.

La señora Chen comenzó a llorar con más fuerza.

Me levanté de la cama de un salto, me cubrí con una bata y salí fuera. Vi a la señora Chen, la esposa de un profesor de derecho, de pie junto a otro vecino, Lao Liu, con su camiseta y unos calzoncillos que le estaban grandes. Su mujer estaba a su lado.

—Lao Liu, ¿dónde has oído esto? —pregunté.

—Abajo. Todo el mundo habla de ello.

—¿Algún muerto?

—Muchos. La gente dice que el bulevar se ha transformado en un río de sangre.

Se abrió otra puerta más abajo del pasillo. Salió otra vecina y se acercó a nosotros.

—Cálmese, por favor, señora Chen. Tal vez Xiao Chen está de camino a casa —dijo la señora Liu. Pero la señora Chen no la miró ni dejó de llorar.

Eimin le dijo a la señora Chen que fuera más positiva.

—Sí, señora Chen, no deje que su imaginación la asuste. Bajáremos y comprobaremos las últimas noticias —le dije—. Luego volveremos para decirle lo que está ocurriendo.

Eimin y yo salimos al patio. Bajo la luz de la luna había unos cuantos grupos de personas que parecían fantasmas. Caminamos hacia ellos.

—¿Qué se sabe de los estudiantes de la plaza? —oí que preguntaba alguien.

—Los tanques y las tropas los han rodeado —respondió un hombre alto con sombría certeza.

—Están perdidos, muertos sin duda —suspiró un hombre de mediana edad que se estaba quedando calvo e iba en ropa interior—. Perdidos, os lo digo yo.

—¡Es un crimen! —exclamó una mujer de unos treinta y tantos años cuyos brazos rodearon a la hijita medio dormida que tenía delante, como una gallina clueca.

—¿Cuánta gente hay esta noche en la plaza de Tiananmen? —pregunté.



—Decenas de miles —contestó el hombre alto.

De pronto se oyó una música fúnebre que provenía del Triángulo. La emisora comenzó a emitir y supimos de inmediato que lo que habíamos oído era cierto. Había habido muerte y derramamiento de sangre. Un agujero negro se abrió en mi mundo y se me cayó el alma a los pies.

La gente se dirigió con rapidez al Triángulo.

«La verdad sobre la masacre de Pekín —dijo la locutora con voz temblorosa— [es que] a eso de las diez de la pasada noche, decenas de miles de hombres armados con metralletas y rifles, con el apoyo de cientos de tanques y vehículos blindados, empezaron a avanzar hacia el este por el bulevar de la Paz Eterna en dirección a la plaza de Tiananmen. Cuando los valientes estudiantes y ciudadanos detuvieron su avance, los soldados abrieron fuego sobre la multitud y dispararon a mansalva. La Cruz Roja de Pekín calcula que unas 2400 personas resultaron muertas. Compañeros estudiantes, la sangre corrió como un río por el bulevar de la Paz Eterna».

La multitud se quedó callada; muchos de los hombres iban todavía en camiseta y calzoncillos. Algunos tenían la mirada fija en la pequeña pero iluminada ventana de la habitación donde estaba la emisora de radio estudiantil, otros se quedaron mirando el suelo. La gente permaneció en silencio, en un silencio absoluto.

Volvió a oírse de nuevo aquella música fúnebre y de repente me eché a llorar. Al rato me calmé. Llegaban más noticias.

«Este compañero acaba de regresar del centro de la ciudad. Dejad que os cuente lo que ha ocurrido.

»Compañeros estudiantes, soy un alumno de tercer año del departamento de literatura china. Me encontraba en el puente Muxudi cuando entraron las tropas. Primero usaron los tanques para apartar los autobuses que habíamos utilizado para bloquear la calle. Luego avanzó la infantería. Cientos de ciudadanos y estudiantes intentaron detener a los soldados, lanzándoles ladrillos y latas de coca-cola. Ellos respondieron con sus fusiles, disparando contra la multitud. Saltaban chispas cuando las balas rebotaban en la calle. La gente caía como moscas, había sangre por todas partes. Cuando terminó el tiroteo, ciudadanos y estudiantes cargaron de

nuevo, sólo para que las tropas volvieran a disparar. Los cuerpos de los muertos y heridos estaban desparramados... por todo el bulevar».

Entonces se acercó al micrófono otro testigo. Este segundo estudiante había estado en un cruce cerca de la plaza de Tiananmen.

«Las tropas tenían tanta prisa por llegar a la plaza de Tiananmen que dispararon a todo aquel que se les ponía por delante. Cuando la gente volvió a la carga con ladrillos y piedras, ellos dirigieron los tanques contra la multitud, atrepellando [a la gente]... Por todas partes había personas gritando, presas del pánico».

Estaba de pie entre el gentío, bajo la farola. A mi alrededor, la gente tenía el rostro ensombrecido. Me pregunté qué hora sería. Estaba temblando de frío.

—Vamos dentro y te cambias de ropa.

Eimln me pasó el brazo por encima del hombro. Me di cuenta de que todavía llevaba la bata. Fuimos andando hacia el Edificio para el Joven Profesorado. El patio estaba vacío entonces. Había luz en casi todas las ventanas de los edificios de alrededor. Me pregunté acerca de las que permanecían a oscuras. ¿Dónde estaban sus ocupantes? ¿Regresarían vivos a casa?

Subimos arriba y oímos los gritos de la señora Chen.

—¿Dónde has estado?

Entonces la vimos agarrando a su marido por la chaqueta y sacudiéndolo con todas las fuerzas de su cuerpo.

—Vale. Vale, ya está. Ya he vuelto —contestó su marido, y la abrazó intentando que no se comportara de forma tan violenta.

—Estaba tan preocupada que creí que me moría —gritó ella dejando caer la cabeza en el hombro de su esposo. Parecía agotada.

—¿Lo ve? Le dije que todo iba a salir bien —dijo la señora Liu con una sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estuviste en la plaza de Tiananmen? —preguntó Lao Liu con impaciencia.

El profesor Chen nos dijo que no había estado en la plaza, sino en el bulevar de la Paz Eterna, montando el bloqueo en las calles. Entonces llegaron los tanques. Estaba oscuro, pero se podían ver los soldados

sentados encima de los blindados, apuntando con sus fusiles en todas direcciones, como si el enemigo los estuviera rodeando.

—¿Cuántos erais?

—Unos cincuenta.

Dijo luego que iban todos con las toallas húmedas en la boca, esperando los gases lacrimógenos, pero que en lugar de eso los soldados abrieron fuego. En un primer momento todo el mundo pensó que eran balas de goma, luego vieron las chispas de los proyectiles al rebotar en la calzada y en seguida supieron que se trataba de balas de verdad.

—¿Viste que mataran a alguien? —le pregunté.

El profesor Chen estaba visiblemente afectado, y con voz entrecortada nos explicó que dos personas resultaron heridas: una fue alcanzada en la pierna izquierda, la otra, una chica, tenía una herida de metralla en el hombro.

—¿Y luego? ¿Qué pasó luego? —preguntó Lao Liu.

—Varios estudiantes se llevaron a los heridos en bicicleta al Hospital de Fuxing. Volvimos a empujar los autobuses hacia la carretera y les prendimos fuego. —En aquel momento el profesor Chen se volvió y miró a su mujer—. Pensé en ti y sabía que estarías preocupada, de modo que me marché.

—Dejemos que se vayan a casa —le dijo la señora Liu a su marido—. Dejemos que Xiao Chen descanse. La señora Chen también debe descansar.

—Sí. Vosotros marchaos. Marchaos —sonrió Lao Liu.

La señora Chen abrió la puerta y su marido la siguió.

—Xiao Chen —lo llamó Lao Liu. El profesor se dio la vuelta—. Eres un joven muy valiente —le dijo Lao Liu hablando como un padre.

El profesor Chen hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y luego entró detrás de su esposa.

A eso de las cinco llegaron las primeras noticias de testigos presenciales de la plaza de Tiananmen.

«Alrededor de medianoche, las tropas tomaron posiciones al este, en el Museo de Historia China, y al oeste, junto a la Gran Sala del Pueblo.

Hileras de tanques y camiones del ejército se alinearon en el extremo norte de la plaza, cerca de los Puentes de Aguas Doradas».

Muchos vecinos del lugar habían oído hablar de la masacre y se habían acercado para estar al lado de los estudiantes, por lo que había una multitud de varios miles de personas escuchando las historias que éstos contaban.

«En la esquina noroeste, un vehículo blindado se averió y un grupo de estudiantes lo volcó y lanzó cócteles Molotov en su interior después de que todos los soldados hubieran salido. El blindado se incendió. Las tropas enloquecieron y dispararon repetidas veces sobre los estudiantes. Cuando llegó la ambulancia del Centro de Urgencias de Pekín para recoger a los heridos, ¡los soldados abrieron fuego contra los médicos!».

La gente que escuchaba gritaba: «¡Animales!» y «¡Bárbaros!».

A las cinco y media, la emisora estudiantil anunció que el cálculo aproximado por parte de la Cruz Roja de Pekín se elevaba ya a cuatro mil muertos y muchos más heridos.

«A las cuatro de esta madrugada, las luces de la plaza se apagaron. Tropas, coches blindados y tanques empezaron a entrar en la plaza de Tiananmen desde el extremo norte. Las tropas, que se contaban por decenas de miles de soldados, avanzaron en filas, blandiendo bastones y disparando fusiles de asalto al tiempo que se lanzaban contra los estudiantes, a quienes hicieron retroceder hacia las escaleras del Monumento a los Héroes del Pueblo. Enfrentados a la muerte, cantaron en voz alta La Internacional».

En aquel momento nos dijeron que ninguno de los manifestantes había salido vivo de la plaza.

Varios estudiantes empezaron a repartir brazaletes negros. Había que recordar y llorar a los muertos. Tomé uno y me lo puse en el brazo izquierdo, pero entonces no había tiempo para lamentar las pérdidas.

«Las tropas se dirigen ahora al distrito universitario. ¡Compañeros estudiantes, ha llegado la hora de defender nuestro campus!», anunció la emisora.

—¡Con nuestras vidas! —gritó la multitud—. Como los compañeros que han muerto en la plaza de Tiananmen.

Las farolas empezaban a apagarse, despuntaba el día.

—Traed todas las botellas que podáis encontrar, botellas de salsa, de cola, de cerveza..., y llevadlas a todas las puertas. Las necesitaremos para fabricar cócteles Molotov. ¡Compañeros, defended nuestro campus, defended la libertad!

Subí corriendo a nuestra habitación. Había cuatro botellas de coca-cola sin abrir en la nevera. Las abrí todas, vertí el líquido oscuro en la piletta del baño. Eimin me siguió hasta allí y mientras yo vaciaba las botellas dijo:

—No vayas. Es demasiado peligroso.

Había varios vecinos en el baño. Se nos quedaron mirando fijamente. Yo no dije nada.

—¿Te has vuelto loca? ¿Acaso quieres morir?

Ahora Eimin levantó la voz.

Continué sin decir nada. En lugar de eso, empecé a correr hacia las escaleras con las botellas vacías. Tal vez me hubiera vuelto loca, pero es que el mundo se había vuelto loco.

—Te crees valiente, ¿verdad? No es más que una ilusión. Simplemente eres una ingenua. Pronto te vas a arrepentir —gritó Eimin a mi espalda mientras yo me alejaba a todo correr.

No me detuve. Me odiaba a mí misma por haber sido una cobarde la noche anterior. Aquélla iba a ser mi oportunidad para redimirme.

Por el camino que ascendía hasta la puerta sur me uní a las demás personas que también corrían hacia allí con botellas en los brazos. Nadie miró hacia atrás.

A la una de la madrugada del 4 de junio, las tropas del ejército entraron en la plaza tal como se les había ordenado. Los altavoces estuvieron transmitiendo sin cesar durante tres horas y media. El comunicado urgente del Gobierno Municipal de Pekín y el Centro de Mando de la Ley Marcial instaba: «Los ciudadanos y estudiantes deben evacuar la plaza inmediatamente para que las tropas puedan llevar a cabo su misión de manera satisfactoria. No podemos garantizar la seguridad de quienes no obedezcan, que serán los únicos responsables de las consecuencias».

Mientras la emisión continuaba, unos soldados con casco y fusiles de asalto se apiñaron en las escaleras del Museo de Historia China en el lado este de la plaza. Al norte de la misma, los camiones y tanques del ejército habían aparcado frente a los Puentes de Aguas Doradas y los soldados aguardaban fuera de los vehículos. En la parte meridional de la plaza aparecieron soldados armados al norte de Qianmen y en el lado norte del Mausoleo de Mao. Al oeste, otro contingente esperaba órdenes en el interior de la Gran Sala del Pueblo. A las dos de la madrugada, los soldados que aguardaban frente a la puerta norte del Museo de Historia China corrieron hacia el bulevar de la Paz Eterna empuñando bastones y fusiles de asalto y acordonaron la avenida.

A las cuatro de la madrugada se apagaron todas las luces de la plaza. Entonces los altavoces transmitieron un «Aviso para desalojar la plaza» que decía: «Ahora empezaremos a desalojar la plaza y aceptamos vuestra petición para evacuarla».

Las fuerzas avanzaron hacia el Monumento a los Héroes del Pueblo de norte a sur en columnas, con los fusiles apuntando al aire o a los estudiantes. Tanques y vehículos blindados también empezaron a avanzar de norte a sur, aplastando a su paso las tiendas de los estudiantes y la Diosa de la Democracia de espuma de poliestireno.

A las cuatro y media volvieron a encenderse las luces. Los estudiantes se encontraron a unos treinta metros de distancia de decenas de miles de soldados armados, tanques y vehículos blindados. A medida que las tropas avanzaban, los miles de estudiantes empezaron a retirarse de la plaza.

A las cinco y media amaneció.

La plaza había sido desalojada.

## Capítulo 16: La mañana después

Date la vuelta y mira, verás que la sangre y las lágrimas manan a la vez».

Bai Juyi, siglo VIII

Cuando ocupamos nuestros puestos, la neblina matutina se estaba disipando. Al otro lado de la puerta, la calle Haidian estaba vacía, en tanto que unos cincuenta estudiantes, más o menos, montaban guardia en el interior. Nadie decía nada. Sostenía un cóctel Molotov, había cuatro más alineados junto a mis pies y estaba segura de que podía notar cómo la muerte se nos acercaba. Tenía la mirada fija en el espacio blanco que había delante de mí; no se veía nada, ni siquiera una de los cinco millones de bicicletas que había en la ciudad. Escuchaba, pero no oía ningún sonido en ninguna dirección. No se veía nada más allá de las casas con patio interior del otro lado de la calle, pero se sabía dónde estaba el centro de la ciudad.

No sé cuánto rato esperamos; dio la impresión de ser mucho. Por otro lado, el tiempo parecía haberse detenido. Me daba igual. El tiempo importaba muy poco, por no decir nada.

Entonces oímos el ruido del motor de un camión. Empuñé otra botella. Los que estaban junto a mí también se pusieron en tensión. El corazón me empezó a latir aceleradamente.

El camión se acercaba, el motor rugía con estruendo, hasta que apareció delante de nosotros.

Era un camión militar.

Inmediatamente lancé las botellas contra el vehículo con toda la rapidez de la que fui capaz, aunque cayeron a muchos metros de distancia del objetivo. A mi alrededor, la gente tiraba piedras, ladrillos y cócteles Molotov contra el blanco, dando gritos, pero muy pocos alcanzaron su

objetivo. El camión se detuvo. Dejó de oírse el ruido del motor. Salimos y lo vimos detenido en el centro de la calle desierta.

La gente se acercó a él a toda prisa.

Varios estudiantes treparon al camión y rompieron los cristales de las ventanillas a pedradas. Los fragmentos de vidrio salieron despedidos. Abrieron la puerta y sacaron al conductor a rastras. Era un joven de unos dieciocho o diecinueve años vestido con un uniforme de un verde descolorido.

Trató de protegerse la cabeza con los brazos. Le sangraba la cara.

—¡Bestia! ¡Cabrón! —gritaba la multitud al tiempo que le propinaban puñetazos y patadas.

Intentó echar a correr pero lo atraparon en seguida. La gente que había en los extremos se colaba a empujones por entre los demás agitando los ladrillos que llevaban.

—¡Dejadme pasar! ¡Dejad que le ponga las manos encima!

La noticia del camión solitario debió de llegar a los que estaban en el campus, y gran cantidad de gente acudió corriendo y profiriendo gritos:

—¡Dadles una paliza! ¡Dadles una paliza!

—¡Dejadlo, dejadlo! ¡Lo vais a matar! —chillé.

Pero el enorme gentío, que ya era de varios centenares de personas, siguió adelante en tropel. Puños y ladrillos se alzaban en el aire. Ya no veía al soldado, ni oía sus gritos. Debían de haberlo tirado al suelo.

Algunos registraron el camión. Por lo visto no encontraron nada. Enojados, lanzaron piedras contra las ventanillas ya rotas. La gente intentó volcar el vehículo, pero era demasiado grande y pesado.

—¡Quemadlo!

Varios estudiantes arrojaron cócteles Molotov en la cabina del conductor. Se prendió fuego.

Llegó un grupo de monitores estudiantiles con brazaletes rojos.

—¡Deteneos, compañeros! ¡Calmaos!

Tres de ellos eran unos tipos robustos. Se abrieron paso a empujones.

—¡A la caseta del guardia, rápido! —gritaron algunos de los presentes.

Los monitores estudiantiles llevaron al soldado medio a rastras a la caseta. La muchedumbre no desistió. Un estudiante logró estrellar un



pedazo de ladrillo en el occipucio del soldado. Éste emitió un grito al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza para cubrir la herida. Cayó al suelo de costado y la sangre empezó a correr por su cara. Los monitores estudiantiles volvieron a levantarlo y siguieron adelante.

Los monitores lograron al fin meter al soldado en la caseta, echaron de allí a todo el mundo y cerraron la puerta con llave. El gentío seguía con sus gritos y chillidos mientras agitaba piedras y ladrillos en el aire. A través de las ventanas vi que los monitores sentaban al soldado en una silla. Uno de ellos rompió una larga tira de tela de su camisa y trató de vendarle las heridas lo mejor que pudo. El joven soldado lloraba como un niño.

—Comprendemos que estáis todos muy tristes y enfurecidos por lo que les ha ocurrido a vuestros amigos y a Pekín —dijo el jefe de los monitores estudiantiles a través del micrófono que había en la caseta—. Pero tenemos que mantenernos lúcidos, sobre todo en este momento crucial y confuso. Lo último que queremos es proporcionar al gobierno y al ejército una excusa para que ataquen el campus.

Los excitados ánimos de la gente empezaron a calmarse. En el interior del barracón, los monitores hablaban con el soldado, que seguía llorando.

Al cabo de diez minutos, el jefe volvió a hablar por el micrófono:

—Este soldado pertenece a la base militar que hay al este, a las afueras de Pekín. No tiene ni idea de lo que pasó anoche en la plaza de Tiananmen. Se dirigía al centro porque tenía el día libre.

En aquella época, el domingo era el único día libre de la semana en China, y el 4 de junio era domingo y fin de semana, es decir, el momento de estar con la familia y los amigos y de ir de compras. Pero aquel domingo todos nos habíamos olvidado de esas cosas.

La multitud empezó a dispersarse poco a poco. Los estudiantes se ofrecieron para llevar al soldado al hospital, pero él dijo que prefería volver a su cuartel. Subió al camión con la ayuda de algunos estudiantes. Habían apagado el fuego del interior del vehículo. Arrancó el motor, dio la vuelta y se alejó.

Consulté el reloj. Eran las ocho y veinte de la mañana, pero daba la impresión de que hubieran pasado muchas más horas, incluso días. Me quedé allí de pie, sin moverme; era el primer momento que tenía para mí

misma. Me volví y vi el edificio de la residencia de Dong Yi a pocos metros de distancia. De repente sentí miedo por Dong Yi. Con el caos de la noche y la exaltación de la gente, me había olvidado de él. En aquel momento no importaba nada más; lo único que quería era ver a Dong Yi y saber que estaba a salvo.

Corrí hacia la entrada y subí las escaleras. El pasillo estaba vacío. Empecé a aporrear la puerta y grité: «¡Dong Yi!». Di golpes en las puertas contiguas y en las del otro lado del corredor, pero no salió nadie. Daba la impresión de que el edificio estaba abandonado.

Al cabo de unos diez minutos, me detuve. Reinaba tal silencio en el edificio que oía mi propia respiración. Apoyé la cabeza en la puerta, dejé los brazos colgantes y sollocé quedamente, en parte a causa del temor que sentía por Dong Yi y en parte porque la adrenalina que había generado mi cuerpo con la emoción de la mañana se había consumido.

Salí andando lentamente del edificio. El día era seco y la luz del sol, deslumbrante. Pisé la acera y me detuve. Me sentía agotada.

Miré hacia arriba. A través de la blanca luz solar vi un camión abierto que se acercaba por la puerta sur. Iba despacio y lo seguía una enorme multitud.

El camión pasó cerca de mí. Vi a un hombre con una bata blanca manchada de sangre entre las manos y la barbilla hundida en el pecho. Iba sentado al lado de varios estudiantes, uno de los cuales estaba herido en la cabeza. Parecían exhaustos. Caí en la cuenta de que debían de haber estado en la plaza de Tiananmen.

Me uní a la multitud que seguía al camión. Mientras caminábamos detrás, vi que había otra persona tumbada en el vehículo, tal vez malherida o demasiado cansada como para mantenerse erguida. El camión giró a la izquierda a la altura del teatro y se detuvo delante del comedor número tres.

—Queridos compañeros. —Uno de los estudiantes se puso en pie y empezó a hablar por un megáfono—. Venimos del centro de la ciudad, donde el ejército ha cometido el más sangriento de los crímenes, el de matar a gente inocente. Muchos de nuestros compañeros y vecinos también han resultado heridos. El doctor Fang pertenece a los Servicios de Urgencias de Pekín. Estaba en Tiananmen la noche pasada.

El hombre de la bata blanca se levantó. Tenía poco más de treinta años. Llevaba otra bata blanca en las manos. El estudiante le sostuvo el megáfono para que hablara. Él se aclaró la garganta y empezó:

—Fui a la plaza con la ambulancia y mi colega el doctor Liang a eso de la una de la madrugada. Cuando llegamos allí, desconectamos la sirena. Inmediatamente vimos que algo ardía en la esquina noroeste. —Volvió a aclararse la garganta—. A la luz de las llamas vimos a unas docenas de estudiantes que lanzaban piedras, ladrillos y bidones de gasolina. Muchos de los bidones se estrellaron contra el suelo no muy lejos de donde estaban ellos y empezaron a arder. El fuego iluminó las hileras de camiones y tanques aparcados a unos doscientos metros de distancia. Oímos disparos y vimos que algunas personas caían al suelo. —El doctor hizo una pausa; se le entrecortó la voz—. Cuando la ambulancia se detuvo cerca del fuego salimos de un salto. Oí a gente que gritaba: «Allí hay dos heridos». Corrimos inclinados hacia los heridos. Todos llevábamos las batas blancas con los brazaletes de la Cruz Roja, pero el tiroteo no cesó. Las balas pasaban silbando. Seguimos adelante. El doctor Liang gritó: «No disparéis, somos médicos».

Se calló de pronto. La muchedumbre lo miraba fijamente. El silencio era absoluto. El doctor mostró la bata blanca que llevaba. Estaba manchada de sangre.

—Pero le dispararon.

Le temblaba la voz. No pudo seguir hablando. Levantó la bata para que la gente la viera y para ocultar las lágrimas que rodaban por su rostro.

Lloré. Oía sollozos a mi alrededor.

Tras unos momentos, quien nos hablaba recuperó la voz.

—El doctor Liang murió intentando salvar a otros, murió por cumplir con su deber como médico. Era...

Su voz se fue apagando poco a poco. Un pinbanche, un carro de madera enganchado a una bicicleta, se detuvo junto al camión. En el carro había un estudiante con la bandera roja de la Universidad de Pekín. La gente se apartó para dejar pasar al carro.

El doctor se sentó y se tapó la cara con las manos, entre sollozos. Dos de los estudiantes saltaron del camión. El que llevaba la bandera se la pasó

al conductor del carro y fue a reunirse con los otros dos. Empezaron a sacar a la persona que yacía en la parte trasera del camión.

Estaba muerto, no herido ni simplemente cansado, como yo había creído.

Se hacía difícil calcular su edad. Su rostro estaba pálido, con un matiz azulado, pero sin lugar a dudas era un estudiante. Incluso muerto, tenía el aspecto de lo que los campesinos llamaban «un hombre que lee libros». Las manos, que tal vez nunca sostuvieron otra cosa que no fueran lápices y plumas, le colgaban inertes. Era difícil decir dónde lo habían herido exactamente o cómo había muerto. Tenía sangre en la cabeza, en el pelo y en su chaqueta Mao de color gris, ahora desabrochada. El chaleco que había sido blanco era rojo.

Dejaron el cuerpo en el pinbanche con cuidado.

—Nuestro querido compañero murió en el bulevar de la Paz Eterna — dijo el estudiante del megáfono—. Murió defendiendo la libertad por la que tanto luchamos nosotros. Es nuestro héroe. Es el hijo más leal de nuestra patria. Su muerte no será en vano. Llegará el día en que los asesinos sean castigados.

Las lágrimas manaban copiosamente entre la multitud y pronto el único sonido que se oyó fue el de los sollozos.

El carro de madera empezó a avanzar. Los dos estudiantes se sentaron uno a cada lado del cadáver, como si fueran guardias, mientras que el tercero desplegaba la bandera. Iban a llevar el cuerpo por los senderos del campus. La gente tenía que ver al muerto con sus propios ojos y honrarlo.

Alguien empezó a cantar La Internacional. Los estudiantes que había de pie en el camión se sumaron al canto. El doctor se incorporó y cantó también. Cada vez cantaban más y más personas de entre la multitud:

*¡Arriba, parias de la tierra,  
en pie, femélica legión!  
Atruená la razón en marcha,  
es el fin de la opresión.*

Me abrí paso a empujones para apartarme del gentío, ya no podía soportarlo más. Las lágrimas rodaban por mi rostro. En cuanto dejé la multitud, empecé a correr como si pudiera huir de la sangre, la muerte y el miedo.

Cuando llamé otra vez a la puerta de Dong Yi, me abrió su compañero de habitación. Ya se marchaba. Aquel día, en el campus, todo el mundo iba a alguna parte o estaba haciendo algo.

—¿Sabes dónde está Dong Yi? —le pregunté.

—No lo he visto desde que se marchó anoche —respondió al tiempo que cerraba la puerta con llave.

—¿Adónde fue?

—A la plaza de Tiananmen.

Se volvió para mirarme con el rostro lleno de tristeza, como muchos de los que había visto aquel día. Nos quedamos allí, mirándonos, unos segundos.

—Me voy —dijo, y desapareció escaleras abajo.

Es la manera que tenemos los chinos de despedirnos de alguien cuando no sabemos qué más decir.

No me moví. No podía pensar. Salí otra vez a la luz del sol y subí por el sendero bordeado de árboles hacia el Triángulo.

El camión ya no estaba. La gente se dedicaba a reunir y quemar sus carnés de miembros del Partido. Aparecieron nuevos carteles en la pared que instaban a la gente a darse de baja del Partido y de su Liga de Juventudes. La emisora anunció que los estudiantes que habían logrado salir sanos y salvos de la plaza de Tiananmen estaban llegando al campus en aquellos momentos.

La multitud empezó a moverse hacia la puerta sur. Nos alineamos y esperamos con impaciencia el regreso de nuestros compañeros. Llegaron a mediodía. Chai Ling iba al frente de la columna, saludando con la mano al gentío. La muchedumbre aplaudió. Mi antigua compañera de habitación había cambiado. Estaba más morena y más delgada, y parecía más segura de sí misma.

Los estudiantes daban la impresión de estar muy cansados por los acontecimientos de la noche anterior y la larga caminata de vuelta. La gente

iba de un lado a otro tratando de encontrar los rostros de sus amigos y personas queridas. Saludaban con la mano y llamaban a gritos a los que reconocían. Miré con mucha atención todos los rostros de la columna que marchaba, pero no vi a Dong Yi.

Al cabo de veinte minutos nos reunimos todos en el Triángulo. Chai Ling nos habló desde la emisora estudiantil.

Dijo que los estudiantes se habían retirado de la plaza de Tiananmen para que no hubiera más víctimas. Pero aquello no era el fin de nuestra lucha. Al contrario, acababa de empezar una nueva pugna. Los estudiantes llevarían nuestra lucha al pueblo, a la clandestinidad. Nos exhortó a no cejar hasta que hubiera libertad y democracia en nuestra patria.

Entonces los estudiantes se dispersaron y se dirigieron a las habitaciones de las residencias para descansar. En el Triángulo, la multitud mermó. Parecía el final de un sueño.

Subí a ver a Eimin y sólo encontré una nota sobre el escritorio: «He ido al departamento». Volví a bajar y fui a almorzar yo sola al comedor.

En algún momento de la tarde, entre mi cuarto o quinto viaje a la habitación de Dong Yi, cuando ya estaba perdiendo la esperanza, me encontré con dos de mis antiguas compañeras de clase, Wei Hua y Li Xiao Dong, en la puerta sur. Estaban allí, junto con otra gente, para recoger los cócteles Molotov amontonados en la puerta.

—¿Y si vienen las tropas? —pregunté.

—Hoy no vendrán. Están ocupadas. ¿No te has enterado de que los ciudadanos de Pekín están «causando disturbios» en el centro de la ciudad?

—contestó Li Xiao Dong.

—Tenemos que llevar las botellas a un lugar seguro —dijo Wei Hua.

—Os echaré una mano. —Tomé dos botellas y llevé una en cada brazo—. ¿Aquél no es Cao Gu Ran? —le pregunté de repente a Wei Hua al tiempo que señalaba hacia la calle.

—¡Vaya! ¡Sí lo es!

Vi que Cao Gu Ran bajaba de un pinbanche. Llevaba un grueso vendaje en la cabeza.

Dejamos las botellas y corrimos a saludarle. Nos miró con ojos turbios, intentó andar pero sólo consiguió tambalearse de un lado a otro. Lo

sujetamos antes de que se cayera y lo ayudamos a llegar hasta las escaleras de la residencia de Dong Yi.

—¿De dónde vienes? —pregunté.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —inquirió Li Xiao Dong.

—Del centro, creo.

Se tocó el vendaje y pareció sorprenderse del daño que le hacía.

—Eso te debe de doler —le dije.

—Sí, es como tener una jaqueca tremenda. Pero no recuerdo cómo me lo hice.

—¿Te alcanzó una bala? ¿Fue en la plaza de Tiananmen?

—El doctor dijo que fue un garrote o un bate. No recuerdo dónde estaba. Sólo sé que era de noche. Corría. Había mucha gente corriendo. Entonces vi que unos soldados cargaban contra nosotros. No me acuerdo de cómo me hice esto. —Se palpó con cuidado la parte superior de la cabeza—. ¿Todavía sangra?

—No, ya no. ¿Qué más recuerdas?

—Que me desperté en el hospital. Eso no lo olvidaré nunca. Estaba tumbado en una estera en el pasillo con todo esto en la cabeza. Por todas partes había gente que lloraba y gritaba de dolor. Otra gente de bata blanca iba corriendo por allí. A los heridos los pasaban en camilla, sobre puertas o simplemente los traían a cuestas. Había sangre por todas partes.

—¿Qué hospital era? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Cómo es que te dejaron salir? Tendrías que estar en el hospital. Tienes muy mal aspecto —dijo Wei Hua.

—¿Ha empezado a sangrar otra vez? —preguntó Cao Gu Ran confuso.

—No, no sangras.

—Me fui sin que me vieran. Vi a un tipo con aspecto de policía que anotaba los nombres y afiliaciones de los heridos. Me asusté. Me fui sin que se dieran cuenta.

—¿Y adónde fuiste? No podías llegar muy lejos con esta herida —dijo Li Xiao Dong.

—No lo pensé. Salí del hospital y empecé a andar hacia el oeste. Fui en dirección contraria a los disparos. No había llegado muy lejos cuando me

recogió el chico que conducía el pinbanche. —Cao Gu Ran miró hacia la calle—. Él me trajo hasta aquí. No hablaba demasiado, pero iba tan rápido como el viento.

—Deberías ir al hospital de la universidad. Tiene que verte un médico —le dije.

—Lo único que quiero es volver a mi habitación y dormir.

—No —nos negamos—. Tenemos que llevarte a que te vea el doctor.

Li Xiao Dong dijo:

—Esperadme aquí. Voy por mi bicicleta.

—¿Queréis saber lo que más me deprimió en el hospital? —preguntó entonces Cao Gu Ran. Wei Hua y yo lo miramos.

—No.

—La gente entraba para buscar a los miembros de su familia, parientes y personas queridas. ¡Qué maravilloso es que te quieran, incluso en el momento de la muerte! Pero sabía que a mí nadie iría a buscarme.

Wei Hua y yo nos miramos. No sabíamos qué decir.

—Tengo casi veinticuatro años y ni siquiera tengo novia. No quiero morir así —murmuró, y de pronto rompió a llorar.

—No vas a morir.

Miré a Wei Hua, que se encogió de hombros.

—Cálmate, por favor. Creo que la herida se te ha vuelto a abrir —observé.

—No me asusta la muerte, eso ya lo sabéis. Pero no quiero morir solo —sollozó nuestro amigo.

Nos costó un buen rato llevar a Cao Gu Ran al hospital universitario. La enfermera le puso una inyección. En cuanto se durmió, nos marchamos las tres en silencio y nos fuimos cada una por nuestro lado.

Caía la tarde. Pero no tenía apetito. Estaba decidida. Mientras me alejaba del hospital universitario, pensé que si no podía encontrar a Dong Yi en el campus, iría a los hospitales del centro. Iría a buscarle, dondequiera que me llevara la búsqueda. Encontraría a Dong Yi, estuviera vivo o no.

Con semejante determinación volví a llamar a su puerta. Se oyó el ruido de la cerradura y vi a Dong Yi delante de mí, con la camisa mugrienta.



Habría acabado de llegar y, sin embargo, parecía como si estuviera a punto de marcharse otra vez.

Quise gritarle por haber ido a la plaza de Tiananmen la noche anterior, por haberme causado tanta preocupación. Por otra parte, también deseaba correr hacia él, abrazarlo, decirle lo feliz que era al ver que estaba de vuelta sano y salvo. Pero lo único que pude hacer fue quedarme de pie en el umbral de la puerta.

A pesar de toda la preocupación, inquietud, amor, pesar, odio y alegría que sentí al verle allí en aquel momento, no pude decir sino:

—Llevo todo el día buscándote.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho mi compañero de habitación.

—¿Dónde has estado?

—Me he pasado el día en bicicleta, pedaleando por callejones intentando volver. No me atrevía a ir por las calles principales.

—¿El ejército las ha acordonado?

—No lo sé. Pero las tropas se desplazaban por las principales vías. No dejaba de oír disparos que resonaban en alguna parte. De vez en cuando pasaba por los cruces principales y veía camiones militares en llamas y escombros desparramados por toda la calle.

—¿Dónde estuviste anoche? Tu compañero dijo que habías ido a la plaza.

—Iba a ir a la plaza, pero al final fui a Muxudi.

Muxudi es una parada de metro que hay en la prolongación oeste del bulevar de la Paz Eterna, a unos cinco kilómetros al oeste de la plaza de Tiananmen.

Nos sentamos en su cama, uno al lado del otro. Dong Yi metió la mano en el bolsillo del pantalón. Cuando abrió la palma, vi en ella un casquillo de bala.

—Wei, no creo que vuelva ya a ser el mismo, no después de lo que he visto.

Levantó la mano y dejó que el casquillo se deslizara hasta mi palma.

—Cuéntamelo —le dije en tono suave.

Entonces Dong Yi me explicó que probablemente fueran las diez cuando llegó a la estación de metro de Muxudi. Allí ya había unos cuantos

centenares de personas, la mayoría vecinos del lugar y estudiantes de provincias. Entonces oyeron acercarse los tanques y vehículos blindados; habían cruzado el Puente de Muxudi. No tardaron en ver a los soldados, con sus fusiles.

La multitud empezó a lanzar piedras y ladrillos desde detrás de las barreras que bloqueaban la calle. Sabían que, hicieran lo que hiciesen, no podrían detener el avance del ejército, pero tal vez retrasaran su llegada a la plaza.

Protegidos por sus tanques y vehículos blindados, los soldados cargaron, apartando a un lado los autobuses y demás barreras. Desde el otro lado de los arbustos de la mediana de césped del centro de la calle, la muchedumbre gritaba: «¡Bandidos!». Algunos arrojaban losas que habían arrancado de las aceras.

Se detuvo por un instante antes de continuar:

—Entonces oímos disparos. Al principio hubo mucha gente que no se agachó porque nadie creía que fueran balas de verdad.

La multitud sólo echó a correr cuando vio caer gente ensangrentada al suelo. Dong Yi se encontraba a unos doscientos metros de distancia de los soldados, no demasiado cerca. Cuando vio que la gente se desplomaba y oyó que alguien gritaba «¡Son balas de verdad!», también echó a correr. Los proyectiles pasaron silbando junto a él e impactaron en el suelo; fue entonces cuando oyó gritar a una chica. Se volvió y la vio caer. Sus amigos querían detenerse y regresar en su busca, pero las balas pasaban zumbando.

Dong Yi me quitó el casquillo de las manos y lo sostuvo entre el pulgar y el índice. Cuando le dio la vuelta, el casquillo destelló una fría luz.

La chica chillaba y se retorció de dolor allí, en la calle. Sus amigos, cinco de ellos, todos jóvenes, gritaban, lloraban y querían volver a su lado. Uno de los vecinos dijo que era demasiado peligroso que volvieran todos allí. De modo que fue él solo, arrastrándose por la calle. Llegó hasta allí, recogió a la chica y regresó corriendo. Lo alcanzaron justo cuando llegaba, aunque por fortuna no fue nada grave. Pero la chica sangraba por el estómago. Dong Yi la sujetó mientras sus amigos intentaban contener la hemorragia. Ella temblaba, chillaba, y la sangre seguía manando sin cesar.

Sus amigos lloraban y le rogaban que no los dejara. Pero todos sabían que iba a morir.

A Dong Yi se le empezaba a entrecortar la voz.

En el bolsillo de la chica encontraron su carné de estudiante y un poco de dinero empapado de sangre. Era alumna de la Universidad Hefei, en la provincia de Ann Hui. Se había desplazado en tren con sus compañeros el día anterior. Tan sólo tenía diecinueve años.

Tomé las manos de Dong Yi entre las mías y las lágrimas rodaron por nuestras mejillas.

—Encontré este casquillo cuando ya me iba de Muxudi. Lo guardaré siempre. Es mi testigo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté mientras me enjugaba las lágrimas.

—Ahora que te he visto me siento mucho mejor. Iré a ver si puedo comunicar con Taiyuan. Quiero que sepan que estoy bien.

Sabía que diría eso y sabía que eso era lo que debía hacer. Tenía que llamar a su esposa, por supuesto. Pero aun así, sus palabras me dolieron y me entristecieron más todavía.

—Sí. Sí, tienes que hacerlo. Tal vez puedas llamar desde el Spoon Garden.

Salimos juntos y nos despedimos.

Había muchas cosas que hacer, gente a la cual ir a ver, personas queridas a quienes informar y planes que discutir. Anochecía.

## Capítulo 17: Una promesa que cumplir

No es fácil volver a encontrarse, pero aún es más difícil decir adiós.  
El viento del este nada puede hacer para evitar la muerte de cientos de flores».

Li Shangyen, siglo IX

El ejército no asaltó el campus el 4 de junio, ni tampoco compareció al día siguiente. Pero corría el rumor de que un gran número de soldados vestidos de civil se estaba abriendo paso hacia el distrito universitario y acuchillaba a quienes llevaban puesto el brazalete negro que honraba a los muertos. También había rumores de que el 27.º regimiento, responsable de las matanzas en Muxudi y en el bulevar de la Paz Eterna, se había enzarzado en una pelea con el 38.º regimiento, el que había desalojado la plaza de Tiananmen, lo cual era indicio de luchas políticas en el seno del alto mando del ejército. Luego resultó que ambos rumores eran falsos, pero en aquellos momentos tuvieron un tremendo impacto psicológico sobre la gente y la moral de la ciudad.

Abajo, en el patio, Eimin y yo vimos a Li que aguardaba con inquietud a su novio Xiao Zhang.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—En la imprenta. Están desmontando el equipo.

—¿Y el material de propaganda y los periódicos?

—Quemados. No tiene que quedar nada para el ejército —respondió Li.

—¿Vendrá el ejército?

—Vendrá; tal vez no hoy ni mañana, pero vendrá.

—Es una pena que la emisora haya cerrado —dijo Eimin—. Me siento como un ciego, sin saber lo que está ocurriendo.

Xiao Zhang apareció por entre los edificios, cargado con un gran paquete envuelto en periódicos. Li dejó de hablar y corrió a ayudarlo.

—¿Qué es esto? —preguntó Eimin—. Parece pesado. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Vamos a tener que esconder las piezas en casa de la gente. Ésta es para tu habitación, Li; ¿te parece bien?

—Por supuesto. Llémosla arriba. Wei, ¿por qué no os trasladáis Eimin y tú a casa de tus padres? Estaréis más seguros fuera del campus —dijo Li—. Yo lo haría si mis padres vivieran en Pekín.

En cuanto Li y Xiao Zhang se fueron, Eimin y yo comentamos la idea de irnos a vivir con mis padres. Al otro lado del patio, una familia cargaba unos sacos en sus bicicletas; por lo visto ya se marchaban.

—Sólo hay dos dormitorios y mi hermana ya está allí —apunté. Creía que la idea tal vez fuese acertada, pero no práctica.

—Al menos puedes ir tú. Yo me quedaré aquí —contestó Eimin con tono firme.

—No puedo permitir que hagas eso. O nos vamos los dos o me quedo.

Al final decidimos consultarlo primero con mis padres. También era hora de que les dijéramos que estábamos bien.

Como medida de seguridad, la universidad había cerrado todas las puertas menos la del sur y ya no se permitía la entrada a los vecinos de la zona. No pasaban autobuses por la calle Haidian, tan sólo unos cuantos ciclistas que se desplazaban por aquella vía por lo común ajetreada.

Eimin y yo recorrimos la tranquila calle en dirección oeste mientras el sol nos quemaba los brazos desnudos.

—¿Sois estudiantes?

A nuestra espalda oímos el traqueteo de un pinbanche. El conductor nos miró.

—No, no somos estudiantes. Yo soy docente y ella se licenció el año pasado. ¿Por qué lo preguntas? —contestó Eimin evitando pronunciar las palabras «profesor universitario».

—¡Oh, no os preocupéis! Sólo soy un conductor de carretilla, no soy ningún policía de paisano. Yo estaba allí anoche.

—¿Dónde es allí? —le pregunté con cautela.

—En el bulevar de la Paz Eterna. Esperaba conseguir algún trabajo por la noche. Vi cómo abrían fuego. No soy idiota, ¿sabéis?

—No.

—Puede que venga del campo, pero sabía que eran balas auténticas. Cuando dieron en el cemento, me dije que aquello eran balas de verdad, seguro.

—¿Viste allí a algún estudiante? —le pregunté.

—Sí, estudiantes, vecinos, mucha gente. La gente de ciudad no lo sabe, sólo empezaron a correr cuando vieron la sangre derramada. Pero yo ya lo sabía.

Nosotros no dijimos nada. Pero a él no pareció importarle y siguió hablando, como si tuviera muchas cosas en la cabeza de las que necesitaba deshacerse y rápido.

—Hoy he intentado volver al centro, creyendo que ahora estaría todo más tranquilo y tal vez consiguiera trabajo. Ya lo creo que estaba tranquilo. Había soldados por todas partes, las calles principales estaban cortadas. Pasé cerca de la carretera de circunvalación, pero no había nadie que quisiera alquilar una carretilla. Si esto sigue así me voy a morir de hambre. O me moriría si me quedase. No se gana mucho dinero cultivando grano, pero al menos no te disparan. Me largo a casa. Voy a recoger mis bártulos y me iré a casa a ver a mi mujer. No soy idiota, ¿sabéis?

Giramos para abandonar la calle principal. Nos despedimos de él y le deseamos buena suerte. El hombre siguió su camino hacia el oeste. Al cabo de unos minutos volví la cabeza y vi cómo charlaba con otros ciclistas.

—¿Crees que es un conductor de carretilla de verdad? —le pregunté a Eimin.

Los rumores habían hecho que no me fiara de los desconocidos. Durante todo el tiempo que estuvo hablando el conductor, no había dejado de preguntarme si no intentaba inducirnos a decir algo que nos pudiera incriminar.

—Yo lo he creído —contestó Eimin, sorprendentemente tranquilo—. Tiene un fuerte acento y hablaba como una persona inculta. No te preocupes. Aunque fuera de la policía secreta, no nos pasaría nada. No hemos dicho nada que pueda causarnos problemas.

Mi madre se sintió aliviada al vernos. Mi padre, diligente, se había ido a trabajar, tal como había hecho cada lunes durante los últimos treinta años.

—¿Dónde está Xiao Jie? —pregunté.

—Se fue a ver a Lu Yian, por supuesto. Siempre está allí.

Lu Yian era amiga de mi hermana desde la niñez. Vivía en el edificio de al lado. Sus padres eran compañeros de trabajo de mi madre.

—Espero que tuvierais el buen tino de no salir el sábado —dijo mi madre, mientras nos tendía dos botellas de coca-cola.

—No, no salimos.

—Estaba muy preocupada, pero tu padre dijo: «Wei es una ingenua, pero Eimin la detendrá».

Eimin sonrió.

—Deberíais venir a casa. Es demasiado peligroso que os quedéis donde estáis. La Universidad de Pekín es el siguiente gran objetivo, sobre todo ahora que han desalojado la plaza.

—Pero ¿cómo os las arreglaríais? Xiao Jie está en casa y nosotros somos dos.

—No te preocupes por eso. Tu padre y yo lo hemos hablado. Nosotros dormiremos en el salón. ¿Te acuerdas de aquella cama plegable? La sacaremos. Yo puedo dormir en el sofá.

—Pero ¿por cuánto tiempo, mamá? Puede que por unos días no haya ningún problema, pero será complicado si tenemos que quedarnos mucho tiempo.

—El tiempo que haga falta. Vivimos en el campo de trabajo cuando eras una niña y luego fuera, en el patio, cuando el terremoto de Tangshan. No habrá problema.

De manera que decidimos irnos a vivir con mis padres.

—Será mejor que nos vayamos ahora para poder recoger las cosas y estar de vuelta antes de que oscurezca —dijo Eimin, para quien era también un alivio poder marcharse del campus de la Universidad de Pekín.

—El teléfono ya vuelve a funcionar —anunció mi madre—. Llama si necesitas hacerlo.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando regresamos a la Universidad de Pekín. Subí arriba a hacer las maletas mientras Eimin iba a

la oficina para ver si había algo allí que tal vez quisiera llevarse. Abrí la puerta con la llave y vi que había una nota en el suelo. Alguien debía de haberla deslizado por debajo de la puerta.

Leí la nota. Era de Dong Yi, que me citaba para vernos a última hora de la tarde. En cuanto la leí, supe que algo debía de haber ocurrido: él nunca habría acudido allí si no fuera urgente.

Desde el momento en que leí la nota de Dong Yi hasta las ocho de la tarde, mi cabeza estuvo hecha un lío. Eimin volvió con unos papeles y no le hizo gracia ver que no había preparado nada del equipaje.

—¿Podemos no irnos hoy? Me sentiría mejor si nos fuéramos mañana por la mañana. Sería más seguro —le dije a Eimin.

—Pero ¿por qué? No veo en qué va a ser más seguro. A mí me parece que cuanto más tiempo nos quedemos, más peligroso será.

—Sólo una noche. No cambiará mucho las cosas.

—Si eso quieres, nos iremos por la mañana. Pero de verdad que no veo qué necesidad tenemos de esperar hasta entonces. Vamos a llamar a tus padres.

Comí poco durante la cena. Eimin empezó a preocuparse por mi salud y me puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre.

—Estoy bien.

Sacudí la cabeza. No le dije nada sobre la nota de Dong Yi.

Cuando llegó la hora de irme, me resultó violento decirle la verdad, por lo que en vez de eso le dije a Eimin que iba a dar un paseo por el lago.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. No estaré mucho rato.

—Bien. Tal vez sólo necesitas un poco de aire fresco.

Tenía la costumbre de ir sola al lago por las tardes, unas veces para escribir, otras para leer. Eimin ya estaba habituado a ello. Por regla general, él pasaba esos ratos en su mesa de trabajo, escribiendo o atendiendo el papeleo del departamento.

El lago Weiming estaba tan tranquilo como siempre. Las ramas de los sauces llorones habían crecido desde la última vez que las vi y ya rozaban el agua. Los enamorados aún paseaban juntos, de la mano. Nunca dejaban de ir allí pasara lo que pasase, incluso entonces, cuando el mundo había



enloquecido. Continuaban con sus paseos como si no existiera nadie más que ellos y nada más que el amor.

Esperé a Dong Yi en el puente de piedra blanca del extremo nordeste, nuestro lugar de encuentro preferido en el lago. La tarde era cada vez más oscura y las nubes que se habían ido formando desde primera hora de la tarde cubrían ya el cielo, con lo que el ambiente era ahora cálido y húmedo. Al otro lado del puente vi el solitario bote de piedra junto a la isla en medio del lago. No soplaban ni la más leve brisa, el agua estaba oscura y en calma como la seda.

«Ojalá esta noche hubiera luna —pensé—. El lago siempre se ve muy hermoso a la luz de la luna».

Dong Yi había llegado puntual.

—¿Va todo bien? Me he quedado muy preocupada al leer tu nota.

—Sí, al menos por ahora.

Me sonrió con tristeza. Ambos nos apoyamos en el puente. Recordé las noches que solíamos pasar allí, leyendo poesía. Estábamos enamorados y nuestras vidas parecían mucho menos complicadas. Podríamos haber tenido el mundo.

—¿Te acuerdas de cuando había peces en el lago? —dije.

—He venido a despedirme. Esta noche me marcho de Pekín. —Levanté la mirada. Él la bajó—. Pronto empezarán a detener gente. Hay muchos que han pasado a la clandestinidad. Puede que aún haya más que tengan que hacerlo.

—¿Adónde irás?

—Primero quiero volver a Taiyuan. Quiero ver a mi familia y que sepan que estoy bien. Las líneas telefónicas estaban cortadas en el Spoon Garden, de modo que no pude ponerme en contacto con Lan.

—Sí, ya lo sé, la centralita principal ayer cerró la mayor parte de las líneas. Pero ¿estarás a salvo en Taiyuan? El primer lugar donde irán a buscarte será tu ciudad natal.

—Quizá después tenga que marcharme a otro sitio, pero todavía no sé dónde.

Las farolas se encendieron con un parpadeo cuando empezó a oscurecer.

—¿Cómo vas a salir de Pekín? —pregunté.

No creía que pudiera ir a la estación y sacar un billete sin más. Por otro lado, podría ser que los trenes aún no funcionaran.

—Me ayudarán unos amigos.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Pronto, espero. —Me tomó por los hombros y me miró intensamente a los ojos—. Pero volveré antes de que te vayas a Estados Unidos. Te lo prometo. Vendré a verte. ¿Me esperarás?

—Sí, claro. No te preocupes por eso. Márchate en seguida. Te esperaré, te lo prometo.

Tuvo que irse. Al parecer, su viaje ya estaba arreglado.

Aquella noche no había luna, y sentí como si algo se me cayera por entre las yemas de los dedos, perdido para siempre.

## Capítulo 18: Se busca vivo

No es preciso que ocultéis vuestros nombres,  
hoy hay muchos como vosotros».

Li She, siglo IX

Eimin y yo abandonamos la Universidad de Pekín la mañana del 6 de junio. Nos llevamos dos maletas pequeñas con ropa, los cepillos de dientes, toallas, un despertador y el manuscrito de su libro, un libro de texto de psicología. Había más gente que se marchaba, pues los estudiantes que eran de Pekín se iban a sus casas. Los profesores que no querían que su familia estuviera por allí cuando la policía fuera a detenerlos enviaban a sus esposas e hijos con los parientes. Todo el mundo sospechaba que el próximo gran derramamiento de sangre tendría lugar precisamente allí, en el campus.

Por la noche, en el apartamento de mis padres, nos sentamos los cinco apretujados en el sofá a ver la televisión. Las tres cadenas, Central Uno y Dos y Pekín TV, emitían programas sobre «los delitos de los alborotadores». Dijeron que veintitrés oficiales y soldados habían muerto «durante los disturbios» del 3 y el 4 de junio. Cientos de camiones militares habían sido incendiados y ardieron en las calles de Pekín.

—La mañana del 3 de junio, de camino a la plaza de Tiananmen, un soldado se separó de su sección y fue capturado por unos alborotadores —dijo con gravedad un reportero, de pie ante el cruce de Chongwenmen, situado a más de tres kilómetros al sudeste de la plaza de Tiananmen—. Sus captores lo llevaron hasta este paso elevado que tengo a mis espaldas, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Luego lo arrojaron por uno de

los laterales. Después, los alborotadores colgaron su cuerpo quemado en el paso elevado.

Mostraron unos primeros planos del cuerpo ennegrecido.

Entrevistaron a un oficial de la unidad a la que pertenecía el soldado:

—Estábamos demasiado lejos. No pudimos hacer nada más que ver cómo su cuerpo colgaba del puente.

—¿Cómo reaccionó su sección?

—Todos mis soldados gritaron: «¡Muerte a los asesinos!». Pero yo les dije: «Somos el ejército del pueblo, los malos elementos son sólo un grupo reducido y no disparamos contra estudiantes o vecinos».

El reportaje se trasladó entonces a la ciudad natal del soldado caído. Se filmó a los dirigentes locales mientras visitaban a los padres, unos campesinos. El padre se dirigió a la cámara y, de un modo que sin duda estaba ensayado, dijo:

—Nuestro hijo murió como un héroe. Ha traído la gloria a su familia.

La madre lloraba en silencio.

—La gente nunca olvidará a vuestro hijo —dijo el funcionario del gobierno en tono solemne. Pero se notaba que disfrutaba al ser el centro de atención. Llevaba una chaqueta Mao nueva—. Os prometemos que los asesinos serán capturados y castigados.

En casa de mis pares nadie dijo nada. Aquellas espantosas imágenes del soldado me dieron ganas de vomitar. Nadie merecía morir de ese modo. Nadie merecía morir de ningún modo. Pero en aquella noche oscura, muchos hijos e hijas, demasiado jóvenes para saber nada siquiera sobre la muerte, fallecieron, en ambos bandos.

¿Cuántas madres y padres tuvieron que seguir viviendo sólo con los recuerdos de sus hijos?

En los días sucesivos, los programas como aquél se convirtieron en algo habitual. Primero, la descripción de la muerte, luego el funeral, a continuación los padres recibiendo la medalla del difunto, recuerdos de un vigésimo cumpleaños que no llegó a celebrarse y, por último, el cambio de nombre de una escuela primaria local que pasaba a llevar el del soldado muerto.

Al día siguiente decidí ir al centro. Quería verlo con mis propios ojos: los orificios de bala, los soldados con fusiles de asalto y la franja de calle donde murió tanta gente. También quería ir al lugar en que estuvo Dong Yi y en el cual fue testigo del derramamiento de sangre y la muerte. El gobierno había acordonado la plaza de Tiananmen y las calles que conducían a ella, pero dejó abierta la prolongación oeste del bulevar de la Paz Eterna para permitir el tráfico por el centro de Pekín. Mi hermana me acompañó; salimos de casa después de desayunar.

Las calles estaban siempre llenas de personas que se desplazaban una distancia considerable para dirigirse a sus puestos de trabajo. Por regla general, las horas punta eran sumamente ruidosas, con miles de ciclistas que competían con el tráfico motorizado en casi todas las calles. La gente charlaba con sus amigos, vecinos o compañeros de trabajo viajaban juntos, los niños a quienes llevaban al parvulario gritaban en la parte posterior de las bicicletas de sus padres. Los que iban con retraso hacían sonar los timbres con insistencia. Pero aquel día la multitud estaba silenciosa. Había muy poca cháchara y ninguna algarabía de timbres. Daba la sensación de que la gente prefería no estar en la calle a menos que tuviera que ir a algún sitio.

Al llegar al cruce con la Segunda Carretera de Circunvalación del sector oeste, una hilera de camiones del ejército se desplazaba de poniente a oriente. Eran camiones cubiertos. No pudimos ver nada ni a nadie en su interior, excepto los cañones de los fusiles que asomaban por debajo de la lona. Algunos centenares de ciclistas se habían detenido en el cruce. Mi hermana y yo estábamos de pie en la primera fila, junto a nuestras bicicletas. Los camiones pasaron a toda prisa con estrépito. Noté que el suelo retemblaba bajo mis pies.

Volvió el miedo que sintiera la última noche que estuve en la plaza de Tiananmen. Sólo que esta vez era mucho más intenso; ahora sabía que las armas que nos apuntaban estaban cargadas con munición de verdad.

«Por favor, por favor, que nadie grite, que ni siquiera hablen en voz alta. Que nadie haga ningún movimiento brusco», rogué en silencio.

Me quedé mirando fijamente los oscuros fusiles que sobresalían de los camiones y no podía dejar de rezar para que nadie fuera ni tan idiota ni tan valiente como para maldecir a las tropas que pasaban.

Habíamos oído historias acerca de que abrían fuego siempre que oían gritar a la gente. Habían matado y herido a muchos vecinos de la zona en el curso de arrebatos semejantes.

Agarré con fuerza el manillar de mi bicicleta e intenté calmar los latidos de mi corazón. Miré hacia atrás. Unas cuatrocientas o quinientas personas se habían detenido detrás de mí. Con cada minuto que pasaba aumentaba mi nerviosismo; me aterraba que nos dispararan porque alguien gritara, porque un niño llorase o incluso porque se cayera un paquete grande de alguna bicicleta.

Los camiones seguían adelante, a un ritmo continuo, con su enorme estruendo.

A mi espalda había un silencio absoluto.

Oía los latidos de mi corazón y notaba que me temblaban los pies.

Al final acabó de pasar el convoy después de cinco minutos. Me había puesto demasiado nerviosa como para contarlos todos, pero no podía haber menos de cincuenta camiones. En cuanto se perdieron de vista y ya no podían hacer daño, la paralizada multitud empezó a moverse. La gente volvió a montar en sus bicicletas y siguió avanzando en silencio hacia dondequiera que se dirigieran.

—Gracias al cielo que nadie ha hecho el menor ruido. No hubiera soportado tener que esperar un minuto más —le dije a mi hermana.

Al cabo de media hora llegamos a Muxudi. A ambos lados del puente, a un brazo de distancia uno de otro, se alineaban soldados armados que apuntaban con sus fusiles de asalto a la gente que cruzaba.

—Bajaos de las bicicletas y empujadlas. —El jefe de una sección agitaba su pistola en la cabeza del puente—. Avanzad deprisa. No os paréis. No habléis.

Mi hermana y yo hicimos lo que decía.

—No los mires —susurró mi hermana—. Sobre todo a los ojos. Sólo faltaría que se molestaran.

Mantuvimos la cabeza baja y caminamos lo más deprisa que pudimos. Por el raballo del ojo vi los oscuros cañones de las armas y los dedos bien apoyados en el disparador. No me atreví a levantar la mirada ni a echar un vistazo a mi alrededor. Seguimos avanzando hacia el otro lado, con paso rápido y en silencio. Recé para que todos los que iban tanto delante como detrás de nosotras hicieran lo mismo.

En cuanto dejamos de ver fusiles y el terreno volvió a nivelarse supimos que habíamos cruzado el puente Muxudi. Mi hermana y yo volvimos a montar en las bicicletas y seguimos nuestro camino. Al cabo de unos cien metros llegamos a la estación de metro de Muxudi, donde había estado Dong Yi la noche del 3 de junio. Miramos hacia atrás. Las columnas de ciclistas que empujaban sus bicicletas por el puente parecían no tener fin.

Allí, las aceras para los transeúntes estaban separadas de la calle por unas vallas de acero. A cierta distancia de las vallas, a ambos lados, se alzaban edificios residenciales. Hasta aquel mismo mes de junio el sector era una de las zonas residenciales más deseables de Pekín. La ubicación era perfecta. Al este, la calle giraba hacia el hermoso bulevar de la Paz Eterna, que se abría camino por el centro de la ciudad. Dada la comodidad del metro, cerca de allí había centros comerciales de reciente creación. Muchos funcionarios de alto rango del gobierno y sus familias vivían en los espaciosos apartamentos de aquellos edificios.

La noche del 3 de junio, muchos residentes habían observado la masacre desde detrás de los cristales de sus ventanas. Algunos de ellos soltaron maldiciones y arrojaron botellas, latas y otros objetos a los soldados, otros se limitaron a dejar las luces encendidas mientras permanecían frente a las ventanas. Las tropas respondieron con disparos: rociaron de balas los edificios, mataron a varios e hirieron a muchos residentes. Las balas habían dejado muescas en las paredes de cemento del edificio, algunas del tamaño de una nuez.

Mi hermana y yo nos detuvimos en la valla del lado norte. Habían despejado la calle. Vimos orificios de bala a todo lo largo de las barras de acero, algunos disseminados y otros concentrados. Los toqué y sentí el frío metal y el poder mortífero de la guerra moderna. Me quedé mirando el tamaño de los agujeros de bala y me pregunté si se trataba de balas de gran

calibre o si estallaban al hacer impacto. Pensé en los cuerpos humanos que otras balas habían alcanzado y en los que habían estallado, la carne blanda y cálida, la sangre caliente brotando a borbotones. La joven que murió en brazos de Dong Yi, con su sangre y su cuerpo enfriándose.

—¡Moveos!

Me sobresalté y me di la vuelta. El cañón de un fusil de asalto me apuntaba a un par de centímetros de la cara. Casi pude notar el frío del metal.

—¿No sabéis que no se puede parar? —dijo el soldado, hosco.

Me di cuenta de que tenía el dedo en el disparador.

—Ya nos vamos. Lo siento, ya nos vamos.

Mi hermana tiró de mí y se me llevó de allí a empujones.

Montamos en las bicicletas y seguimos adelante. Pero en seguida tuvimos que detenernos y dar la vuelta. Habían cortado el bulevar de la Paz Eterna en dirección a la plaza de Tiananmen.

—¿Has visto esos autobuses y camiones quemados? —preguntó mi hermana—. ¿Por qué siguen allí, junto a las aceras?

—Yo pensaba que ya lo habrían quitado todo.

—Debía de haber demasiados.

—¿No dijeron quinientos ayer en la televisión? —pregunté.

—Eso creo —respondió mi hermana.

Cuando volvimos a pasar por delante de la Universidad de Pekín, ya de regreso, el campus estaba rodeado de soldados bien armados, con varios controles militares. Había patrullas en las calles, rodeando la universidad.

—Hay grandes noticias —dijo mi madre en cuanto entramos en el apartamento—. Fang Lizhi y su esposa están en la embajada de Estados Unidos. Tratan de lograr asilo político.

—¿Cómo ha ocurrido? —pregunté pensando en la policía secreta que había ante la puerta de casa del profesor Fang Lizhi.

—¡Qué humillación! —rio mi madre—. ¡A quienquiera que los estuviera vigilando se le va a caer el pelo!

—¿Qué les va a pasar? —preguntó mi hermana.



—El gobierno chino no puede hacerles nada mientras estén dentro de la embajada —respondió Eimin, que había estado esperando con mi madre a que volviéramos—. El terreno de la embajada de Estados Unidos está bajo jurisdicción norteamericana, no china.

—Pero no pueden abandonar el país, ¿no? —preguntó mi madre.

—No. Seguro que los detendrían en cuanto pusieran un pie fuera de la embajada.

En el informativo de la noche se dieron pocos detalles sobre el incidente, pero sí retransmitieron las duras palabras con que se exigía al gobierno estadounidense que entregara al profesor Fang y a su esposa, lo cual era sorprendente. El gobierno de Estados Unidos no tardó en responder, negándose a satisfacer las exigencias chinas. Inmediatamente los dos países entraron en un intenso pulso político y tanto la cámara de representantes como el senado de Estados Unidos aprobaron por unanimidad la decisión del presidente Bush de suspender la cooperación militar con China. El gobierno norteamericano anunció que los cuarenta y cinco mil chinos que había en Estados Unidos podrían quedarse allí aun después de que caducaran sus visados.

Cuando la embajada norteamericana volvió a abrir al cabo de unos días, se les concedió un visado a todas las personas que habían estado esperando fuera en largas colas. El gobierno chino, ansioso por demostrar que las drásticas medidas del 4 de junio sólo iban dirigidas a «un pequeño grupo de elementos contrarrevolucionarios», no impidió que la gente que ya tenía el pasaporte solicitara un visado para Estados Unidos. Sin embargo, lo que sí hizo el gobierno chino fue no expedir más pasaportes nuevos. El profesor Fang y su esposa permanecieron algún tiempo en la embajada. Al final se les permitió abandonar China en 1991.

Unos días después recibí una carta de Hanna diciéndome que ella y Jerry se habían casado y que abandonaban China en seguida.

«Espero que tú también salgas pronto —me decía—. Cuando llegues, llámame desde donde estés».

El 9 de junio, Deng Xiaoping apareció en público por primera vez desde la matanza y ofreció una recepción para oficiales de alto rango del ejército en su complejo de Zhongnanhai. Más tarde se hizo pública una versión simplificada de su discurso. Deng Xiaoping inició la recepción proponiendo que «nos pongamos de pie para rendir un silencioso tributo a los mártires» de las tropas. Les dijo a los asistentes que el editorial del Diario del Pueblo del 26 de abril no se equivocaba al catalogar el Movimiento Estudiantil como «anarquía». «La palabra anarquía es apropiada —siguió diciendo—. Lo que ha ocurrido demuestra que la afirmación era correcta. También era inevitable que la situación se fuera transformando en una rebelión contrarrevolucionaria».

Para los ciudadanos chinos de a pie, la aparición y el discurso de Deng Xiaoping suponían un claro mensaje. Nos estaba diciendo quién ejercía el mando cuando los tanques entraron en Pekín y quién seguía al mando en aquellos momentos.

El verano se había hecho aún más caluroso. No salí mucho, en parte por el calor y en parte porque no tenía ningún motivo para hacerlo. Soldados armados patrullaban por las calles de Pekín y había controles en todas partes. Las empresas extranjeras habían repatriado a sus empleados y en algunos casos habían suspendido toda su actividad en China. La gente que tenía que ir a trabajar así lo hacía, pero regresaba directamente a casa en cuanto podía. Me pasaba la mayor parte del día leyendo, sobre todo libros; no había nada que me interesara leer en los periódicos oficiales. Toda la prensa extranjera estaba prohibida y los periodistas de otros países se habían marchado o habían sido expulsados.

«Los habitantes de Pekín ofrecieron un caluroso recibimiento a las tropas que restablecieron la ley marcial —decía un artículo del periódico—. Para combatir el calor agobiante, grupos de vecinos llevaron agua fría a los soldados que vigilaban las calles y los edificios importantes. Las cuadrillas también organizaron repartos de comida a las tropas, con sandías

incluidas». Un par de días después, el mismo periódico escribía: «Para mantener el mayor estado de alerta y seguridad, las tropas han confiscado la comida y el agua de los individuos no organizados». Unas páginas más adelante, un pequeño artículo informaba de que veinte soldados habían resultado envenenados después de beber el agua que les había llevado una simpática ancianita.

El 12 de junio se expedieron sendas órdenes de arresto contra Fang Lizhi y su esposa Li Shuxian, todavía refugiados en la embajada de Estados Unidos. Al día siguiente, en las noticias de la tarde del canal Central Uno dieron a conocer la lista de las veintiuna personas «más buscadas», acompañada de fotografías:

Número uno: Wang Dan, estudiante de primer curso de la Universidad de Pekín, presidente de la Asociación Autónoma de Estudiantes (AAE), estatura media...

Número dos: Wuerkaixi, estudiante de primer curso de la Universidad Normal de Pekín, líder de la AAE. Alto, ojos grandes...

Número tres: Liu Gang, licenciado de la Universidad de Pekín...

Número cuatro: Chai Ling, alumna de posgrado en la Universidad Normal de Pekín, comandante en jefe del Centro de Mando Estudiantil en la plaza de Tiananmen. Estatura: 1,55 metros, cara redonda, cabello corto, ojos pequeños...

Número catorce: Feng Congde, estudiante de posgrado en la Universidad de Pekín...

El presentador continuó diciendo:

«La mayoría de estos fugitivos ha huido. Pero el ejército y la policía los capturarán. El gobierno apela a los ciudadanos de la calle para que muestren un espíritu revolucionario y entreguen a los elementos anárquicos».

Miré los rostros de las personas que conocía en la pantalla del televisor. Me sorprendió ver a Liu Gang en uno de los puestos más altos de la lista de los más buscados, aun cuando no era líder de la AAE y no participó en la reunión con Li Peng. Entonces pensé en su antigua amistad con el profesor Fang Lizhi, el grupo con el que también Dong Yi estaba relacionado, y lo entendí. En aquel momento me di cuenta, además, del gran peligro que

debía de correr Dong Yi y de por qué había tenido que abandonar a toda prisa Pekín. De pronto temí por su vida.

—Hay muchos de la Universidad de Pekín —comentó mi madre.

—Me alegro de que nos hayamos mudado —dijo Eimin.

—¿Adónde irán? —pregunté.

—Da lo mismo. Los buscarán. Si hay una cosa que el Partido Comunista sabe hacer es volver a las bases —repuso Eimin con tono firme.

—Tal vez vayan a su ciudad natal —dijo mi hermana—. De vuelta con sus padres. Probablemente ellos serán los únicos que no los entregarán.

—Sin duda, no pueden confiar en nadie más —confirmó mi madre—. La gente hará cualquier cosa para salvarse. Fijaos en la Revolución Cultural, las tías entregaron a los sobrinos, las hermanas a los hermanos y los amigos se delataban unos a otros.

—Pues yo espero que escapen todos —tuve que interrumpir. No podía soportar la idea de que alguien que conociera delatase a Dong Yi.

La imagen de Chai Ling no me abandonó durante gran parte de la noche. No podía dormir, no hacía más que dar vueltas en la cama tratando de apartar su rostro de mi pensamiento. Me pregunté qué habrían pensado de ella los millones de telespectadores. Tenía un aspecto demasiado joven y frágil, un rostro demasiado aññado para ser comandante en jefe. Me acordé de que, una vez, Chai Ling se había llevado unas ratas del laboratorio y las había soltado en la residencia. Al principio estábamos muertas de miedo, pero al cabo de un rato nos estábamos riendo tanto que lo único que pudimos hacer fue dejarnos caer en la cama. ¿Adónde habían ido a parar aquellos días de inocencia? Tenía los ojos fijos en la oscuridad y me preguntaba dónde estarían aquella noche mi antigua compañera de habitación y su marido, que ahora eran fugitivos.

A finales de junio habían sido arrestados en Pekín más de mil alborotadores «contrarrevolucionarios» y «elementos anarquistas», entre los que se contaban estudiantes, profesores, ciudadanos de a pie y obreros. Muchos de ellos fueron condenados a muerte a toda prisa en un carrusel de juicios y

ejecutados públicamente de un disparo en la nuca. Luego, las familias tuvieron que pagar el precio de la bala antes de poder llevarse el cadáver.

Muchos estudiantes vivían con el miedo de que serían arrestados en cualquier momento, de que su futuro, inevitablemente, estaba arruinado. Algunos tenían tanto miedo de que los castigaran por haber participado en el Movimiento que ya no lograban dormir por la noche. Un día que estaba en casa ordenando fotografías de la época de mi infancia, uno de aquellos estudiantes vino a ver a mi madre. Tanto mi padre como Eimin se habían ido a trabajar y mi hermana había ido a visitar a su amiga del edificio de al lado.

—¿Se acuerda de la concentración que hicimos en apoyo a la huelga de hambre, profesora Kang?

—Sí —respondió mi madre—. Asistió casi toda la universidad.

—Pronuncié un discurso en la concentración, ¿lo recuerda? Sí, aquel día habló mucha gente. Pero ¿y si alguno de los funcionarios de la universidad o tal vez un miembro de la policía secreta se acuerda de mí? He intentado no pensar en ello, pero no puedo evitarlo. Estoy aterrorizado. Hace días que no duermo. No, no tenía intención de hacerlo. Fue una cosa del momento. ¿Qué voy a hacer? Estoy agotado.

Habiendo pasado los horrores de la Revolución Cultural, cuando el encarcelamiento y la muerte eran moneda corriente para aquellos que expresaban sus objeciones a la política de Mao, poco podía decir mi madre con sinceridad para calmar a su alumno. En lugar de eso, tal como había hecho con todos los que habían venido antes, mi madre le dio unas hierbas chinas que le ayudarían a conciliar el sueño.

Pronto se instó a la gente a que utilizara una línea telefónica directa para delatar de manera anónima a los «elementos anarquistas» y «alborotadores contrarrevolucionarios». Los animaron, sobre todo, a que denunciaran a las personas de su entorno más próximo: amigos, compañeros de trabajo, vecinos o parientes. El establecimiento de aquella línea directa provocó oleadas de miedo que recorrieron toda la ciudad. Lo peor de todo era que cualquiera podía llamar desde un teléfono público y originar tu arresto; ni siquiera podías discutir la exactitud de la información, puesto que el testigo no tenía nombre ni rostro.

Todos los días me preguntaba si me habrían denunciado y cuándo y cómo podría presentarse la policía en casa de mis padres. Cada día que pasaba sin ningún incidente se convertía en un premio, una vida perdonada, pues yo creía que la puerta de escape se cerraría algún día, la red se tensaría y quedaría atrapada.

La víspera de mi cumpleaños, a finales de junio, fui a la Universidad de Pekín con Eimin. Él se dirigió a su oficina y yo me encaminé a la librería. Era un día seco y soleado y por todas partes flotaba un polvo asfixiante. En las calles, los jóvenes sauces recién plantados, vencidos por el calor, se habían secado. Hasta los normalmente umbrosos castaños abatían sus hojas, rendidos al sol ardiente.

El Triángulo había vuelto a su estado normal con comunicados universitarios y material de propaganda cuidadosamente colgado en el interior de las vitrinas. Uno de los comunicados afirmaba que era falso que el número oficial de muertos de la Universidad de Pekín ascendiera a centenares de personas: sólo habían sido tres. El comunicado denunciaba a la AAE por engañar a los estudiantes de forma deliberada.

Leí sus nombres, edades y los departamentos a los que pertenecían. No conocía a ninguno de ellos. Traté sin éxito de encontrar una declaración sobre dónde y cómo murieron.

Seguí adelante y leí otro comunicado:

«Dadas las circunstancias, la universidad ha concedido su autorización para que el segundo trimestre termine pronto y las vacaciones de verano empiecen inmediatamente. La universidad insta a los estudiantes a que aprovechen el verano para reflexionar y ejercer la autocrítica. Se exige que todos los alumnos se presenten ante los dirigentes del Partido de su departamento a comienzos del primer trimestre con un relato fidedigno de cuáles fueron sus actividades durante la anarquía».

No seguí leyendo. En las universidades chinas, lo normal es que el segundo trimestre dure hasta primeros de julio. En la Universidad de Pekín no había habido clases desde el mes de abril. Y muchos estudiantes se habían marchado después del 4 de junio, lo cual significaba que, de hecho, las vacaciones de verano habían empezado. Imaginé que la universidad no hacía sino reconocerlo.

Cerca de la librería, un cartel anunciaba la proyección de un vídeo con secuencias de «los actos heroicos de las fuerzas del ejército. Estas secuencias contarán la verdad sobre lo que ocurrió el 4 de junio». Me pregunté cuánta gente iría a verlo.

Tanto mi padre como mi madre habían recibido un comunicado interno del Partido con descripciones más detalladas, a veces gráficas, de la muerte de los «héroes» del ejército, algunos de ellos quemados vivos en el interior de sus vehículos blindados, otros mutilados. El comunicado también cifraba el cálculo oficial por parte de la Municipalidad de Pekín de civiles muertos y heridos durante los días 3 y 4 de junio en doscientos dieciocho y dos mil, respectivamente. Un informe del Departamento de Seguridad Pública de la capital decía que entre los muertos se incluían profesores universitarios, obreros, propietarios de pequeños negocios y alumnos de instituto y de la escuela primaria. El más joven tenía nueve años y el mayor era un obrero jubilado que ya había cumplido los setenta. Nunca se reveló el número de soldados que participaron en la ofensiva ni la magnitud de su arsenal bélico, pero, a juzgar por la cifra de heridos (cinco mil) y de vehículos militares incendiados (quinientos), no era difícil calcular el arrollador poderío de las fuerzas militares que cayó sobre los civiles desarmados de Pekín durante aquellos dos días.

En la librería, el ventilador del techo giraba lentamente. Por lo que yo recordaba, la tienda siempre había estado concurrida, frecuentada por los veinte mil estudiantes de la Universidad de Pekín y sus amigos. La librería, claro está, vendía muchos libros de texto, pero también novelas, poesía y obras de ficción, reflejo de los gustos de los estudiantes, la élite intelectual de la juventud china. Me acordé de que, tres años antes, todos habíamos acudido allí para comprar *David Copperfield*, de Charles Dickens, la historia del éxito de un joven que alcanzó su posición gracias a su propio esfuerzo, y *Las penas del joven Werther*, de Goethe, sobre el amor, el desamor y el suicidio en la Alemania del siglo XVIII. En aquellos días todo el mundo quería ser *Copperfield* y deseaba poder triunfar, como el personaje de la novela, gracias al talento, la inteligencia y el trabajo sin tregua. Además, la mayoría de nosotros nos sentíamos próximos al joven Werther, pues China acababa de abrirse y la joven generación estaba

aprendiendo a experimentar las maravillas, así como las penas, del amor. Pero allí no podíamos conseguir libros prohibidos, para eso teníamos que ir al mercadillo del distrito Haidian, donde el librero podía sacar un ejemplar de *El amante de Lady Chatterley* del interior de un saco de arroz que tenía debajo de la mesa.

El ventilador del techo mantenía fresca la librería, al menos cerca del expositor, situado justo debajo. Eché un vistazo a los libros. Había muchas novelas sobre la vida y la muerte durante la Revolución Cultural, obras que gozaban de popularidad entre los estudiantes antes de las manifestaciones. Pero aquel día no vi a nadie que las comprara. Personalmente ya no me apetecía leer tragedias políticas noveladas.

Al final compré una recopilación de poemas de Gou Mourou. Gou era uno de los principales escritores del Movimiento del 4 de Mayo de 1919. Su obra se había hecho popular entre los estudiantes tanto antes como durante el Movimiento Democrático Estudiantil. Pensé que si conseguía irme a Estados Unidos, me gustaría llevarme aquel libro como recuerdo.

A la hora del almuerzo, Eimin no apareció por el comedor tal como habíamos acordado, de modo que fui a su oficina. Las oficinas de administración del departamento de psicología estaban situadas detrás de la pagoda del lago Weiming. Aparqué la bicicleta en medio del patio y vi a un grupo de gente congregado ante la oficina de administración. La puerta de al lado, la del despacho del presidente del departamento, estaba cerrada, y también la del despacho de Eimin, la segunda puerta a la derecha. Entré en la oficina de administración. Allí, el presidente del departamento, el profesor Bai, Eimin, mi amiga Li, el administrador del departamento y dos secretarías estaban hablando.

—¡Es horrible! ¿Qué vamos a hacer? —exclamó el administrador del departamento.

—No podemos hacer gran cosa, ¿no? —dijo Li—. Las líneas telefónicas están abiertas a todo el mundo. Ni siquiera hace falta que diga su nombre.

—Sabía que no era trigo limpio. Lo supe desde la primera vez que vi a ese tipo. Tiene la nariz afilada y los ojos diminutos —declaró la secretaria de más edad, la señora Cao.



El profesor Bai parecía resignado y se ofreció a asumir toda la responsabilidad.

Me acerqué a Eimin con discreción y le susurré al oído:

—¿Qué pasa?

Él me respondió también con un susurro que Ling Huyuan había vuelto y quería recuperar su trabajo. Decía que si no se lo devolvían, llamaría a la policía por la línea directa y «desenmascararía a los elementos contrarrevolucionarios» del departamento.

Recordaba a Ling Huyuan, un joven maleducado al que le gustaba beber. Antes trabajaba de auxiliar en el departamento.

—Tal vez podríamos dejar que volviera, ¿no? La hermana mayor Cao y yo haremos su trabajo. No nos importa, ¿verdad? —dijo la secretaria más joven.

—He oído que su tío es un funcionario de alto rango en el gobierno de Pekín —añadió el administrador del departamento.

—La emprenderá contra nosotros igualmente —discrepó Li.

—Tengo dos hijos. ¿Qué voy a hacer? —gimió la señora Cao al borde del llanto.

—Pues que vengan y me arresten. Si quiere ver arruinado a alguien, que sea a mí —decidió el profesor Bai, que por entonces estaba enojado y se estaba poniendo rojo.

—Cálmate, Lao Bai —dijo Eimin—. Nos ocuparemos de ello cuando ocurra. Pero de momento no sabemos qué tipo de cosas dirá.

—¡Ojalá pudiera marcharme! —suspiró la secretaria más joven—. ¡Qué suerte que te vas a Estados Unidos, Wei!

—Bueno, no estoy segura.

Pensaba en el miedo que tenía de que alguien pudiese llamar a la línea directa y delatarme antes de que volvieran a abrirse las fronteras. Tal vez ya estuviera en la lista negra. Quizá en alguna parte, en un pequeño despacho caldeado y mal ventilado, había fotos mías marchando o agitando periódicos en el tanque apiladas encima de un expediente y mi solicitud de pasaporte estaba a punto de ser rechazada. No sabía qué podría ocurrir a partir de entonces; nadie lo sabía. Todo el mundo se temía lo peor.

Celebré mi vigésimo tercer cumpleaños en medio de la preocupación y el terror. Mis padres hicieron sus fideos «de longevidad» especiales.

—Da igual que tengas pastel o no, debes comer fideos de longevidad —dijo mi madre.

—Trae mala suerte no hacerlo —añadió mi hermana.

—Ya lo sé. ¿Recuerdas que nací tres años antes que tú?

—¿Sabes por qué se les llama fideos de longevidad?

—Papá, todos los años me preguntas lo mismo.

—Es verdad; pero ¿lo sabes?

—Sí, es un fideo muy largo.

—Si comes fideos de longevidad vives para siempre —dijo mi padre con una sonrisa.

—Eso son tonterías. —Desestimé de inmediato el sermón de mi padre—. Todo el mundo come fideos de longevidad por su cumpleaños, pero no todo el mundo tiene una larga vida. Quizá yo tampoco la tenga. Quizá me muera mañana.

—¡No hables así! —exclamó mamá muy ofendida—. Si no funciona es porque no se hicieron bien los fideos.

—Lo lamento, Eimin. ¿No es increíble? Mis padres son intelectuales, ¿cómo pueden creer en semejantes supersticiones?

No obstante, me comí los fideos y después Eimin sacó un pastel con veintitrés minúsculas velas encendidas. Él y mi hermana cantaron Cumpleaños feliz. Mis padres sonreían a la luz de las velas. Soplé las velas y mi madre volvió a encender la luz. Todos tomamos un poco del pastel al «estilo occidental».

Aquella noche la policía armada se llevó a alguna persona de una de las residencias de estudiantes situadas a unos centenares de metros de allí, lo cual suscitó el temor a una ofensiva generalizada. Al día siguiente, tras una prolongada discusión, mis padres decidieron que Pekín se estaba convirtiendo en un lugar demasiado peligroso.

—Wei podría ir conmigo a mi ciudad natal —dijo Eimin—. Allí estaríamos más seguros.

Mis padres estuvieron de acuerdo. Mamá dijo:

—Tan pronto como abra la oficina de pasaportes iré a leer el tablón de anuncios. No te preocupes. Nos pondremos en contacto con vosotros en cuanto tu nombre salga en la «lista de aprobados».

## Capítulo 19: Adios amor

Cuando nos digamos adiós aquí,  
seré una hoja solitaria realizando un viaje de diez mil millas».

Li Bai, siglo VIII

El 5 de julio llegó el telegrama que cambió mi vida: «Tu pasaporte está listo para ir a recogerlo. Ven a casa cuanto antes. Mamá».

Eimin y yo estábamos en casa de sus padres, de modo que el telegrama se envió al padre de Eimin, el profesor Xu de la Universidad de Nanjing. El profesor Xu, que había tenido la gentileza de acogerme cuando necesitaba un refugio seguro, me compró un billete de tren de cama blanda. En aquella época había cuatro clases de billetes de tren: de pie, de asiento duro (de madera), de asiento blando (con almohadón) y de cama blanda, el equivalente a primera clase. Hasta entonces, los de cama blanda sólo se vendían a las personas con cierto rango en el Partido.

—Te molestarán menos en primera clase —dijo el padre de Eimin—. Un antiguo alumno tiró de algunos hilos por mí.

A la buena gente de la provincia le preocupaba poco las redadas de estudiantes; en lugar de eso, a ellos les interesaban juguetes para sus hijos, una buena cosecha, comida casera, cigarrillos, vino de arroz y poder hacerle un favor a un estimado profesor.

Eimin decidió pasar unos cuantos días más con sus padres; regresaría a Pekín más adelante.

Al día siguiente, cuando llegué a la estación de ferrocarril, me recibió una ajada pancarta que había colgada encima de la entrada: «¡Celebramos el 1 de julio acabando con los contrarrevolucionarios!». El 1 de julio era el aniversario del Partido Comunista Chino. La estación estaba llena de

viajeros: gente que acarreaba grandes talegos, gente sentada o de pie en largas colas. Estaban esperando para poder subir al tren pronto y conseguir sitio para el equipaje o un lugar estratégico en el pasillo en el que sentarse o quedarse de pie. La gente iba de un lado para otro. Miles de mozos de labranza se dirigían a las ciudades a probar suerte.

Las llegadas y salidas se anunciaban a través de unos altavoces, cosa que empeoraba el nivel de ruido, ya cacofónico de por sí. Los padres les gritaban a los hijos que no se separasen. La gente vociferaba de un extremo a otro del andén y metía prisa a quienes tenían al lado. Los mendigos daban la lata para que les dieran alguna limosna. Siempre que pasaba un empleado del ferrocarril uniformado, la gente se abalanzaba hacia él como águilas atacando una presa.

El revisor pasó poco después de que el tren hubiera arrancado y le mostré el billete y el carné de identidad. Después de comer me acomodé para leer los periódicos que había traído, un diario local y el Diario del Pueblo. La mayoría de los artículos hablaba de las actividades para celebrar el aniversario del Partido, que aquel año parecía haber adquirido especial importancia. Unas páginas más adelante había noticias de más redadas de líderes estudiantiles e información sobre actos heroicos llevados a cabo por ciudadanos de a pie que habían desenmascarado a estudiantes que se escondían. Uno de los artículos se refería a «los valientes ciudadanos de Pekín, que reconstruyen la ciudad tras la destrucción que provocó la anarquía liderada por los estudiantes».

En uno de los editoriales, el periódico elogiaba la decisión del Partido de desposeer de sus puestos a los reformistas, como el secretario general del Partido Zhao Ziyang. Aquello no sorprendió a nadie. El comunicado oficial sobre la dimisión de Zhao sólo confirmó lo que ya se sabía. Al fin y al cabo, Zhao había hecho públicas las divisiones en el seno del Politburó para que todo el mundo lo viera, primero en su reunión con el líder soviético Gorbachov, en la cual había revelado que Deng Xiaoping estaba detrás de todas las decisiones importantes del gobierno, incluyendo las relacionadas con las manifestaciones estudiantiles, y luego cuando visitó a los estudiantes en huelga de hambre en la plaza de Tiananmen. Al igual que su

predecesor Hu Yaobang, sus simpatías por los estudiantes y sus tendencias reformistas habían provocado su caída.

Llegué a la Estación Central de Pekín, todavía más abarrotada de gente y más caótica que la estación que había dejado. Para ir a casa tomé el autobús número 325. Mientras el vehículo zigzagueaba por la ciudad en dirección oeste, miré por la ventanilla y vi que Pekín había cambiado muy poco durante aquellos diez días que había estado fuera. La ley marcial aún estaba en vigor, los tenderetes continuaban cerrados a lo largo de las calles y también los mercados. No había ancianos jugando al ajedrez chino bajo los castaños y la gente se desplazaba en bicicleta y se ocupaba de sus asuntos con discreción. Los soldados del Ejército Popular de Liberación patrullaban las calles sosteniendo los fusiles de asalto cruzados ante el pecho. Daba toda la sensación de que Pekín era una ciudad asediada.

Al día siguiente tuve que volver a recorrer el mismo trayecto, esta vez en dirección contraria, desde el distrito oeste hacia el centro de la ciudad. Pedaleé durante dos horas hasta la calle Qianmen —la Calle de la Puerta Delantera— para recoger mi pasaporte. La oficina de pasaportes se encontraba a pocas manzanas de distancia de la plaza de Tiananmen. Allí había patrullas más numerosas del EPL y también más controles. En la puerta de la oficina de pasaportes me encontré con otras personas que esperaban a que abrieran después de comer. Charlamos sobre adónde teníamos previsto ir y qué estudiaríamos en el extranjero.

El gobierno había anunciado que a nadie que hubiera participado en el Movimiento se le permitiría salir de China. La nota colgada en la puerta decía que los pasaportes sólo se entregarían a aquellos que pudieran aportar pruebas de su «espíritu revolucionario» durante el Movimiento Estudiantil, «como cartas de sus jefes o del jefe de policía local».

Comprobé que llevara el sobre en el bolso. Era del jefe de personal de mi cuadrilla declarando que no estaba involucrada en el Movimiento. Puesto que mi expediente estaba «colgado» en la oficina de mi padre, un amigo suyo había firmado la carta. Podría parecer que sorteaba los requisitos del gobierno con facilidad, pero sabía que en realidad estaba poniendo en peligro tanto a mi padre como a su amigo porque si más adelante, aun después de haber salido de China, el gobierno descubría mi

participación en el Movimiento, podría castigar al autor de aquella carta y a quienes estuvieran relacionados con ella.

No creía que todo el mundo tuviera mi buena fortuna, que toda la gente que estaba allí contara con un familiar en disposición de ayudar. Pero todos los que estábamos allí aquel día debíamos de llevar encima una carta parecida. ¿Quiénes eran los autores? Tenían que haber sabido los riesgos que corrían.

Mientras esperábamos los pasaportes y hablábamos de nuestro futuro apoyados en las bicicletas en la grata sombra, pasó por allí una patrulla del EPL.

De pronto oímos un fuerte estallido.

Dejé caer la bicicleta y me tiré al suelo.

Transcurrió un largo y silencioso minuto.

—¿Le han disparado a alguien? —preguntó una voz, sin que nadie respondiese.

Todos nos quedamos tumbados en el suelo unos minutos más. La calle parecía estar en calma. Como transcurrido un rato no ocurrió nada más, la gente empezó a levantarse poco a poco; todos echaron un vistazo a su alrededor e intercambiaron unas palabras unos con otros. Las bicicletas volvieron a ponerse en marcha. Fluyó el tráfico.

—No ha sido más que el reventón de un neumático —oí que explicaba alguien.

Levanté la bicicleta, comprobé que siguiera funcionando bien y esperé a que se me normalizara el pulso y se me apaciguase la respiración. Nos reímos aliviados. Sabíamos que durante la ley marcial las tropas habían disparado a la gente en las calles. Un par de días antes mi madre había ido a visitar a un amigo y éste le dijo que algunos estudiantes de su universidad habían gritado consignas mientras pasaba un camión militar. Unos minutos más tarde, el camión regresó y los soldados abrieron fuego. Los disparos hicieron añicos todas las ventanas de un lado de la sala de conferencias, pero por fortuna nadie resultó herido.

—La declaración escrita.

La mujer que me la pedía, al otro lado de la pequeña ventanilla situada por encima de mi cabeza, denotaba aburrimiento en su voz. Levanté la mano y deposité la carta en la ventanilla. No veía la expresión en el rostro de la mujer.

Parecía que estaba leyendo la carta. Entonces se levantó haciendo mucho ruido con la silla y se alejó.

—Está todo bien —dijo al regresar.

Me tendió el pasaporte. Inmediatamente metí en el bolso lo que parecía ser un folleto de color marrón oscuro y regresé a casa tan deprisa como pude.

Una radiante mañana de verano al cabo de tres días recibí un visado de estudiante para Estados Unidos. Cuando salía de la embajada norteamericana, caí por fin en la cuenta de que en mi mano tenía el pasaje hacia una nueva vida.

Mis padres pidieron dinero prestado para pagarme el billete de ida a Estados Unidos a finales de agosto. Pasé la mayor parte de las semanas que me quedaban de estancia en China despidiéndome de amigos y profesores y preparándome para aquel nuevo y desconocido mundo al que me iba. Un día me encontré con Qing, la más antigua de mis amigas, para ir a tomar un helado. Desde la ventana del establecimiento veíamos a un soldado muy bien armado que vigilaba el cruce.

—¿Vamos y le hacemos muecas? —preguntó Qing, siempre temeraria.

—¿Para que nos dispare? —repliqué.

—Así no me dejarás y no te marcharás a Estados Unidos —dijo haciendo una mueca dirigida a mí; me reí con ella.

—Prometo mantenerme en contacto contigo —repuse, y le di un abrazo a mi querida amiga.

Eimin y yo volvimos a trasladarnos a la Universidad de Pekín durante el corto lapso de tiempo que transcurrió entre su regreso de su ciudad natal y mi partida hacia Estados Unidos. La universidad era entonces un lugar muy distinto. El campus se había convertido en una fortaleza llena de fantasmas. Los estudiantes se habían marchado en su mayoría durante las vacaciones



de verano o se habían ido sin más. Dong Yi aún no había regresado y, a medida que se aproximaba el día de mi partida, me inquietaba cada vez más por él. Empecé a ir a su residencia con regularidad, con la esperanza de que abriera la puerta y dijera: «Acabo de llegar. Aún no he tenido tiempo para ir a buscarte». Comencé a escribir cartas que no sabía adónde enviar. Había tantas cosas que quería decirle, tantas cosas que no nos habíamos dicho porque estábamos ocupados marchando, manifestándonos, deteniendo tanques y escondiéndonos... Pensamos que tendríamos tiempo, creímos que las palabras podían esperar, pero ahora el tiempo se agotaba. Y empecé a temer que no volvería a ver más a Dong Yi.

Pasé muchas horas deambulando por el campus sin rumbo fijo, con una sensación de vacío. No buscaba a nadie en particular porque sabía que la mayor parte de mis amigos se había marchado. Simplemente recorría cada sendero y cada rincón del campus, una y otra vez, con la esperanza de grabar hasta los más mínimos detalles en la memoria: los olores, los sonidos, los colores, el tacto de las cosas, la risa y el dolor. Porque lo único que podía llevarme conmigo era los recuerdos.

Una tarde húmeda estaba una vez más paseando por el campus y me encontré frente a la residencia número cuarenta. Entré en el oscuro vestíbulo y subí las escaleras. Todas las puertas estaban cerradas. Llamé a la puerta de Chen Li sin muchas esperanzas de que se abriera.

Me sorprendió comprobar que su compañero de habitación aún estaba allí.

—¿Está Chen Li? —pregunté con el convencimiento de que me diría que Chen Li se había ido a casa.

—Se ha trasladado a la habitación ciento diecisiete. Lo encontrarás allí.

—¿Por qué se ha trasladado?

—Será mejor que se lo preguntes a él —contestó al parecer incómodo.

Me apresuré escaleras abajo. Sin recuperar el aliento, llamé a la puerta de color oscuro de la habitación ciento diecisiete, en la planta baja.

—¿Quién es?

—¿Eres tú, Chen Li? Soy Wei.

Un largo silencio, un fuerte estrépito como si algo se hubiera caído o lo hubieran hecho caer, luego unos pasos pesados y se abrió la puerta.

Delante de mí estaba mi querido amigo Chen Li, vestido, como era habitual, con una camiseta de la Universidad de Pekín y unos pantalones cortos. Sonrió con dulzura, como siempre. Pero su aspecto me dejó atónita.

Su alto cuerpo se sostenía sobre un par de muletas y tenía una pierna amputada a la altura de la cadera.

—Me alegro de verte. Entra, por favor.

Cerró la puerta y se volvió. Trató de andar deprisa, pero estaba claro que le resultaba difícil. Alargué los brazos detrás de él, pero no lo toqué. No sabía qué debía hacer para ayudar.

Había una taza de aluminio en el suelo. Debía de haberse caído cuando trataba de llegar a la puerta. Fue a recogerla, pero me anticipé y la dejé sobre la mesa.

Nos sentamos. La ventana estaba abierta, pero no entraba viento. Aquella tarde el campus estaba muy tranquilo.

—Todavía tengo que acostumbrarme a estos trastos. —Chen Li apoyó las muletas en la cama. Me examinó con calma y luego explicó—: Me arrolló un tanque cerca de los Puentes de Aguas Doradas cuando las tropas se dirigían a desalojar la plaza de Tiananmen.

Entonces me contó que la mañana del 4 de julio estaba en la plaza arrojando latas de gasolina contra los soldados con un grupo de estudiantes. Había muchos grupos diferentes que se acercaban por distintas direcciones. Cargaron contra las tropas y los vehículos blindados, pero luego los soldados contraatacaron y lograron capturar a varios estudiantes.

—Algunos de nosotros volvimos corriendo con la intención de rescatarlos. También se acercaban fuerzas del ejército por el oeste. Había hogueras y gritos por todas partes. Todo era caótico y ruidoso. Debí de desorientarme, y cuando de pronto me di la vuelta, vi aquel tanque monstruoso que venía directo hacia mí.

El último recuerdo que tenía Chen Li de aquella fatídica mañana era el de estar tendido en el suelo, mirar fijamente el blindado y tratar de rodar para apartarse de su trayectoria. Al día siguiente, cuando despertó en el hospital, el médico le dijo que había tenido suerte porque el tanque sólo le había pasado por encima de una pierna, pero que habían tenido que amputársela. Los huesos estaban completamente aplastados y hechos

añicos. Lo tuvieron ingresado en el hospital hasta que no pudieron hacer nada más y entonces le dieron las muletas.

—La gente ha sido muy amable. El tipo que estaba aquí me dio su llave antes de irse a casa. —Dio unas palmaditas sobre la cama en la que estaba sentado—. No me conviene vivir en el piso de arriba. No salgo mucho. Mi antiguo compañero de habitación me trae comida del comedor y agua caliente de la sala de calderas. Estoy bien. La mayor dificultad que tengo es para ir a los baños públicos. ¡En verano puede llegar a hacer tanto calor en Pekín...! No soporto que la gente se me quede mirando. Los que me conocen me compadecen cuando ven lo que me cuesta andar; los que no, me maldicen porque voy lento y les bloqueo el paso. Alguna vez les he oído decir: «¿Qué hace aquí un tullido?».

Hablaba con total naturalidad, como si hubiera contado la misma historia tantas veces que ya no le afectaba. Probablemente le había hecho daño, pero dudaba que hubiera dejado de herirle. Una vez mi médico me explicó que nuestra tolerancia al dolor aumenta si estamos expuestos a él el tiempo suficiente. Sencillamente, nos acostumbramos a él. Pero en el caso de Chen Li sólo habían pasado unas semanas.

—Me ha sorprendido verte. Pensaba que todo el mundo se había ido menos yo.

—Me fui y luego volví. Bueno, es una larga historia. No voy aburrirte con ella. Pero me marché otra vez, y en esta ocasión para bien. Me voy a Estados Unidos.

En cuanto pronuncié la palabra «Estados Unidos» me odié. Me sentí fatal, tan mal como cuando tenía catorce años y mi vecina me dijo que se habían comprado un televisor —el primero en todo el bloque—, pero no me invitó a verlo.

—Felicidades, Wei —dijo Chen Li con una amplia sonrisa—. Siempre supe que lo conseguirías. Eres de esa clase de personas que logra todo lo que quieren. Te lo mereces.

Sabía que todas y cada una de sus palabras iban en serio. Pero me pregunté si de verdad me lo merecía.

Chen Li no se hacía ilusiones sobre su futuro.

—La zona económica especial ya no me quiere, soy un lisiado y un tipo políticamente indeseable. ¿Recuerdas el cartel que escribí? Ya no me importa mucho el futuro en particular. Pero no soporto pensar en lo deshechos que se quedarán mis padres cuando se enteren.

«Éste es Chen Li —pensé—, siempre pensando en los demás, nunca en él mismo. Si alguien se merecía un futuro brillante, tenía que haber sido él. La vida no es justa». Entonces recordé la voz de Dong Yi diciendo: «Nadie ha dicho nunca que lo fuera».

Antes de irme, fui a la tienda del campus y compré muchos helados y coca-cola. Quería hacer algo por Chen Li, aunque pareciera bastante trivial o de lo más estúpido.

Aquella tarde llovió mucho. Sentada frente a la ventana, contemplaba cómo caía la lluvia. Mi pensamiento regresó a los despreocupados días que había pasado con Chen Li, paseando por los verdes senderos del campus o sorbiendo café en el Spoon Garden Bar. También pensé en el día que marchamos hombro con hombro hacia la plaza de Tiananmen. Mientras miraba la lluvia, oí dos voces en mi interior: una que me decía que fuese a ver a Chen Li y lo ayudara y otra que me decía exactamente lo contrario. ¿Podría soportar verme de nuevo y que le recordara las alegrías del pasado o la pérdida de su futuro?

Lo dudaba. No lo sabía, pero lo dudaba.

Cada día llegaban noticias de más acciones, arrestos y nuevos programas para identificar y acabar con los participantes en el «movimiento anarquista». Se exigía a estudiantes y profesorado que reflexionaran sobre sus ideas y sus actos y que denunciaran a otros participantes. La universidad de mi madre la identificó como simpatizante de los estudiantes y la criticó por ello. Además de tener que hacer autocritica una y otra vez en varias reuniones de profesores que siguieron, ya no se le permitió ejercer la docencia con alumnos a su cargo. Mi madre quedó deshecha. La enseñanza había sido el sueño de toda su vida. Cuando en 1977 se restablecieron las universidades, mi madre renunció a su bien remunerado y muy envidiado puesto en el Departamento de Asuntos Exteriores para convertirse en

profesora universitaria. Todos sus amigos le habían aconsejado que no diera ese paso. Pero ella estaba cansada de las luchas políticas que habían sido una característica habitual en su trabajo. «La enseñanza es la mejor de las profesiones —recuerdo que me decía—. No envejeces tan rápido como en el departamento porque siempre estás con mentes jóvenes y puras». Pero la tensión de la autocrítica y la desilusión de no poder supervisar a los alumnos, con el tiempo llevaron a mi madre a jubilarse anticipadamente. Su trabajo soñado había perdido mucho de su encanto.

Algunos organismos, incluidas —aunque no sólo ellas— la Escuela Central del Partido, que preparaba a prometedores miembros del Partido para desempeñar puestos de importancia en el gobierno, y la Liga de Juventudes del Partido en Pekín, se negaron a aceptar a licenciados de la Universidad de Pekín aunque se les hubiera asignado un puesto allí. Una medida semejante destruyó prácticamente la posibilidad de cualquier futuro sensato para aquellos jóvenes estudiantes. También llegaron noticias acerca de alumnos de Pekín que, en provincias, habían sido víctimas de palizas a manos de matones locales, y la gente empezó a temer que los castigos y las detenciones se extenderían más allá de los participantes clave del Movimiento. Proliferaban los rumores sobre a quién iban a detener: al igual que los millones de personas que habían vivido la Revolución Cultural, mis padres conocían demasiado bien el horror de la venganza política y estaban muy preocupados por mí.

Un día fui a la oficina de billetes de Air China para ver si podía tomar un vuelo anterior hacia Estados Unidos. Algunos de mis amigos habían abandonado China antes de lo que tenían previsto y me aconsejaron que hiciera lo mismo. Regresé y le dije a Eimin que salía hacia Nueva York al día siguiente. Después, me fui a casa con mis padres.

Aquella tarde, en la sala del apartamento de mis padres, hicimos el equipaje para mi larga marcha. Mis padres me habían comprado dos maletas nuevas para el viaje. Fue mi padre el que lo empaquetó casi todo mientras intentaba meter todo lo posible en las maletas: libros, ropa para todas las estaciones, toallas, mantas, cuencos para la sopa, cucharas, palillos... Mamá corría de un lado a otro y le daba las cosas, no sin

detenerse de vez en cuando para decir: «¿Necesita esto?» o «No lo coloques todo tan apretado, pesará demasiado y no lo va a poder llevar».

Mi hermana nos ayudó con el equipaje durante las dos primeras horas y luego se fue a la cama.

—Te veré mañana por la mañana —dijo al darme las buenas noches.

Mis padres no me preguntaron cuánto tiempo estaría fuera, aunque sabía tan bien como ellos que podrían pasar años antes de que los volviera a ver. Todavía estábamos revisando y guardando las cosas cuando la tarde se convirtió en noche y cuando la noche se convirtió en primera hora del amanecer. Mis padres me dijeron que me fuera a la cama.

—Duerme bien, tienes que hacer un largo viaje. Nosotros terminaremos de hacerte el equipaje.

Entonces, con gran solemnidad, me dieron cuarenta dólares.

—Tu padre escribió a tu tío en Hong Kong cuando te dieron la beca y le preguntó si podía pedirle prestado este dinero. Debes tener un poco de dinero en efectivo cuando llegues allí. Asegúrate de ponerlo a buen recaudo y no olvides devolverlo en cuanto puedas.

Tenía el cheque de Ning por valor de mil dólares, pero no era dinero en efectivo y tampoco estaba segura de si utilizarlo o no. Tomé el dinero y les di las gracias a mis padres. En aquel momento me di cuenta de que habían encanecido en cuestión de pocos meses. En sus miradas vi el amor que se profesaban el uno al otro y el que sentían por sus hijas, y las penurias y preocupaciones que habían soportado por mí durante los últimos veintitrés años. Eran sentimientos no expresados, pero intensos. Ahora que los dejaba para marcharme a un nuevo mundo del que ni ellos ni yo sabíamos mucho, por lo que daba la sensación de que se hallaba tan lejos como el borde del cielo, me preguntaba hasta qué punto continuaría siendo una carga para mis progenitores.

El 2 de agosto de 1989, mis padres, mi hermana, Eimin y yo llegamos al Aeropuerto Internacional de Pekín. Puesto que a la zona de facturación sólo se permitía la entrada a los pasajeros, nos despedimos en el vestíbulo de salidas.

Eimin fue el primero en decirme adiós.

—Llámame a la oficina en cuanto llegues —pidió.

—Por supuesto. Empezaré de inmediato con el papeleo para que puedas reunirte allí conmigo.

—Bien.

—Cuídate y escribe a menudo —dijo mi padre.

—Tú escribe a papá y mamá, ellos me harán saber cómo te va —me dijo mi hermana—. Yo puedo leer las cartas cuando venga a casa durante las vacaciones.

Mi madre, que durante los últimos días había conseguido controlar sus emociones para que no afectaran a las mías, en aquellos momentos temblaba visiblemente. Parecía como si se acabara de dar cuenta de que sólo disponía de unos minutos para decirme todo lo que quería y que deseaba darme el amor de toda una vida. Empezó a hablar acerca de cómo me las arreglaría en un nuevo país y con una nueva forma de vida.

—Ten cuidado, no salgas sola por la noche. En Estados Unidos hay mucha delincuencia... Si no te gusta estar allí, vuelve a casa... La hermana de Xiao Xiao también está estudiando en la misma universidad. ¿Recuerdas que te he dado su número de teléfono? Llama en cuanto llegues... No te pierdas en el aeropuerto...

—No te preocupes, mamá, todo va a ir bien —intenté tranquilizarla, aunque en el fondo no tenía ni idea de cómo iba a ser mi vida a partir de aquel momento.

—Ahora será mejor que te vayas —me indicó papá, y me hizo un gesto con la cabeza; me di cuenta de que estaba más preocupado por mi madre.

—Adiós, cariño.

Mamá me abrazó. Volvió la cabeza para que no viera sus lágrimas.

Abracé a mi hermana y a Eimin, le estreché la mano a mi padre y les dije adiós. Atravesé la puerta de la mampara de cristal que separaba a los que se iban de los que se quedaban. En cuanto facturé, llevé las maletas por una puerta en la que ponía «punto sin retorno» hacia la cinta transportadora. Luego regresé a la puerta y vi que mi familia seguía en el mismo lugar; los saludé con la mano y una amplia sonrisa y ellos me devolvieron el saludo.

Cuando ve di la vuelta, las lágrimas me corrían por las mejillas. Seguí adelante, alejándome de mi marido, de mis padres que envejecían, que me habían criado tanto en las duras como en las maduras, y alejándome de mi hermana menor, a la que quería pero de quien tenía la impresión de no conocer realmente, puesto que yo me había ido al internado cuando ella tan sólo tenía nueve años.

Seguí andando, alejándome del único país que había conocido y de la única vida que había tenido. Estaba a punto de hacer el primer viaje en avión de mi vida y lo único en lo que podía pensar era que, a partir de entonces, mis días estarían llenos de sueños, de soledad y añoranza.



## Capítulo 20: Estados Unidos

«El destino llega, no puede buscarse».

Zhang Joling, siglo VII

Al cabo de dos días me encontraba en el campus de la Universidad de William y Mary, en Virginia, con la misma sensación que si acabara de entrar en algún sitio tan vasto y tranquilo como el cielo vespertino de una noche de pleno verano. Delante de mí, unas extensiones de césped recién cortado se sucedían sin interrupción hacia una línea de delicados edificios de ladrillo rojo de dos pisos. Acababan de regar el césped y las gotas de agua relucían bajo la luz del sol sobre la hierba verde y húmeda.

Ningún muro rodeaba el campus. Nadie miraba por encima de mis hombros o escuchaba a escondidas mi conversación. No circulaban mortíferos cuchicheos. De haber gritado, no habría habido eco. Si hubiese alzado las manos y hubiera empezado a bailar por el césped, allí no habría habido miradas que me juzgaran. Al fin era libre.

Había llegado inesperadamente pronto para el año académico que iba a empezar, de modo que el presidente de mi departamento, el profesor Herbert, y su esposa me recibieron en su casa mientras esperaba a que se abrieran las residencias para los alumnos de posgrado, dos semanas más tarde. Los Herbert vivían en una vieja casa marrón enclavada en lo profundo del bosque; unos groselleros silvestres crecían a lo largo del camino de entrada. La señora Herbert era una amable mujer de alrededor de cincuenta y cinco años que en su cálida cocina hacía guisos y preparaba lo que para mí eran nuevos manjares occidentales. Después de cenar, el profesor Herbert solía subir a su estudio para finalizar cualquier trabajo que quedara del día. La señora Herbert y yo quitábamos la mesa, cargábamos el

lavavajillas y luego nos sentábamos en la mesa del comedor para hablar de nuestras vidas. Ella era la que más hablaba; me enseñaba fotografías de sus hijos y me contaba historias de su niñez y de sus visitas a su hijo y su hija, entonces ya mayores. Yo no entendía casi nada de lo que me explicaba, a excepción de unas pocas palabras como «hija», «trabajo», «Washington DC», «novio» y «coche deportivo». La mayor parte del tiempo me limitaba a sonreír. Le enseñé el puñado de fotografías de la familia que llevaba conmigo e intentaba explicarle, con gran dificultad, quiénes eran y cómo se ganaban la vida. Cuando no encontraba las palabras adecuadas, lo intentaba con gestos.

Después de nuestra charla, yo me dirigía al primer piso, a la antigua habitación de su hija, donde dormía. Las fotografías de su hija adolescente y sus amigos que veía en las paredes me mostraban la infinita libertad y belleza con las que aquélla había crecido y, aunque era agradable verlas, a menudo me hacían sentir terriblemente sola. A cada momento se me recordaba, de forma inequívoca, que me encontraba en un país extranjero respecto al cual no tenía una verdadera comprensión; todo cuanto me había imaginado resultaba ser por completo inadecuado o erróneo. Pero la amabilidad de la señora Herbert me recordaba a mi madre, muy parecida a ella en cuanto a edad y ternura. En mi mente aún veía el pequeño apartamento de mis padres y sentía el amor que rebosaba en aquel minúsculo lugar. Esparcí las fotografías de mi familia que le había enseñado a la señora Herbert y lloré. Echaba de menos mi hogar y quería volver. Me sentía como si fuera un recién nacido que deseara regresar al calor, la seguridad y la nutrición que le proporcionaba el útero materno.

Escribí muchas cartas durante aquellos días: a mis padres diciéndoles que quería volver a casa y a mi marido Eimin rogándole que viniera a Estados Unidos lo antes posible. Durante aquellas largas tardes también pensé en Dong Yi y me preguntaba dónde estaría. A veces me lo imaginaba en su felicidad doméstica preparándose para la llegada de su primer hijo, mientras que otras veces temía cosas horribles. Me acordé de la visita que una vez hice a una prisión, dos años antes, cuando estaba escribiendo un artículo sobre psicología criminal para el periódico de la universidad. Cuando llegamos, los presos se alinearon en el patio y entonaron canciones

revolucionarias. Los internos a quienes entrevistamos nos contaron cuánto se habían beneficiado de los trabajos forzados y lo mucho que habían aprendido gracias a ellos. Dijeron que se habían arrepentido de sus delitos contra el pueblo y que querían pagar su deuda con la sociedad trabajando duro. Me imaginé a Dong Yi como uno de ellos, vestido con unas ropas carcelarias que no eran de su medida y con el cráneo rapado. Me asusté de mis propios pensamientos.

Le escribí y en el sobre anoté la dirección del departamento de física de la Universidad de Pekín, el único lugar que se me ocurrió para enviar la carta. Le conté lo de mi matrimonio con Eimin, explicándole que para mí era el único paso posible, como ambos sabíamos, y lo mejor para todo el mundo.

«Con frecuencia no podemos conseguir lo que queremos en la vida, pero al menos sé que alguien me quiere. Ser querida es siempre mejor que estar sola, y mucho más ahora que llevo una existencia solitaria en Estados Unidos —le decía en la carta—. Pero lo que lamento, sobre todo ahora que estoy a miles de kilómetros de distancia y no sé cuándo volveremos a vernos algún día, ni siquiera si lo haremos, es no haberte contado antes la verdad. El tiempo siempre seguía pasando cuando necesitábamos que se detuviera y ahora parece haberse detenido, pero tú no estás aquí para escuchar. Tengo la sensación de haberte engañado y mentido, aunque nunca fue mi intención hacerlo. ¿Podrás perdonarme? Espero que sí. De nada sirve que ninguno de nosotros culpe al otro por las cosas que hicimos y que no hicimos».

Pero no recibí respuesta. Al cabo de dos meses volví a escribir. Dong Yi no me contestó nunca. Mientras tanto, la vida transcurría con rapidez. En mi clase sólo había ocho chicas, de manera que estudiábamos juntas, nos divertíamos juntas, viajábamos juntas para asistir a conferencias, como hermanas. Mi inglés mejoró rápidamente y pronto pude dejar de grabar las clases. Asistí a mi primera fiesta de Halloween a finales de octubre, vestida con un disfraz de gato que me prestó Ellen, mi compañera de habitación, y bailé con mis muchos amigos. Al mes siguiente, Ellen me invitó a pasar el día de Acción de Gracias en casa de sus padres, en Washington DC.

Así pues, cuando el primer trimestre tocaba a su fin y las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, me encontraba entre un montón de amigos agradables y ya no me sentía sola. El hecho de haber sobrevivido a mis primeros seis meses en Estados Unidos también me ayudó a descubrir una fuerza interior que ignoraba que poseía. Me di cuenta de que podía valerme por mí misma y de que no necesitaba a nadie que me rescatara o protegiese. Dicho discernimiento me abrió los ojos y por primera vez vi lo que en realidad me llevó a casarme con Eimin: había tenido miedo, como siempre, de estar sola, sobre todo con la perspectiva de un mundo desconocido y peligroso en el extranjero. También me asustaba el rechazo; durante mucho tiempo había llevado una vida aislada y solitaria y sabía lo que era eso. Pero ahora escudriñaba en mi corazón y no encontraba el amor que antes sintiera por Eimin. Tal vez nunca lo había sentido, tal vez lo había confundido con otra cosa, como la confianza que me inspiraba el hecho de que él estuviera siempre allí y no me fallase nunca. Aquéllas eran las virtudes de Eimin, que yo había considerado la base de nuestro amor, pero entonces me di cuenta de que no eran sino sucedáneos.

De modo que cuando Eimin llamó un día para decir que el papeleo — que yo le había enviado durante mi primer mes en Estados Unidos— ya estaba listo y que llegaría justo a tiempo para Navidad, sentí pánico. Quería disponer de más tiempo para considerar las cosas con detenimiento y tomar una decisión. Me sorprendió la manera en que los acontecimientos se habían precipitado de pronto, como si Eimin se hubiese dado cuenta de que debía actuar con rapidez. En las últimas cartas le había insinuado que mis sentimientos hacia él habían cambiado, pero sabiendo lo mucho que deseaba marcharse de China, no me pareció bien impedir su viaje. «Al menos eso se lo merecía —me dije—. Me culpo por este matrimonio, que cada vez parece un error más grande». Era joven y estaba confusa.

Pero no quería verle, todavía no, no antes de saber lo que le diría. De modo que, mientras tanto, le pedí que se alojara en casa de uno de sus muchos amigos que habían llegado a Estados Unidos vía Inglaterra. Con la certeza de que era una petición bastante razonable y siendo Eimin una persona muy sensata, no hice ningún preparativo para su llegada, por lo que

me pilló totalmente de sorpresa cuando apareció en el departamento con su equipaje.

Aquella noche, cuando Ellen ya se había acostado, tuvimos una gran pelea.

—¿Cómo se te pudo ocurrir pedirme que fuera a casa de un amigo? ¿Qué iban a decir? —exclamó Eimin.

—¡No sabía que te preocuparan tanto las apariencias! —repliqué con acritud.

—¿Qué quieres, volver a casarte? ¿Te has enamorado de alguien aquí? —inquirió mirándome fijamente.

—No.

No tenía tiempo para pensar detenidamente qué quería. Lo único que pedía era un poco de tiempo, pero él no estaba dispuesto a dármelo. Me di cuenta de que ya no se podía hacer otra cosa que encontrar un apartamento pequeño para los dos y estirar los seiscientos dólares mensuales a que ascendía mi beca. Eimin había venido como persona a mi cargo; no se podía hacer nada hasta que no encontrara trabajo.

De modo que dejé de discutir. No sé si Eimin creyó que ya había pasado la crisis o si sencillamente optó por hacerle caso omiso, pero en seguida se puso de excelente humor mientras hacíamos planes para pasar la Navidad en Boston. Eran las primeras Navidades de mi vida. Quedé fascinada con las luces que iluminaban la ciudad y me sentí perdida en la abarrotada zona comercial del centro. Había nieve por todas partes y también gente que cantaba villancicos. Tenía la sensación de haber llegado a un paraíso.

Nos quedamos en casa de Wang Baoyuan, un amigo de Eimin que estaba en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Por la noche, otros amigos, todos ellos varones de más o menos la misma edad que Eimin, acudieron al apartamento de renta limitada en un piso elevado sobre el río Charles.

—Sí, está aquí, en Estados Unidos —gritó Wang Baoyuan al teléfono—. ¿Cuándo podéis venir? Venid en seguida, conoceréis también a su guapa y joven esposa.

Vinieron, bebieron cerveza, fumaron, rieron, gritaron, sintieron calor y abrieron las ventanas. Hablaron de los viejos tiempos, de viejos amigos y

conocidos. Hablaron mucho sobre el matrimonio y las mujeres, en particular de las mujeres chinas que vivían en Estados Unidos. Eran el mismo tipo de personas que Eimin, que había vivido la dureza de la Revolución Cultural. Habían sido muy reservados en el Reino Unido y Estados Unidos, pero se enorgullecían de saber mucho sobre la cultura occidental y les encantaba compartir conmigo sus ideas sobre su nuevo país. A pesar de haber vivido muchos años en el extranjero, eran hombres chinos tradicionales y se aferraban a sus valores del pasado. Eimin pertenecía a ese grupo de hombres y en seguida me di cuenta de que era un chino mucho más tradicional de lo que yo nunca había sido como mujer china. Tuve plena conciencia de lo poco que conocía al hombre con quien me había casado.

Aquella noche, cada vez que miré a Eimin lo vi con una sonrisa de triunfo. Sus amigos, muchos de los cuales seguían solteros, lo envidiaban. Me acordé de que, en una de las raras ocasiones en las que se sinceraba, me contó que cuando terminó el posgrado en la Universidad de Edimburgo había intentado, sin éxito, encontrar trabajo en el Reino Unido o en Estados Unidos. Se sentía inferior porque, a diferencia de la mayoría de sus amigos, no había conseguido quedarse en Occidente. Pero ahora todo había cambiado.

Al mirar a Eimin, las palabras de Dong Yi volvieron a mi pensamiento: «Eimin no es tu felicidad».

¿Por qué había tardado tanto en darme cuenta?

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Eimin y yo nos sentamos en el suelo con nuestro anfitrión y vimos unas cintas de vídeo con reportajes de los informativos occidentales sobre la masacre de Tiananmen.

—En China no hay oportunidad de ver nada de esto —dijo Wang Baoyuan en tono confidencial.

En Pekín había oído hablar de la matanza. Mis amigos y testigos presenciales me lo habían contado. Pero no había visto ninguna imagen de las muertes tal como ocurrieron realmente: los cuerpos aplastados y las calles ensangrentadas llenas de cadáveres. No vi aquellas imágenes hasta que llegué a Estados Unidos; y hablaban del horror y el dolor de un modo tan profundo que lloré igual que había llorado la primera vez que oí hablar

de la carnicería que se produjo la fresca mañana del 4 de junio, cuando escuché el relato del acongojado doctor y vi cómo bajaban del camión el cadáver del estudiante o cuando cogí el casquillo de bala de la mano de Dong Yi. Desde entonces había visto con frecuencia las famosas secuencias del joven que se cruza una y otra vez en el camino de la fila de tanques. Y siempre que las veía pensaba en Chen Li y en lo que le había ocurrido.

—¿Vosotros participasteis? —preguntó Wang Baoyuan.

—Sí, claro —respondió Eimin con orgullo—. Fuimos muchas veces a la plaza.

—Tal vez os veáis aquí —dijo Wang Baoyuan, al parecer impresionado.

Fijé la mirada en la pantalla del televisor, pero mi pensamiento estaba en otro lado, en la noche que Dong Yi me había contado lo de la chica moribunda en sus brazos en la calle Muxudi, el casquillo de bala en la palma de su mano mientras me lo explicaba y su voz diciendo «Nunca lo olvidaré». Me pregunté dónde estaría Dong Yi en aquellos momentos. El año estaba a punto de terminar y uno nuevo, 1990, iba a comenzar. Me pregunté qué haría en el año nuevo y en la nueva década.

Al cabo de tres días fuimos al baile de Nochevieja organizado por la Asociación de Estudiantes y Becarios Chinos de Boston. Eimin se sentó en la mesa con sus amigos, sonriendo y charlando. Yo tuve muchas solicitudes y bailé sin parar. Pero, si bien daba vueltas por el salón de baile, mi cabeza y mi corazón estaban en otra parte. Aquella noche, la única realidad para mí era otra noche, una noche sin luna a orillas del lago Weiming cuando el tiempo pasaba y no había dicho cómo me sentía cuando tuve la oportunidad.

«¡Qué joven soy! —pensé mientras bailaba—. ¿Cuántos años de vida junto a Eimin tengo por delante?». Sentí el futuro como un peso que se me venía encima, aplastándome. Tuve la sensación de que me estaba muriendo.

En cuanto regresamos a la Universidad de William y Mary empecé a presentar solicitudes para cursos de doctorado en otros lugares. Aunque todavía me quedaba por cursar un año del master en psicología, decidí cambiar. Tenía que marcharme de allí. En marzo de 1990 me aceptaron en

la Universidad Carnegie Mellon para un curso de doctorado en empresariales, y en mayo me trasladé a Pittsburgh.

Eimin había encontrado trabajo en Virginia y no tuvo ningún inconveniente en que me marchara. Fuimos tan educados y razonables como dos amigos diciéndose adiós. Una de mis últimas noches en Virginia estábamos viendo la televisión en nuestro pequeño apartamento. Casi todas mis cosas se hallaban ya metidas en maletas y cajas. De pronto dieron una información de última hora según la cual Chai Ling había conseguido huir a París, donde apareció ante los medios de comunicación. A raíz de las drásticas medidas adoptadas por el gobierno contra los activistas del Movimiento Democrático Estudiantil, Chai Ling y su marido habían pasado a la clandestinidad. Durante el año siguiente se las habían arreglado para eludir al gobierno chino trasladándose de una provincia a otra, escondidos por ciudadanos que simpatizaban con la causa.

Tres días después, Chai Ling y su marido llegaron a Estados Unidos. En Washington DC habían organizado una concentración de bienvenida.

Me detuve allí de camino a Pittsburgh. En el parque se había dispuesto un podio bajo una enorme pancarta que proclamaba: «¡Bienvenida a Estados Unidos, Chai Ling!». Más de un millar de estudiantes chinos y partidarios se habían congregado para recibirla.

Mientras esperaba con toda la demás gente a que ella apareciera, aspiré el agradable aroma de la hierba y los árboles. Durante el último año me había sentido como un pequeño bote empujado hacia el mar, a la deriva, sin ancla ni destino. Echaba de menos los días en que mi vida tenía miras más elevadas —cuando me sentí parte de la lucha por un mañana mejor para China— y anhelaba compartirlas con personas a la que respetaba, gente de mi generación. Allí de pie bajo el sol brillante, rodeada por mil personas chinas de ideas afines, volví a tener aquella sensación de unidad, aquella sensación de tener un objetivo. Eché un vistazo a mi alrededor; allí, el aire, la tierra y el cielo, todo parecía tranquilo y en orden, y nada podía perturbarlo. Allí no había peligros, nada que tuviera que temer nadie. ¡Cuánto nos habíamos alejado todos de aquellos días en China!

Entonces vi a Chai Ling, una frágil figura rodeada de un grupo de gente. Llevaba un vestido floreado y el cabello, recogido detrás, más largo de lo



que nunca se lo había visto.

Una señora norteamericana se acercó al micrófono para presentar a Chai Ling.

—Señoras y señores, partidarios del Movimiento por la Democracia en China, estamos aquí para dar la bienvenida a una mujer valiente y joven cuya lucha simboliza el coraje del pueblo chino. —Para los medios de comunicación que se habían reunido en primera fila, continuó diciendo—: Chai Li fue una de las más famosas dirigentes estudiantiles del Movimiento Democrático de 1989 en China. Fue comandante en jefe en la plaza de Tiananmen y uno de los líderes del Movimiento más buscados por el gobierno chino. Después de la sangrienta represión del 4 de junio se vio obligada a esconderse. Tras un largo año en la clandestinidad, Chai Ling y su marido, Feng Congde, escaparon por fin de China. —Hizo un gesto hacia Chai Ling y añadió—: Y ahora estoy encantada de presentarles a la candidata al premio Nobel de la paz, la señora Chai Ling.

La multitud prorrumpió en un fuerte aplauso. Ella se acercó despacio al micrófono, una figura visiblemente frágil. Empezó a hablar con aquella voz aguda que yo conocía tan bien, pero su voz era tan débil que apenas oía el final de sus frases. Sabiendo cómo era antes, me di cuenta de que no estaba bien. No tenía color en la piel y había adelgazado demasiado. Sólo podía hacer conjeturas sobre cuáles fueron las condiciones y las presiones diarias bajo las que tuvo que vivir durante el último año.

—Gracias por venir. Agradezco vuestro apoyo.

Chai Ling habló brevemente sobre el 4 de junio, el Movimiento Estudiantil y el año que había pasado en la clandestinidad. Dio las gracias a aquellos que habían arriesgado su vida para ayudarla durante los días aciagos en la sombra. Pero su discurso fue corto. Desde donde yo me encontraba, a unos cien metros del podio, veía con claridad que mi amiga estaba exhausta.

Su marido también dio las gracias a los asistentes por su apoyo, pero no hizo ninguna alocución. Entonces volvió a acercarse al micrófono la señora rubia.

—Chai Ling está muy cansada. Todavía se está recuperando de su terrible experiencia en China.

Había esperado poder hablar con ella o al menos saludarla, por lo que me llevé una decepción cuando se la llevaron de allí a toda prisa. Aquel mismo año, 1990, Chai Ling volvió a ser nominada para el premio Nobel de la paz. En 1992, Feng Congde y ella se divorciaron; alegaron que el año pasado en la clandestinidad y las tensiones que había provocado en su relación eran la razón del fracaso de su matrimonio.

Pittsburgh cumplió la promesa de un nuevo y feliz comienzo. Me encantaba mi nuevo curso y mis profesores eran sumamente amables y alentadores. Al principio viajé varias veces a Virginia para tratar de arreglar las cosas con Eimin. Pero en cada ocasión que nos veíamos, la ternura que quedaba en nuestra relación se esfumaba y no tardó en quedarnos claro a ambos que aquel matrimonio ya no tenía arreglo. Nos divorciamos.

En 1994 acabé el curso de posgrado y me convertí en profesora de administración de empresas en la Universidad de Minnesota. Y durante todo este tiempo nunca dejé de pensar en Dong Yi. Con frecuencia me preguntaba dónde estaría y por qué no se había puesto en contacto conmigo. Pero, poco a poco, mientras mi vida tomaba un nuevo rumbo, estas ideas aparecieron cada vez con menos asiduidad. Mis pensamientos hacia Dong Yi se fueron haciendo de modo gradual más abstractos, como las ideas sacadas de un libro o las conversaciones recordadas a medias sobre oportunidades perdidas y la indefectibilidad de las cosas. Mi vida en China retrocedía cada vez más hacia un segundo plano, para convertirse en algo que había sucedido hacía mucho tiempo en una tierra lejana. La realidad diaria era mi integración en la sociedad norteamericana y el comienzo de una carrera académica exitosa. Un nuevo mundo se abría ante mí poco a poco y encontré un círculo de amigos, gente de todo el mundo, de cuya compañía disfrutaba. A través de un amigo italiano, conocí al hombre que se convirtió en mi segundo marido. Nos casamos en 1995.

En la primavera de 1996, el decano de la Universidad Popular, una de las universidades más importantes de Pekín, visitó la universidad de Minnesota, donde yo hacía dos años que daba clases, y me invitó a que impartiera el curso del primer master en administración de empresas que

habían programado nunca. Para que encajara con mi actividad en Estados Unidos, mis anfitriones condensaron el curso de catorce semanas en tan sólo un mes, con frecuentes conferencias. Así fue como en mayo de 1996 regresé a Pekín por primera vez desde las manifestaciones en la plaza de Tiananmen.

## Capítulo 21: Vuelta a casa

¿Dónde estás ahora, viejo amigo mío? Ventanas heladas,  
sueños que persisten, recuerdo el camino que solíamos recorrer juntos».

Zhang Yan, siglo VIII

En cuanto aterricé en Pekín, fui consciente de lo mucho que había olvidado sobre el estilo de vida en China. Me había acostumbrado a sentarme en nuestro porche trasero en Minnesota y observar a los pájaros que bajaban al pantano. Para mí lo normal eran los reflejos de la puesta del sol en mi bañera de mármol blanco mientras leía una nueva novela de la que se hablaba mucho, con un vaso de Merlot a mi lado, y mi marido trabajaba con su ordenador en el estudio. Los detalles de mi vida pasada habían empezado a desdibujarse: las expresiones de mis padres, su apartamento, las calles que llevaban a la universidad, la pagoda en el lago Weiming, la tímida sonrisa de Dong Yi...

Durante el tiempo que duró mi visita, cada mañana mi padre iba al mercado de granjeros y regresaba con las especialidades gastronómicas locales. El suave aroma de los bollos al vapor, los palitos fritos y la leche de soja me traían olvidados recuerdos de mi niñez. Miraba a mis padres atareados en la cocina, con sus cabellos blancos y sus frágiles movimientos, y sus rostros, en cambio, llenos de felicidad. Me sentí culpable. Podrían haber disfrutado de aquella felicidad durante siete años, sencillamente estando con su hija. Yo los había privado de ello, los había dejado solos con su oscuro apartamento y una vida de trabajo duro. Hay un antiguo proverbio chino que dice: «Las preocupaciones de una madre siguen a la hija en su viaje de mil kilómetros». Todas aquellas preocupaciones se habían transformado en profundas arrugas en el rostro de mi madre.

En cuanto me recuperé del desfase horario, llamé al departamento de psicología. Llevaba mucho tiempo ausente de China y no sabía cuándo regresaría. Sentí el impulso de volver a sumergirme en mi antigua vida. Me preguntaba cuántas cosas había olvidado.

Para mi gran alegría, descubrí que Li seguía allí, entonces como profesora adjunta. Se sorprendió al enterarse de que estaba en Pekín.

—No habías vuelto desde 1989, ¿verdad? Ven el viernes, sólo tengo que dar una clase práctica. Me muero de ganas de verte. ¿Has cambiado mucho, Wei?

—No mucho. Pero ya lo verás por ti misma; puede que me equivoque —agregué pensando que ella podría juzgar mejor que yo cuánto había cambiado.

El taxi me dejó en la puerta oeste. Pagué al conductor y empecé a andar bajo el radiante sol de verano. Centenares de personas se dirigían en bicicleta a toda prisa hacia la puerta con tejado a dos aguas haciendo sonar los timbres, con un estruendo colectivo muy superior a lo que recordaba. Algunos se apearon de sus bicicletas al acercarse al guarda uniformado, pero la mayoría se limitó a aminorar la marcha sin detenerse.

Me dijeron que los guardas universitarios no se convirtieron en una institución formal hasta después del Movimiento Democrático Estudiantil de 1989. Al parecer, la restricción de movimientos de las personas se había revelado como la clave para la estabilidad; el hecho de que se hubiera sacrificado la libertad en nombre de dicha estabilidad no parecía preocuparle a nadie. Después de haber vivido como un ser libre durante siete años, me encontré con que no podía tolerar a un guardia ni pasar junto a él sin sentirme enojada. Ello debió de hacer que llamara más la atención. Naturalmente, el guardia me detuvo.

—¿Adónde vas? ¿A quién buscas?

Cuando le dije que iba a ver a una amiga, me condujeron a la caseta del guardia y me pidieron que rellenara un formulario y les mostrara mi documento de identidad. Como no lo tenía, les di mi carné de conducir de Minnesota, lo cual sólo sirvió para empeorar las cosas.

—Has dicho que te llamas Wei. ¿Y qué pone aquí, en el carné?

—Mi nombre inglés.

Al igual que muchos chinos que vivían en Occidente, había adoptado un nombre inglés al trasladarme a Estados Unidos para facilitar la comunicación.

—Dices que tu amiga trabaja en el departamento de psicología y que tú te licenciaste en el mismo departamento, pero, sin embargo, no te acuerdas de dónde están las oficinas.

—No, lo he olvidado. He estado fuera siete años. Además, no tengo que encontrarme con ella allí. Hoy está dando una clase práctica.

De modo que llamaron al hospital universitario. Llamaron a Li por megafonía. Confirmó mi identidad por teléfono y dijo que me estaba esperando.

—Pues tiene que venir aquí a recogerla. Es necesario que firme en el libro de entradas.

Li apareció al cabo de un cuarto de hora. Conservaba exactamente el mismo aspecto que yo recordaba. Llevaba la larga cabellera recogida en una cola de caballo. Su cara, sin rastro de maquillaje, tenía pecas en algunas zonas. Parecía como si tuviera veinticinco años. Hasta reconocí la blusa con estampado de flores moradas que llevaba puesta.

—Mi querida Wei. —Me tomó de la mano mientras salíamos de la caseta del guardia—. Es un placer verte. Pero tendría que haber pensado en esto antes. La seguridad se incrementa siempre que se acerca el 4 de junio.

Seguimos el curso de un riachuelo hacia el Spoon Garden y luego torcimos por el frondoso sendero que pasaba por delante del Salón de Inglés. Las bicicletas, que relucían bajo la dorada luz del sol, estaban perfectamente alineadas a lo largo de los soportes que había en la entrada, en tanto que a través las ventanas abiertas se oía la salmodia de palabras y frases en inglés.

El hospital universitario era un edificio de dos pisos, muestra de la arquitectura china tradicional, y tenía el tejado curvado con las cuatro esquinas vueltas hacia arriba. Había una amplia entrada ubicada justo en medio del simétrico edificio. La oficina de Li estaba en el primer piso, con

una vista panorámica de las obras de construcción al pie de la pequeña colina del otro lado de la calle.

—Tú también eres psicóloga —dijo mi amiga—. Les diré a mis pacientes que has venido a observar mis sesiones. Por regla general no tienen inconveniente.

Permanecí sentada mientras ella terminaba de ver a sus pacientes, haciéndoles preguntas tales como cuándo empezaron a tener ideas delirantes o a oír voces que sonaban en su cabeza. Entonces daba consejos y prescribía fármacos. Su voz era seca y distante. Analizaba sin involucrarse.

El hecho de observar a Li hizo que me diera cuenta de que tal vez podíamos envejecer sin arrugas en el rostro y sin ganar peso. Miraba a mi vieja amiga y, por unos momentos, cuando ladeaba un poco la cabeza y hablaba en tono monótono, vi a una cansada mujer de mediana edad que parecía haberse vuelto indiferente a la vida, como las estatuas de piedra de los dioses en un templo.

Siete años antes la había visto correr, bañada en lágrimas, hacia la emisora estudiantil la mañana del 4 de junio. Entonces yo también tenía lágrimas en los ojos. Pero siete años es mucho tiempo. Hacía tanto que no lloraba... Ya no había ninguna necesidad de que me sintiera triste, al menos por mí o por mis amigos más íntimos. Llevaba una vida cómoda y tranquila en Estados Unidos. Pero ahora que había vuelto me encontraba con que también volvían los recuerdos de mí misma como una apasionada chica de veintidós años. Había dejado mi juventud y aquellos días memorables congelados en China. Ahora que había regresado me encontré recordando mi juvenil, apasionado y valiente ser. Pero ¿era realmente yo? ¿Alguna vez fui yo?

Unas cuantas veces vi que Li dirigía la mirada hacia donde yo estaba. ¿Qué veía? ¿Me encontraría tan cambiada como ella me lo parecía a mí?

Almorzamos en el comedor número cinco y luego fuimos andando hacia el Triángulo. El cielo estaba completamente despejado, no había ni rastro de nubes. Chicos con pantalones cortos planchados y muchachas con vestidos floreados se dirigían paseando hacia sus residencias para dormir la siesta. El viento suave enviaba leves ráfagas de aire caliente que pasaban rozándonos.

—Ahora estoy casada —me dijo Li—. Es probable que te acuerdes de él, Xiao Zhang. Después del 4 de junio lo enviaron a su ciudad natal.

El 4 de junio es la manera que tenemos los chinos de referirnos al Movimiento Democrático Estudiantil de 1989. Li me contó que se habían casado hacía cuatro años y que desde entonces su marido se había trasladado a Pekín y trabajaba en una empresa privada.

Le pregunté si había tenido algún problema con las autoridades después del 4 de junio.

—No por mucho tiempo. Como ya sabes, en la Universidad de Pekín todo el mundo era considerado igualmente culpable o partidario. Lo único que tuve que hacer fue asistir a unas sesiones de estudio. —Me explicó que en aquellas reuniones leían artículos de periódico y comunicados del Partido y que luego, bajo la supervisión del secretario del Partido del departamento, reflexionaban sobre las lecturas y discutían lo que habían aprendido—. Pero algunas personas, como los jóvenes profesores universitarios que apoyaron abiertamente a los manifestantes en huelga de hambre, tuvieron que escribir una autocrítica —continuó diciendo—. Ahora la mayoría ya no está. Algunos perdieron el trabajo. Muchos se marcharon después de que ascendieran repetidas veces a otras personas relegándolos a ellos. A los estudiantes les ocurrieron cosas peores —suspiró—. Ahora todos los estudiantes universitarios de la Universidad de Pekín tienen que realizar entrenamiento militar. Así pues, antes de poder empezar sus cuatro años de universidad, tienen que pasar un año en campos de entrenamiento militares.

No podía creer lo que acababa de oír.

—Pero ¿por qué? No han hecho nada. Ni siquiera estaban en la universidad cuando ocurrió lo del 4 de junio.

—Es... «una medida preventiva» —dijo.

Empezaba a enojarme y me pregunté por qué hay gente que le tiene tanto miedo al poder de la mente y del pensamiento. ¿Por qué pensaban que enviar a los jóvenes más inteligentes de China a campos de entrenamiento militares sería bueno para ellos o para el país? «Qué tontería», pensé. Y también estuve pensando que hay personas que no comprenden que las dificultades físicas nunca impedirán el vuelo de la mente. En realidad, es



probable que sea justo al contrario. Cuanto más sufren las personas, con mayor ahínco buscan una respuesta. Sentía el peso de una profunda tristeza en el corazón. Los campamentos y las rehabilitaciones masivas habían sido el sello característico de la Revolución Cultural. Ahora, a los veinticinco años de que hubiera terminado, seguían llevando a la gente a esos campamentos para «educarla».

Entonces Li me contó que el año anterior el gobierno había cambiado totalmente de política.

—Pero eso no rige para la Universidad de Pekín —prosiguió—, que sigue estando considerada como un terreno fértil para las ideas democráticas: el lugar más peligroso del país —concluyó con un asomo de orgullo en su voz del que a mi vez me contagié.

En aquel momento atravesamos el Triángulo y nos detuvimos frente al Edificio para el Joven Profesorado.

—¿Todavía vives aquí?

Me sorprendió y a la vez me sobresaltó haber parado en la puerta de mi antiguo hogar con Eimin. De pronto resurgieron los recuerdos de aquella diminuta habitación del rincón. Levanté la mirada hacia la ventana de la esquina y vi unas cortinas con un estampado de flores en ambos lados. Me pregunté quién viviría allí entonces.

—Sigo en la misma habitación. Ahora en lugar de una compañera de habitación, tengo un marido. —Sus palabras me sacaron de mi ensimismamiento. Nos reímos las dos—. Comprenderás por qué estamos deseando ansiosamente que se termine de construir la nueva residencia de profesores —añadió esperanzada.

Me despedí de Li en la puerta del edificio y me encaminé al lago Weiming. Tomé el sendero que pasaba por detrás del edificio de biología y ascendí la colina. Una ligera brisa revoloteaba entre los arbustos a lo largo de la umbría senda. Cuando torcí a la izquierda para tomar el camino ancho, el sendero empezó a descender abruptamente y unos blancos álamos temblones dieron paso al agua transparente y verdosa. El lago estaba tan tranquilo y hermoso como cuando lo dejé. Las largas ramas de los sauces se inclinaban sobre el agua y encuadraban la vista de la tradicional pagoda

china en el extremo oriental. Las jóvenes pasaban por allí ataviadas con largas faldas de seda; los chicos les llevaban las bolsas.

A medida que me aproximaba, mis pasos se hicieron más lentos, la respiración se hizo más agitada y el corazón se me aceleró. Tuve que sentarme. Era allí donde solíamos encontrarnos. La orilla rocosa no había cambiado en absoluto, a diferencia de casi todo lo demás en mi vida, alterado hasta tal punto que resultaba irreconocible.

Sentada bajo el sauce llorón, observé el puente de piedra blanca a lo lejos y pensé en mi vida anterior: los pausados paseos a la orilla del lago, el cielo estrellado en las noches de verano, los poemas leídos mientras la luna se reflejaba en el agua. Una brisa sopló desde las colinas de atrás y envió unas perezosas ondas por el lago. En aquel preciso instante, mis tranquilos pensamientos sobre el pasado se vieron alterados por una idea sorprendente: ¿y si las cosas entre Dong Yi y yo hubieran salido bien? ¿Cómo sería entonces mi vida? ¿Estaría también allí sentada sintiendo la misma nostalgia?

Regresé al apartamento de mis padres poco antes de cenar. El ventilador estaba en marcha. Vi a mi madre sentada en una esquina, en la sombra. Unos cuantos cabellos se le agitaban con la brisa. En cuanto entré supe que algo iba mal, estaba blanca como el papel.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Yang Tao acaba de irse. Ha venido a verte.

Yang Tao era el diplomático con el que había salido en la universidad.

—¿Cómo se ha enterado de que he vuelto a Pekín?

—Se lo dije yo. Le llamé para pedirle que devolviera tus diarios.

—¿Mis diarios? ¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas? Te dije que volvió en septiembre de 1989 durante un permiso de la embajada con la esperanza de convencerte para que no te marcharas a Estados Unidos. Pero tú ya te habías ido. Al marcharse se llevó tus diarios.

Me acordé. Y me acordé de lo furiosa que me había puesto cuando mi madre me lo dijo. Aquellos diarios eran míos. Eran privados.

—Nunca he comprendido por qué dejasteis que se los llevara —dije sintiendo de nuevo algo de mi furia original.

—¿Y qué podíamos hacer? ¿Cómo podíamos detener a un joven fuerte de más de metro ochenta de estatura?

—¿Va a volver? —pregunté.

—Ha dicho que volvería. Quiere encontrarte.

De repente mi madre se echó a llorar.

—No te lo dije porque papá y yo no queríamos preocuparte, pero ha estado aquí muchas veces durante los últimos años; siempre quería lo mismo, tu dirección y número de teléfono. Dijo que en cuanto tuviera oportunidad, se iría a Estados Unidos a buscarte. El viejo Zhang me dijo que había vuelto hacía un par de meses, después de una larga misión en el extranjero, de modo que lo llamé al Departamento de Asuntos Exteriores. ¿Cómo es posible que las cosas llegaran a este extremo? Siempre te dije que tuvieras cuidado al amar. Ahora lo entiendes, ¿no?

Lo lamenté por mi madre, que había visto demasiada tristeza. Otra vez había añadido más dolor a su atribulada vida sin saberlo.

—Si vuelve a venir, le dices que no quiero volver a verlo nunca.

Le di unas palmaditas en el hombro y me fui a mi habitación. Sólo entonces vi a mi padre, de pie en la oscura cocina, silencioso, con rostro inexpresivo.

Cerré la puerta detrás de mí. Estaba triste y enojada. Quería volver volando al otro lado del océano donde mi vida era libre.

Fuera caía la noche. Tumbada en la cama con las manos cruzadas detrás de la nuca, me pregunté por qué Yang Tao había venido aquel día. Durante ocho años no había querido tener nada que ver con él. Tenía que saberlo, pues mis padres se lo decían cada vez que iba a verlos. El collar de oro que regaló cuando vino a pedirme que me quedara en China todavía estaba en la librería del salón.

Pensé en mis diarios. Llevé un diario desde que cumplí los dieciséis años hasta que dejé la universidad. Seis años de mi vida, todos mis pensamientos y emociones personales estaban detallados en aquellos diarios. La idea de que estuvieran en manos de Yang Tao me ponía enferma.

Mi padre llamó a la puerta para avisar que la cena estaba lista. Corrí la cortina y me miré en el espejito del escritorio; mis ojos ardían de ira y furia. Veía el rastro de mis lágrimas, de modo que me limpié la cara con las manos y me aparté el pelo suelto de la cara.

Mis padres me esperaban sentados a la mesa. Eran ancianos y estaban preocupados. Me senté y les dije:

—Olvidaos de esos diarios. No los quiero en absoluto.

Ya les había causado bastantes problemas. ¿De qué les servía a ellos —y de qué me servía a mí— mi antigua vida?

## Capítulo 22: La prima

Es mejor no perseguir un pasado que ya se ha perdido».

Zhang Liangnang, siglo IX

Cenamos en silencio, aparte de un «pásame la salsa de chile» o «la tetera, por favor» de vez en cuando. Me había olvidado de los momentos silenciosos como aquél, tan típicos de la vida china. Se suponía que mi regreso a casa tenía que ser motivo de felicidad; como en el antiguo dicho, «volviendo a casa con ropa espléndida» tenía que reportar alegría y orgullo a mis avejentados padres. Pero también había traído conmigo los fantasmas del pasado.

Después de cenar fui directa a mi habitación para preparar la clase del día siguiente. Cuando ya terminaba, entró mi madre y dejó un pedazo de papel en el escritorio.

—La prima de Dong Yi, Hu Anan, está en Pekín —dijo—. Aquí tienes su número de teléfono, por si te interesa.

Mi madre habló deprisa y sin sentimiento, como si fuera algo tan simple o insignificante como el número de teléfono de la tintorería o la hora a la que llegaría el taxi por la mañana para llevarme a la Universidad Popular.

No oí a mi madre cuando se fue ni vi cerrarse la puerta tras ella. Me encontraba en un espacio para mí sola, encapsulada. Delante de mí, encima del escritorio, estaba la llave para atravesar aquel espacio, para atravesar las paredes de la cápsula e ir hacia él y hacia la parte de mi pasado que, una vez más, resucitaba vividamente en mi memoria.

¿Cuáles eran las intenciones de mi madre? Había llamado a Yang Tao por lo de mis diarios y luego me había dado el número de teléfono de la prima de Dong Yi. Pensé en ello un rato y comprendí que, durante todos

aquellos años, ella había sido la guardiana de la parte de mi vida que había dejado atrás allí. Quizá había esperado año tras año a que regresara para poderme facilitar los pocos cabos sueltos y decirme: «Todavía están todos aquí». Mi antigua vida era todo lo que mis padres tenían. Habían encontrado las piezas que faltaban y reparaban lo que estaba gastado. No podían hacer gran cosa por mí en mi nueva existencia, de modo que les dio por arreglar la que había dejado atrás.

A medida que se iba acercando el aniversario del 4 de junio, la creciente tensión se hizo palpable. Los guardias que había en la Universidad de Pekín paraban e interrogaban a más gente en las entradas y, para impedir cualquier intento de conmemorar el aniversario, el gobierno empezó de nuevo con las detenciones de cada año de activistas durante el período del 4 de junio. Se prohibieron todo tipo de reuniones públicas, se incrementaron las medidas de seguridad en la plaza de Tiananmen y la gente no podía acercarse. En la mayoría de periódicos, tales como el Diario del Pueblo, el Diario de Pekín y el Diario de la Juventud de Pekín, aparecieron artículos que condenaban el Movimiento Democrático Estudiantil de 1989. En público, la gente tenía más cuidado con lo que decía. Por consiguiente, no era de extrañar la sensación de tensión nerviosa en las calles cuando fui al restaurante para encontrarme con Hu Anan.

Resultaba que mi madre se la había encontrado por casualidad, hacía un año, en casa de un amigo y compañero de trabajo que era editor de prensa en Pekín. Hu Anan era su ayudante personal. Pasaron unos días y no me decidía a llamarla, no estaba segura de que fuera una buena idea hacer una incursión en el pasado. «Quizá sea mejor dejarlo correr», pensé, temiendo el dolor y la angustia que aquello podía provocar. Pero la indecisión quedó descartada al fin, vencida por el intenso deseo de saber lo que le había ocurrido a él durante todos aquellos años. Aquel número telefónico era una oportunidad que me brindaba el destino, igual que me había quitado otra hacía algunos años. No podía darle la espalda, no importaba lo mucho que intentara convencerme de lo contrario. Volví a recordar la noche sin luna en el lago Weiming. De nuevo oí el tictac del paso del tiempo. Mi estancia en

China iba a ser corta; pronto tendría que viajar hasta el otro lado del océano, de vuelta a mi nueva vida. De modo que la llamé.

Hu Anan se parecía muy poco a Dong Yi. Era baja y fornida y había heredado algunos de los rasgos familiares, pero, lamentablemente, dichos rasgos se habían dispuesto de tal manera que su rostro no resultaba nada agraciado. Aunque había estado trabajando en Pekín durante casi diez años, parecía sentirse incómoda en su ciudad adoptiva. Sólo demostró confianza cuando entramos en el restaurante que había elegido para nuestro encuentro, un pequeño pero auténtico restaurante cantoneses enclavado en un callejón detrás de un gran hotel. Por lo visto, el establecimiento era un lugar de encuentro de cantoneses que vivían en Pekín, puesto que casi todos los clientes y miembros del personal hablaban en cantones. Al momento tuve la sensación de haber penetrado en un mundo extraño. No entendía nada. En China hay más de cuarenta dialectos distintos, la mayoría de ellos, incluido el cantones, ininteligibles para alguien que, como yo, habla mandarín. Por suerte, debido a la unificación de China, compartimos el mismo idioma escrito y podemos comunicarnos con la escritura si es necesario.

Pero hay ocasiones en que incluso las palabras escritas pueden carecer de sentido, como las que había en el menú que me facilitaron. Lo único que podía hacer era imaginarme lo que habría en algunos de los platos que tenían nombres como «Perla en palma», «Dragón con abrigo de Fénix», «Cruje dos veces en aceite» y «Cadáver vuelto a la vida». La lista incluía más de un centenar de platos. Al ver que tenía dificultades con la carta, la prima se ofreció a elegir el menú.

—Por cierto, ¿te gustan las serpientes?

—Les tengo pánico.

—Entonces, no te muevas. Hay una justo detrás de ti.

Los pelos de la nuca se me erizaron. Me quedé inmóvil.

Momentos más tarde, la prima dijo:

—Ya está. Ya se la lleva el encargado.

Un hombre pasó junto a nuestra mesa con una bolsa de plástico. Algo se movía en su interior.

—Es costumbre que los clientes den el visto bueno a la serpiente antes de que la cocinen.

Sabía que la serpiente era un manjar en la cocina cantonesa, pero ignoraba que llevaran los animales vivos a la mesa, como si de botellas de vino se tratara, para que el cliente diera su aprobación.

Estuve intranquila durante el resto de la comida, y cada vez que pasaba alguien con una bolsa de plástico me daba un vuelco el corazón.

Le pedí a la prima que me contara lo que supiera de Dong Yi, dónde se había escondido todos aquellos años.

—¿Sabes? No deja de ser curioso que estemos aquí sentadas hablando de Dong Yi, cuando él se encuentra en Estados Unidos. Hace tres años que vive allí —dijo al tiempo que comía, con cierta desgana, el pescado al vapor.

Me quedé sin habla. El golpe de aquella simple declaración caló en mí. Me sorprendí y luego me enojé. ¡Había pasado tanto tiempo pensando en él y preguntándome qué habría sido de su vida! Me había imaginado cómo podría haber transcurrido su existencia en China. Sin embargo, había estado muy cerca de mí todos aquellos años. Era probable que hubiésemos visto los mismos programas de televisión, que hubiéramos estado en las mismas ciudades y visitado los mismos monumentos. ¿Por qué no había intentado ponerse en contacto conmigo?

—¿Sabes que tuvo una hija?

—No. Pero sabía que su esposa estaba embarazada.

—Aún no había cumplido los dos años cuando Dong Yi se marchó. Fue duro para la pequeña.

—¿Su familia no fue con él?

Me pregunté si lo habría dejado todo atrás, como ya tuvo intención de hacer una vez.

—No. Todo era terriblemente complicado. Verás, Lan crio sola a la pequeña en Shanxi. Los padres de Dong Yi volvieron a Guangdong. Mi tío había tardado tantos años en obtener el permiso para irse a casa que, cuando al fin le llegó, no podía plantearse siquiera el no mudarse. Debió de ser difícil para ella, dados los problemas que tuvo con sus padres y con su propia salud. ¿Conociste a Lan? Era la clase de mujer que daba la impresión de que una simple ráfaga de viento la tumbaría.



¿Ah, sí? No era así como yo la recordaba. Me pregunté por qué todo el mundo la consideraba una persona débil.

—¿Por qué no se fue con Dong Yi? —pregunté.

—Bueno, al principio en su cuadrilla no la dejaban. Luego hubo algún problema entre ella y Dong Yi. Después no pudo conseguir un visado.

—¿Qué ocurrió al final?

—Por fin se fueron. Hace tres años Dong Yi se trasladó a Princeton. Su nuevo puesto debió de servir de algo; Dong Yi es científico en un famoso laboratorio de allí.

De manera que todo había terminado bien. No me sorprendió. Era propio de Dong Yi. Sabía que nunca podría herir a las personas que amaba.

—¿Ahora está allí? —inquirí con calma.

El hecho de saber que estaba con Lan y la hija de ambos me daba una sensación de alivio y de tranquilidad. Aunque en los últimos años había especulado sobre finales distintos, me alegré de oír que en realidad su mundo no estaba destruido.

—Sí. Ésta es la dirección de su laboratorio y el número de teléfono. La verdad es que regresó el año pasado para ver a sus padres. Pero yo no lo vi. Mi padre murió hace dos años; ya no voy a Guangdong.

—Lo siento.

—No pasa nada. Murió de viejo. Al final no sufrió mucho.

—¿Y tu madre? ¿Vive contigo en Pekín?

—Mi madre murió durante la Revolución Cultural. Se suicidó asfixiándose. Yo era pequeña y no lo entendía. La odié durante mucho tiempo. Pensaba que seguramente no me había querido. Años después, mi padre me explicó que la torturaron de un modo horrible y no pudo soportar más el dolor.

No sabía qué decir. ¿Qué le dices a una persona que te cuenta cosas así durante la comida?

—Gracias por la información —me limité a expresar.

—De nada. Creo que es maravilloso que lo sigas buscando después de tantos años. Me gustaría tener una amiga como tú, alguien que me recordara de este modo.

Le devolví la sonrisa pensando en aquella noche sin luna, y dije:

—Estoy enmendando una promesa rota.

—¿Quieres que le dé también tu dirección y número de teléfono? —  
preguntó la prima—. Voy a escribirle de todas formas.

—Claro, ¿por qué no?

Le di mi tarjeta y después pagué la comida.

## Capítulo 23: Conclusión

«Nubes que se dispersan, emociones de un niño desarraigado, el crepúsculo, el amor de un viejo amigo».

Li Bai, siglo VIII

### **Noviembre de 1997, ciudad de Nueva York.**

Volví a mirar el reloj. Eran las tres de la tarde. Fui cambiando los canales del televisor. La calefacción estaba alta, tal como me gustaba. Me levanté y anduve hacia la ventana: dieciocho pisos más abajo, el tráfico en Park Avenue era denso pero fluido.

Retrocedí, me senté en la cama, volví a cambiar los canales. Miré el reloj: las tres y cinco.

«Es irónico —pensé— que haya esperado tanto tiempo para ver a Dong Yi y que ahora, cuando estoy a punto de verle, no pueda soportar un minuto más de espera».

Había pasado más de un año desde mi regreso de China. Durante ese tiempo quise llamar a Dong Yi en muchas ocasiones. Había sacado el número de teléfono del cajón superior de la mesilla de noche sólo para volverlo a guardar. Por razones que no podía explicar, no llamaba. Muchas veces me sentaba en el borde de la cama preguntándome por qué nunca se había puesto en contacto conmigo. Tal vez tuviera algo que ver en ello el hecho de que me casara con Eimin. Quizá estuviera más relacionado con su propia vida, su hija y su matrimonio. Ni siquiera estaba segura de que quisiera que lo llamara.

Me sentí aliviada al saber que Dong Yi había abandonado China sano y salvo y que estaba trabajando en uno de los laboratorios más famosos del

mundo. Me alegré mucho por él y no sabía si debía inmiscuirme en la felicidad de su existencia. Y entonces la vida se volvió muy ajetreada. Las clases empezaban en septiembre, terminaban en Navidad y se reanudaban en enero. Cuando no estaba dando clases, asistía a conferencias o viajaba a Centroamérica y Europa. En septiembre de 1997, mi hermana, que había estado trabajando en Pekín para una asesoría norteamericana, aceptó un trabajo en la ciudad de Nueva York y se trasladó allí con su marido, quien estaba a punto de empezar un master en administración de empresas en la Universidad de Columbia.

Una compañera de trabajo y yo, tras un año de perseverancia, habíamos convencido a un gran banco de la ciudad de Nueva York para que nos dejara entrevistar a sus empleados para un proyecto de investigación. Estaba muy entusiasmada con aquella oportunidad, pues significaba que podría pasar el fin de semana con mi hermana. Cuando llegué a mi despacho a la mañana siguiente llamé a Dong Yi. Entonces tenía una excusa, pues iba a estar cerca de él durante unos días.

Un norteamericano descolgó el teléfono.

—Un minuto —dijo, y oí que llamaba—: Es para ti, Dong Yi.

—¿Diga?

—¿Dong Yi?

—Sí, soy yo —dijo con un pronunciado acento chino.

—Soy Wei —dije en chino.

—¿Cómo estás? —exclamó con gran alegría.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

—Tu prima me dio tu número.

—Lo sé. Me lo dijo. Pero eso fue el año pasado, ¿no?

—He estado ocupada. Ya sabes cómo son las cosas —contesté incómoda.

—Sí. Yo también tenía intención de llamarte. Mi prima me envió tu tarjeta. Pero ha habido mucho trabajo aquí en el laboratorio.

Su voz sonaba igualmente incómoda.

—Claro —dije. Me pregunté si habría mirado mi número con tanta frecuencia como yo había mirado el suyo... y no había llamado—. ¿Así

qué? ¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien, atareado. ¿Y tú? Sé que ahora eres profesora y te has cambiado el nombre.

—Sí, lo hice cuando me volví a casar. ¿Y tú qué haces ahora? ¿Eres catedrático o algo parecido? —pregunté. No tenía ni idea de cómo funcionaba un laboratorio de física.

—Soy investigador adjunto aquí —respondió Dong Yi. Parecía feliz.

Hice una pausa.

—Bueno, escucha. Voy a ir a Nueva York por cuestiones de trabajo. Pensaba que tal vez podríamos vernos.

—¿Cuándo vendrás?

—Dentro de tres semanas. Llego el martes y terminaré el trabajo el jueves a mediodía.

—Tres semanas. Déjame comprobarlo. Sí, el jueves me va bien. Puedo ir en coche hasta Manhattan.

—Estupendo. ¿Estás seguro de que no es demasiado lejos para ir en coche?

—No hay problema.

—Será fabuloso verte. Ha pasado mucho tiempo —dije emocionada.

—Sí. Será fabuloso. Hablaremos entonces.

—Sí, hasta entonces.

Le di las señas del hotel y nos despedimos.

Colgué el teléfono, sonreí y fui a buscar un poco de café. Fui dando brincos por el pasillo y bajé las escaleras a la carrera.

Sonó el teléfono. Alargué la mano para contestar.

—Señora, ha llegado su invitado —anunció la recepcionista del hotel con un acento francés seductoramente dulce.

—Por favor, dígame que bajo en seguida.

—Sí, señora.

Tomé el bolso, me puse el abrigo y me detuve frente al espejo. Me pasé los dedos por el cabello, me empolvé un poco la cara y volví a pintarme los

labios. Eché un último vistazo al espejo, me satisfizo lo que vi y abandoné la habitación.

Hacía casi una década que no veía a Dong Yi. Durante aquellos años, él había llevado una existencia entre gente a quien yo no conocía, en tanto que yo vivía con su recuerdo de juventud. Me preguntaba qué recordaba de mí. No sabía si continuaríamos la conversación iniciada una noche sin luna en el lago de Weiming y cruelmente interrumpida. No sabía si en realidad había algo que continuar.

En el ascensor, noté que el corazón me latía con la misma rapidez con la que un conejo atraviesa un campo. Me volví a mirar en el espejo y me retoqué el pelo. Mientras lo hacía me pregunté qué aspecto tendría entonces Dong Yi. Y me pregunté si me reconocería en seguida.

En el vestíbulo no había nadie más aparte de él.

Primero vi el dorso de un abrigo de plumón de color beige y luego lo vi dirigirse hacia el sofá e inclinarse para contemplar una copia de un jarrón Ming que había sobre la mesita auxiliar. Luego volvió a acercarse al gran centro floral y se quedó de pie en medio del vestíbulo.

—Dong Yi —lo llamé.

Se volvió. A su espalda, las flores eran de todos los colores del arco iris.

Dong Yi había envejecido. Se le estaba cayendo el pelo y tenía entradas. Había bolsas bajo sus ojos y arrugas en su rostro. Los labios, que mostraban unas cuantas grietas, estaban embadurnados de protector labial.

—Wei, estás estupenda.

Me sonrió y se quitó el protector labial a toda prisa.

Nos dimos la mano. No sabía qué decir. De pronto me di cuenta de que había estado esperando a una persona distinta, que la imagen que tenía en la cabeza no era sino una imagen congelada en el tiempo y, como hacía tanto que me aferraba a ella, se había convertido en algo más real que la figura de carne y hueso que veía en aquellos momentos.

—Lamento el retraso. Me perdí y, a causa de todas estas calles de sentido único, me costó mucho volver atrás.

Hablaba con la misma timidez que yo recordaba.

—¿Dónde tienes el coche? El mozo puede bajarlo al garaje.

—No hace falta. No sabía que aquí había un garaje. Lo he dejado en un aparcamiento de la calle Sesenta y dos.

—¿Tienes apetito? He pensado que podríamos comer juntos. Espero que no hayas comido.

Noté que me costaba mucho intentar que los dos estuviéramos cómodos.

—No. Comer estará bien.

—No conozco demasiado la zona. Mi compañera de trabajo y yo hemos estado en Vong, un restaurante francotailandés que está muy bien, pero se encuentra a unas cuantas manzanas de aquí. O podríamos ir al restaurante japonés que hay al otro lado de la calle. ¿Te gusta el *sushi*? Si no, también tienen sopa de fideos, parrilladas...

—El japonés me vale. Me gusta el *sushi*. No lo como muy a menudo, es muy caro —dijo un poco avergonzado.

Advertí que las mangas del abrigo estaban gastadas. Quizá no había tenido una vida fácil. Sabía que los investigadores no cobran grandes salarios, ni siquiera en los laboratorios más distinguidos.

—Yo no he estado nunca, así que no sé cómo estará la comida. Pero si no eres quisquilloso...

—No. No soy quisquilloso —me aseguré.

De modo que cruzamos la calle. Hacía frío y el viento soplaba con fuerza.

—Parece que va a nevar pronto —dije mirando el cielo gris.

El restaurante tenía unos grandes paneles de color negro, mesas y sillas del mismo color y una tenue iluminación. No muy lejos de nosotros había otros dos clientes en una mesa.

—Y dime, ¿por qué no me escribiste? ¿No recibiste mis cartas? —le pregunté mientras él consultaba el menú.

—Regresé a la Universidad de Pekín en septiembre. Me entregaron dos cartas tuyas. En una me hablabas de tu matrimonio y en la otra..., lo he olvidado.

—Son las únicas que escribí.

—Yo no escribí en mucho tiempo ni a ti ni a nadie, estaba muy deprimido. Pero tener a mi hija fue maravilloso. Ella me animó de verdad.

Lo miré.

—Te escribí cuando llegué a Rochester —prosiguió, pero no recibí respuesta. Supongo que te habías mudado.

—Me marché de Virginia al cabo de un año y, tal como te dije por teléfono, fui a Carnegie Mellon para hacer el doctorado.

—Supongo que podía haber escrito a tu madre para que me diera tu dirección; sé que debería haberlo hecho —reflexionó.

—Ahora ya no importa —repliqué.

—Las autoridades de la Universidad de Pekín tardaron un par de meses en decidir que en realidad no podían dejarme continuar siendo un estudiante de doctorado —explicó Dong Yi tras una pausa—. Dijeron que era demasiado activo en el Movimiento Estudiantil, de modo que regresé a Shanxi.

—¿Te sacaste el master al menos?

—Sí, eso sí. Mi antiguo profesor de la Universidad de Shanxi me inscribió como su alumno de doctorado, más que nada para que tuviera un lugar donde colgar mi expediente. Ayudé dando clases en algunos de sus cursos. Al final tardé casi dos años en abandonar China.

El camarero trajo té verde japonés. Rodeé la delicada taza con las manos e inhalé profundamente el aroma, tanto para romper con la incomodidad de nuestra conversación como para disfrutar del té.

—¿Qué pasó entre Eimin y tú?

—Nos divorciamos, pero el matrimonio ya se había ido al garete mucho antes. Debería haberte escuchado. En cualquier caso, no tardé mucho en darme cuenta de que había cometido un error, pero sí tardé en corregirlo. Él se ha vuelto a casar, sigue viviendo en Virginia. Supe que acaban de tener un hijo.

—¿Saben ya lo que van a comer? —preguntó el camarero.

Miré a Dong Yi. Él asintió con la cabeza.

Después de pedir lo que queríamos, Dong Yi se inclinó hacia mí por encima de la mesa.

—Y tu marido, ¿es norteamericano?

—No, es europeo. Nos conocimos en el curso de posgrado.

—¿Eres feliz? —me preguntó Dong Yi de repente.



Lo dijo como si la conversación que acabábamos de tener no fueran más que tonterías sin importancia. Me di cuenta de que era aquello lo único que quería preguntar, el motivo por el que había venido a verme aquel día.

Aun así, su pregunta me pilló por sorpresa, así que me quedé mirándolo sin decir nada. Él no desvió la mirada; lo decía en serio. En aquel momento, todos mis sentimientos del pasado revivieron y fluyeron por mi cuerpo, ahogándome en tanto dolor que quise llorar. «¿Dónde estabas tú cuando necesitaba que me hicieras esta misma pregunta? —pensé—. ¿Qué derecho tienes ahora a preguntarme acerca de mi felicidad?».

—Sí, mucho —respondí—. Por fin he encontrado a alguien a quien amar y que me ama a mí.

Y una vez me hubo hecho la pregunta, no vi motivo por el que yo no debiera preguntarle lo mismo.

—¿Y tú?

—Ahora tengo dos hijas. La pequeña pronto cumplirá dos años. Nació aquí, de modo que es ciudadana norteamericana —expuso en tono calmado.

—¿Cómo te va el trabajo?

Cambié de tema porque no quería presionarlo. Entonces no había ninguna necesidad. Ya habíamos soportado bastante los dos.

—Bien. El sueldo no es muy bueno, pero me gusta lo que hago.

—¿Cómo está Lan? ¿Qué dijo cuando le dijiste que venías a verme?

—Está en casa con las niñas. Y no, no se lo he dicho. No puedo decírselo. En realidad no puedo siquiera mencionar tu nombre.

—¿Por qué? Han pasado muchos años.

—Bueno, tú no conoces a Lan. No puedo ni mirar a otra mujer por unos momentos.

—Bromeas.

—No. Y todo por ti. No digo que sea culpa tuya. No quiero decir eso. Siempre que discutíamos por estas cosas acababa desviando la conversación hacia ti. Lo hice una vez, ¿por qué no iba a hacerlo otra?

—¿Lo hiciste?

—No.

Dong Yi parecía estar triste. No sabía cómo animarlo. Así pues, me alegré cuando decidió cambiar de tema y dijo:

—¿Sabes que Ning vive a unos treinta minutos de mi casa?

—No, no lo sabía.

Había perdido el contacto con Ning hacía algunos años. Yo acababa de trasladarme a Pittsburgh e intentaba poner mi vida en orden cuando se caso y desapareció en su propio mundo doméstico.

—El año pasado aceptó un trabajo en Allied Signal. Tiene un hijo.

—¿Lo ves a menudo?

—No. En realidad ya no tenemos muchas cosas de las que hablar. Él nunca menciona el pasado, no sé por qué. Tampoco podemos hablar de su trabajo, dice que no es profesional.

—¿A qué se dedica?

—Es ingeniero.

—¿Y por qué no puede hablar de ello? ¡Ni que trabajara para la CIA!

—Me da la impresión de que ya no lo comprendo —dijo Dong Yi con tristeza.

—Desde que dejamos China, el pasado es lo único que nos une —dije—. ¿Recuerdas las excursiones que hacíamos por el Jardín del Bambú Púrpura? Para mí, los años que compartimos en la Universidad de Pekín fueron unos de los más maravillosos de mi vida.

—Me alegro de que todavía pienses así. Allí donde yo estoy, hay mucha gente que parece querer cortar con el pasado, no solamente Ning. Se supone que sólo tienes que mirar hacia delante y encajar.

Nos comimos los dos últimos rollitos California y compartimos impresiones de nuestras visitas de regreso a China; entonces Dong Yi dijo de pronto:

—¡Ah! Liu Gang también está aquí.

—¿Cómo aquí?

—Está en Nueva York, haciendo un master.

—Pero pensaba que estaba en la cárcel...

—Lo estaba. El año pasado lo soltaron para que recibiera tratamiento médico. Pero se escapó.

—¿Qué quieres decir con que se escapó?

—Gracias al movimiento clandestino. Al parecer sigue operativo.

Los dos sonreímos.

—¿Cómo está?

—Se ha recuperado bien. Sufrió mucho en la cárcel, como puedes imaginar.

Dong Yi estaba mucho más relajado entonces. Yo también. Me alegraba de que me hubiera hecho esa pregunta sobre mi felicidad. Y me alegraba de haber respondido como lo había hecho. Entonces tuve la sensación de que habíamos roto el hielo, para descubrir, con deleite, que bajo él fluía el agua caliente. Miré al hombre que estaba sentado ante mí, que aparentaba más edad de la que en realidad tenía y, en muchos sentidos, era irreconocible. Pero yo aún sentía una estrecha conexión con él, con su pensamiento y sus emociones. Me alegraba de que no se hubiese roto el vínculo que había entre nosotros, de que pudiera seguir existiendo de otra forma, de que pudiéramos ser amigos.

—Salgamos de aquí —dije—. No tienes que volver en seguida, ¿no?

Dong Yi miró el reloj.

—No, tengo tiempo.

—Vayamos a Central Park —propuse.

Le hice señas al camarero para que nos trajera la cuenta.

—No, pago yo. Guarda el dinero —dije.

Dong Yi pareció avergonzarse.

—Puedo pagar mi propia comida, ¿sabes?

—Ya sé que puedes, pero me gustaría invitarte —repliqué—. Tú puedes pagar los cafés. Pasaremos por Starbucks de camino.

Dong Yi sonrió. Pagué y salimos del restaurante.

Al cabo de veinte minutos caminábamos por la Quinta Avenida con dos vasos de Starbucks en las manos. Yo llevaba puesto mi gran sombrero de piel sintética y el olor de la nieve persistía en el aire. Eran más o menos las cinco de la tarde. En la puerta de Bergdorf Goodman había un voluntario que tocaba unas campanas y recogía dinero para el Ejército de Salvación. Al otro lado de la calle, FAO Schwarz ya estaba decorado para Navidad, con juguetes más grandes de lo normal que se movían en los escaparates. Riadas de compradores entraban y salían con grandes bolsas. Daba la sensación de que cada año las compras navideñas empezaban antes.

Taxis y limusinas se detenían en el Hotel Plaza. De ellos salían turistas, hombres de negocios con trajes oscuros y damas envueltas en pieles Fendi y calzadas con zapatos de tacón de aguja Manolo Blahnik.

—¿Quieren dar una vuelta en carruaje? Es muy romántico —preguntó el conductor de uno de los coches de caballos que había a la entrada del parque.

—No, gracias —contesté. Era ya demasiado tarde para el romance, pero, por fortuna, no lo era para una larga y duradera amistad.

Entramos en Central Park. El aroma a cebollas que llegaba del puesto de perritos calientes era delicioso aun después de todo lo que acabábamos de comer.

Pagamos tres dólares cada uno y fuimos al zoo. Era muy pequeño y no había mucho que ver, de modo que salimos pronto.

—¿Alguna vez venís aquí? Apuesto a que a las niñas les encantaría.

—No, no venimos mucho. Y si lo hacemos vamos a Chinatown.

En la distancia sonaba una música navideña. Unos diminutos copos de nieve empezaron a caer del cielo con lentitud y delicadeza.

—¿Alguna vez te imaginaste que un día estaríamos paseando por aquí?

—No —contestó Dong Yi.

—Yo tampoco.

Pasamos junto al cobertizo de las barcas y el Great Lawn y nos encaminamos colina arriba. Y allí estaba, el lago, como un espejo en el fondo de un cristal mientras las luces de los rascacielos brillaban intensamente a nuestro alrededor, en lo alto.

—¿No te parece un lugar hermoso? —dije al tiempo que me volvía hacia Dong Yi y sonreía.

## Epílogo

Cuál fue el número de muertos y heridos que hubo en la masacre de Tiananmen es un tema sobre el que se ha discutido durante mucho tiempo. El recuento oficial por parte del gobierno chino cifró el número de muertos entre los días 3 y 4 de junio de 1989 en doscientas cuarenta y una personas, entre las que se contaban treinta y seis estudiantes, de los cuales tan sólo tres, afirmaba el documento, pertenecían a la Universidad de Pekín. El cómputo oficial también indicaba que los heridos fueron más de siete mil. En 1999, Associated Press comunicó que los periodistas extranjeros que entonces visitaron los hospitales y a los residentes de Pekín calcularon que habían perecido al menos unas mil personas. La misma noticia añadía que los grupos de estudiantes chinos en Alemania mencionaron que los funcionarios de la Cruz Roja china calculaban las muertes en tres mil seiscientas. La agencia Agence France Presse presentó un reportaje desde Taiwan en el aniversario de la masacre en el que se exponía que una información procedente de Estados Unidos, que hasta hacía poco había estado bajo secreto oficial, estimaba que murieron unas dos mil seiscientas personas. Lo más triste es que probablemente nunca sepamos la verdad, no sólo porque es difícil verificar los cálculos oficiales en China, sino también porque a muchos periodistas y organizaciones independientes extranjeras se les ha impedido investigar lo que ocurrió realmente. Con el paso de los años se ha ido haciendo más difícil, porque tanto las personas involucradas como sus familias son reacias a identificarse.

No he vuelto a ver a Dong Yi desde el día que nos encontramos en Nueva York en 1997, pero hemos permanecido en contacto y nos escribimos con frecuencia. Me alegra volver a tenerle en mi vida y espero

que sea por mucho tiempo. En la actualidad es un físico de éxito y vive con su familia en Nueva Jersey.

Eimin se volvió a casar y vive con su familia en Virginia.

Ning es ingeniero y vive con su familia en Nueva Jersey.

Mi amiga Li es ahora la directora de la Unidad Psiquiátrica y de Ayuda del Hospital de la Universidad de Pekín y vive feliz allí con su familia. Todavía está esperando la vivienda mejor que le prometieron. El gobierno sigue considerando la Universidad de Pekín como un lugar peligroso, un semillero del pensamiento independiente y democrático.

A Chen Li no le dieron trabajo cuando se licenció de la Universidad de Pekín debido a su participación en el Movimiento Democrático Estudiantil. Lo último que supe de él fue que se había ido a vivir con sus padres a Dong Bei, China. En un país con millones de desempleados y donde los inválidos están mal vistos, lo único que puedo suponer es que tiene una vida difícil.

Chai Ling se ha convertido en una empresaria de éxito vía Internet. Vive en Boston.

Liu Gang es ingeniero de telecomunicaciones y vive con su familia en Denver.

El profesor Fang Lizhi ejerció como tal en la Universidad de Arizona después de huir de China en 1991. Hoy sigue allí.

Hanna y Jerry se divorciaron en 1992 y ahora Hanna vive en San Francisco.

Cao Gu Ran es becario en la Academia de Ciencias China y vive con su familia en Pekín.

Yang Tao está casado, es padre y un diplomático de éxito. Actualmente está en Pekín, pero se lleva a su familia con él cuando lo destinan al extranjero. No me devolvió los diarios hasta 1999.

Mis padres están jubilados. Siguen viviendo en el mismo apartamento en Pekín.

Mi hermana Xiao Jie y su marido son ejecutivos de empresa y viven en Asia.



DIANE WEI LIANG (Pekín, 1966) pasó parte de su niñez con sus padres en un campo de trabajo de una remota región de China. En los años ochenta, cuando asistía a la Universidad de Pekín, participó en el movimiento democrático estudiantil y estuvo en la plaza de Tian'anmen. Se doctoró en Administración de Empresas en la Universidad Carnegie Mellon, y ha impartido clases de gestión de empresas en Estados Unidos y en Reino Unido durante más de diez años. Vive en Londres con su marido y sus dos hijos. Ha publicado también el libro de memorias *El lago sin nombre*.